



Vicenta Márquez
de la Plata

La conjura del profeta

★
STELLA
MARIS



Vicenta Marquez de la Plata

La conjura del profeta

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

© Vicenta Márquez de la Plata, 2015.

© Editorial Stella Maris S. L. 2015.

Stella Maris

Doctor Ferrán, 15

08034 Barcelona.

Diseño de la cubierta: Pedro Criado

Primera edición: abril 2015

ISBN: 978-84-16128-89-1

D.L.: B-3403-2015

Composición: Dpto. de Arte Editorial Stella Maris

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal español).

Personajes de la acción

- Allende, fray Lucas de:** Guardián de San Francisco y secretario de fray Alonso de Mendoza.
- Alarcón, Alonso de:** Capitán de Carlos V, y luego de Felipe II. Amigo de Piedrola en los Tercios.
- Arias Montano, Benito:** Doctor teólogo, confesor de Felipe II; políglota, conocía el hebreo, el sirio, el latín y el árabe. Por encargo de don Felipe gestionaba la biblioteca del Monasterio de El Escorial.
- Austria, don Juan de:** Hermano bastardo de Felipe II, a quien Piedrola admira.
- Bazán, Álvaro:** Capitán general de las galeras de España. Capitán de la Mar Océana y Almirante de la Marina. Llegó a ser el primer marqués de Santa Cruz.
- Carlos V:** Rey de España y emperador del Sacro Imperio.
- Casaús, Guillén de:** Amigo de fray Lucas de Allende y de fray Alonso de Mendoza.
- Céspedes, Eleno/Elena:** Mujer travestida que Piedrola conoció como soldado en las Alpujarras.
- Doria, Andrea:** Príncipe de Melfi. Marino al servicio de la Corona de España y almirante de la flota mediterránea.
- Doria, Juan:** Sobrino de Andrea Doria, también al servicio de España.
- Devshirme Al-Wasilah:** Alto personaje de la corte del *padishá*. El *Devshirme* está a cargo de la enseñanza de los pajes y de los jenízaros del sultán. Padre de Nadirah y dueño de Piedrola en Constantinopla.
- El Patillas:** Primero galeote y luego capitán de *La Sultana*.
- Felipe II:** Hijo del emperador don Carlos.
- Heliodoro, don:** Sacerdote sobrino de Juan de Órbigo, que crió a Miguel de Piedrola.
- Herrera, Juan de:** Arquitecto de El Escorial.
- Hurtado de Mendoza, Diego:** Embajador de España en Venecia.
- Margarita de Parma:** Hermana bastarda de don Felipe. Gobernadora de los Países Bajos.
- Mendoza, Alonso de:** Canónigo de Toledo y amigo y seguidor de Piedrola.
- Mendoza, Lope de:** Inquisidor. Pariente de don Alonso de Mendoza.
- Nadirah:** Nombre que quiere decir «florecente, radiante»; hija favorita de Al-Wasilah.
- Norberto de Beaumont:** Un caballero de la casa real de Navarra, aparentemente pariente de Miguel de Piedrola.
- Órbigo, don Juan:** Sacerdote a quien se entregó el niño Miguel de Piedrola cuando era un recién nacido.
- Pargali Ibrahim Bajá:** Hombre de confianza de Solimán y su gran visir.
- Pérez, Antonio:** Secretario de don Felipe.
- Quiroga, Gaspar:** Cardenal y Gran Inquisidor.
- Roxelana La Jovial:** esposa favorita de Solimán.
- Solimán el Magnífico:** Llamado también *padishá*, o Kamuni Sultán Solimán. Señor de la Sublime Puerta, rey de los turcos.
- Tamir:** Pirata y luego socio de Miguel de Piedrola.
- Zubizarreta, Jerónimo y Juan Luis:** Dos hermanos cristianos liberados por Piedrola.

LA CONJURA DEL PROFETA
LIBRO PRIMERO

I

El encargo del rey don Felipe II. Primeras peripecias de Miguel de Piedrola

«[...] desde los cinco o seis años se había criado con un clérigo que le enseñó a leer [...] y por cierta travesura se fue...»

SU MAJESTAD SERENÍSIMA, DON FELIPE, miró por la ventana. En el Alcázar hacía frío y caía la tarde. En la habitación en donde se hallaba acompañado por otro hombre ardía un fuego alegre que a pesar de todo no llegaba a disipar lo destemplado del ambiente. Don Felipe miraba a lo lejos, el horizonte parecía muy remoto y allí donde la tierra se juntaba con el cielo unas líneas violáceas apenas aclaraban el gris oscuro del cielo.

El soberano dio media vuelta y se encaró con su interlocutor como si el espectáculo del atardecer ya no le interesase.

El rey vestía de oscuro con la pulcritud y la severidad acostumbradas. Un traje de terciopelo negro, cuya austeridad se veía realzada por una pequeña gola blanca; usaba negros escaarpines, y cinturón de igual color, y un cordón, también negro, que desde el cuello colgaba hasta la mitad del pecho; de este pendía el preciado Toisón de Oro. Era el único adorno que llevaba el rey del mundo. Se frotó las manos como si tuviese los dedos ateridos y pareció volver de algún pensamiento remoto. El otro hombre esperó callado a que el rey le dirigiese la palabra. Por un largo tiempo el cardenal Quiroga había aguardado

en silencio a que su soberano le explicase el porqué de la llamada. De pronto don Felipe le hizo una pregunta al parecer anodina.

—Cardenal, ¿recordáis a Miguel de Piedrola y Beaumont?

El Gran Inquisidor no se dejó sorprender. Él también era cauto y se esperaba cualquier cosa de su señor. En un primer momento deseó ganar tiempo para poner en orden sus propios pensamientos.

—Señor, sí le recuerdo. De hecho, por algún tiempo he seguido sus peripecias por orden vuestra. Miguel de Piedrola. No sé si Vuestra Majestad se referirá a ese.

—¡Claro, Quiroga, que me refiero a ese Miguel de Piedrola! —Se calló por un momento y luego dijo repentinamente—: Me ha solicitado una entrevista otra vez. Hacía tiempo que no lo me lo pedía.

Don Felipe se volvió a frotar las manos y luego los ojos. Estos estaban enrojecidos de tanto leer a la luz de las candelas hasta bien entrada la noche. El rey del mundo era ya mayor, había nacido el 21 de mayo de 1527 y finalizaba el año de 1586. Sesenta años de mucho trabajo y no pocos disgustos. Los dedos, afilados otrora, ya mostraban los nudillos abultados como los de los que sufren de gota o reumatismo. Sus dedos pulgar e índice en la mano derecha mostraban a las claras unos gruesos callos que delataban a un incansable escritor. Bajo las uñas pulcramente cortadas y pulidas, la tinta había oscurecido en azul las yemas de los dedos. Se miró las manos y luego continuó como si la respuesta del interlocutor le fuese innecesaria.

—El caso, cardenal, es que deseo saber todo lo que ha estado haciendo Miguel de Piedrola en los últimos tiempos. —Paseó de nuevo como para centrar sus pensamientos, o quizá para poner estos en palabras—. Ya sabéis que me vaticinó la muerte de don Carlos, y aunque nadie lo podía suponer, sucedió. Quizá fue una casualidad, en todo caso el infante era enfermizo. Su profeta, que él dice ser Ezequiel, le previno sobre la muerte de mi hermano don Juan si viajaba a Flandes, y don Juan murió en Namur, en esas tierras que tantos problemas nos han ocasionado y tantas muertes han costado a España. Vaticinó la muerte de Gregorio XIII y auguró, o profetizó, según él, que su sucesor sería Sixto V, y quién sabe por qué, acertó. Dice que estas cosas las sueña, que no vienen de él. Tiene muchos seguidores que aguardan la comunicación de sus ensueños y lo que él dice arrastra multitudes.

—Se calló don Felipe y paseó un rato, absorto, por la estancia. Luego dijo:

—¿Sabíais que le conocí hace ya muchos años, cuando yo hacía mi primer viaje a las Provincias? —No esperó respuesta—. Oh, sí, me lo presentó el príncipe Andrea Doria, porque ya por entonces era conocido como soñador de destinos.

Había caído la noche y un sirviente entró sigiloso procurando no molestar ni hacer ruido, encendió varias bujías y candelas y luego, tan silenciosamente como había entrado, salió de la estancia. Seguramente pensó que hacía demasiado frío a pesar de la chimenea porque al rato volvió con un brasero que portaban dos hombres, tal era su tamaño.

—Gracias, Nicolasillo.

El rey del mundo conocía por su nombre a todos los domésticos de palacio y tenía por costumbre dar las gracias por todos los servicios, aun los más nimios. Nicolasillo se inclinó sin responder y salió andando hacia atrás. Cuando hubo salido el sirviente, continuó el rey como si nada les hubiese interrumpido

—Yo, Quiroga, no me creo nada de eso del profeta, pero este hombre en verdad es de temer. Me lo he encontrado varias veces, unas veces me buscó él y otras yo. —Paseó de nuevo y se detuvo frente al inquisidor—. Lo dicho, quiero saber todo lo que hace... y lo que dice. He oído que anda predicando en contra de la casa de Austria y esta vez acuden multitudes a escucharle. No tengo prisa, quiero saber a qué atenerme, es posible que al fin sea necesario que se desvanezca. No quiero que me suceda como con el caso de Escobedo, como con Antonio Pérez... —Pareció pensar un rato—. Sí, quizá por el bien de la Corona sea necesario que sus seguidores se olviden de él.

—¿Olvidarse de él como si hubiera muerto, serenísimo señor?

—La voz de Quiroga era irreconocible, pero el rey no pareció notarlo.

—¿Muerto? No, no creo que sea preciso. Simplemente desaparecido. En todo caso este personaje me turba. Algo raro hay en él. Se ha ganado la admiración y la amistad de Alonso de Mendoza, y la del Abad Allende, y es amigo de Fray Luis de León y aun de Juan de Herrera y de Benito Arias Montano. Fue hombre muy apreciado de mi hermano don Juan, en Flandes. Estuvo preso en tierra turca. Combatió en Italia

y en Flandes, Un extraño sujeto. Ahora va por ahí pregonando el fin de la casa de Austria y el fin de la dinastía. Eso no es adivinación.

Miró a lo lejos de nuevo, pero por la ventana ya no se veía nada, sólo la negrura más absoluta. Una negrura amenazadora y tenebrosa.

—No —continuó—. No es un vaticinio, es sedición contra la Corona. —Se volvió y con ojos fríos miró de frente al Inquisidor General—. Sedición. Alta traición. Conspiración ¿No cae todo eso bajo vuestra jurisdicción, eminencia?

—Sí, Majestad, cae en caso de necesidad.

—Pues eso... —El rey se acercó al cardenal e hizo además de besarle el anillo.

Este a su vez hizo una reverencia y luego bendijo al monarca, justo en aquel momento entró un gentilhomme. Se inclinó y esperó autorización para hablar, el rey se lo indicó con un leve ademán.

—Majestad, la señora infanta, su alteza serenísima, doña Isabel Clara Eugenia, me envía a decirnos que ya está esperándoos.

El Inquisidor General, don Gaspar de Quiroga, se dirigió al rey— Que Dios os acompañe, señor. Seréis complacido. Esta misma noche empezarán mis pesquisas. —El soberano hizo un ademán vago con la mano y se dirigió al gentilhomme que esperaba una respuesta.

—No hace falta que digáis nada a la serenísima señora infanta, ya voy yo; esta noche —suspiró cansado— tenemos mucho, mucho trabajo por delante.... Prefiero trabajar en El Escorial —dijo como para sí mismo, y suspiró de nuevo—, pero de vez en cuando hay que estar en el Alcázar. —Y diciendo esto empezó a caminar casi penosamente por los largos e inhóspitos pasadizos del Alcázar. Isabel Clara le esperaba a la puerta de un aposento alegremente iluminado con muchas velas. Sobre un blanco mantel se había servido una colación y el recado de escribir esperaba sobre la larga mesa de madera oscura. Los papeles, pulcramente ordenados, esperaban

sobre el mueble. Un agradable olor a romero inundaba la estancia. Se adivinaba una mano de mujer, y de mujer amante. Su hija hacía todo lo posible para hacerle la vida amable y cordial. Al verlo llegar ella se adelantó a su encuentro y le hizo una reverencia y luego le abrazó con ternura. —¡Vamos, padre! He pedido algo de cenar, no podéis excusar la cena. Luego nos pondremos con los negocios de Estado...

El rey se olvidó del cardenal Quiroga y de Miguel de Piedrola, su hija era la alegría de su vida. El asunto de su boda le quitaba el sueño. La edad del casorio para una infanta había pasado con creces, tenía más veinte años, camino de treinta y aún soltera.

—¡Vamos pues, querida hija! Ahora que lo pienso, tengo hambre.

* * *

Corría el mes de abril de 1528. El arcipreste don Juan de Órbigo caminó hacia la puerta, tenía que abrirla antes de que la tirasen abajo pues alguien daba unos golpes decididos con un bastón o algún objeto contundente. La anciana sirvienta se había retirado hacía tiempo, pues era tan vieja que necesitaba descansar más que antes. Si sería vieja que le había criado a él cuando era un chico travieso y ahora era un hombre de casi cincuenta años. Era lo único que le restaba de su lejana infancia, por eso la amaba. Abrió la puerta y enseguida reconoció al hombre que había llamado.

—¿Qué os trae por aquí, buen amigo?

—Esto —dijo el aludido. «Esto» era un envoltorio. Con curiosidad lo miró el arcipreste. No duró mucho la curiosidad. El llanto de un recién nacido era inconfundible.

—¿Es vuestro? —La pregunta era del arcipreste.

—No, es de... —acercó sus labios al oído del clérigo y dijo un nombre. El hombre de Dios abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Por lo pronto, se os encarga criarlo. Luego, Dios dirá. —Así fue como Miguel de Piedrola llegó a casa del arcipreste don Juan de Órbigo. La buena anciana que lo había criado a él se ocupó encantada del nuevo miembro de la familia. Todo se redujo a coger otra sirvienta, pero quien trajo al niño también había aportado una pequeña fortuna para los gastos del infante. El clérigo, por darle un nombre, le bautizó con el nombre de Miguel, probablemente en honor del Arcángel San Miguel, de quien era muy devoto, y le dio por apellido el de Piedrola, sin dar explicaciones sobre el porqué de esta decisión. Y así pasaron cinco años.

Quién fue el padre del niño que nos interesa no lo sabemos, al menos de momento; lo que sí sabemos es que, pasados cinco años, don

Juan de Órbigo enfermó repentinamente de una grave hidropesía y falleció. Un sobrino suyo, recién tonsurado, vino a ocupar su lugar en el valle, cerca de Logroño, donde el arcipreste había vivido toda su existencia. Heredó el sobrino el puesto de su tío, su dinero, su casa y su huerta y también el cuidado del niño al que no le unía ningún lazo. La anciana que había hecho de madre del niño al poco se fue con su amo al lugar del que nadie ha retornado, excepto Lázaro, y así el jovencísimo arcipreste, don Heliodoro, se vio con la responsabilidad de criar y educar un niño de unos cinco o seis años.

Naturalmente nunca había educado a un chico y lo más cerca de uno que había estado era un hermanillo menor que él, pero como don Heliodoro se había ido al seminario muy joven, no había tenido trato con su hermano. Sin saber qué hacer, confió el cuidado del rapaz a la sirvienta que les atendía a los dos, mientras el bueno de don Heliodoro soñaba con que, tal vez, el muchacho demostraría algún talento por las letras y podría, en el futuro, ingresar a su vez en la vida religiosa.

Le llamaba Miguelillo, y así era conocido en todo el pueblo.

—¡Vamos, Miguelillo, es hora de nuestra clase!

Y Miguelillo acudía de buena gana a las lecciones aunque en verdad le agradaba mucho más tirar piedras a los pájaros y subir a los árboles. Aprendió las letras y luego a ponerlas juntas formando palabras. Don Heliodoro usaba como cartilla de lectura los Santos Evangelios y las vidas de los santos. Así aprendió que eran santos de la Iglesia Santa Águeda bendita, san Pelayo mártir y el

niño san Tarsicio y otros muchos cuyos nombres se le olvidaban casi tan rápidamente como los aprendía.

También, y con vistas a su futuro, el bueno del arcipreste le enseñó a ayudar en misa.

—*Introitus ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui laetificat juventutem mea.*

—*Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo, et doloso erue me.*

—*Quia tu es, Deus fortitudo mea; quare me repulisti, et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?* —(Subiré al altar de Dios. / Al Dios que es la alegría de mi juventud. / Júzgame Tu, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada. Líbrame del hombre inicuo y engañador / Pues que Tú eres, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado y por qué he de andar triste mientras me aflige el enemigo?)

También don Heliodoro le enseñó los rudimentos del latín. Si había de ser hombre de iglesia, era necesario prepararse bien, ¿quién sabe si el rapaz terminaría siendo Arzobispo de Toledo! Aunque, a decir verdad, el buen arcipreste tenía mejor buena voluntad que método pedagógico e intentaba enseñarle latín con el Libro de Horas. Para ayudar a misa se aprendió el niño todas las palabras de memoria, aunque la mayor parte de las veces no sabía lo que decía, pero intentar entender oraciones desconocidas sacadas del Libro de Horas era inútil. El preceptor empezó a considerar que quizá el alumno no llegaría a Arzobispo de Toledo y, desde luego, si llegaba no sería por su talento con el latín.

No era mala persona su educador y tutor, de hecho, quizá un poco severo y un mucho seco para un niño que no tenía madre ni compañeros ni amigos. Un día, cuando don Heliodoro se revestía para misa mayor le dijo al chico.

—Miguelillo, se nos ha olvidado llenar las vinajeras con vino y agua. Mientras yo me visto, ¿podrías bajar al sótano y llenarlas?

Lleno de buena voluntad, el muchacho contestó.

—Ahora mismo, señor arcipreste.

Bajó apresuradamente y se encontró en la más absoluta oscuridad. Recordó que las bujías estaban arriba y subió de nuevo con mucha prisa a buscarlas. Cuando llegó a la sacristía vio que el clérigo ya no estaba allí, el señor arcipreste ya había comenzado la misa ayudado por los otros monaguillos. Ya no había prisa, el sacerdote aún tardaría un buen rato en necesitar las vinajeras. Decidió tomarse el encargo con calma. Encendió las bujías y volvió a bajar en busca del agua y del vino. Zascandileó un rato en el sótano. Nunca había tenido oportunidad de verlo a su placer. Había un par de barricas de vino junto a la puerta, y un pequeño manantial de agua fresca brotaba incansable de la pared; e igual de misteriosamente que brotaba, desaparecía sumido en el suelo. También había multitud de bultos cubiertos con largos lienzos pardos llenos de polvo. Levantó uno sigilosamente y vio que era la efigie bastante deteriorada de un santo. Otro fardo resultó ¡oh, sorpresa! una vaca. ¿Para qué querían en la iglesia una vaca de yeso pintado? Un tercero parecía más grande y amenazador. Miraría este y subiría. Sin duda el arcipreste estaría a punto de necesitar el agua y el vino. Tiró del paño y este se resistió, un poco más de fuerza era todo lo que se necesitaba. Tiró de nuevo y lo que fuese se vino abajo con gran estrépito rompiéndose en mil pedazos de escayola o algo semejante. Allí vio brazos, cabezas y alguna mano. Asustado salió corriendo y subió con el agua y el vino.

Entró en misa fingiendo gran recogimiento y puso las vinajeras en su sitio, el arcipreste le miró con mirada amenazadora. ¿Habría oído el estruendo?

Cuando el clérigo subió al púlpito para empezar su sermón, Miguelillo calculó que tenía una hora larga de tregua.

Sin que nadie lo notase salió de la iglesia, fue a su habitación, cogió una manta, un poco de comida que halló en el refectorio, un par de alpargatas que había recibido como regalo y en la sacristía tomó unas monedas del cepillo de san Antonio, al que pidió perdón por su estado de necesidad perentoria. Con todo ello emprendió una rápida fuga. Tenía miedo del castigo después de romper aquella que creyó valiosísima figura, tan bien guardada en el sótano.

El arcipreste le hizo buscar durante un par de días y luego le dio por muerto o desaparecido; y como no sabía a quién comunicar la mala nueva, escribió en un pliego un relato de lo sucedido, y después de darlo a leer al sayón real para que viese que en todo se conformaba a la verdad, lo cerró. El sayón lo selló y el pliego se quedó para siempre en un cajón de la sacristía. Fuera se leía: «Relato de la desaparición del joven Miguel de Piedrola». Si alguna vez alguien venía a recoger al huérfano, si lo era, el relato de su desaparición justificaría a don Heliodoro. Era necesario que hubiese testimonio de que nadie lo había matado, simplemente había desaparecido, se le había buscado insistentemente pero no había aparecido, ni vivo ni muerto.

* * *

Pero el mancebo no había muerto ni por asomo. Conocía los alrededores mucho mejor que el arcipreste y que sus perseguidores, no en vano llevaba jugando solo por sus contornos durante sus ocho o nueve años de vida. No quería ser hallado y no lo fue. Tampoco lo pasó demasiado mal, conocía el bosque y sus vericuetos, sabía en donde había

árboles altos y seguros desde donde podía ver sin ser visto, dónde había nidos para robar huevos, incluso alguna cueva deshabitada. Prefirió no refugiarse en ninguna no fuese a ser que alguna alimaña la ambicionase también. Recordó el lugar donde un enjambre de abejas había hecho un panal. Si se cubría bien con la manta, podría coger algo de miel con un trozo de rica cera sin que le picasen los insectos. La vida era muy hermosa y la libertad recién descubierta se le antojó asombrosa. ¿Cómo había podido quedarse en la lúgubre casa rectoral, estudiando latín todo el día?

Al cabo de unos días se le terminó el pan que había traído y la miel cansaba con su dulzor. Con pesar reconoció que echaba de menos un buen trozo de queso y unas uvas, un trozo de carne y otras viandas; y además, si llovía, cosa que hasta ahora no había sucedido, ¿qué haría en medio de la floresta? Sin duda habría que tomar una determinación.

Lo primero era abandonar el bosque e ir a una ciudad, villa o aldea. Un sitio en donde nadie hubiese oído hablar de él ni supieran del arcipreste. Recogió sus pertenencias, que no eran muchas, y después de darle otro tiento al panal de miel inició un camino que era un interrogante. En un día o dos ya no reconoció nada de lo que le rodeaba. El bosquecillo que había tomado por bosque se hizo cada vez más ralo hasta desaparecer y en su lugar surgieron matojos altos y secarrales espinosos. Cardos, jaras, ortigas. Plantas olorosas y otras malolientes. Muy a lo lejos vio un hilo de humo elevándose hacia el cielo.

—Serán algunos cristianos, con una mesa y comida —se dijo el chico—. Pediré por amor de Dios algo de comer. —Pero como era precavido antes buscó un árbol seco en cuyo tronco guardó bien embutidas todas sus pertenencias, su manta, sus alpargatas, y poco más—. No es desconfianza en el prójimo —se dijo—pero por si acaso...

Al poco llegó al humo que había visto elevarse. No era un hilillo como pensó al principio, sino una columna asaz gruesa que salía por la chimenea de un horno bastante grande y en cuyo interior se escuchaba una especie de bramido profundo y un gorgoteo producido sin duda por el fuego de dentro.

—¡A la paz de Dios! —gritó Miguelillo un par de veces. Nadie contestó ni parecía que hombre alguno cuidase del horno, al menos no se veía al dueño de aquello, que sin duda lo tenía. Se distinguían grandes

leños regulares, como serrados, de troncos de encina. Alguien, caviló el joven, habría cortado aquello y el horno tenía que ser alimentado de vez en cuando. Decidió esperar.

Se sentó en el suelo. Tenía hambre, pero no se atrevió a alejarse por si entonces venía el dueño de aquello y él lo perdía. No había visto otras señales de vida y no quería morir de hambre, por lo que no deseaba perder a este cristiano que sin duda vendría a ver esta su pertenencia. Al cabo de un buen rato se quedó dormido. En sueños se presentó ante él un extraño hombre vestido con una túnica larga. Los cabellos le llegaban hasta los hombros, tenía los ojos penetrantes y no supo si grises o azules.

—¿Quién sois, buen hombre? —preguntó el niño con un hilo de voz.

—No os asustéis, Miguel, hijo mío. Soy de momento vuestro Ángel Guardián.

—¿Mi Ángel de la Guarda? —se admiró el joven.
—Puede decirse así. Soy el profeta Ezequiel. —Miguel recordó sus lecturas.
—Sois entonces uno de los Profetas Mayores.
—Sí, y os vengo a comunicar que os será dado el don de conocer las Escrituras sin haberlas estudiado y de augurar el porvenir de los hombres. Alguna vez os visitarán mis compañeros Isaías, Jeremías y Daniel. No pudiendo hacerlo ellos, vendrá alguno de los profetas menores Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.
Una voz le llamaba y despertó, no era la voz del profeta Ezequiel, era una voz ruda y a la par curiosa.
—¡Eh, chico! —una mano fuerte le sacudió el hombro—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Estáis vivo?
—¡Pues claro que estoy vivo, sólo me quedé dormido! —Miró al que le hablaba y vio a un hombrecillo más bien de corta estatura, algo rechoncho.
—¿Quién sois, muchacho? No os conozco. No sois de por aquí...
—Soy huérfano, vengo de lejos, mi amo me trataba mal y decidí escaparme. —Mentalmente pidió perdón al Ángel de la Guarda, alias Ezequiel, por la mentira. Su tutor, don Heliodoro, había sido un buen hombre, si acaso demasiado blando, y nunca le había maltratado, excepto por algún pescozón no demasiado impetuoso.
—Os estarán buscando...
—No creo, se alegrarán de perderme de vista.
—¿De donde venís?
—Del norte, creo, de un sitio que se llama Bilbao. —Deseaba despistar y Bilbao era el único nombre que se le ocurrió.
—¿De Bilbao? —se extrañó el campesino—. Debe de estar muy lejos, nunca oí hablar de él.
—He andado mucho. Tenía miedo de que mi amo me encontrara y me castigara con la correa y las cadenas.
—¡Pobre, tan joven y tan desgraciado! —Luego pareció tener dudas de nuevo—. ¿Sois acaso un esclavo huido?
—¡Os juro que no! Nací libre pero mis padres murieron y me criaron manos extrañas. —Hablando los dos había volado el tiempo y el hombre lanzó una exclamación.
—¡Por Santa Bárbara bendita y las almas del Purgatorio! Se me ha pasado el tiempo sin alimentar el fuego, se habrán arruinado mis ollas.
—Miguel sintió curiosidad.
—¿Ahí dentro hay ollas?
—Ahora sí, otras veces hay tejas, ladrillos o vasijas. Soy ollero. ¡Venga, chico, menos conversación, al menos ayudadme a llenar el horno de leña! —Ambos se dedicaron a llenar el horno con troncos y sarmientos por la parte de abajo. Arriba explicó el ollero, estaban sus preciadas ollas. Cuando hubieron terminado su labor, ambos estaban cansados. Los tocones que daban fuerza al fuego eran grandes y pesados y además había que empujarlos hacia adentro con unas largas picas de hierro que en un lado tenían un garfio. Mientras se hacía esto, caían chorros de chispas que reventaban haciendo ruido. El bramido sordo que había escuchado a través de las paredes del horno era ahora pavoroso.
—Parece un toro bravo —comentó Miguel. El ollero se echó a reír.
—¡Que imaginación! Es el fuego, siempre suena así, alegre cuando arde. —En su cabeza pareció hacerse lugar una idea. Lo pensó un momento y luego dijo—: Me llamo Abel, ¿cuál es vuestra gracia? —Miguel nunca había oído esta expresión y se quedó de momento sin saber qué contestar. Luego dijo:
—No tengo ninguna gracia, en realidad soy bastante soso. Le tocó el turno al ollero de quedarse sin palabras. Al fin dijo:
—No os pregunto si sois gracioso. Quiero decir que cuál es vuestro nombre.
—Ah, perdón señor, mi nombre es Miguel; o Miguelillo, si gustáis.

—Nada de «señor», nunca me dieron tal nombre; soy Abel, para vos y para todos. Abel el Ollero. Y cambiando de tema. Ya vence el día, ¿qué vais a hacer? Este sitio no es bueno para dormir al raso. Hay lobos, ¿sabéis? Y un chico como vos puede ser un bocado apetitoso para una fiera hambrienta.

Había llegado el momento de decir lo que quería. Miguel se encomendó a Ezequiel, el ángel-profeta de sus sueños.

—En realidad, maese Abel, tengo hambre. He sobrevivido comiendo hierbas y huevos. —Una mentirijilla no le importaría a Ezequiel—. He parado aquí viendo señales de vida para pedir algo de comer por el amor de Dios. —El bondadoso ollero se disculpó.

—Ah, perdonad, hijo, no lo pensé antes, tengo pan y queso. ¿Queréis un poco? —sin esperar respuesta le dio un trozo que sacó de un pequeño bulto que había depositado sobre una piedra—. Mientras Miguel comía con envidiable apetito insistió:

—¿Qué vais a hacer? —Cuando el joven acabó con el pan y el queso, pidió algo de agua; satisfecha la sed, se propuso contestar. Pareció dubitativo.

—En realidad no lo sé, maese Abel. —Luego se atrevió y fue a por todas—. ¿No necesitáis un aprendiz? Soy fuerte, muy trabajador —otra mentira, el ángel se lo perdonase—, me conformaría con poco, casa y comida y quizá algún dinerillo de vez en cuando... si lo hubiese. —Pensó repentinamente que era mejor no pedir demasiado. Pero el ollero pareció satisfecho con la pregunta.

—Iba yo a deciros lo mismo. No se hable más, os tomo por aprendiz de este oficio, que seguro os gustará y os dará un vivir pasable. —Y así empezó la vida de Miguel de Piedrola como aprendiz de ollero.

II

El pirata Barbarroja y Solimán el Magnífico. Continúan las aventuras de Miguel de Piedrola.

«Aquello que los hombres llaman gobierno es lucha mundana y batalla constante; El más alto trono está en la alabanza de Dios, la más feliz de las condiciones».

Solimán *el Magnífico*.

DOS HERMANOS, HORUC Y HARADÍN, hijos de un alfarero de Lesbos, siendo muy jóvenes abandonaron la pacífica vida del alfarero y se enrolaron en un bergantín pirata. Tanta afición mostraron por este género de vida que al fin se deshicieron del capitán y se quedaron con el hermoso bergantín y con el oficio del fallecido adalid. Fueron feroces, pero ahorrativos, y con el producto de sus rapiñas compraron más barcos, que unidos a los que iban sustrayendo en el avance de su oficio vinieron a conformar toda una flota que bajo su mando arrasaba las costas del Mediterráneo.

Crecía su poder y también su ambición. Llegaron a reunir los hermanos una apreciable flota de barcos: carracas, naos, carabelas redondas, carabelas latinas, alguna galera e incluso algún hermoso galeón, pero eso fue más tarde. Sus hombres, por el mucho botín que se repartía, les eran entusiastamente fieles y entre los que les respaldaban en tierra y los que con ellos se hacían a la mar podían constituir un pequeño y temible ejército. Así, habiendo oído de su poder por mar y por tierra, el rey de Argel les pidió ayuda para expulsar a una tropa de españoles que custodiaba el fuerte de Orán. Prestamente acudieron los hermanos con cinco mil hombres y pareciéndoles pequeña la hazaña de recuperar

Orán, asesinaron al rey que les había pedido auxilio y seguidamente el mayor de los dos hermanos, Horuc, se hizo proclamar rey de Argel. No contento con esto, y con la ayuda de su hermano, Haradín, entró en el vecino reino de Tremecén y también lo tomó, agrandando considerablemente su reino pirata.

El atrevimiento de los dos hermanos creció con su poder, al punto que para las potencias cristianas la existencia de estos piratas se hizo insoportable; Carlos V decidió poner punto final a estas correrías que arruinaban el comercio tan necesario para las naciones y causaban tantas bajas entre los cristianos de los barcos y puertos.

—Es necesario que envíe un aviso a don Diego Fernández de Córdoba, mi gobernador de Orán —dijo un día don Carlos al Consejo del Mar. Una vez más le habían llegado malas noticias sobre las correrías de los piratas, filibusteros, bucaneros y corsarios, que de estas y otras muchas maneras les llamaban.

—Que hoy mismo salga un correo especial y mañana otro por camino distinto por si el primero es interceptado.

El correo real decía lo siguiente:

«De don Carlos, Emperador del Sacro Imperio, rey de las Españas y de las Tierras de Ultramar, a mi primo don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Comares, señor de la Villa de Lucena, Espejo, Chillón, Canillas, Arches y Chorumbela, Alcayde de los Donceles, Caballero del insigne Toyson de Oro. Salud y gracia.

Hagoos saber, mío primo, que estando enterado de los frecuentes daños que infligen los piratas a la pacífica navegación, y deseando aliviar a la cristiandad de tan dañina y sanguinaria organización, he decidido enviar una flota que vaya en su busca y los destruya, con la ayuda de Dios. Ante todo iremos contra el famoso Horuc, que se ha declarado rey de Argel y Tremecén. No es trabajo fácil ni sin peligro, pero no podemos tolerar los cristianos que un infiel, y pirata por añadidura, se enseñoree de esas tierras costeras que tan cerca nos quedan. Pero antes de ir por mar debemos debilitar su sostenimiento en tierra, diezmar sus hombres y destruir si es posible sus fuentes de aprovisionamiento.

Estamos en contacto con el que se dice destronado rey de Tremecén que nos aportará gente conocedora de la tierra, y nosotros participaremos con nuestro poderío naval, para que, cuando llegue su tiempo, aplastar para siempre (Dios lo permita) a ese malvado y falso rey pirata.

Por tierra os mandaremos refuerzos para que os podáis defender. Preparad todos lo que podáis: hombres, bastimentos, armas y demás. Nosotros iremos por tierra hostigando...»

Y así continuaba su Sacratísima Cesárea y Católica Majestad dando instrucciones al gobernador de Orán, don Diego Fernández de Córdoba, a quien, como a un nuevo Aníbal, las gentes llamaban *El Africano*. Don Diego tenía espíritu guerrero y estaba ávido de gloria. En cuanto supo de las intenciones del Emperador, inició una actividad febril. Mejor que mantener el fuerte, empresa que se le antojaba pasiva, soñó con memorables batallas y hechos hazañosos en donde su estirpe podía ganar lustre, renombre y reputación, y quién sabe si más fortuna de la que ya tenía. Como consecuencia, don Diego *El Africano* se dio a la tarea con gran entusiasmo y en cuanto llegaron los soldados prometidos, a los que se unieron sus propios hombres, y con la ayuda inestimable del destronado rey de Tremecén, persiguió al terrible Horuc, que al fin fue sorprendido y murió peleando ferozmente.

Tras este triunfo, por un tiempo, todos creyeron que el reino pirata se desmoronaría con el fallecimiento de su rey Horuc, pero nadie pensó que en sus botas se metería el otro hermano, el terrible Haradín, el de la lengua e impresionante barba roja. El reino de Tremecén tuvo un nuevo rey: Barbarroja.

Barbarroja era tan feroz como su difunto hermano, pero más inteligente. No sin razón caviló que él solo no podría defenderse de las fuerzas del Emperador y se puso, aunque de mala gana, bajo la protección del Imperio turco.

«En el nombre del bendito Profeta, por quien todas las cartas se escriben, y con el permiso de Aquel, el de Los Cien Nombres, que todo lo rige, Haradín, rey Argel y de Tremecén, se dirige con respeto

a su gran hermano de Oriente, el padishá grande e invicto, Solimán, sultán y gobernador absoluto del Imperio turco.

Habréis oído, gran señor, que mi hermano Horuc, rey que fue de Tremecén, ha muerto gloriosamente batallando contra los infieles, los cristianos de Carlos de Castilla y emperador del Sacro Imperio. Decidido a no rendir un reino del islam a los infieles, he resuelto echarme a vuestros pies misericordiosos y ofrecerme para que nosotros dos nos enfrentemos conjuntamente al infiel y le hagamos desaparecer en las aguas del mar que orgullosamente llaman “mare nostrum”.

Cuento para empezar esa empresa con más de cinco mil hombres, bastimentos y armas propias y además con más de cuarenta velas, cuya naturaleza describiré cuando sea necesario.

Beso los pies de aquel que abre y cierra la Sublime Puerta, el descendiente del Profeta (¡Bendito sea su nombre!) y quedo esperando respuesta como hermano menor del sabio y poderoso Solimán II, padishá y sultán del Imperio turco.

Haradín, rey de Tremecén y Argel».

En Constantinopla un funcionario pidió permiso para parlamentar con el sultán. Éste estaba en su palacio del Cuerno de Oro, junto a las orillas del Mar de Mármara, en el estrecho del Bósforo. Tras haber solicitado audiencia y después de la protocolaria espera, el funcionario fue llamado dos días más tarde a la presencia de Solimán. Uno de los Silenciosos, los negros mudos que constituían la guardia personal del sultán cuando estaba en palacio, le fue a buscar y le trajo hasta la puerta misma del salón en donde el bendito del Profeta le esperaba. Llegado ante ella golpeó tres veces con un llamador de bronce que extrajo de sus ropas y se retiró prudentemente. El funcionario quedarse solo. Casi inmediatamente se abrió la puerta y un joven, casi un niño, salió a su encuentro.

—¡Pero si sois Sahib Al-Wasilah en persona! —El niño parecía sorprendido. El aludido asintió con la cabeza. El paje recobró la compostura y ahora preguntó con voz bien estudiada, pronunciando claramente el nombre, como pedía el protocolo:

—¿Sois Sahib Al-Wasilah, el que ha pedido ver a mi señor, el *Padishá*? —El funcionario estaba tan impresionado por la idea de que se hallaría enseguida ante el señor de la vida y de la muerte, que las palabras no le salían de los labios. Era el suyo un nombre extraño, no cabía duda de que era a él a quien esperaba el sultán. Sahib Al-Wasilah quería decir en árabe «el portador de los medios a la merced de Alá», y el árabe no era la lengua de los otomanos.

—¡Vamos! —Al haber recibido contestación en sentido afirmativo, el jovencito le tiraba de la ropa—. ¡Vamos, el sultán os espera!

Entraron ambos y el paje le guió hasta un estrado bajo donde, sobre multitud de cojines almohadas y almohadones, se sentaba un hombre vestido de seda azul y carmesí. Había dejado de lado su tocado de cabeza y lucía exuberantes bucles rizados donde blanqueaban abundantes canas. A primera vista parecía un hombre corriente, pero en seguida se veían pequeñas arrugas que hablaban de determinación, unos ojos brillantes y observadores, como de halcón y una boca apretada que sugería fuerza de voluntad aliñada con tozudez y algo de crueldad. No estaba solo; otras autoridades, potestades de la administración y soberanías locales le acompañaban sentados también, pero más abajo, en grandes y mullidos cojines y colchonetas de tisú de oro y plata. Aquí y allá se veían doseles, colgaduras, cortinas y baldaquinos de colores diversos y tejidos de Basora y de Bagdad: los maravillosos tejidos baztríes. Sobre el suelo, multitud de alfombras persas de pura seda entretejida con lana de Angora y del Turkmenistán. No las había mejores. Aunque era de día lucían infinidad de lamparillas, lucernas y velones de olor. Los objetos de pulido metal reflejaban las luces. En diversos receptáculos se quemaban especies olorosas: almizcle, incienso, resina del Líbano, ámbar, benjuí, bálsamo de Egipto, aceite de cedro, perfumes de Afganistán, esencia de rosas y violetas. No había fin a los matices que un buen olfato podría distinguir.

Una voz amable se escuchó al fin.

—¿Pero por qué os habéis quedado ahí, mi buen Sahib Al-Wasilah? ¡Acercaos, acercaos! —El funcionario pareció recobrar algo su valor.

—Perdón, alto señor —Se arrodilló y tocó con la frente el suelo por tres veces. Esperó a que la voz le autorizase para levantarse.

—Vamos, vamos... es suficiente, señor del *Devshirme*

. Levantaos y no perdamos más tiempo en reverencias protocolarias. Ya estáis cumplido. —Al-Wasilah se levantó y esperó que el sultán le indicase qué hacer.

Solimán parecía hablarle como a un amigo. Nunca lo hubiese imaginado, lo contaría a todas sus esposas, a sus hijos y luego, cuando creciesen lo suficiente, a los hijos de sus hijos.

—Sahib Al-Wasilah —dijo con voz profunda y pausada el *padishá*—, ya que estáis aquí dejadme decir que estoy muy satisfecho de vuestro trabajo como responsable del *Devshirme*, de las levas que se realizan en los distritos rurales y de la educación esmerada, minuciosa y prolija que se da a esos muchachos de la leva. Sobre todo a los jóvenes cristianos que traemos de nuestras incursiones, los futuros jenízaros —el señor de la Sublime Puerta cesó un momento de hablar como si pensara sus próximas palabras—. Sin vos y sin los maestros del *Devshirme*, esos chicos de la leva serían esclavos inútiles; pero gracias a vos y a los vuestros, esos jóvenes de origen cristiano, convertidos y reeducados, son los que forman la guardia personal del sultán en la batalla. Nunca tuve ocasión de agradeceros el buen trabajo. Gracias. Y ahora, ¿cuál es esa noticia que queréis darme?

El funcionario se dirigió al sultán con la mirada baja.

—Alto señor, emperador de la Sublime Puerta, no sé si sabéis que mi lugar de nacimiento fue la isla de Lesbos, ahí es donde nació... —Pareció dudar y no supo si seguir adelante—. Donde nació... un enemigo... un bandido, dicen...

—Sí, donde también nació el pirata Barbarroja, estoy enterado. —Al funcionario se le quitó un peso de encima.

—El caso es que el llamado Barbarroja era... es... un pariente lejano. Hasta hoy se había olvidado de mí, ¡gracias sean dadas a Alá, el Misericordioso! Pero repentinamente, sin que antes

jamás me hubiese escrito, me ha llegado un emisario con una carta suya para vos, cuya copia se me ha dado a leer para que yo mismo juzgase la importancia de la misma. Dice Heredín, o si gustáis, Barbarroja, que me la ha mandado a mí porque así era más seguro, pues no sabía si las misivas de palacio eran leídas por otros ojos o quizá interceptadas. Su mensajero ha llegado disfrazado de comerciante en perfumes y hierbas salutíferas. —Se sacó de la ropa un pliego perfectamente cerrado y lacrado y se lo alargó al sultán—. Señor, que conste que yo no sé si en realidad lo que leí se conforma con esta carta sellada. —Se arrodilló e impetró—: ¡Misericordia señor, si la carta os ofende; lo hago porque, si es lo que me dijeron, creo que es importante! —¡Vamos, vamos! —le animó Solimán—. ¡Habéis obrado bien! Si la carta me ultraja —el sultán se echó a reír—, os perdono y aun os daré una recompensa por vuestra buena voluntad. —Rasgó el lacre y empezó a leer.

—¡Está escrita en buen turco! Vuestro pariente sabe de idiomas, no puede ser tan malvado como dicen. —La leyó de cabo a rabo, luego se puso de pie—. Vámonos —dijo con voz tajante—, la tarde y la diversión han terminado, salimos para Galípoli enseguida. —Y dirigiéndose al asustado funcionario—: Habéis obrado bien, se os recompensará. Tal vez el futuro de la Sublime Puerta dependa de esta carta. Quién sabe.

Antes de partir hacia Galípoli, contestó a Barbarroja:

«En el nombre de Aquel por el que se escriben todos los legajos y todas las cartas, y todo en el mundo es hecho y deshecho, os escribe vuestro Hermano Mayor y sultán y padishá de Turquía, Solimán, a quien llaman El Magnífico. He leído con satisfacción vuestra oferta de uniros a nosotros para doblegar el orgullo del infiel en las aguas del Mediterráneo. Hoy mismo salgo para Galípoli, en donde tenemos nuestros astilleros, para apresurar todo cuanto sea posible la construcción y botadura de las naves que estén casi listas. Por experiencia sé que toda obra casi siempre depende del dinero con que se cuente y con ese propósito me dirijo al sankack

de Galípoli para proporcionarles lo que necesario fuera.

Para daros un estatuto de acuerdo a vuestros merecimientos, se os nombra desde hoy gobernador de la nueva Provincia del Archipiélago ...».

Una larga carta del sultán aceptaba el ofrecimiento de Barbarroja y terminaba ofreciéndole el puesto de almirante general de la armada otomana: de ahora en adelante sería nombrado como el muy poderoso *Kapudán Pachá*

. Dos fuerzas temibles se habían unido. Cuando los cristianos lo supieron hubo gran consternación en España, en Italia, en Génova y Venecia, y en todas las costas e islas. En los monasterios y conventos se hicieron rogativas mientras los reyes y potentados se reunían por medio de sus embajadores por ver qué hacer con inmediatez. Un ataque de los otomanos al mando de Barbarroja era más que inminente.

El sultán, por su parte, no perdió tiempo y además de acelerar la construcción de sus barcos mandó llamar a su aliado; y para asegurarse de que no retrasaría su venida, le envió un lucido séquito de honor, fuertemente armado, con instrucciones de traer a su aliado Barbarroja, aunque fuese a la fuerza.

Muy pronto el nuevo *Kapudán Pachá* partió de Constantinopla con una gran armada de más doscientas cincuenta naves, muchas de las cuales había aportado él mismo. Para reforzar sus tropas (decían las malas lenguas que también para vigilarle) el señor de la Sublime Puerta le había mandado un cuerpo de jenízaros que apoyaría a los soldados turcos y a los piratas del *Kapudán Pachá*. Para el servicio personal de Haradín Barbarroja, el sultán le había destinado un eunuco de su confianza, Chadi

, que le atendía a todas horas, velando por su comodidad y bienestar; cosa que hacía el eunuco, excepto cuando el *Kapudán Pachá* combatía con espada y cuchillo, pues el servidor del *padishá* de esto sabía poco. Una de las funciones del eunuco era la de escribir cada día todo lo que hacía el *Kapudán Pachá*, y lo escrito se enviaba puntualmente al sultán en cuando llegaban a puerto.

La intención de Barbarroja era, dijo, apoderarse del reino de Túnez para devolverlo a su legítimo dueño. El antiguo rey de Túnez había sido asesinado por un tal Muley Hacen, el cual se había ofrecido como aliado de Carlos V, aunque aún no había tenido oportunidad de mostrarle su fidelidad. El hijo del difunto rey, de nombre Al-Raschid, que viajaba con el Pachá en la nave capitana, había prometido pingües ganancias al *Kapudán Pachá* si le ayudaba a recobrar su reino. Algo tenía ya preparado el joven aspirante a la sucesión de su padre muerto pues, llegados a su destino, los partidarios del joven pretendiente al trono les abrieron las puertas de la ciudad. Por esta razón entró Haradín en Túnez sin perder ninguno de sus hombres, pasando seguidamente a cuchillo a todos los defensores. Naturalmente no transfirió el reino al crédulo Al-Raschid, que desapareció sin que nadie supiese nunca qué fue de él. El reino de Túnez lo ofreció el *Kapudán Pachá* a su nuevo amo para agrandar el Imperio otomano. Con esto creció la fama de Barbarroja ante el soberano de la Sublime Puerta y se acrecentó el terror entre los cristianos.

El antiguo pirata y hoy almirante general de la armada otomana no carecía de dotes de estratega y lo primero que hizo fue fortificar *La Goleta*, que daba entrada a las defensas del país. Pronto empezó a rumorearse que desde *La Goleta* marcharía sobre Sicilia y luego sobre Nápoles. Todas las alarmas se encendieron en las naciones cristianas y todos volvieron sus ojos al emperador Carlos V y a España para defenderlos del peligro del *Kapudán Pachá*.

* * *

Dejamos a Miguel de Piedrola como aprendiz del buen ollero y como tal permaneció dos años, pero aburrido de la tranquilidad bucólica del campo, de los trinos de los pájaros, de los troncos de leña, del barro y del carbón, abandonó un día a su amo y sin siquiera despedirse se dirigió hacia la costa en busca de aventuras. Después de varios días de caminata, se dio cuenta de que no podría llegar muy lejos sin comer e intentó buscar un nuevo patrón a quien ofrecer sus servicios. Andando por territorios desconocidos halló una pequeña iglesia en la que se aventuró a entrar. Estaba abierta y a pesar de que casi no había otros feligreses más que unos ancianos, el sacerdote estaba celebrando misa. Tan pobre y remota era la iglesia que el celebrante no tenía a nadie que le ayudase en el altar.

El sacerdote se volvió hacia los fieles:

—*Orate, fratres: ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*

. —Para su sorpresa oyó una voz juvenil que contestaba con firmeza:

—*Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis...* —y así fue contestando la misa hasta el final. Terminada la celebración, el anciano sacerdote se dirigió al joven Miguel con curiosidad:

—¿Quién sois y cómo viene a ser que conozcáis el latín? —El joven tenía hambre, así que contestó modoso.

—Reverendo padre mío. Soy un huérfano que fue criado por un arcipreste, pero él también falleció. He sido aprendiz de un ollero, pero él ya no necesita un aprendiz y me ha despedido. Se venden pocas ollas de barro, las mujeres hoy día las prefieren de metal; esas, aunque más caras, duran más. Ahora, buen padre, voy buscando otro amo para no morir de hambre.

—No morirás chico, al menos no hoy. Comerás conmigo —suspiró el buen hombre—, compartiremos lo poco o mucho que haya. Mi feligresía

es pobre y muy reducida. Aquí no hay pie de altar, ni limosnas, ni diezmo alguno, ni primicias. A veces me traen alguna cebolla, nabos, ajos, habas de Judea... Yo mismo cebo trampas para conejos o liebres, y doy gracias a Dios si cazo alguna. Vamos. —Después de dejar sus vestiduras de celebración salió de la iglesia y cerró con llave la puerta—. ¿Cómo os llamáis?

—Miguel, como el arcángel, santísimo padre.

—¿Dejaos de tonterías, no soy «santísimo padre», ni siquiera «santo padre», que lo es el papa de Roma. Simplemente soy don Ezequiel.

—¿Ezequiel habéis dicho?

—Sí, Ezequiel, como el profeta. ¿Qué tiene de raro?

—Buen padre, Ezequiel es mi Ángel de la Guarda, mi profeta.

—¿Cómo que «mi profeta»?

—Sí, señor cura, es mi profeta, se me aparece de vez en cuando y me habla. —Sin duda, pensó el anciano sacerdote, el chico es devoto y al tener hambre se imagina cosas. Él mismo a veces se imaginaba sentado a la mesa delante de un capón asado, aunque cada vez le era más difícil imaginarlo: hacía tanto tiempo que no probaba uno que ya se iba olvidando su sabor.

Marchando juntos y charlando al tiempo, se les hizo corto el camino. Pronto llegaron a la morada del clérigo. Era una casa que había visto mejores días, pero una casa sólida. Tenía dos pisos, lujo inusitado, y varias ventanas con rejas. A Miguel se le antojó un palacio.

—Vamos, entremos, hay sitio de sobra. Esta casa era de mis padres y aquí viví de chico con mis hermanos y mis abuelos. Ahora está desolada, pero sigue teniendo muchas habitaciones y muebles, así que hallaremos algún sitio para vos... si no os importa que haya ratones...

—¡Qué me van a importar las pequeñas criaturas de Dios!

—¡Cuán piadoso os veo, pequeño amigo! —Sin duda Miguel tenía una especial habilidad para caer bien a la gente. Sabía por instinto qué decir en el momento oportuno, pero también era cierto que era un chico piadoso. De su convivencia con el arcipreste don Juan de Órbigo, su primer tutor, le había quedado un cierto gusto por la oración. Luego la soledad del oficio de ollero le llevó a meditar largos ratos y a veces en sus meditaciones venía Ezequiel y le animaba a seguir rezando.

La casa, como había dicho el sacerdote, era grande y se hallaba por dentro como se veía desde fuera: descuidada, y casi diríamos desvencijada.

El bueno de don Ezequiel, mientras ponía la mesa, le explicó al joven que su feligresía había desaparecido poco a poco. No hablaba con muchas personas y tenía ganas de charlar.

—Antes había bastante gente en este pueblo, Santa María del Buen Río —explicó mientras ponía sobre la mesa media botella de vino y un pedazo de queso—. Pero Dios permitió que el río se secara, con lo que la tierra se hizo más difícil de cultivar, no pudiendo regarse las huertas. Luego las sucesivas levas se llevaron a casi todos los jóvenes, y los que quedaron se fueron con sus padres y madres a otros lugares más poblados en donde no fueran conocidos y pudieran pasar desapercibidos por el sayón real. El hambre, las enfermedades y la peste hicieron el resto. —Miró con tristeza a través de la ventana—. Esto es lo que queda de aquella próspera aldea: media docena de viejos con sus recuerdos y yo mismo. —Volvió a la realidad—. Sentaos, Miguel, sólo hay queso y vino... y aceite. De eso no me falta nunca.

—¿Y cómo viene a ser eso, don Ezequiel? —preguntó el chico tomando asiento—. El aceite es bien muypreciado... y nada barato. —Sin esperar respuesta se sentó y alargó la mano—. Venga ese queso, buen padre, os aseguro por las ánimas del Purgatorio, que tengo mucha hambre.

Don Ezequiel repartió el vino y el queso, no muy abundante por cierto, entre ambos. No había olvidado el comentario del chico.

—Ya os dije que esta casa fue de mis padres, y antes de mis abuelos. Aquí hubo lagar y almazara, había cosecha de uvas de vino y buenas aceitunas que daban un aceite excelente. Mis padres tenían un molino en el antiguo cauce del río hoy casi seco. Esta casa tiene sótanos —continuó el sacerdote mientras comía parsimoniosamente, arrancando con pequeños pellizcos unos trocitos al queso—, sótanos muy extensos, profundos y frescos, bodegas y pasillos interminables que en su tiempo albergaron ristras de morcillas e hileras de pernils. —Pareció que recordaba su infancia y sus ojos se hicieron soñadores, como quien recuerda algo lejano y placentero—. En las bodegas entonces se guardaba el vino en grandes cubas y barricas, y también el aceite. Las cubas y las barricas guardaron vino, sí, pero se acabó. Hace tiempo que están vacías, viejas y casi todas resquebrajadas; pero las tinajas de aceite, será porque el óleo lo impide, no se han roto y aún quedan muchas llenas de él. No se lo he

contado a nadie, porque tenía miedo de que viniesen a robarlo, pero vos no diréis nada a nadie, ¿verdad? —Su voz era suplicatoria. Quizá había hablado demasiado ante este joven desconocido.

—¡No, claro que no, don Ezequiel! —Miguel tenía el intelecto rápido, como suele suceder cuando uno es joven y ha pasado muchas necesidades—. ¿Pero habéis pensado que con algo de aceite no necesitáis pasar penurias?—Sé que vale su peso en oro, pero ¿a quién he de venderlo,

joven amigo? Aquí no queda nadie. Los que quedan hacen su propio aceite y no compran nada. Ni podrían aunque quisiesen.

—Comamos, don Ezequiel y si me mostráis dónde, yo dormiré, estoy muy cansado porque he andado muchos días hasta hallar un buen corazón que me diese posada, como vos lo habéis hecho. Yo os ayudaré, ya veréis que el Señor os recompensará por vuestra bondad.

Don Ezequiel llevó al chico hasta una habitación en el piso alto donde una enorme cama con varios colchones esperaba que alguien la ocupase. De un arcón extrajo unas mantas. Al sacarlas un enjambre de polillas salió volando, asustadas al ser molestadas en su labor destructiva. Las mantas tenía más agujeros que tejido, pero al fin eran mantas.

—Sacudid los colchones, Miguelillo, hay muchos ratones y sin duda habrán hecho su nido en la lana. —Y así era, los colchones eran la cómoda vivienda de muchos ratoncillos y de sus camadas, unos ratoncitos rosados y desnudos del tamaño de la punta de un dedo meñique. Miguel examinó los colchones y rompió la tela por donde se veían agujeros, y al fondo de cada túnel halló confortablemente instalada una familia de roedores. Por fin le pareció que ya había ahuyentado a toda la población ratonil. Don Ezequiel hacía rato que se había retirado y estaba solo. Se tendió sobre la cama y se tapó con las agujereadas mantas. Sobre la cama un crucifijo de palo velaba su sueño. Se durmió enseguida y, como de costumbre, el profeta Ezequiel le vino a ver. Le tomó de la mano y ambos salieron volando por la ventana. Llegaron al mar, que brillaba porque el sol se quebraba, brillante, sobre las olas. Miguel nunca había visto el mar y se maravilló.

—Ángel Guardián, ¿todo eso es agua?

—Sí, y mucha más que hay en todo el mundo. Muchísima más. Venid, hay algo que quiero mostraros. —Y tirando de su mano por el cielo azul le llevó hasta un puerto en donde muchísimas naves estaban ancladas junto a la bocana. Ellos estaban muy altos y lo veían todo muy claramente, aunque

muy pequeño. Un poco lejos, en alta mar, había otras tantas naves, o más; barcos de todas clases, como esperando a que los otros salieran de puerto, entonces empezó a llover. El cielo se hizo negro y con la tempestad muchas naves se hundieron, un agujero negro se tragó el mar y todo quedó desértico, como tierra calcinada.

—Vámonos —dijo Ezequiel—, ya no hay nada más que ver.

Cuando despertó asustado se vio junto a él al sacerdote que le sacudía por un hombro.

—Vamos, vamos, no es nada, no gritéis, ha sido un sueño, un mal sueño. Despertad ya, habéis dormido día y medio. Os pondréis malo si dormís más. Venga, hoy tenemos suerte, he cazado una liebre y hay ajos, y aceite. Comeremos liebre al ajillo, y cebollas, y una feligresa me ha traído un poco de pan. ¡No nos faltará de nada!

Miguelillo se espabiló repentinamente. Era joven y se dio cuenta de que había dormido lo suficiente y tenía hambre.

—Perdonad, don Ezequiel, estaba muy cansado. Espero no haberos incomodado con tanto sueño.

—¡Qué va! Pero bajad, me ayudaréis a desollar al conejo ese.

—¿No era liebre?

—¡Liebre o conejo, que más da!

Ambos se pusieron manos a la obra.

—Don Ezequiel, el pan que tenéis, ¿es duro?

—Algo duro, sí, ya tenía algunos días cuando Adelina lo trajo, pero es bueno y aún se puede comer majándolo en caldo.

—Entonces, si me dejáis, mientras vos preparáis la liebre, yo haré sopas de pan y ajo, me salen buenas. Era lo que comía casi siempre en casa de mi amo —explicó mientras se aplicaba a pelar los dientes de ajo—, el ollero de quien os hablé. Además, si tenéis aceite, saldrá de chuparse los dedos, y si queda habrá para cenar. —El sacerdote le alargó una alcuza llena de aceite espeso y verdoso. El chico lo olió: tenía un olor profundo y agradable.

—Es estupendo. El mejor para sopas de pan. —Se aplicó a hacerlas en una olla de barro que encontró—. Ya sé que los pucheros son más rápidos, pero mi amo el ollero decía que no hay

comida como la que se hace en cacharros de barro, así que sé hacerlas en barro, no en otra vasija. No os importa, ¿verdad?

Cada uno se aplicó a su plato y al cabo de un tiempo un excelente olor salió de la cocina.

Seguro que hacía tiempo que don Ezequiel no había puesto mesa con mantel y todo. Unas escudillas con una pequeña cenefa al borde hicieron su aparición.

—Eran de mi madre, las apreciaba mucho, pero la ocasión lo merece. ¿Verdad?

—¡Claro que sí, don Ezequiel! Y si os agenciáis pan de vez en cuando, mejor duro, tendremos siempre sopas de ajo, con eso no se muere nadie de hambre, ¡os lo garantizo! Y si no aquí estoy yo para dar testimonio, que he sobrevivido con ellas...

La liebre, bien frita con sus inevitables ajos, también resultó apetecible. Un vaso de vino para cada uno terminó por llenar de gozo el corazón de ambos comensales.

—Demos gracias a Dios, que ha llenado nuestra mesa de viandas. Ayer no teníamos nada y hoy nos sobra de todo. Mañana, Dios dirá.

—*Ecce sic benedicetur omnis homo, qui timet Dominum: et videas filios filiorum tuorum: pax super Israel*

—dijo Miguel de Piedrola con toda sencillez. Era su acción de gracias por el alimento recibido. Pero el bueno de don Ezequiel se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es eso que decís, Miguelillo?

—Una corta oración, parte del salmo 127.

—¿Y cómo un chico sin educación viene a saber tal cosa? —interrogó cada vez más intrigado el sacerdote.

—No las he aprendido, me las ha comunicado mi Ángel Guardián, el profeta Ezequiel. —El clérigo se santiguó, ojalá el chico no fuese Satanás en persona, enviado para tentarle; o peor, para conducirlo a la perdición. Pero se tranquilizó pronto, el chico no le había tentado con nada, sólo había rezado en latín. Sin duda su primer mentor se lo había enseñado y él creía que se lo había enseñado su Ángel de la Guarda.

Limpiaron lo que habían usado y don Ezequiel guardó con cuidado los cuencos herencia de su madre.

—Don Ezequiel, ¿hay algún pueblo no demasiado lejos de aquí? —preguntó al día siguiente el chico.

—A una jornada hay uno que llaman Zubielqui. ¿Os queréis marchar? —Pero Miguelillo lo negó con la cabeza

—No don Ezequiel, quiero llevar algo de ese buen aceite que tenéis para vender. Necesitaré un recipiente que cierre bien, que coja un azumbre o dos cuartillos. Iré hasta lugar ese, Zubielqui, e intentaré venderlo. —Luego preguntó con cierta preocupación:

—¿Sabéis lo que vale un cuartillo de aceite? No quisiera que algún aprovechado nos estafara. —Pero don Ezequiel meneó la cabeza de lado a lado.

—Lo siento, nunca he comprado aceite. Ni vendido tampoco. Y no se me ha ocurrido preguntar...

—No importa. ¿Tenéis una medida de cuartillo?

—Sí, de eso sí hay —dijo complacido el clérigo—. Antes, cuando yo era niño, se vendía aceite en esta casa y aún debe de haber en la bodega algunas medidas para vino y aceite. —Se fue a buscarlas y al rato regresó triunfante soplando el polvo de unos cacharros de barro y de hojalata.

—Aquí están. Medidas de las buenas, comprobadas por el zabazoque, en sus tiempos. Ocho de estos azumbres hacen una cántara. Vamos a lavarlos, están horribles de polvo.

A la mañana siguiente, después de misa, el bueno de don Ezequiel acompañó a Miguel de Piedrola un rato por el camino. En un recodo se paró y señaló hacia delante, en dirección norte.

—Siempre derecho, hijo mío, sin salir del camino principal. Cuando lleguéis a un cruce, tomáis el camino de la derecha, de vuestra derecha, de la mano con que os santiguáis y persignáis. De allí, sin salir de ese sendero se llega a Zubielqui. No tengáis prisa, ni os metáis en líos. Si os roban, no os asustéis y volved. Yo quedo rezando a la Santísima Virgen por vos.

—No temáis por mí don Ezequiel, he estado solo mucho tiempo en el monte, cuidando el horno de las ollas de mi amo. No me perderé ni me pasará nada.

Y así el joven, con una pequeña jícara bien tapada con un corcho y escondida, por lo que pudiera suceder, en un mugriento hatillo, echó a andar hacia Zubielqui. Le parecía que era un gran comerciante. Se sentía dueño del mundo.

* * *

Cuando el emperador Carlos se enteró de que Barbarroja había fortificado el puerto de *La Goleta*, supo que no se podía perder ni un segundo.

Convocó las Cortes para exponer el peligro y pedir financiación y al tiempo envió a *La Goleta*, como si fuese un comerciante, a un criado suyo de origen genovés que hablaba a la perfección varios idiomas y en quien confiaba plenamente. Llamábase este Luis de Prendes y había vivido muchos años en el norte de África, conocía sus costumbres y sus dialectos, y a este encomendó que fuese a asesorarse de la amenaza real que constituía la fortificación de *La Goleta*. No solo había de sondear la situación, sino sobornar con precaución y sigilo a quien hubiese lugar y fuese útil, todo para saber el peligro real que suponía la acción de Barbarroja.

Tan pronto como llegó a Túnez, el experimentado soldado y fingido comerciante se dio cuenta de la importancia de las obras que había efectuado el *Kapudán Pachá*, pues no contento con fortificar *La Goleta*, había hecho excavar una gran zanja a modo de foso entre la fortaleza y la ciudad y en esta zanja entraba el mar llenándola de agua sin fin. El largo de este enorme foso era de más de tres leguas y en su anchura podría navegar un barco mediano. El avezado Luis de Prendes se dio cuenta de que aquello era ni más ni menos que un puerto artificial que podría servir de escondite o refugio seguro a una flota. Asustado por lo que había visto, el mismo día de su llegada hizo marchar al supuesto mulero que con él había venido con noticias de lo que habían descubierto. Y gracias a Dios que lo hizo con tal celeridad, pues por desgracia al día siguiente fue reconocido por un morisco español, pirata de Barbarroja, y el infeliz Luis de Prendes fue degollado y sus restos arrastrados por las calles de Túnez y finalmente lo que quedó de él, quemado en las afueras de la ciudad. Nada más pudo contar a su señor que tanta confianza había puesto en él.

La noticia del foso de *La Goleta* llegó al Emperador, llenándole de recelo y aprensión. Pensaba en sus posesiones de Cerdeña, Sicilia, Calabria, en los dominios de Italia y de África y aun en las costas de España. Era imprescindible formar cuanto antes una liga contra el pirata Barbarroja. Había que empezar hoy mismo. Con premura envió una carta para el príncipe Andrea Doria, otra para su embajador en Roma, el conde de Cifuentes y otra para el pontífice. Era terminante. Todos habían de prepararse para salir a la mar contra el *Kapudán Pachá* y, si fuese necesario, contra la Sublime Puerta.

III

Miguel de Piedrola, vendedor y mendigo. ¡Todos contra el pirata Barbarroja!

«[...] asentó como ollero, y pareciéndole que no le llamaba aquel oficio, se había ido a una aldea [...] donde el cura por aprovecharle le dio el azeite»

DEJAMOS A NUESTRO MIGUEL DE Piedrola intentado vender en Zubielqui algo del aceite que guardaba en grandes tinajas el anciano sacerdote, don Ezequiel. Y no le fue mal en su idea. Antes de empezar la venta, fingiendo ser un comprador, preguntó en un puesto cuánto valía un cuartillo de buen aceite. El vendedor, que le vio cara de pobre, mal vestido y peor peinado, ni se dignó contestarle. El buen aceite era para los hijosdalgo que podían pagárselo o para los campesinos que hacían su propio aceite y que, aunque no lo compraban, sí sabían apreciarlo. El resto se tenía que conformar con recuelos, verdes y espesos, de la pasta de las aceitunas de donde se había extraído el aceite de calidad buena y mediana, o comer con grasa de cerdo o sebo. Pero el chico insistió:

—¡Vamos, maese aceitero, no porque me veáis con cara de pobre lo es mi ama, que es la que me envía!

—¡Vaya! ¿Y quién es vuestra ama, si puede saberse? —El vendedor empezaba a estar interesado.

—Eso no os importa. Quiero saber en cuánto vendéis el cuartillo de un aceite no peor que este que ya he comprado. Le mostró la jícara y, quitándole el tapón, invitó al vendedor.

—Meted un dedo y probad la calidad. Seguro que de este no tenéis. —Curioso, el hombre metió un dedo en el aceite y luego lo frotó con el pulgar.

—¡Buen aceite, sí señor! Algo espeso y resbala como la seda —se acercó los dedos a la nariz y lo olió con fruición—. ¡Ah, huele aún mejor! ¿Quién os lo ha vendido, hijo mío?

—No soy vuestro hijo; hace poco no me queríais decir lo que costaba un cuartillo por pareceros yo demasiado pobre. Ahora que veis que no lo soy, ya me llamáis «hijo». Vamos, decidme qué cuesta un cuartillo de aceite como este.

—Dos reales de vellón un azumbre. No como ese, pero el que yo vendo no es mucho peor.

—Pero ya veo que no es mejor. Será sin duda bastante peor. ¿Qué dirías si os vendiese medio azumbre de aceite como este?

—Si lo habéis robado de vuestra ama, no vale ni la mitad.

—Si lo hubiese robado, maese aprovechado, seguiría siendo buen aceite y valdría lo que valiese el que es no robado.

—Tres reales medio azumbre, y ya estaría bien pagado. El aceite es bueno de verdad, y está reposado, eso no es común hoy en día. Os lo pago con justicia, no se puede pagar más. Yo también he de hacer ganancia.

—Tres reales y medio y no discutimos. Además, si quedo contento, os puedo traer otro tanto cada semana. ¿Os interesa?

El comerciante abrió los ojos como platos. Le convenía un suministro regular de este excelente óleo. Aunque fuese escaso, era un portento; no lo había catado tan bueno en muchos años. No importaba que fuese sólo medio azumbre a la semana, ya tenía en mente a quién vendérselo. Se lo quitarían de las manos, haría buen negocio y además se ganaría la voluntad del cliente en quien pensaba.

—Hacemos trato. Dadme pues el aceite prometido. —Pero Miguel desconfiaba del hombre.

—Que vea yo el dinero antes. El aceite está, bien medido, en esta jícara. Sacad vuestra medida y yo sacaré la mía, está contrastada por el zabazoque y marcada a fuego, así que no tiene duda alguna. Es de ley.

El hombre empezó a pensar que quizá el joven no era tan cauto, ni bobo, ni pobre, como había imaginado. Si tenía un juego de medidas

contrastado por el zabazoque, sin duda su padre, o su amo, era un comerciante honrado y de importancia.

—Me fío, hijo, de vuestra medida, si decís que es dos cuartillos esa jícara, la compro.

—La jícara no va en el trato, solo el aceite. Tomadlo y ved que no hay agua debajo y que todo el aceite es bueno. Pero antes quiero el dinero, si no quiebro la jícara, a mí no me importa. —Y diciendo esto hizo ademán de estrellar el jarrillo.

—¡Ni se os ocurra, chico! —Sacó una faltriquera y de allí unas monedas que contó con cuidado—. ¿Cuánto dijimos? ¿Tres reales?

—Tres y medio, buen padre.

—Sea, dadme el aceite.

—Dadme el dinero.

—Así no vamos a terminar en todo el día. Yo quiero el aceite, pero además me interesa que me traigáis más, así que si no os pago no volvéis y yo pierdo un buen negocio por dos cuartillos de aceite. —El chico pareció pensarlo y vio que el hombre tenía razón. Le alargó la jícara.

—Vaciadla con cuidado, la aprecio mucho. —El hombre le dio el dinero prometido y vació el aceite en un recipiente. Justo la medida. Era oloroso y de bello color. Lo elevó hasta sus ojos, lo miró y lo olió de nuevo.

—¡Buenísimo! ¿Dé donde viene?

—Eso no os lo puedo decir, maese comerciante. Pero volveré por aquí con más aceite. ¿Medio azumbre a la semana?

—¿No puede ser un azumbre?

—Con dos cuartillos daos por satisfecho.

—Sea, dos cuartillos, medio azumbre. Hasta la semana que viene.

—No tan rápido, además de vender quiero comprar. Necesito harina, sal, una hogaza, si la hay, y dos manzanas de esas que veo en aquel montón.

—Para que veáis que os tengo buena voluntad, os cobraré todo menos las manzanas, que son de mi huerto. —Sacó un pan de un cajón de madera—. Tenéis suerte, ha venido hoy. El pan de este pueblo es de lo mejor. Tierno y compacto.

El bueno de don Ezequiel no podía dar crédito a sus ojos. Harina, sal, manzanas, pan tierno y aun tres reales y algunas monedas de cobre. Era milagroso.

—¿Cómo lo habéis hecho, no lo habréis robado, ¿verdad?

—¿Cómo se os ocurre, lo gané con el aceite! Ya os dije que era bueno.

—Será así —dudó el sacerdote—, yo siempre he comido de éste, así que lo hallo sin ningún mérito especial.

Por un tiempo, el joven marchó cada semana hasta el pueblo de Zubielqui y los reales no dejaron de llegar hasta que un día don Ezequiel dijo que ya no necesitaría más por un largo tiempo.

—Ya veis, antes no tenía a nadie que me trajese dinero y vivía más o menos bien. Dios me proveía de todo, y aunque escaso, nunca me quedé sin comer. Ahora tengo ahorros por si me hacen falta. Podemos comprar por un largo tiempo pan y con ajos y aceite hacer esa sopa que tan bien sabe y sobrevivir muy bien. No quiero que vayáis más por los caminos, un día os asaltarán.

Y así cesaron los paseos a Zubielqui y el mozo, después de misa, en lugar de pasear y comprar pan, pasaba las mañanas aprendiendo latín y gramática. Don Ezequiel sólo quería devolverle en educación lo que el joven le daba en compañía, pero daba la casualidad de que Miguelillo odiaba la gramática latina y aunque aguantó más de un año, y aun dos, con don Ezequiel, un día después de hacerse la cama y barrer la casa, sin despedirse del buen cura, cogió sus pertenencias y se fue rumbo al mar. No lo conocía pero siempre iba en su busca.

Ahora tenía algún dinerillo. Don Ezequiel, a quien todo le sobraba, se lo había dado, así que de vez en cuando compraba ajos y pan y con una ollica que tuvo la precaución de traer consigo y un poco de yesca para hacer fuego no pasó hambre como le había sucedido en otros tiempos. Encontró un oficio a su gusto: mendigo, y mientras buscaba el mar mendigaba y veía las maravillas del Señor.

Enormes montañas nevadas en la lejanía, saltos de agua, abismos sin fondo, flores de mil colores, mariposas y aves diferentes y pueblos, muchos pueblos; y gente, mucha gente. Por la noche buscaba un lugar seguro, se envolvía en su mugrienta capa aguadera y dormía soñando con Ezequiel, su Ángel Guardián. O quizá no soñaba y era en verdad el profeta Ezequiel el que venía y le urgía a ir al mar sin pérdida de tiempo. Pero también mendigar era agradable. De vez en cuando hacía un trabajillo para ganar algo, lo suficiente para comprar ajos y pan. Alguna vez se alquiló como pastor de cabras y tanto le gustó que estuvo dudando

en hacer del pastoreo su oficio definitivo, pero el profeta por la noche le recordaba que había de ir al mar y al fin, con pesar, se despidió de su amo y de las cabras. Siguió andando, la vida era hermosa y la libertad perfecta. Así, sin saberlo, cumplió catorce años.

Un día se percató de que por su camino, «camino del mar» lo llamaba él, iba mucha gente, y al parecer gentes de armas.

—¿Sucede algo? —preguntó a unos jóvenes como él.

—¿De dónde venís que no sabéis que hay una leva general? El Emperador ha hecho proclamar que contratará a cuantos hombres quieran enrolarse en la marina.

—¿En la marina, significa eso que es para ir al mar?— ¡Claro, tonto! ¿En dónde ha de estar la marina? Hay que luchar contra Barbarroja, el rey de los piratas. Pero iré al mando de la flota el príncipe Andrea Doria, y él podrá contra el infiel bandido del mar y, si Dios lo permite, le hundirá todos sus barcos.

Y es así como Miguel de Piedrola se halló apresurando el paso hacia Barcelona por ver si aún podía embarcar en alguno de los barcos del glorioso Emperador. No sabía cómo había que enrolarse, dónde había de dirigirse, por quién había de preguntar, ni si pagaban por ello. Todo ello le era indiferente, estaba seguro de que le esperaba su destino. Al fin estaría en el mar y vería brillar las olas.

Esa noche se lo contó a Ezequiel.

* * *

El Emperador lo había preparado todo. Él mismo se vino desde Viena, en donde estaba luchando contra el turco, para ponerse al frente de sus hombres. Por medio de sus enviados y sus órdenes despachadas a lo largo y ancho de su imperio, a principios de 1535 tenía ya preparados dos mil quinientos españoles de los veteranos de Nápoles, ocho mil tudescos de Alemania al mando de Maximiliano Ebersteno, más otros ocho mil italianos y unos diez mil españoles de la península. Los mandos los constituían veteranos caballeros de la nobleza que ya habían probado su valor en la pelea y su habilidad en la estrategia.

Eso en cuanto a hombres, pero la batalla necesitaba de barcos y así se reunirían en Barcelona: nueve galeras de la flota papal; de Génova

vino el marqués del Vasto con cuarenta y cinco naves gruesas y algunas muy hermosas carracas; en las naves del marqués venían ya embarcados y listos para el combate los ocho mil alemanes y dos mil quinientos españoles, estos últimos veteranos de las guerras de Italia; el príncipe Andrea Doria trajo consigo diecisiete galeras, y en ellas venían mil ochocientos hombres experimentados en la mar; Nápoles participó en esta fuerza colosal con cuatro galeras; don Álvaro de Bazán aportó quince galeras con su dotación completa; los grandes señores de Italia pusieron entre todos sesenta galeras; el rey de Portugal, no queriendo estar ausente de esta guerra de cristianos contra el pirata ismaelita, envió veintitrés carabelas, todas muy ataviadas con banderolas y gallardetes que tremolaban al viento; de Vizcaya vinieron a Barcelona veintitrés zabras

y dos galeones, llevaban como hombres de armas unos mil quinientos hombres; de Barcelona y sus costas se reunieron ochenta escorchapines, los que llevarían en sus vientres a los caballos y otras cargas necesarias para la manutención y aprovisionamiento de tantos hombres de guerra.

De comida y agua no podemos hacer lista pues sería interminable, había en cantidad cosas como calabazas, barriles y botellas para agua; grandísima abundancia de bizcocho, tocino, cecina, queso, habas, garbanzos y otras legumbres; vino, vinagre, aceite, manteca, higos, pasas, almendras y frutos secos abundantes y de buena calidad que venían de Nápoles y sus alrededores.

Todos los reyes cristianos aportaron lo que pudieron y se unieron en juramento para derrotar al criado del *padishá*, el pirata Barbarroja, ahora conocido como el *Kapudán Pachá*. Todos menos el rey de Francia, el rey Francisco I, que se negó a unirse a los demás y que, no contento con ello, entró en comunicaciones e intercambios con Solimán y con Barbarroja y les advirtió de lo que los demás preparaban, dándole detalles de las intenciones y arreglos que contra ellos se habían pergeñado. Y es que la envidia del rey francés contra Carlos V era ilimitada y cualquier cosa que minase su poderío le era agradable al rey de Francia.

Tantas naves, aunque muchas venían con sus tripulaciones, necesitaban todavía hombres para servicios de la mar. Grumetes, ayudantes, marmitones, fregonos, aprendices, remeros y aun galeotes eran necesarios. Miles de hombres y jóvenes se acercaban a Barcelona a fin de ofrecerse para embarcarse contra el pirata musulmán. Entre ellos un joven de catorce años: Miguel de Piedrola.

En Barcelona y en sus alrededores había gran expectación, se sabía que el emperador había ya abandonado Madrid dejando a su esposa la emperatriz como gobernadora de España y él mismo ya estaba en camino. Muchos de los grandes señores y parte de la flota había llegado antes que el emperador.

Allí estaba el Príncipe de Melfi, caballero del Toisón de Oro desde 1530, Andrea Doria, Almirante Mayor, Gran Canciller del Reino, y Marqués de Cursi. Había llegado el príncipe con treinta galeras suyas, y una de ellas era de cuarenta remos, la más hermosa y bien artillada, y entoldada de paños ricos. Era una de las más bellas que jamás se vio, para que en ella pasase la persona de Su Majestad; tanto era el lujo dispendioso en aquella nave que los galeotes que remaban en ella iban vestidos de raso, y los soldados de seda y de recamados muy costosos y lucidos. De lejos se distinguían sus galeras en perfecto orden, estibadas y artilladas y adornadas cada una como una novia, distinguiéndose entre todas la nave capitana por el flamear de sus veinticuatro banderas de tela de oro que mostraban las armas del emperador.

Allí, junto a Doria, estaba el infante don Luis de Portugal, hermano de la emperatriz, con sus veinte carabelas al mando del general Antonio de Saldaña, acompañado de la flor y nata de la nobleza y la juventud lusas; Los portugueses, acostumbrados al mar, causaban sensación por sus hermosos barcos y sus lujosos atuendos. Iban a la guerra como quien va de fiesta.

Allí esperaba Álvaro de Bazán, con las galeras españolas encomendadas a su mando, que las de vela eran tantas que sus palos semejaban un bosque y el espacio que necesitaban los galeones para los remos era tan grande que no se pudieron acercar al puerto. Y no seguimos en la enumeración de los que allí había, por no hacer interminable el relato.

Cuando llegó el emperador se hizo una parada en tierra y el lujo y la riqueza se codeaban con las ansias de gloria. Los señores, los príncipes y los grandes, los ricohombres del reino, los caballeros del Toisón de Oro, los de Calatrava, los de Alcántara, los de Montesa, los de Santiago, los duques y los marqueses, los condes y vizcondes, los generales y almirantes, los adelantados de Castilla, de Andalucía, de Murcia y de la Frontera,

y tantos y tantos otros, hicieron alarde de su poder y de la vistosidad de sus trajes, sus pendones, sus armas y sus hombres de acostamiento.

Los nobles más significados del reino también desfilaron con sus ejércitos propios, precedidos de sus reyes de armas y sus persevantes. Allí se lucieron los duques de Alba y Nájera, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el conde de Niebla, don Luis de Ávila, don Fadrique de Toledo, comendador mayor de Alcántara, y don Fadrique de Acuña, que después fue conde de Buendía, y tantos otros rivalizando en riqueza y gloria.

Les seguían bandadas de clérigos que rezando en latín imploraban del cielo una vuelta victoriosa de la católica grey. Que el Emperador volviese cubierto de gloria. Que los barcos no conociesen la derrota, que los hombres volviesen sanos y salvos, que el pirata fuese vencido y que, por fin, los pacíficos comerciantes pudieran surcar las aguas sin peligro.

Los ciudadanos se agolpaban viendo pasar tal desfile, aplaudían y les tiraban flores y sus voces les aclamaban y exhortaban a ser valerosos. En las ventanas, aquellos que podían, habían colgado tapices, unos con sus armas y otros con escenas de la mitología, como era la moda en las

grandes casas. En muchos lugares se exhibían las armas imperiales. En Barcelona no se podía andar por la calle porque todos querían tomar parte, aunque fuese como espectadores de aquel memorable espectáculo.

Y aquel 14 de mayo de 1535, el emperador se mostró a la gente en toda su grandeza, su poder y su riqueza. Nunca se vio tal gala en los trajes y libreas, en las vestiduras de los hombres que con él iban y en las gualdrapas de los caballos y en todos los paramentos. Y en el bosque de sedas y terciopelos, de brocados y géneros de seda y satén, y de armas que brillaba como la plata pulida, destacaba el emperador, vestido de terciopelo carmesí y sobre él una media armadura de gala, que parecía batida por Vulcano, tal era el primor de los ornamentos, con el rostro de la Gorgona y sus cabellos de sierpes sobre una superficie bruñida como un espejo. Llevaba el soberano la cabeza descubierta, coronada la testa de rizos rojizos, y en la mano un cetro grande y pesado en forma de maza de hierro sobredorado, fingiendo las armas de un nuevo Hércules. A su lado, dándole escolta y compañía, marchaban sus pajes, a modo de

perseverantes, cada uno portando las armas que su señor tenía derecho a ostentar en la guerra: de Castilla, de León, de Galicia, de Mallorca, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas Canarias; de Barcelona, de Vizcaya, de Molina; de Atenas y de Neopatria; del Rosellón, de Cerdaña; de Oristán y de Gociano. De Austria, de Borgoña, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Flandes, de Habsburgo, de Hainaut, de Holanda, de Zelanda, del Tirol y Artois, de Amberes y Malinas. Tras ellos, otros pajes llevan el resto de las armas del emperador: uno el yelmo, otro la lanza, otro la jineta, aquel la rodela, el de más allá la ballesta, no faltaba el que portaba el arcabuz y el del arco y las flechas. Todo de oro.

La vista de aquel espectáculo incitó tal ardor y entusiasmo en la gente de Barcelona que cuando se dio la orden de embarcar, entraron en tropel no sólo los soldados y la marinería y chusma en general si no miles de ciudadanos sin contrato alguno ni utilidad y aun mujeres de todas las clases sociales. Desde altas señoras llenas de fervor hasta las ramerías del puerto. Nadie quería quedarse en tierra. Hubo de demorarse la partida porque se hubieron de bajar a los polizones.

Dos días antes de que zarpare la flota, nuestro Miguel de Piedrola halló en una plazuela una mesa de enganche.

—¿Es aquí en donde apuntan a la gente para ir a la mar? —El oficial le miró de arriba abajo. Parecía un chico sano.

—¿Sabéis a dónde vamos? —Miguel le miró sorprendido.

—¡Creí que vos lo sabrías!

—Pues claro que lo sé, bobo. Os pregunto si sabéis a lo que os vais a enfrentar.

—Sí, mi señor. Vamos a la mar.

El oficial no quiso saber más. El chico, si no muy listo, parecía fuerte y de esos hacían falta.

—¿Qué sabéis hacer?

—Lo que me manden y sopas de ajo.

—Bien. De momento, pinche de cocina. ¿Vuestro nombre?

—Miguel de Piedrola. —El oficial lo apuntó con hermosa letra: Miguel de Piedrola. Pinche de cocina y ayudante general para el fogón—. ¿Conocéis a alguien que haya embarcado en algún barco?

—No, señor.

—Está bien, iréis a la nave capitana, la de su excelencia don Andrea Doria: *La Bastarda*. Allí hay una gran cocina y necesitan refuerzos. Medio ducado.

—¿Os tengo que pagar medio ducado? —Lo dijo con voz incrédula.

—No, simple, que os pagarán medio ducado cuando desembarquéis —se rió con ganas el oficial—, si aún estáis vivo. Dadme la dirección de vuestros padres, si morís se les pagará a ellos.

—Soy huérfano, señor.

—No importa, ¿a quién hemos de mandar el dinero?

Se acordó de don Ezequiel.

—A don Ezequiel, el cura de un pueblo que se llama Santa María del Buen Río, cerca de Logroño. —El oficial de enganche lo apuntó cuidadosamente. Luego le alargó un billete doblado que previamente había timbrado con su sello y cera—. Esto es vuestro billete de embarque, dádselo al hombre de la escalerilla de la nave capitana. En ese papel está el enrolamiento, vuestro destino en la nave y lo que habéis de ganar. Se os dará un adelanto cuando zarpéis. Adiós y que la virgen del Carmen os bendiga. —Miró a la fila que aún esperaba tras el chico—. ¡El siguiente!

Sin esperar ni un segundo, el joven Miguel de Piedrola se dirigió al puerto. A un hombre que le pareció con aspecto marinero le preguntó:

—¿La nave capitana?

—Está en alta mar, no puede llegar hasta aquí, no hay calado.

—¿Qué no hay qué...? Bueno, no importa. ¿Cómo llego hasta allí? Ese es mi destino.

—No os preocupéis, chaval. Mañana y tarde viene una falúa con las insignias de don Andrea Doria y recoge a los hombres que han bajado a tierra y a los que se han enrolado. Quedaos por aquí y así no la perderéis. Estaos atento, suena una fanfarria cuando se aproxima a tierra porque algunos no la conocen —le miró de arriba abajo—, como vos, supongo. La capitana se llama *La Bastarda*. ¿Os acordaréis?

IV

El primer trabajo de Miguel de Piedrola en la cocina y con los galeotes.

La Armada de la cristiandad llega a *La Goleta*

«Esa tan poderosa armada que habéis visto venir no la veréis volver. Y cuanto mayor sea, tanto más rico despojo espero de ella»

EL JOVEN PIEDROLA FUE DESTINADO a las cocinas, y quedó muy sorprendido al ver el lujo de estas. Los cocineros vestían de raso y casi no tocaban los alimentos, siendo sus ayudantes y los asistentes de estos los que vigilaban y supervisaban de cerca la elaboración de los alimentos. Los grandes cocineros mandaban como un general a su tropa sin hacer nada ellos mismos, sólo probar el punto de los manjares. Se habían embarcado exquisiteces para la mesa del almirante de la flota y para Su Serenísima, Cesárea y Católica Majestad Imperial. No faltaban pichones vivos en jaulas, y perdices y aun faisanes. Corderos, lechones, fruta de diversos países. Barricas con los más generosos vinos, harinas que se transformaban en pasteles y bizcochos y envolturas suaves y jugosas para los asados.

Cada comida era un festín con muchos y variados platos, pues dos o tres no satisfacían a los comensales y a sus invitados, que venían de otras naves todos los días para ser agasajados en la nave capitana, *La Bastarda*. Allí se sacaban a la mesa no menos de dieciséis o diecisiete platos en cada comida e infinidad de dulces y postres. Vinos, licores y aun cervezas, porque si venían los tudescos la preferían sobre las otras bebidas y porque también a Su Majestad Cesárea le gustaba una cerveza

de vez en cuando; aunque, al modo de los hombres del norte, la tomaba no fría sino más bien tibia.

En las enormes cocinas se madrugaba mucho, desde las tres de la mañana se empezaba a preparar lo que sería el menú: los cocineros lo discutían minuciosamente para ver, acto seguido, si había elementos suficientes para elaborar lo proyectado.

El dispensero mayor, con sus llaves al cinto, abría la gran despensa y sacaba de los armarios con ayuda de sus asistentes todo lo pedido, contado y pesado. Se anotaba la salida en un libro y se hacía cuenta de lo que iba quedando.

El bodeguero escogía las bebidas apropiadas a cada plato, según el menú de cada día, y los licores para los dulces y golosinas.

Los reposteros también proyectaban sus complicados postres y había de medirse la harina, la mantequilla, la olorosa miel de flores, el carísimo azúcar que venía de las Indias, los huevos por docenas. Luego se escogían las especias adecuadas: la canela, la cúrcuma, el clavo de olor, la pimienta rosa, el jengibre y los aromas a azahar, a rosa, a jazmín, a violeta, que se usaban en la dulcería y en los bizcochos rellenos de miel o de cabello de ángel. Y se pesaba cuidadosamente la levadura que se guardaba con harina amasada en un cajón templado haciendo madre de un día para otro.

Desde muy temprano se empezaba a proyectar la comida y la cena. Y el desayuno, que empezaba a servirse al romper el día, pues no todos los señores caballeros se levantaban al mismo tiempo. Miguel compartía faena con un enjambre de jóvenes como él que realizaban labores según se les pedía:

—Antoñete. ¡Al fuelle! —Y Antoñete se hacía cargo de mover el enorme fuelle que avivaba el fuego de alguno de los fogones.

—Juan, id a fregar el suelo de la entrada, se ha caído un huevo y se puede resbalar alguien y romperse la crisma. —Y hete aquí como el llamado Juan iba con trapos y un cubo a dejar la entrada limpia y seca. ¡Y ay de él si no quedaba a satisfacción del jefe!

Otros jóvenes se encargaban de dar de comer grano a las aves vivas para que se conservaran gordas y jugosas; también había que darles de beber. Nunca faltaba trabajo y todos y cada uno, desde los cocineros a los más ínfimos subalternos, se creían con autoridad para mandar sobre los ayudantes de tercera. Eran los últimos en acostarse, pero se levantaban dos horas más tarde que los demás porque los más madrugadores eran los cocineros con sus ayudantes de planificación del menú; no era este oficio de los ayudantes de tercera, ni eran útiles para ello. Además, seguramente, alguien había pensado que eran demasiado jóvenes para acostarse pasada la medianoche y levantarse a las tres.

Y se acostaban tarde porque tras la comida llegaban, literalmente, cientos y cientos de hermosos platos llenos de sobras a los cuales, bajo supervisión, había que vaciar y proceder luego a lavar la vajilla; primero con agua de mar, hasta que quedaba limpia, y luego con agua dulce. Lo mismo las cucharas y tenedores y cuchillos. Estos cubiertos se contaban al poner la mesa y luego al guardarlos, si faltaba alguno se rebuscaba en la basura (que nunca se tiraba por la borda hasta terminar de fregar) hasta que aparecía. Y no era en vano, pues eran de oro macizo. No pasaba lo mismo con los platos, que eran de finísima loza, adornados con el escudo del Emperador o de Andrea Doria, según quien fuese el anfitrión del día; no se contaban los platos, pero si alguien rompía uno se llevaba una regañina, y si rompía varios al tiempo un castigo, desde no comer ese día hasta algunos pescozones y cachetes. Cuidado especial merecían las bandejas, de loza y de plata, para los que había personal especializado por su gran tamaño y por lo elaborado de sus adornos. Las cocinas y sus aledaños eran todo un submundo, un pequeño universo laborioso.

Miguel de Piedrola estaba maravillado. La mejor vajilla que hasta entonces había visto en su vida eran las escudillas del sacerdote Ezequiel, quien le había explicado que eran herencia de su madre. Nunca había visto vasos de cristal y de auricalco, o copas ribeteadas de oro o plata e incrustados con piedras preciosas. Excepto, claro, por los bellos copones o cálices de las iglesias, pero esos eran para el Rey de Reyes. Ahora se dio cuenta y aprendió que tales cosas existían para gente de carne y hueso, nacidos de madre mortal, y que para algunas personas este lujo era el pan nuestro de cada día y que estas no soñarían en beber en vasos de madera o de barro, o al menos esto es lo que creyó el joven a la vista de tanta magnificencia.

Como compensación a tanto trabajo, en la cocina se comía de lo bueno lo mejor, pues si bien no se podía trincar un capón antes de que apareciese en la mesa, siempre sobraba abundantemente de todo lo que se

sacaba para los comensales. De vuelta en la cocina había de sobra para todos. Allí probó Miguel de Piedrola todas las exquisiteces del mundo, como si él fuese el mismísimo Cesáreo Emperador. Tuvo algún problema con el cocinero jefe porque este era napolitano y, aunque solía hablar en español, a veces se le olvidaba y daba las órdenes o indicaciones en italiano y aun en su dialecto natal. Si no era obedecido inmediatamente soltaba una ristra de maldiciones en todos los idiomas. Lo más ligero y leve era *¡Figlio de la grandísima putana!* De ahí hacia arriba hasta el alto cielo. Miguel se maravilló del amplio abanico de insultos y maldiciones que existía en italiano.

No obstante el gran cocinero jefe, vestido de raso azul y con un pañuelo blanquísimo al cuello y su trapo a la cintura, cogido en su ancho fajín de honor, no era mala persona. Piedrola osó preguntarle un día:

—Señor cocinero, mi amo, ¿sería su excelencia tan amable de decirme quién me podría enseñar el idioma italiano? —El cocinero, que se llamaba Giulio, se echó a reír de buena gana.

—Tontuno, yo no soy «excelencia», si acaso «maese Giulio». —Parecía divertido. Hacía calor y la comida ya estaba casi terminada en las marmitas y cazuelas—. Salgamos a la puerta a respirar un poco. —Se abanicó con su paño blanco—. ¿Qué me preguntabais? Se me ha olvidado.

—Os preguntaba, mío señor, si alguien podría enseñarme el idioma italiano. —El cocinero jefe se extrañó, era la primera vez que le hacían tal pregunta. A veces algún joven interesado le había consultado por el punto exacto de la salsa holandesa, o cuánto tiempo había de quedar en el horno un cabrito para estar tierno y jugoso; pero para aprender su hermoso y dulce idioma, nadie se había interesado antes.

—¿Y para qué quiere un inútil como vos aprender italiano? —En realidad no era eso lo que quería decir, pero le salió la respuesta algo agria.

—Pues precisamente, maese Giulio, para no ser un inútil. Aprender idiomas me vendría bien si quiero ser hombre de mar.

—¡Ah, conque al joven ayudante le gustaría ser hombre de mar! ¿Y qué clase de hombre de mar queréis ser?

—No lo sé aún, no los he visto a todos —dijo con inocencia el joven Miguel—. Cuando tenga más experiencia lo sabré. Quizá capitán.

—¡Ah, pues en ese caso veo que os será de provecho el aprender italiano! Los capitanes deben de saber idiomas. Van de un lado a otro y

se hablan muchas lenguas en el mundo. —No sabemos si el maestro cocinero hablaba en serio o en broma—. Pero debéis saber, joven amigo, que antes de nada habéis de aprender latín, que es el idioma de los embajadores y el lenguaje en que se entienden los cristianos ilustrados de todas las naciones del globo, y aun los mahometanos lo aprenden para hablar con nosotros.

—Pero maese Giulio —arguyó con algo de impaciencia el joven—, latín ya sé. Y gramática, aunque —añadió avergonzado— nunca me gustó. —El maestro cocinero abrió sus ojos con sorpresa.

—¿Que sabéis latín? ¿Y leer y escribir?

—Claro, maese Giulio, sin eso no habría podido estudiar gramática.

—¿Y de números? ¿Qué sabéis de números?

—Las cuatro reglas, mi amo.

—Vamos adentro... ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Miguel, mi señor amo.

—Vamos dentro, Miguel, que hay trabajo, pero después que se haya servido la mesa de los príncipes y hayáis comido, no os quedéis a fregar los platos, venís a verme.

Y así Miguel de Piedrola hizo un amigo, un extraño amigo, pues en el barco la diferencia social entre el cocinero jefe y un ayudante de tercera era como la del general y un galeote. Pero como quiera que fuese maese, Giulio le tomó bajo su protección y como conocía a gente importante en el barco, pronto apareció un italiano que había dado clases a hijos de nobles españoles en la mismísima Roma y que ahora, llevado de su espíritu aventurero, se había enrolado.

Desde que el cocinero jefe se enteró de que un chico ayudante de tercera, allí en sus fogones, sabía latín y las cuatro reglas, quedó impresionado; nunca se había topado con nada igual y como en Génova tenía una familia y muchos hijos, tomó a este como sustituto de alguno de ellos. Era más duro como padre que como cocinero jefe.

—Os haré honor, muchacho, y os tomaré a mi servicio directo. No obedeceréis a nadie más que a mí. Yo os daré trabajo suficiente, pero también os haré aprender italiano, árabe y turco. Yo soy el cocinero personal del príncipe Andrea Doria, y él me aprecia, hemos estado juntos muchos años, en la paz y en la guerra, en barcos y en tierra, en tiendas de campaña y en palacios. Y aunque os sea difícil de entenderlo ahora, hemos pasado

hambre juntos —lo pensó un momento—, harta hambre, sí señor. La guerra tiene eso. —Cambió de tono—. Tengo una cierta autoridad, sin excederme, claro. Os traeré a más de un profesor de italiano, a un turco renegado que siempre viaja con nosotros en la mar. Es primoroso en su oficio, hace velas y cuerdas, calabrotos y estachas, pero como ahora las nuestras aún son nuevas, no hace falta ni fabricarlas ni repararlas y está mano sobre mano; él os podrá enseñar turco y árabe, es hombre culto y os hará trabajar mucho, pero me fío que pronto podréis al menos defenderos en esos idiomas. A mí me los enseñó, pero claro, yo tengo facilidad para los idiomas —presumió el cocinero con un atisbo de jactancia juvenil—. En fin, no tendréis descanso, pero si os quedáis conmigo y no queréis ser cocinero, seréis, ¡vive el cielo!, un capitán como deseáis, y podréis decir que os habéis educado para la mar bajo el palio del príncipe Andrea Doria, señor de los mares. Cuando estéis preparado, yo os llevaré hasta él.

Miguel de Piedrola no se atrevió decir nada, estrujó sus manos sin contestar. La cara de maese Giulio era seria y el joven supo que lo que decía era completamente en serio. Tuvo miedo, era el destino el que le hablaba.

—¡Ah! —continuó el cocinero de Andrea Doria—, y otra cosa, si no rendís lo que yo pienso que podéis rendir, os mandaré a lavar la cubierta el resto del viaje, haga sol o lluvia, y las letrinas de la tripulación situadas a proa, y os despedirán al llegar a puerto! Tendréis que buscar apoyo en otra parte si queréis ser capitán. Y no os creáis que todo va a ser suave y fácil, no; desde luego que no, a los jóvenes hay que exigirles mucho para que den lo mejor de sí. Desde ahora os doy como trabajo y obligación dar agua cuatro veces al día a los galeotes.

—¿Agua a los galeotes?

—Sí, ¿pasa algo?

—No mi señor, anoche el profeta Ezequiel me dijo que haría servicios en la cámara de boga y no le creí.

—¿Y qué tonterías son esas del profeta Ezequiel? ¿No seréis un loco?

—No mi amo, desde pequeño mi Ángel Guardián se me aparece en sueños, y se llama Ezequiel. A veces me lleva a sitios lejanos y a veces me habla de cosas que sucederán.

—Bien, lo dejaremos para otra ocasión y me contaréis más de vuestro ángel, por ahora es mejor que no digáis nada a nadie del tal ángel.

Os podrían tomar por loco o por iluminado, y sería peor. —Cambió de tono—. Os llevaré con Cómodo, él os enseñará como dar agua a los remeros. Todo el rato que no estéis con Cómodo y con los galeotes estaréis en mi recámara estudiando idiomas ¿De acuerdo? ¡Ah, se me olvidaba, ya no dormiréis con la chusma! Vendréis a mi recámara, soy el único tripulante sin título que tiene una para sí solo, el espacio es un lujo en una nave de guerra. La estancia es pequeña, pero al menos no os roncarán ni os molestarán pies y alientos fétidos. Donde hay humanidad hay malos olores —hizo gesto de asco, como si oliese algo desagradable—. Haré que os pongan una colchoneta y alguna manta, dormiréis en el piso, junto a mi catre, no hay sitio para más. ¡Ah, y os bañaréis cada día con cubos de agua de mar! No aguanto los malos olores.

Miguel de Piedrola se echó de rodillas al suelo y pretendió besar la mano de su benefactor.

—Bah, dejaos de tonterías. Ya maldeciréis el día que me conocisteis. ¡A trabajar! ¡Zape, a buscar a Cómodo, está en cubierta a la entrada de la escalera que conduce a la cámara de boga! Os espera ya. ¡Fuera! —Le dio un pescozón que el chico en su fuero interior agradeció como una caricia. El rudo cocinero le pareció una bendición del cielo.

Piedrola sintió curiosidad por ver el mundo inferior de la galera. Sabía que allí muchos hombres remaban afanosos para que el navío avanzase cuando no había viento que hinchase las velas, o cuando aun habiéndolo no era suficiente y había que ayudarse del remo, o cuando además del viento se necesitaba velocidad suplementaria, por ejemplo en el ataque con espolón. Entonces el cómitre gritaba con fuerza:

—¡¡Halar por los remos!! —que es tanto como decir «tirar fuerte», y los remeros daban toda la fuerza que tenían al remo, hasta que el golpe terrible les avisaba que ya el espolón había chocado con otra nave o hasta que se les avisase de parar por haber marrado el blanco. No sabía mucho más, esos pequeños datos se los habían comentado en las cocinas.

Todo el mundo en tierra sabía que los galeotes eran gente mala, penados por muchos delitos, asesinos, ladrones o condenados por la Santa Inquisición. Pero aquí le habían dicho que los galeotes del príncipe eran voluntarios, gente que se había enrolado espontáneamente por un viaje o por más. Que se les pagaba con generosidad y que, terminado su compromiso o contrato, eran libres de irse donde quisieran. Nadie les perseguía ni la justicia les esperaba en puerto ni sayón alguno les buscaba en nombre del rey, nuestro señor natural.

El joven Piedrola corrió hacia la escalerilla en donde le esperaba el tal Cómodo. Atravesó la cubierta, donde algunos hombres se afanaban en restregar los tablones con cepillos de duro esparto, y llegó a la abertura que conducía a las entrañas del barco. Un hombre de edad indefinida le esperaba con unas cubas.

—¡Venga! —Le alargó un cacharro como una cacerola honda y un cucharón—. Llevad esto, yo llevaré la cuba —le miró de arriba abajo—, no creo que pudierais vos con la cuba del agua. — Empezó a bajar la escalera—. Por aquí, muchacho. —El contraste entre la luz cegadora del sol en cubierta y la penumbra del interior de la nave hizo que de momento Piedrola no viese nada. Bajó con cuidado, casi a tientas los estrechos peldaños. Un olor acre y nauseabundo le llegó a la nariz. Hizo un gesto de repugnancia y un escalofrío recorrió su cuerpo. Oyó la voz de Cómodo. Él obviamente veía mejor que él en la repentina oscuridad.

—¡Vaya, se ha ofendido el olfato del niño! ¡Qué blando sois! Sabed que este barco es el mejor de los mares, lo que os ofende es el olor al sudor de los remeros. En este barco se limpia el suelo de la sentina, se baldea con agua todos los días. Cosa que no se hace en ningún navío, en donde los remeros hacen sus necesidades en el suelo mientras reman. Aquí se deja que los galeotes suban a cubierta y se desahoguen en las letrinas de proa.

Habían llegado abajo. La galera de Andrea Doria era de las más grandes, en la cámara de boga había no menos de cuarenta filas de galeotes a cada lado. Cada remo era manejado por seis remeros. Los bancos de remo, notó el joven con sorpresa, no estaban colocados de modo perpendicular a los costados del barco, si no que formaban ángulo con estos, a modo de espinas de pescado. Entre los remeros de babor y los de estribor se elevaba una especie de pasadizo que recorría la cámara de un extremo a otro. En este mismo momento no remaban porque no hacía falta y ahorraban su esfuerzo para cuando fuese realmente necesario. El cómitre vigilaba con ojo de halcón que ninguno abandonase su sitio. Debían de estar listos para empezar a bogar en cualquier momento.

—¡Eh, aguador! —gritó uno—. Habéis tardo mucho, tenemos sed. ¡Nos quejaremos al emperador! —Una gran risotada siguió a la broma del remero.

—¡Silencio! —gritó a su vez el cómitre, dando un golpe en el tambor que le servía para señalar el ritmo del remo—. De ahora en adelante, este joven ayudará a Cómodo, que no se da abasto con vosotros, así que en lugar de quejaros debéis estar agradecidos. Dirigiéndose al joven inquirió—: ¿Cómo os llamáis, muchacho?

—Miguel de Piedrola, para servir a vuestra merced. —Ahora la risotada fue general—. ¡Vuestra merced, vuestra merced! —Corearon los remeros retorciéndose de risa. El cómitre pareció incómodo.

—Menos charla y al trabajo.

El llamado Cómodo puso la tinaja en el suelo y pidió a Miguel que hiciese lo mismo con su olla o recipiente. Cogió su tinaja y volcó la suficiente agua como para llenarla.

—Yo tengo mi recipiente aquí, colgado de una alcayata, y mi cucharón, así que yo empiezo por un lado y vos por el otro. ¿Entendido? Cada hombre puede beber cuanto quiera, pero al menos han de beber un cazo completo, si no se desmayan al remar. Sudan mucho y el cuerpo se seca. ¡Hala, vamos! Los hombres sentados en los bancos soportaban mucho calor. Aun en invierno los cuerpos sudorosos, el espacio pequeño y la mala ventilación se aunaban para que el calor fuese asfixiante. Casi estaban cuerpo con cuerpo y sólo la práctica les hacía remar como una máquina sin chocar unos con otros. Piedrola se fijó que los remeros no llevaban ropa, sino una entrepernera negra, de raso. Uno de los hombres vio la extrañeza del joven y le dijo:

—¿Qué os parece el uniforme? ¿Queréis probarlo? —e hizo ademán de quitárselo. Sus compañeros celebraron la gran broma riendo hasta casi caer al suelo desde sus asientos.

El batir del remo había de ser siempre exactamente paralelo y su coordinación había de ser perfecta porque el espacio para meter la pala en el agua era de menos de un par de palmos. Si un solo remero soltase el bogo, o no remase conjuntado con los demás, la pala chocaría en el agua con las de sus vecinos provocando un desastre. En cuestión de segundos toda la banda dejaría de remar, rotos los remos al haber chocado unos contra otros. Si esto ocurriese durante una maniobra delicada,

como un ataque con espolón o un viraje para esquivar a un enemigo, las consecuencias podían ser fatales. Por eso no se tripulaban las galeras reales con esclavos ni con forzados, porque de esos hombres no se podía confiar en su fidelidad.

Piedrola avanzó a lo largo del pasillo que había entre los bancos; era estrecho y resultaba difícil moverse. Apenas mediría a lo ancho una yarda. Una y otra vez sumergía el cucharón en su recipiente y esperaba con paciencia a que el hombre de turno bebiese a placer. Hoy hacía buen día y el barco sólo se movía un poco, oscilando de proa a popa, se preguntó cómo podría repartir el agua cuando la mar estuviese picada o se encontrasen bogando en batalla. Prefirió no preocuparse por esos pensamientos. «Ya cruzaremos esos puentes cuando llegemos a ellos», pensó.

Terminada su labor preguntó a Cómodo cuándo había de volver.

—Cuando oigáis la campana de medio día y luego la de la tarde y luego antes de dormir.

—Creí que eran cuatro veces.

—Así es cuando hace calor, ahora aún no lo hace.

—¿He de ayudaros en algo más?

—De momento no, si necesito más se lo diré a vuestro patrón.

—¿No hay que lavar los receptáculos?

—¿Los qué?

—Los cacharros en que llevamos el agua.

—Solo se lavan cuando hacen costras. El agua es preciosa. Cada gota cuenta. —Piedrola se acordó de cómo en la cocina se lavaba la vajilla con agua de mar y luego se enjuagaba con agua dulce, pero no dijo nada.

Recordando lo que le había dicho maese Giulio, corrió a su camarote y allí ya le esperaba el primero de sus maestros. Dio clase hasta que oyó la campana de medio día, se disculpó y salió corriendo. Agua para los galeotes. Luego corriendo otra vez a la cocina por ver de comer algo, terminó su comida y otra vez al camarote; el turco le esperaba con cara de malas pulgas. A media tarde, agua para los galeotes y más clases. Cena y a dormir. El cocinero le miró con mirada amable mientras el joven, rendido, dormía en el suelo a pierna suelta.

—Seréis capitán, y aun general —dijo para sí. Se arrebujó en su camastro y él también se durmió, había de levantarse antes de que rayase el alba, cuando todavía brillaba en el cielo la estrella polar.

La enorme flota avanzaba hacia su destino. Había veinticinco mil infantes embarcados, dos mil caballos, cuatrocientas veinte velas entre bergantines, galeras, galeones, carabelas, fragatas, fustas y tafurcas.

Habiendo salido de Barcelona el 30 de mayo, arribaron a Cagliari el 11 de junio, en donde se les unieron algunos efectivos y naves de Nápoles y Sicilia; de allí salieron a la mar yendo en vanguardia los portugueses y en retaguardia don Álvaro de Bazán. Andrea Doria y el César navegaban en medio. El calor empezaba apretar. Hacía días que los galeotes bebían cuatro veces. Por fin llegaron a la costa africana y, por decisión de los estrategas, una parte del ejército desembarcó en Utica y el resto se dirigió a las ruinas de la antigua Cartago, en donde plantaron sus tiendas de campaña.

—Que los hombres del Marqués del Vasto y los del señor de Aguilar vayan a reconocer *La Goleta*.

Esta fue la orden del César. Mientras los del Vasto y los de Aguilar iban a cumplir órdenes, el campamento se organizó lo mejor que fue posible, pero el calor hacía imposible cualquier comodidad. El sol *inmisericorde* hacía que las lonas de las tiendas fueran como difusores de calor. Ni siquiera bajo ellas se hallaba alivio. Todo el día y toda la noche soplaban una brisa como la que sale de un horno, pero cargada de arenilla fina que enrojecía los ojos y hacía que las viandas, al comerlas, crujieran con la arena, y es que esta se pegaba a las narices y a los dientes. Y no importaba cuán bien se tapase una cazuela, en el fondo siempre se hallaba la maldita arenilla. Y en las camas, y en la ropa, y en el pelo. Los cristianos empezaron a maldecir de esas tierras tan inhóspitas y de ese clima tan aborrecible. *La Goleta* distaba del campamento solamente unas cinco millas, así que Barbarroja se enteró enseguida de la llegada de la armada cristiana. No dio crédito a lo que le comunicaron sus espías: que el emperador de los cristianos en persona iba la cabeza de la armada.

Bravucón y jactancioso dijo a su informador unas palabras que han pasado a la historia.

—No importa, yo os prometo que esa tan poderosa armada que habéis visto venir no la veréis volver. Y cuanto mayor sea, tanto más rico despojo espero de ella. —Pero enseguida empezó a hacer los ajustes necesarios para afrontar la situación.

Llamó con urgencia a las naves que tenía en los alrededores haciendo el oficio que les había hecho famosos: el de piratas. Mientras, entretuvo a las naves sitiadoras con amagos como si fuese a abandonar puerto y hacerles frente, pero al fin no se consolidó ninguna salida verdadera. Sólo hacía tiempo para reunir a su gente y hacer planes para la defensa de *La Goleta*.

Llamó al *diwan al-yund*, o ministro de las tropas, y le pidió un rápido recuento de las fuerzas disponibles. El *diwan* le contestó que en ese momento podían disponer de ocho mil turcos que habían venido con el Pachá, más ochocientos jenízaros, siete mil flecheros moros de las defensas locales, otros siete mil armados de lanzas y azagayas, y ocho mil jinetes alárabes que montaban a pelo como los antiguos nómadas. Estos eran rápidos en el ataque y maestros en la retirada, al estilo de los torna-fuye de los antiguos cristianos de Spania. En total más de treinta mil hombres; sin contar los que se pudieran reclutar, los que llegasen voluntariamente y los que se pudiese convocar, si había tiempo, de lugares cercanos.

Desconfiado por naturaleza, el Pachá hizo encerrar en una torre a todos los cristianos que pudo capturar en Túnez y en *La Goleta* y luego arengó a sus capitanes.

—Nos traen a la puerta misma de nuestra ciudad cientos de ricos barcos, miles de espléndidos rehenes, mucha gloria por ganar, y actos muy piadosos que los buenos musulmanes pueden hacer para la mayor alabanza del Profeta (¡Bendito sea su nombre!). ¡Habrá un enorme botín y lo repartiremos entre los bravos que lo ganen! ¡Por tierra y por mar, los acosaremos y no dejaremos que vuelvan a Sicilia, a Nápoles, a Castilla o a Portugal...! —Y así les estuvo animado durante un largo tiempo, incitándoles a la batalla y azuzando su codicia. Al fin las palabras del Pachá surtieron efecto y los hombres gritaron excitados con grandes alaridos batiendo sus armas contra los escudos, y juraron que los sitiadores no volverían y que los barcos tan hermosos y lujosos que veían a tiro de piedra serían pronto de ellos para luego presentarlos al Magnífico *padishá* Solimán, el señor de la Sublime Puerta. Pero lo que los barcos contenían, así como los rescates de los reyes y príncipes, serían su recompensa. Así se lo prometió el Pachá. Estaba en una situación complicada y prometer no costaba nada. Dejó la defensa organizada y se volvió a Túnez; él

establecería la segunda línea de defensa por si *La Goleta* caía en manos de los cristianos.

Una nave de los coaligados se acercó hasta muy cerca del puerto y empezó a bombardearlo. Era la excelente y altiva nave del infante de Portugal, hermano de la emperatriz. Era un gran galeón con doble fila de cañones y empezó a vomitar fuego por ochenta bocas grandes y sesenta pequeñas.

Los galeotes no tuvieron que esforzarse mucho. Llegaron cerca a fuerza de velas y luego remararon un poco para colocarse en posición de tiro y lejos del alcance del fuego de los piratas. Los cañones de los portugueses eran de mayor alcance que los de los piratas y podía disparar sin que se llegara a ellos desde la costa. No obstante estaban listos para reaccionar en cualquier momento, pues podía ser que los defensores del puerto saliesen a por ellos y hubiesen de huir y buscar refugio en el grueso de la flota. Ese día y el anterior, a los galeotes se les había dado doble ración de potaje y de carne, por si necesitaban esa fuerza suplementaria.

El mismísimo príncipe portugués había bajado a la cámara de boga sin hacer notar que el hedor que despedía le molestase en lo más mínimo.

—Mañana, hijos míos, empezaremos a atacar a los piratas —había comunicado el infante a los remeros—. Esta tarde podéis salir en turnos a confesar y comulgar en cubierta. No esperamos morir pero es bueno estar en gracia de Dios, por si nos llama ante Él. Atacaremos de lejos así que no hay peligro, pero hay que prepararse por si acaso.

Si hay algún penado entre vosotros, se le perdonará la mitad de la pena al fin de la guerra, entremos o no en batalla. Que mi escribano tome nota —se volvió a un individuo que, con la cara verde como si estuviese mareado, le acompañaba. Éste escribió lo que decía el príncipe—.

Don Manuel anotará el nombre de los penados, si los hay. Ni hoy, ni de ahora en adelante se encadenará a los hombres al banco; si somos abordados, se os dará armas y lucharéis como lo que sois, hombres fuertes y valientes. De los que entren en combate, los que sobrevivan tendrán la libertad al fin de la guerra y se les pagará como si se hubiesen embarcado por un jornal, como hombres libres. A los que vienen por paga, si toman parte en la lucha, cobrarán como galeotes y como soldados. Si alguno, penado

o libre, se comporta mal, será ejecutado en el acto. —Con estas palabras salió siendo ovacionado por sus portugueses.

Después de varias horas de bombardeo el barco se retiró sin más. Nadie salió a hacerles frente. Tras esta acción se empezaron una serie de incursiones de hostigamiento, pero los musulmanes siguieron sin hacer acto de presencia. Las fuerzas coaligadas comenzaron a impacientarse. El calor apretaba, julio estaba más que mediado y las arenas soplaban fuego día y noche. En el campamento, en tierra, estaba su Cesárea Majestad, el Emperador, que no quiso estar mejor que sus hombres, aunque en el bajel habría estado más cómodo y más fresco.

—Un general no tiene el respeto de sus soldados si se comporta como un blando —dijo—. En toda mi vida he estado en mil batallas y nunca mis hombres pueden decir que les abandoné. En el calor y en el frío, en verano y en invierno, en la lluvia y en el viento, estaré junto a ellos. Eso les da valor y a mí me hace sentir bien.

Al campamento llegaban cada día refuerzos de las tierras circundantes, muchos no habían podido ir hasta Barcelona y llegaban ahora a marchas forzadas. Albaneses, aventureros, otros de Italia, de Cerdeña, de Córcega... al fin se juntaron en el campamento hasta cincuenta mil hombres. En el mar se balanceaban casi quinientas embarcaciones. Una fuerza temible.

Mientras tanto Miguel de Piedrola, que había desembarcado con el cocinero, no tenía nada que hacer más que estudiar, y a ello le obligaba maese Giulio.

—Si queréis ser capitán, habréis de prepararos, si no seréis un pillastre y un mendigo en cualquier sitio. —El turco se afanaba en enseñarle cada extraña letra con muy hermosa caligrafía que más bien parecía un dibujo, y se las repetía en turco y en árabe. El italiano era más ameno para el joven, pues al menos las letras eran las mismas que en castellano y que en latín.

Al avanzar los días, maese Giulio empezó a sufrir mucho para hacer sus comidas porque los elementos frescos se habían ido terminado y allí no había oportunidad de reponerlos.

—Esto ya me ha pasado en otras ocasiones —confesó al muchacho—. Ahora ya sólo tengo que cocinar para el príncipe y para el emperador y

para algún general que coma con ellos, porque ahora cada uno se une a sus hombres para darles ánimos y han traído sus propios cocineros.

Si en el barco el buen maese vestía de seda y no tocaba nada con sus blancas manos, ahora era él mismo el que se ocupaba de las marmitas y las cazuelas. Con un par de ayudantes se ocupaba de todo. Cuantos menos elementos había, más habilidad se necesitaba para hacer una comida algo atractiva.

—Ya no sé qué hacer —dijo un día desesperado—, se va acabando hasta la harina y el bizcocho, la sal y la cecina. A veces solo dependemos de la pesca para comer fresco, y no se puede prever qué se pescará; así es muy difícil proyectar un menú. Además —añadió—, aunque no se queja, sé que el pescado no le gusta al emperador. Pronto no sé qué comeremos, habrá que pedir a los guerreros de los barcos que salgan a pescar en alta mar. —Se rió tristemente—. ¿Se os ocurre algo?

—Bueno —dijo Miguel, que rebañaba su escueto plato—, mientras haya pan duro o bizcocho no pasaremos necesidad.

—¿Y eso? —se extrañó el cocinero.

—Durante muchos años viví de sopas de ajo. He visto ristras de ellos en la despensa.

—¿Ajos? Son para sazonar y dar sabor a los asados, pero no nos queda carne fresca. Son inútiles.

—¡No, por Dios! —dijo fervorosamente el chico—. Yo os aseguro que hacen la sopa más deliciosa del mundo.

—Pues me haréis algo de ella, quizá tengamos que sobrevivir de ese mejunje.

Y así el joven hizo la sopa que tantas veces había hecho en su vida. Con desconfianza, maese Giulio la probó y sorprendido dijo:

—¡Por las barbas de mi abuelo! Esto está muy rico. Mañana el emperador y el príncipe comerán sopas de ajo.

V

El sueño de Miguel de Piedrola. La toma de *La Goleta*

«¡¡*La Goleta* ha sido tomada!!»

UN ÁGUILA NEGRA SOBREVOLÓ UNA montaña rocosa. Abajo, entre las peñas, anidaban infinidad de águilas pardas. La más grande de ellas llevaba en el pico, a modo de un pan, una pieza que goteaba algo rojo. Allí donde caía ese líquido se levantaba una llama. El águila negra, sin dudarlo, se dirigió hacia donde estaba aquella otra que llevaba el nefasto pan de sangre. Sin temor se le enfrentó y ambas rodaron estrepitosamente por el cielo; con sus alas rompieron las nubes y una lluvia de estampidos, como truenos de una tempestad, rodaron por toda la tierra. Al cabo de un rato el observador pudo ver que el águila negra tenía dos cabezas y ambas estaban rematadas por una delgada corona de oro. El águila parda cayó al suelo sin plumas. Pero no había muerto. Con los alones pelados emprendió veloz vuelo, y se perdió en el horizonte color púrpura hacia poniente. La montaña había desaparecido bajo un montón de azagayas. Con esta visión se despertó gritando el joven Miguel.

—¿Qué os pasa, joven amigo? —Era el bueno de maese Giulio, que le sacudía por un hombro—. ¡Despertad, despertad, es un mal sueño!

Miguel se incorporó, ambos había sacado sus catres fuera de la tienda, en donde hacía mucho calor. Ahora, serían las primeras horas de la

madrugada, había refrescado un tanto y brillaban las estrellas en el firmamento. Los gritos del muchacho habían atraído la atención de uno de los centinelas, que acudió corriendo por si había novedades.

—¿Sucede algo? —inquirió preocupado—. He oído voces, como gritos...

—No ha sido nada —contestó el cocinero del príncipe Doria—. El joven ha tenido una pesadilla. Gracias por acudir tan presto, marchaos tranquilo. —Receloso, el centinela se fue, mirando de vez en cuando hacia atrás como para asegurarse de que todo iba bien.

—Y bien, Miguel, ¿qué os sucedía? —Le miraba con extrañeza, estaba acostumbrado a que de vez en cuando el joven hablase en sueños y aun a que se revolviere inquieto, pero lo de hoy era demasiado.

El joven sudaba por todos sus poros. Tenía los ojos extraviados y el corazón le latía como un potro a la carrera.

—Dadme un trago de agua, por favor. —El agua era escasa pero el compañero de Miguel vio que la necesitaba. Sin una palabra entró en la tienda y volvió con el recipiente del agua. El joven bebió un trago y luego dijo:

—Os relataré lo que vi. —No dijo lo que soñé, dijo «lo que vi» y maese Giulio notó la diferencia pero no dijo nada. Entonces le describió el sueño, lo del águila parda y el águila negra, el cielo roto, la sangre de la que salían llamas y el águila parda volando sin plumas.

—Me espantó que el águila negra tuviese dos cabezas... y me llenó de horror que el águila parda volase sin plumas.

—Vamos, querido hijo, vamos, no os lo toméis así. Los sueños son sólo sueños, a veces son horripilantes. Acostaos de nuevo y tratad de descansar, no os preocupéis de nada. —Se acordaba de sus hijos en Génova. ¿Acaso alguno se despertaba gritando y él no estaba allí para decirle que sólo era un sueño? Dio gracias a Dios de que la madre de sus hijos vivía con ellos; seguro que ella acudiría si alguno tenía pesadillas—. Bebed un poco más, este maldito calor nos cocina los sesos.

—Maese Giulio, no fue un sueño, lo vi. Tan claro como os veo a vos. ¿Por qué tendría el águila dos cabezas? Era un monstruo.

—No os preocupéis —intentaba tranquilizarle—, el águila de dos cabezas sin duda era el emperador, su escudo lleva un águila bicéfala, coronada en ambas cabezas. Ya veis, es un buen signo, un signo de los

cielos. Dice el sueño que atacará al águila sangrienta, que es sin duda el pirata Barbarroja, la hará caer y esta se precipitará al suelo sin plumas. Derrotada, sin duda. No hay razón para temer, son buenas nuevas. — Pareció pensar un poco—. No siempre fui cocinero, sabed que yo también fui soldado y de joven estuve en las guerras de Grecia y allí aprendí griego y más tarde pude leer a Artemidoro de Daldis, un hombre que nació dos siglos antes que Nuestro Señor y que escribió un libro famoso llamado *Oneirokritiká* o *La interpretación de los sueños*. Llegó a reunir más de 3.000 sueños de quienes le consultaban, y se interesó por lo que tales sueños representaban. Al fin encontró que hay sueños sin ningún significado especial, pero también que en la forma de sueños hay oráculos, visiones, fantasías y apariciones. Asimismo dice Artemidoro que hay sueños que predicen hechos futuros y otros que tienen que ver con el presente. —Miró dubitativamente al chico—. Quién sabe si sois oniromante sin saberlo... —Alegró la voz—. ¡En todo caso vuestro sueño es de buena ventura, triunfaremos sobre los piratas, ya lo veréis! ¡A dormir ahora, pronto amanecerá!

Tranquilizado el chico, volvió a dormir y ya no soñó nada más.

El calor era sofocante y no sólo los víveres escaseaban hasta el extremo de que se habían sacrificado ya varios caballos, sino lo que era peor, el agua dulce empezó a faltar. Los pozos estaban cerca, pero en poder de los piratas. Mientras se decidía una acción definitiva, los efectivos de Barbarroja habían aumentado extraordinariamente con gente llegada desde Alejandría: ahora sus hombres era alrededor de cien mil. Había entre ellos turcos, jenizaros, moros, alárabes, renegados cristianos y judíos y una multitud variopinta de guerreros, aventureros y piratas. Los caballos del Pachá eran en número de treinta mil. También los cristianos recibieron refuerzos: don Fernando de Alarcón, que venía rezagado de Italia, con hombres y tres galeras; don Pedro González de Mendoza, sobrino del duque del Infantado; don Fadrique de Toledo, hijo mayor del marqués de Villafranca. Todos estos, además de hombres, traían bastimentos, muy necesarios para los ya exhaustos sitiadores. Los recién llegados fueron muy bien recibidos, cada ayuda era valiosa porque también el enemigo había crecido mucho más de lo que se había calculado en un principio.

Por fin se decidió el ataque total y definitivo. Desde las embarcaciones artilladas se batió *La Goleta* en todos los puntos de su muralla y

los cristianos, cada uno bajo su capitán, avanzaron hacia las posiciones escogidas. Los cañones disparaban plomo o piedras, según su clase, y las bombardas esparcían por doquier sus terribles proyectiles mientras vomitaban fuego y estruendo. El humo casi convirtió el día en noche.

Desde *La Goleta* las naves piratas contestaban al fuego de los cristianos y algunos navíos de la flota imperial se fueron a pique, pero los piratas no se hicieron a la mar y no hubo batalla naval propiamente dicha. En tierra, los infantes de la alianza avanzaron invocando con altas voces al apóstol Santiago.

Desde unos olivares que hallaron en su camino, unas baterías que los filibusteros habían escondido entre los árboles empezaron a atacar a la vanguardia que acometía en formación cerrada. El marqués de Mondéjar se ocupó de arrasar este puesto y lo hizo con gran riesgo de su vida, yendo por detrás del olivar. Arrastrándose sigilosamente por la arena, dio un gran rodeo y así cogió a los artilleros desprevenidos y los degolló.

En medio del estruendo, el polvo y el calor, don Luis, el infante de Portugal, no se apartaba de su regio cuñado el emperador, y ambos, lanza en ristre, luchaban cuerpo a cuerpo como el que más. Cubiertos de polvo y de sangre, se abrían camino hacia la muralla, en donde esperaban que la tenaz artillería habría abierto brecha. Los soldados coaligados pasaron vallas, tapias, viñedos, zanjas y todo lo que se opuso a su arrasador ataque; nobles y plebeyos, grandes de España, soldados de Flandes, napolitanos y valencianos, vascos y castellanos, capitanes y soldados rasos, todos luchaban codo con codo contra la Sublime Puerta y contra los corsarios agarenos por su libertad en el mar y por no ser amenazados en tierra. Todos sabían como no hacía mucho había caído un imperio milenario: el Imperio romano de Oriente, Bizancio. Ahora era moro y estaba en manos de los infieles. En sus palacios y jardines se enseñoreaba el *padishá* Solimán. Santa Sofía había sido desacralizada y convertida en mezquita.

—¡Santiago! ¡Santiago! —Los gritos y alaridos de combatientes y heridos llenaban el aire con su estruendo. La tierra se llenó de sangre que prontamente se secó en el obstinado calor del día, y pronto sólo quedaron manchas oscuras y un terrible olor a muerte.

Repentinamente, para empeorar las cosas, estalló una tormenta de calor. Un viento feroz elevó remolinos de arena que impedían distinguir

entre amigos y enemigos; muy pronto, sin cesar el viento, cayó una tormenta de agua con enormes gotas tibias que no permitían casi abrir los ojos de tanta agua como caía. Se habrían abierto, quizá, las compuertas en donde se guarda el agua en el cielo y se precipitaba a raudales en la tierra reseca. Nadie podía seguir a sus banderas porque estas, mojadas, se pegaban al asta y no se veían a dos pasos. Empezó a cundir la confusión entre los hombres.

Los gritos de los heridos se mezclaban con los truenos y el ulular del viento, el suelo mojado hacía resbalar a los contendientes. Por un momento todo fue pánico y los cristianos flaquearon. Les parecía que el Señor Jesús les había abandonado, mientras las huestes del Profeta resistían y aun parecían empujar a los coaligados hacia atrás a pesar de todos sus esfuerzos por avanzar. Un grito vino a galvanizar las fuerzas del emperador.

—¡*La Goleta* ha sido tomada!!

A este grito respondió un alarido de victoria por parte de los cristianos y un ¡ay! de derrota por parte de los sarracenos. Estos, sabiendo tomada su avanzadilla y punto fuerte, iniciaron una huida sin orden ni concierto y, abandonando armas y artillería, corrieron por sus vidas. Centenares cayeron aplastados por sus correligionarios que les atropellaron en su huida y desbandada. Al ver cómo escapaban los suyos, Barbarroja, que dirigía las operaciones desde un altozano, supo que no había nada que hacer. Se había iniciado un pánico sin motivo, él lo sabía, *La Goleta* no había sido tomada. El Pachá saltó sobre su caballo *Hirsiz* (Ladrón), veloz como el viento, y desapareció buscando abrigo en la ciudad de Túnez. Juró vengarse, pero hoy había sido derrotado.

Y era verdad, *La Goleta* no había sido tomada. El príncipe Andrea Doria, viendo el desánimo de los cristianos había dado el grito:

—¡*La Goleta* ha sido tomada!! —Y ello fue suficiente para espolear a los caballeros de las fuerzas coaligadas y para derrotar a los sarracenos.

Esa noche, sin duda, el águila imperial desplumó al águila parda; pero esta, desplumada y todo, huida y vencida, ya pensaba en regresar.

Así se tomó *La Goleta* y con ella los pozos de agua dulce que tanto necesitaban las fuerzas de don Carlos. Animados, los soldados hicieron frente a los turcos que aún defendían parcialmente *La Goleta* y la tomaron por completo.

Unos días más tarde llegó al campamento del César una delegación mora, era el príncipe Muley, el anterior rey de Túnez, que venía a presentarse ante el rey de los cristianos. Caviló el emperador que le vendría bien en el trono de Túnez un rey amigo que le debiese el poder y así no tendría que distraer demasiadas tropas para sujetar un reino en un terreno enemigo. Si el moro reconocía el imperio de Carlos, el emperador le devolvería su antiguo trono, siempre y cuando se comprometiese a ayudar a los cristianos de Carlos si de él se solicitase. En todo estuvo de acuerdo Muley y así que hubo rendido pleitesía al emperador, se intercambiaron presentes y cortesías y el moro pidió ver de cerca el ejército imperial, pues le maravillaba el orden de este ya que se aparejaba como un campamento romano, con sus calles rectas y perpendiculares, recordando al *cardus* y el *decumanus*, y sus tiendas uniformes, sus servicios varios colocados en lugares equidistantes y sus voces de mando. Todo ello le parecía a Muley tan distinto de sus ejércitos variopintos con su sistema de vivaqueo en grupos de amigos o partidas pertenecientes a la misma tribu. También se admiraba de que los cristianos tuviesen órdenes de batalla y se comunicasen con pífanos y trompetas, todo tan diferente a su hueste que atacaba en tropel con sus hombres vociferantes.

En *La Goleta* se habían hallado cuatrocientas piezas de artillería, muchas fundidas en Francia y adornadas con la flor de lis, que venían claramente a decir que Francia había suministrado armas a los agarenos contra otros cristianos. Se localizaron enormes cantidades de armas varias, lanzas,

escudos y municiones, increíbles cantidades de flechas y muchos bastimentos, amén de las galeras de los piratas porque estos no habían tenido tiempo de sacarlas de allí y habían quedado en la dársena como en una trampa. Pero todavía quedaba por tomar Túnez, la capital del país y allí esperaba el resto de los mil sarracenos reunidos por el *Kapudán Pachá*. Todos los supervivientes habían ido a buscar cobijo en sus muros. Para batir los murallas de Túnez hacían falta bocas de fuego casi a sus puertas, pues desde los barcos no llegaba hasta allí la acción de los cañones. Para ello, los hombres, con un esfuerzo titánico, hubieron de arrastrar a brazo las pesadas bombardas y toda la artillería que se hundía en la fina arena; pero, obstinados, lo lograron halando las pesadas cargas a lo largo de dos leguas.

Además cada soldado tenía que llevar sobre sí su equipo y comida para seis o siete días y el agua necesaria para resistir otro tanto. Muchos enfermaron y cayeron por el camino bajo el sol abrasador. Con otros se anduvo a cuchilladas para evitar que desertasen. Durante el camino algunos se volvieron locos y se bebieron toda el agua en un solo día, muriendo al siguiente. Una marcha épica donde cada hombre mostró lo que daba de sí un ser humano enfrentado a la necesidad de hacer algo que se ha propuesto.

Por fin, tras muchas penalidades, fueron aproximándose a Túnez. Don Carlos ordenó levantar tiendas y aprestó el campamento con toda rigurosidad. Se repasaron los planes de combate; e hizo bien, porque apenas los agarenos se percataron de que los cristianos habían levantado tiendas cerca de ellos, salieron en tropel, vociferando y ululando como una tempestad, y surgieron por decenas de miles, sedientos de venganza y gritando a su dios con advocaciones varias.

Sobre todo otro grito se distinguía:

— *¡Allahu Akbar!* ¡Alá es el más grande!

En su furia se arrojaron desacompañados sobre las fuerzas imperiales. Pero a pesar de todo, aunque los atacantes casi les doblaban en número, el orden y la disciplina, la serenidad y la experiencia de las tropas de Carlos le dieron la victoria.

En la ciudad de Túnez, los cristianos que estaban encerrados en la alcazaba lograron escapar y vinieron a todo correr a auxiliar a los suyos. Hubo entre todos una gran matanza y luego un saqueo de la ciudad, que ardió casi por completo. Barbarroja, que la había defendido, por segunda vez huyó con la ayuda de su veloz caballo *Hirsiz*.

Muley Hacén quedó como rey de Túnez, pero los cristianos se reservaron *La Goleta* como punto fuerte. Don Bernardino de Mendoza quedó allí de gobernador con mil veteranos españoles. La flota imperial se hizo a la mar y en unos días se presentó en Trápani, Sicilia, en donde se le rindieron honores de héroe.

Maese Giuliani, que dada su condición de cocinero había permanecido en la retaguardia junto con Miguel de Piedrola, no pudo embarcar en *La Bastarda* por hallarse enfermo de pujos y con bastante fiebre. Su joven amigo y pupilo no quiso separarse de él.

—Me quedaré para cuidarle —dijo decidido. Se unirían a la flota cuando el cocinero se hallase con buena salud; mientras tanto, como padre e hijo, decidieron no apartarse uno del otro.

Antes de desplazarse, el príncipe Andrea Doria vino a ver a su cocinero. Hacía muchos años que viajaban juntos, lo estimaba mucho y sentía de veras verlo enfermo. Al observarlo tan quebrantado temió por su vida. Disimulando su mala impresión le habló con afecto.

—Espero, maese Giulio, que pronto estéis bien. Me han dicho que vuestro ayudante se queda para cuidaros. —Miró a Miguel—. ¿Cómo os llamáis, joven?

—Miguel de Piedrola, señor.

—¿Miguel de Piedrola? —Le miró con extrañeza—. ¿No seréis hijo del caballero Antonio de Piedrola y Beaumont, de la casa real de Navarra?

Miguel se quedó pensando un rato.

—No lo sé, mi señor príncipe, me dejaron de recién nacido al cuidado de un sacerdote en Logroño. Siempre creí ser huérfano. No sé si mi nombre es real o inventado.

—¿Y no os dijo vuestro tutor quién era vuestro padre?

—Creo, señor príncipe, que no lo sabía. Quizá —lo pensó un rato—, quizá pensaban venir a por mí más tarde...

—Bueno, he venido a despedirme de maese Giulio, hemos vivido mucho juntos y no deseo perderlo —habló al chico mirándole a los ojos—. Cuidádmelo bien y os lo agradeceré. —Se dirigió a Giulio—: En cuanto estéis sano vendréis, ¿verdad? —Le alargó una bolsa que tintineaba—. Aquí tenéis suficiente para pagar vuestro viaje y el del chico hasta donde yo me halle. Si no hay transporte podéis incluso fletar un navío que os traiga a casa. Quedad con Dios. —Hizo ademán de irse, luego volvió sobre sus pasos.

—¿Sois vos ese Miguel de Piedrola, el que tiene sueños premonitorios?

—A veces sueño y veo cosas extrañas, señor. Cosas que no entiendo.

—Qué curioso —dijo el príncipe mientras abandonaba la habitación—, qué curioso. Pero según creo, esta última vez acertasteis.

* * *

El cocinero estuvo muy enfermo. Las fiebres no remitían y unos flujos continuos le abatían el ánimo y le quebrantaban la resistencia. Tampoco podía comer, pues todo lo que ingería lo devolvía enseguida a menos que fuese en cantidades mínimas. El bueno de Miguel de Piedrola le alimentaba con una cucharilla y le daba de beber con un *cifo* o cañita hueca por donde se podía sorber un poco de líquido. Solo tomaba agua y un poco de caldo espesado a veces con una pizca de harina cocida. Seguía haciendo calor, y cuando caía la noche el joven llevaba el colchón de su amigo a la terraza o el terrado. Allí el enfermo parecía hallar algún consuelo. Si no dormía miraba las estrellas en el firmamento y escuchaba por horas sin fin el canto de los grillos. En las horas de sol, para aliviarle de la calima, el joven Miguel le abanicaba con lo que podía por confortarle un poco y le ponía paños de agua fría en la frente para bajarle la fiebre y al tiempo permitir que durante el día pudiese dormir algo. Estaba seguro que si dormía se curaría antes.

Al cabo de varias semanas, Giulio se sintió mejor y pudo levantarse, aunque muy quebrantado. Poco a poco empezó a admitir alimentos sólidos; si bien sólo tomaba cosas blandas como pescado y los granos muy cocidos de una especie de semolina que comían los turcos y los árabes. A pesar de que *La Goleta* y Túnez habían sido tomados por el emperador, y de que en *La Goleta* había un fuerte español, la mayoría de la población era o bien turca o bien bereber, y otros muchos de origen valenciano y murciano que hablaban árabe. Aprovechó bien el tiempo nuestro Miguel de Piedrola para aprender tanto uno como otro. Cuando su amigo ya pudo comer alimentos sólidos, más por distraerse que por otra cosa, tomó la costumbre de ir al mercado a comprar víveres.

Durante la enfermedad del cocinero los alimentos les habían sido enviados desde el fuerte, pero ahora que Giulio estaba mejor preferían prepararse su propio condumio. Recordando su tiempo de vagabundo, a Miguel le agradaba ir por los puestos preguntado cosas:

—*Bu nedir?* (¿Qué es esto?).

Su acento debía ser atroz, porque muchas veces el interrogado se reía en sus mismas narices, pero las más de las veces conseguía una

respuesta: «Tel kadayif», o cualquier otra cosa. Eran nombres de cosas muy dulces y se percibía a simple vista cómo chorreaban miel. Aprendió los nombres de muchas comidas, platos y verduras frescas, frutas y bebidas refrescantes. También se compró algunos vestidos distintos al uniforme de ayudante de cocina que vestía.

Nunca se había podido comprar nada y todo lo que había vestido era regalado, viejo y usado y las prendas muchas veces o le habían venido grandes o, peor aún, estrechas. Ahora tenía algún dinerillo y deseó sobre todas las cosas vestir a su gusto. Al embarcarse le habían adelantado unos reales y antes de zarpar había cobrado el resto de su paga. Husmeó por los comercios y al fin se decidió por ropa que, si no nueva, al menos lo parecía. Y era a su medida. Unas calzas largas desde los pies hasta la cintura, bajo las cuales tuvo el lujo exquisito de usar unas cortas bragas ceñidas. Una camisa, también ceñida, de seda azul algo desteñida; pero no se notaba porque iba bajo el juboncillo, cuyas mangas acuchilladas dejaban ver el suave resplandor de la seda sin que se percibiese que esta era algo vieja y desgastada. Las calzas y el jubón le gustaron rojas como la

sangre. Se pavoneó en la tienda mientras se las probaba y el vendedor ensalzó su figura, le dijo lo atractivo que sería para las jóvenes damas ver a un tan gentil caballero vestido de modo tan elegante.

—No se hable más, me las llevo —dijo decidido—. También se compró un cinturón bien labrado. Se quedó con ganas de mercar unos gregüescos para llevar encima de las calzas, pero le parecieron demasiado ostentosos para un joven como él.

Al llegar a casa con su ropa nueva, maese Giulio tuvo unas palabras de elogio para su renovado guardarropa. Miguel se hizo un propósito: de ahora en adelante, mientras estuviese en tierra o no estuviese trabajando, usaría estas fantásticas piezas de ropa que tanto le favorecían, o al menos eso pensaba el joven Miguel de Piedrola.

Pero no por eso descuidaba el aprendizaje de los idiomas. Era charlatán y le gustaba conversar con los mercaderes. Cuando volvía a casa presumía ante su amigo:

—¡*Sogan!* —anunciaba orgulloso, sacando de su bolsa unas cebollas y un manojo de ajos—. ¡*Sarmisak!*

Maese Giulio le dejaba presumir, hasta que un día en que el joven sacaba del cesto sus inevitables verduras, le sorprendió diciendo:

—*Et tabuk.* (Quiero carne). —Atónito como estaba, el chico no se dejó amilanar, y sin pestañear contestó:

—*Etiniz nasil olsun?* (¿Cómo os gusta la carne?).

—*Izgará!* (¡A la parrilla!) —respondió Giulio. Ambos se echaron a reír. Eran dos buenos amigos. Una vez que maese Giulio estuvo sano y recuperado, pensaron en unirse de nuevo a la flota del príncipe Doria.

—Lo primero que tenemos que hacer, Miguelillo —le llamaba así de vez en cuando—, es averiguar por donde anda nuestro señor. Mañana mismo pediré audiencia con el gobernador de *La Goleta* y le preguntaré qué sabe él del paradero de la flota imperial y si aún van juntos el emperador y el príncipe.

—Don Bernardino, el cocinero del príncipe Andrea Doria ya está aquí. —Un sirviente se inclinó ante el señor de Mendoza, capitán general del fuerte—. Este ya sabía que maese Giulio vendría esa mañana porque había pedido audiencia. El de Mendoza apreciaba al cocinero, muchas veces había compartido la mesa con Andrea Doria y sabía que el autor de tanta delicia y exquisitez era este cocinero. Además, Giulio Bocanegra era hombre fiel y no desdeñaba incluso cocinar hierbas del campo si en campaña no había otros víveres.

—Hacedle pasar —dijo lacónico. Estaba sentado ante su mesa despachando la cantidad de cartas y documentos que tenía ante sí. Levantó la cabeza y dejó de escribir. Don Bernardino era hombre de acción y prefería la batalla al despacho, la actividad a la escritura. Entró Maese Giulio y saludó desde la puerta.

—¡A la paz de Dios, mi señor don Bernardino!

—¡Con Él quedéis! —Esperó unos instantes y en seguida preguntó—: ¿Qué os trae por aquí maese Giulio?

—Me trae el deber, mi señor.

—¿Qué deber, maese Giulio? — El capitán enarcó las cejas—. Aquí no sois cocinero, sino el amigo de mi amigo el príncipe Andrea Doria. Me encargó que velase por vos, como si de un compañero se tratara. Se ve que os aprecia. —Cambió de tono—. Sé que no os fuisteis con él porque estabais enfermo. ¿Estáis ya restablecido? —Lo miró un poco de arriba abajo—. Todavía os veo desmejorado: pálido y algo flaco...

—Estoy bien, mi señor. Deseo ir a reunirme con la flota del príncipe, soy su cocinero y Dios sabe qué pasará en *La Bastarda* mientras yo no estoy allí. Tal vez el señor emperador también está allí. ¿Cómo comerán, quién les hará de cocinero jefe?—El capitán le contestó con otra pregunta.

—¿Estáis seguro de ya podéis embarcar? Recordad que el calor en las galeras es muy recio. No es el mejor lugar para un convaleciente.

—Estoy bien, señor. Si hiciese demasiado calor podría salir al puente de vez en cuando.

—Vos sabréis. En fin, está bien, ¿y qué queréis que haga yo?

—Decidme, señor, por dónde anda *La Bastarda*, he de reunirme con mi gente. El príncipe me dio suficiente dinero como para pagar un barco que me llevase hasta él, pero he de saber dónde ir.

—Exactamente no sé dónde está ahora mismo, buen amigo, pero no hay problema; mañana ha de salir hacia Nápoles una nave que ha de volver con ciertas cosas que hacen falta. —Le miró como si se le acabase de ocurrir algo—. Podríais prestar un valioso servicio a vuestro señor —sonrió don Bernardino—, el rey de los mares. ¿Tendréis tiempo de arreglarlo todo para zarpar mañana? Tomaríais *El Falcón*. En un día o quizá dos, con buen viento, estaríais en Nápoles. Os haría un encargo de mucho sigilo. —Se acercó a su escritorio y escogió unos pliegos.

Aquí tengo una carta para su Cesárea Majestad, es lo mismo si llega a don Andrea Doria. ¿La podríais llevar vos? No puedo pensar mejor emisario. El cocinero que se reincorpora a su trabajo en *La Bastarda* no levantará sospechas. Yo cerraría la carta y la sellaría con sigilos de cera y os la entregaría mañana antes de que zarpase *El Falcón*. Cuando lleguéis a vuestro barco la entregáis a don Andrea Doria, con la comisión de hacerla llegar a don Carlos. ¿Podréis hacerme ese servicio, maese Giulio?

—Naturalmente, mío señor don Bernardino, y muy honrado por la confianza.

—Os la merecéis. ¿Cuántos años vais ya en compañía de mi señor don Andrea Doria? ¿Treinta?

Y así, ambos, cocinero y ayudante, embarcaron en *El Falcón* al día siguiente. Hacía un tiempo claro y brillante y la mar estaba en calma. La travesía era corta desde *La Goleta* hasta Nápoles, y atracarían antes en Sicilia para recoger ciertos documentos. Cabía dentro de lo posible que ya en Sicilia les podrían dar razón del paradero del almirante de la flota. Tal vez no sería necesario ir hasta Nápoles.

Iban a velas desplegadas y el viento era bueno. De pronto, en la lejanía, se hicieron visibles varias naves que en un principio parecieron simples motas. Debían de ser muy rápidas pues muy pronto se agrandaron y se vio una flotilla de naves ligeras que venía derecha a ellos. No llevaban banderas conocidas y el patrón se alarmó.

—Puede que sean piratas. —Bajó personalmente a la cámara de boga. El barco era una pequeña galera y la fuerza de remo no era excesiva. Expuso sus dudas al cómitre. Este estuvo de acuerdo en salir a toda velocidad hacia el puerto más cercano. Pero éste estaba todavía muy lejos; no obstante, si eran piratas como parecía, era su única oportunidad de huir y salir indemnes. Empezó a batir su atabal a ritmo rápido.

—¡Halad remos!! ¡¡Piratas a la vista!!

Como una máquina bien engrasada, los remeros se inclinaron en sus bancos y remarón con fuerza, ritmo y precisión como si en eso les fuera la vida. Y quizá así era. Si había un abordaje los remeros solían perecer si el espolón penetraba en la cámara de boga. Muchos por el golpe, otros ahogados. A veces los piratas, si el barco no les interesaba, lo hundían con sus tripulantes, fuesen galeotes o no. Todo el personal a bordo solía perecer, excepto aquellos por los que se podía obtener un rescate o los que se podían vender como esclavos. El resto era pasto de los peces.

Fue inútil el esfuerzo de los galeotes. En menos de dos horas los piratas se pusieron al paio.

—¡Detened la nave u os hundimos!

Ahora se pudo ver que el capitán del barco pirata comandaba una nave con sus flancos bien artillados. *El Falcón* no iba artillado, no llevaba armas de fuego salvo algún arcabuz. Por qué no había disparado el capitán pirata, sólo lo sabía él. Probablemente pensó en aprovechar la nave y no deseaba estropearla. Quién sabe.

En la cámara de boga se dieron las voces de rigor para cesar el remo.

—¡Aguantad con los remos! —que significaba que el remero debía de parar de remar—. ¡Alzad remos! —Los remos se levantaron, y luego—: ¡Desarmad remos!

Los remos se introdujeron dentro del buque y se colocaron en los toletes y chumaceras. En la cámara de boga los galeotes esperaron su destino. Los cristianos rezaron y los musulmanes dieron gritos de júbilo.

Miguel de Piedrola se abrazó a su mentor, al fin y al cabo era muy joven y no sabía que esperar. Maese Giulio se acordó de su familia en Génova. Algún día tenía que llegar el fin, pensó filosóficamente.

VI

En poder de los corsarios. El muchacho de la Casa Real de Navarra

«En opinión de Malik

, la propiedad del bien por parte del receptor queda establecida antes de que tome posesión por analogía con la venta...».

LOS CORSARIOS DEL NORTE DE África, desde Trípoli hasta la frontera con Marruecos, habían considerado a Solimán como su señor. Hacía ya tiempo que en concepto de este señorío y sumisión le pagaban un veinte por ciento de sus capturas, pero desde que Barbarroja era el almirante de la armada turca con el título de *Kapudán Pachá*, este pago cayó en desuso, no porque ya no quisieran pagar sino porque la mayoría de los piratas se fueron uniendo en calidad de guerreros de la Sublime Puerta a las naves del combativo *Kapudán Pachá*.

El navío de los piratas que habían capturado a Miguel de Piedrola y los demás cristianos era uno de los que ahora eran aliados del *padishá* a través de Haradín. En Barbarroja reconocían el arrojo y el valor temerario de uno de los suyos que había llegado a encumbrarse con un poder nunca antes soñado por un bandido del mar. Ahora, en los barcos o flotillas de los piratas viajaba un emisario de la Sublime Puerta. No es que Solimán desconfiase de sus aliados. Era simple precaución, por la cuestión del reparto del botín, nada más.

Los bucaneros sabían que Solimán era su protector y eso los hacía más atrevidos, y además ahora se podían refugiar en los puertos turcos que jalonaban las costas mediterráneas y hallar allí vituallas, agua y municiones,

si les hacían falta. También empezaron a vender en aquellos puertos a los infelices esclavos. Poco a poco se iba tejiendo una red de intereses entre los piratas y los comerciantes.

Ya no iban los barcos piratas de uno en uno sino que formaban temibles flotillas. Ahora uno de estos convoyes les había localizado e iba a abordarles empleando para ello a la nave mejor armada y más recia de todas ellas. Cuando se llevaba a cabo un ataque sobre un barco, la nave mejor artillada, y a veces con espolón de bronce, iba de avanzadilla y era la que conminaba a la rendición. Tras esta nave capitana venían de ordinario una multitud de naves más pequeñas pero igualmente temibles una vez que se llegaba al abordaje. Además, en estas últimas era donde se amontonaba el botín y a los prisioneros, si los había. Una de estas naves bien armadas era la que había interceptado el navío que iba a Nápoles desde *La Goleta*.

El capitán pirata, vestido a la moda turca con amplios pantalones de un color indefinido, ceñidos a la cintura por una banda, llevaba un alfanje en la mano y un corvo puñal en la cintura. Como hacía calor había prescindido de camisa alguna y en su lugar llevaba una especie de chaleco con bordados dorados y otros colores bastante deteriorados. El chaleco iba abierto del todo y estaba manchado de sudor de muchos años; como la prenda carecía de botonadura alguna, mostraba su pecho amplio y velludo, cosido a cicatrices.

—¡Largad los garfios! —gritó con voz potente, y así se hizo de inmediato y los garfios cayeron desde el *Ya-Sin*, nombre que denotaba la piedad de los piratas, toda vez que «Ya» y «Sin» son las dos primeras letras de la sura 36 del Corán, y el tal nombre se usa como sustitutivo de «Hombre Perfecto». Desde el *Hombre Perfecto* cayeron los ganchos que agarraban y enganchaban un barco al otro, de manera que no se separasen durante el abordaje.

—¡Tablón de abordaje! —Y no sólo uno, sino muchos tablones cayeron simultáneamente desde el *Hombre Perfecto* hasta el navío de los cristianos. Luego se oyó la fatídica voz.

—¡Al abordaje! —Como si se hubieran abierto las puertas del infierno, una caterva de demonios se precipitó sobre el indefenso navío. Entraron atropellándose en gran barahúnda, gritando como posesos y agitando sus armas que brillaban al sol con brillo nefasto. Lo primero que hicieron fue gritar: «¡Alá es el más grande!». Cumplido este pío deber se dedicaron a investigar por todo el navío por ver qué botín habían capturado.

—¡Todos al suelo! ¡Perros cristianos, pronto lo lameréis! —Estas y otras palabras hicieron pensar a los cristianos que su fin había llegado. Muchos se arrodillaron y elevaron sus preces al

Cielo. Se veían ya en presencia de su Creador, y antes de encontrarse cara a cara con Él le pidieron perdón por sus muchos pecados. Algunas cabezas rodaron por el suelo en cubierta sin que nadie hubiese dado orden alguna de acometer tal acción.

Miguel de Piedrola y su amo, maese Giulio, estaba juntos y desde su camarote, con la puerta abierta, veían el espectáculo. El hombre cogió con fuerza la mano al muchacho.

—No temas, a los chicos no los matan, son más valiosos para venderlos como esclavos o se los llevan para unirlos a los jenízaros. —Miguel le miró desconsolado.

—¿Os matarán a vos, amigo Giulio? —Era la primera vez que le llamaba amigo. El cocinero se dio cuenta y se lo agradeció. Ya no eran un chico y un hombre, ni un superior y un aprendiz, eran dos hombres, dos amigos, enfrentados violentamente a un destino inmediato.

—¿Que si me matarán? Es posible, soy mayor, no sirvo ni para el remo, y no tengo parientes poderosos que paguen un rescate por mí. Si lo hacen no demostréis pena, los piratas desprecian la exhibición de sentimientos, podríais seguir mi suerte. —Le abrazó—. Adiós, amigo, ha sido un placer conoceros, siento que todo haya terminado tan mal. Que Dios os bendiga, ¡ah!, y si alguna vez recobráis la libertad id a Génova y decid a mi familia que les amo y que desde el Cielo velaré por ellos.

No hubo tiempo para más, un pirata les encontró; era fácil, no estaban escondidos y la puerta estaba abierta.

—¡Uh, uh, qué es esto, un padre y un hijo juntos...! —se rió como si hubiese hecho un gran hallazgo—. ¡Uh, uh, que chico tan elegante! Veamos, veamos qué hay por aquí... —Abrió todos los cajones tirando el contenido por el suelo. Destrozó el colchón y miró dentro—. Nada, nada más que lana. —Encima de la mesa había una caja y un pliego—. Ah, una caja, estas siempre tienen sorpresa.

Hablaba en árabe y lo que decía era comprensible a los dos hombres, sobre todo a Giulio que llevaba años en el mar y había tratado a muchos árabes en los barcos.

—Una caja, *fatá*. —dijo el cocinero—. Abridla, es para vos.

Le llamó «fatá», que es nombre que se da al jefe del harén y que cuando se refiere a otro quiere decir «hombre distinguido» y «jefe». El llamado «fatá» le miró con sorpresa.

—Conque sois hombre gentil y educado. Sabéis árabe y lo usáis bien. Quizá no seáis tan pobre como por vuestros simples vestidos queréis hacer creer. En cambio vestís bien a vuestro crío. ¡A ver, la caja! —La abrió violentamente y un montón de monedas de oro rodaron sobre la tablazón del suelo. Era el dinero que Andrea Doria había dado a maese Giulio. El pirata pareció complacido.

—Vaya, por fin algo útil. —Se arrodilló y empezó a recoger las monedas—. ¿Cuánto hay? —inquirió cuando ya no pudo hallar más.

—No estoy seguro, alrededor de unos cincuenta escudos.

—¿Tanto? —Puso el dinero sobre la cama y lo contó—. Efectivamente, casi cincuenta, falta uno. ¿Dónde está?

—No sabía que vendríais y gasté uno en el puerto antes de salir.

El pirata no sabía si el prisionero hablaba de broma o en serio. Lo pensó un poco y decidió que sería verdad, un solo doblón gastado era algo que sonaba a verdadero. Seguramente de donde vinieron estos doblones habría más. Sin duda.

—De momento —dijo—, salvaréis la vida; se puede pedir rescate por alguien que viaja con cincuenta doblones en una caja. —Miró el pliego sellado sobre la mesa—. No sé leer vuestro idioma. ¿Qué es eso? ¿Quién sois?

Antes de que el cocinero contestase sonó una llamada imperiosa: —¡¡Todos a cubierta!!

El pirata se llevó a sus prisioneros, guardándose las monedas en una especie de faltriquera que luego remitió en su faja, tomó el pliego en la mano y empujó a los cristianos fuera del camarote. Parecía satisfecho de haber encontrado entre los tripulantes y viajeros a unos que devengarían, sin duda, un rescate magnífico.

El capitán pirata ya había localizado todo lo que de interés tenía la nave para él, incluyendo el mismo barco. La mayor parte de la tripulación

yacía maniatada y los hombres habían sido unidos unos a otros mediante cuerdas. De la cámara de boga del barco de los cristianos se había sacado a aquellos musulmanes que, habiendo sido apresados en alguna batalla, servían de fuerza de brazos al duro remo. Se les distinguía enseguida porque los galeotes sarracenos llevaban el cabello rapado con un solo mechón largo en la coronilla. Todo el mundo sabía que si llegaba el momento de morir, el mismísimo Profeta (¡Bendito sea su nombre!) vendría y, cogiéndoles por aquel mechón, los izaría de un tirón al Paraíso. Era tal la fuerza de esa convicción que incluso en las galeras cristianas se respetaba esa costumbre, pues bien se podía dar el caso que, rapando a los galeotes musulmanes su largo mechón, se negasen a bogar hasta dejarse morir de inanición. Los hasta ahora remeros mahometanos se felicitaban de su suerte y besaban los pies de sus salvadores y libertadores mientras que, seguidamente y a empujones, llevaron prontamente a los bancos de remo a algunos de la tripulación de *El Falcón*. Así la vida cambiaba para unos y otros. Rodaba la maldita rueda que encumbra y despeña a los seres humanos, sin importarle quién está arriba y quién abajo. El triunfador de hoy sería el esclavo de mañana y viceversa. Pocos habían muerto, pues no había habido resistencia en *El Falcón*, dada la desigualdad de fuerzas. Algunos habían perdido sus cabezas en el primer desembarco cuando los piratas, ebrios de excitación, habían pasado por los tabloneros hasta la nave capturada. Después se dedicaron al pillaje y a investigar en el bajel por ver de sacar partido de todo lo que hubiera de aprovechable. *El Falcón* era un barco ligero y pequeño, no necesitaba demasiados hombres para maniobrarlo: don Jerónimo de Zubizarreta, el capitán; su oficial y hermano suyo, Juan Luis; dos o tres españoles, un tunecino, dos argelinos, y el resto eran lo que se llamaba la «chusma»: la marinería y los galeotes. A estos había que añadir el joven Miguel de Piedrola y Maese Giulio. A los pobres argelinos y al tunecino, sin escuchar sus razones, los colgaron del palo mayor «por traidores», dijeron, «y por renegados». Sin embargo el tunecino y los argelinos eran devotos mahometanos. En el cielo, sin duda, los recibirían las divinas huríes. De los demás quedaba por dilucidar si se podía sacar algún rescate por ellos. El resto de la marinería era necesaria para llevar el barco hasta su destino. Aunque no se fiaban de ellos, de momento les dejaron vivir. Algunos fueron al banco de la galera. A los otros se les hizo saber que cualquier gesto que pudiera ser tomado como insubordinación sería su último gesto sobre la tierra; o mejor dicho, sobre el mar. Serían arrojados por la borda sin contemplaciones. A los dos Zubizarreta, Jerónimo y Juan Luis, y al resto de los españoles, se les ató las manos a la espalda y se les trasladó a la nave pirata.

—¡Poned de nuevo el tablón! —dijo el capitán.

—Mohamed, ved lo que hallé en el barco —Mohamed era el capitán berberisco. Al oírse llamado giró la cabeza y vio a los dos prisioneros.

—¿Quiénes son esos dos? No parecen importantes y en los buques no hay sitio para desgraciados inútiles.

—No creo que sean hombres sin importancia —dijo el pirata que les había hallado—. Mirad, traen correo sellado con un escudo en cera.

—Hola, hola. ¿Qué es esto? —El capitán pirata pareció interesado. Miró la carta al trasluz como adivinando su contenido—. Se acercó a los dos amigos y los miró de cerca. Mientras pensaba qué hacer dio órdenes—: Que se lleven a los prisioneros al *Hombre Perfecto*, la mitad de los marineros permanecerán aquí y otro tanto de los nuestros que trabajen con ellos. La otra mitad que trabajen en nuestra galera. Ved si algún galeote está enfermo y los tiráis por la borda, ahora lo podemos reemplazar por alguno de estos ganapanes. —Volvió de nuevo a mirar a Giulio y a Miguel. Ahora se dirigió directamente a ellos.

—Decidme vuestro nombre y si tenéis parientes que puedan pagar un rescate. Si me mentís y nadie responde luego de vosotros os haré desollar vivos. ¡Vuestros nombres! —Maese Giulio iba a abrir la boca pero Miguel se adelantó: le habló en latín con ánimo de impresionarle, el latín era el idioma de la gente culta, de los reyes y de los embajadores, pero también el idioma internacional.

—Soy Miguel de Piedrola y Beaumont, hijo del caballero Miguel de Piedrola, de la casa real de Navarra. Mi padre murió y el príncipe Andrea Doria es mi tutor, para él es la carta que habéis confiscado. Sin duda mi bienhechor querrá pagar un rescate por mí. Yo mismo no soy pobre, aunque aún no he entrado en posesión de lo que mi padre me dejó. —El pirata le escuchó con atención, sin duda comprendía lo dicho, quizá no era un turco sino un renegado español, italiano o francés.

—¡Ah, de la casa real de Navarra! Bien, bien, os llevaremos. Y ese viejo, ¿es vuestro sirviente? —Miguel se puso delante de él.

—No, no es mi sirviente, es mi preceptor, y sin duda don Andrea pagará por él tanto como por mí. Fue su maestro también y lo aprecia como a un padre.

—No sé qué pensar de ese, ¿qué os enseña?

—Latín, italiano, árabe y turco. Y las propiedades de las hierbas para hacer emplastos. Y además me enseña a leer el porvenir.

El pirata Mohamed se quedó algo confuso, todo aquello le parecía demasiado. ¿Sería el maestro un viejo cabalista o un mago y encantador como los encantadores de serpientes de los mercados turcos? En todo caso se aburría mucho en los viajes y quizá, mientras esperaba capturar otra nave, le podía leer el destino.

—Está bien, nos los llevamos.

Y así, después de haber mentido como un bellaco, Miguel de Piedrola consiguió que al menos ese día no les arrojasen al mar.

En alta mar, a menos que suceda algo, los días son todos iguales. Mar y cielo, más mar y más cielo. A veces negros nubarrones cubren el horizonte y las olas se hinchan como montañas agitando a los barcos como cáscaras de nuez, pero a los filibusteros no parecía importarles demasiado. Estaban curtidos por la intemperie, el salitre y los peligros de todas clases. Trabajaban afanosamente arriando las velas y achicando agua si era necesario. Maese Giulio recordaba cómo, cuando una tempestad arreciaba, en las naves que el conocía los marineros rezaban a la Santísima Virgen y se persignaban con cada rayo. Aquí nadie parecía rezar, estaban seguros de que el Profeta les llevaría al cielo, sin más y sin rezar nada, en caso de perecer.

La comida era mala y escasa pero Miguel advirtió al cocinero que no se ocurriese hacer ningún comentario sobre métodos de cocinar y la calidad de la ración.

—Nos descubrirán y nos echarán al agua. Vos sois un preceptor, un mentor, y ellos no saben de cocina. ¿Os acordaréis?

—Desde luego, por la cuenta que me tiene. ¿Y cómo se os ocurrió hilvanar tal suerte de disparates? A ver luego cómo salimos de esta. La casa real de Navarra... —Pero con toda frescura el chico respondió:

—No os preocupéis por esa mentirijillas. El hacerlas parecer verdad no lo veo muy difícil. En cuanto pueda hablaré con el tal Mohamed, que para mí tengo que debe de llamarse más bien Juan o algo parecido. En fin, hablaré con él y le diré que la carta pidiendo nuestro rescate la escribiré yo mismo, para que vean que estoy vivo. Le diré que él decidirá la cantidad a pedir y el resto lo escribiré yo. Seguro que estará de acuerdo. Allí le daré a entender al príncipe Andrea Doria que estáis conmigo, él os aprecia y seguramente pagará el rescate. De mí no os preocupéis. El profeta Ezequiel no me dejará solo.

Maese Giulio no hizo comentario alguno. Sin duda el joven tenía recursos, pero no sabía si el chico se daba cuenta del peligro que corrían. Sus cuellos estaban a un suspiro de un sable corvo o de una cuerda. No les trataban mal, al menos no peor que al resto de los prisioneros de los que se esperaba sacar rescate. Estaban encadenados a la amura por medio de una gruesa cadena bastante corta, pero al menos había un toldo bajo el cual se podían resguardar del sol durante el día y del relente que caía por la noche. Les habían proporcionado una manta y eso era todo el lujo de que disponían.

—Los prisioneros no tienen que vivir bien; si no, no azuzan a sus parientes para que paguen los rescates —les explicó uno de los piratas mientras les ponía en un plato una especie de papilla como un engrudo blancuzco con algún insecto que otro incluido en el alimento—. Más bien

deben de llevar vidas miserables. ¡Ya os enteraréis de cómo se vive en un calabozo en Constantinopla, entonces esto os parecerá un viaje de placer! —Se rió de su propia gracia y se alejó para estampar algo de lo que llamaban comida en el plato de los otros rehenes. Ni maese Giulio ni Miguel dijeron nada, pero gracias a este comentario se enteraron de que habían puesto proa a Constantinopla.

Cuando ya llevaban varios días de navegación encadenados a la borda, vino uno de los sujetos y les abrió el candado que les mantenía casi sobre el suelo.

—¡Vamos, de pie u os pondréis gordos como cerdos! —Los prisioneros intentaron enderezarse pero en un primer momento no lo consiguieron. Las cadenas les obligaban a estar tumbados casi todo el tiempo, o en otras posturas casi tan incómodas. Al haber estado forzados a permanecer echados o agachados, se les habían entumecido

las piernas de tal modo que no las podían estirar. El hombre les dio un pescozón.

—¡Vamos, arriba, arriba o perderéis el uso de esas zancas! —A pesar de las duras palabras, el hombre les había dado un pescozón falso, no les había ni tan siquiera llegado al cuello, tan sólo había hecho el ademán de golpearles sin llegar a hacerlo. Todavía fingió más y les alargó un puntapié sin hacerles daño.

Extrañado, Miguel de Piedrola le miró. ¿Acaso le conocía de algo? De pronto recordó: era el hombre que les había descubierto, el que había abierto la caja. Al que habían llamado «fatá». Ahora que se ponía a pensar, Miguel recordó que las cuarenta y nueve monedas de oro que les había quitado no fueron contabilizadas en el botín que se recogió en cubierta. El hombre se había quedado con ellas limpiamente.

—¡Vamos, par de gandules, me han mandado que os pasee y no quiero arrastraros...! —Les ayudó a levantarse y les obligó a caminar junto a él. Poco a poco los prisioneros recuperaron la habilidad de andar y agradecieron ese parvo ejercicio. No se habían dado cuenta de cuán entumecidos y agarrotados tenían los músculos. Cuando nadie los miraba, el hombre se dirigió a ellos disimuladamente.

—Deseaba hablar con vosotros dos, no pude antes. No hay tiempo para más, os ayudaré si me ayudáis.

—¿Nosotros? ¿Cómo? Miró el pirata de nuevo alrededor y al ver que nadie les prestaba atención añadió en voz baja:

—No mencionéis las monedas de oro y yo os ayudaré. De momento os puedo decir que ya habéis sido repartidos, como parte del botín, quiero decir. Sois propiedad del *Devshirme*, Sahib Al-Wasilah.

—¿El *Devshirme*? ¿Quién es ese? —Era Miguel el que preguntó en voz baja, pero Giulio le dio un codazo para que se callase. El *fatá* continuó hablando.

—Hay que dar media vuelta y seguir caminando. Disimulad como si os costase andar, así podremos hablar un rato más. Como os dije, no digáis nada de las monedas y yo os ayudaré. — Calló un momento y continuó—: Me llamo Tamir, que quiere decir «quien posee flechas» — explicó sin venir a cuento—. Un buen nombre para nuestro oficio ¿Verdad? —suspiró—. Llevo veinticinco años en los mares, en barcos distintos, siempre rodando por el mundo y enviando a otros hombres al

fondo del mar. El oficio de pirata me ha cansado, estoy harto de sangre y crueldad. Pediré permiso para retirarme y me lo darán porque ya soy viejo, para este oficio quiero decir. Me retiraré a Erdek, en el mar de Mármara, no lejos de Constantinopla. Recordad: Erdek. Quién sabe, tal vez un día os sirva de algo. Tamir, en Erdek —repitió. De pronto dio un puntapié a Miguel —. ¡Vamos, gandul, a paso más ligero! —Otro marinero se cruzó con ellos e hizo un gesto de complicidad a Tamir.

—Vamos hemos de volver —dijo al cabo de un rato—, hasta dentro de otra semana no os toca pasear, así que aprovechad bien este. Mañana me toca turno de dar comida a los presos, si queréis algo ingeniáoslo para hacérmelo saber. No sé cuándo podré volver a hablar con vosotros. — Mientras les aseguraba con los grilletes repitió—: Tamir, en Erdek. —Se cercioró de que los

eslabones estuviesen en buen estado y de que el candado quedase bien cerrado—. Al menos con estas cadenas el mar no os puede barrer de cubierta —bromeó antes de irse.

Los dos prisioneros esperaron a estar solos antes de comentar nada.

—¿Por qué me disteis un codazo, maese Giulio?

—Porque la pregunta era necia. No había tiempo para explicaciones. Yo mismo os puedo decir quién es el *Devshirme*.

—¿Quién es?

—No es un nombre, es un cargo, muy alto por cierto. El *Devshirme* está a cargo de la enseñanza de los pajes y de los jenízaros del sultán. Los jenízaros son sus hombres de confianza, su fuerza de choque, los mejor armados. Hombres sin alma. Normalmente son hijos de cristianos a los que se les ha arrancado todo sentimiento de piedad y sólo viven para la guerra. Son fieles al sultán hasta la muerte. Todo es poco para ellos, se les da todo lo que el mundo puede desear: honores, riquezas, mujeres... a cambio de que peleen con toda ferocidad por el dueño de la Sublime Puerta. Se dedican al sultán como los sacerdotes a Dios. No se casan aunque pueden tener mujeres. No pueden tener hijos y si los tienen no los reconocen ni los pueden cuidar y si los reconocen como suyos, pronto aparecen muertos. Tienen todo lo que puedan ambicionar, pero nada es de ellos, todo es de su señor, el sultán, que no les escatima nada.

—¿Qué seres tan terribles, maese Giulio!

—Son terribles en verdad, que nunca os los encontréis de frente.

—¿Y por qué el *Devshirme* educa a los pajes también?

—Porque no todos los jóvenes prisioneros sirven para guerreros. Además, si algún niño de los capturados a los cristianos es de excepcional hermosura, ese se lo reserva el sultán para su corte. Como un adorno.

Maese Giulio se preguntaba por qué irían con tanta prisa. Iban con las velas desplegadas aprovechando todo el viento y a veces navegaban reforzados con la boga. Notó que no se habían detenido ni para tomar agua en sitio alguno. La razón era la carta que habían hallado; seguramente podía interesar al Excelso *Padishá*, el Sultán de la Sublime Puerta.

Con el encabezamiento de: «A su Sacratísima Cesárea y Católica Majestad», la larga carta implicaba a Ibrahim Bajá, hombre de confianza de Solimán, en ciertos asuntos de espionaje. Se hablaba de la participación en la conjura de altos personajes como el embajador de Venecia, el virrey de Nápoles, el virrey de Sicilia, Gritti, el dux de Venecia, Jerónimo de Zara, agente este último del voivoda de Transilvania, y otros no menos importantes.

Como en todas las partidas piratas, había un delegado de la Sublime Puerta que velaba porque al sultán se le reservase la parte pactada del botín. Este representante del Sultán entendió que la carta requisada era importante y, dejando de lado toda otra actividad, mandó poner proa a Constantinopla.

—¡A toda vela! —dijo, y a toda vela viajaban.

* * *

Vio que una espada caía de lo alto y que la cabeza del anciano caía dentro de un cesto. Y esto lo observó repetidas veces hasta que el sol saliendo por el horizonte le despertó. Piedrola prefirió no decir nada a maese Giulio porque en realidad no sabía el significado de su visión. No conocía a ningún anciano como aquél ni tampoco había visto jamás un espada semejante ni un cesto como el del sueño. Recordó que la alfombrilla sobre la que reposaba el cesto era espléndida pero estaba manchada de sangre, como si se hubiese usado muchas veces para el mismo fin. Miguel de Piedrola calló y nada dijo de su extraña visión.

Por aquellos días, el profeta Ezequiel le visitó varias veces. A veces simplemente se sentaba junto a él y le miraba sin decir palabra, pero

el joven creyó intuir que su Ángel Guardián estaba preocupado. Si lo estaba no le dijo por qué. De vez en cuando él intentó hacerle preguntas, pero Ezequiel cruzó un dedo en su boca y no dijo nada.

Otro día tuvo un sueño o visión tan clara que lo confundió con la realidad. Quizá no lo soñó y era verdad que lo vio antes de que sucediese.

En su visión la flotilla viajaba sin novedad y el viento era favorable y fresco, mas de pronto se nubló el cielo y enormes nubarrones aparecieron como pájaros nefastos. Sus graznidos eran truenos y sus ojos despedían relámpagos. Una enorme ola cogió de lado a una de las naves, la volcó y en un momento el mar la engulló. Antes de que se hundiera pudo leer en la amura, pintado en azul, el nombre de la embarcación: *Durrah*.

Al día siguiente se encontró tan agitado que, a pesar de los consejos de su amigo, intentó hablar con alguno de los tripulantes.

—¡Eh, que venga alguien! ¡Tengo algo que deciros! —Giulio trató por todos los medios de hacerle callar.

—No llaméis la atención, puede ser nefasto. No sabéis cómo se las gastan los piratas. —Pero el joven estaba fuera de sí.

—¡Que venga alguien, tengo algo que decir! —Por fin, molesto por los gritos, un hombre se acercó.

—Vamos a ver, pillastre, ¿os vais a callar o debo callaros yo mismo de un puñetazo?

—Quiero ver al capitán. Ya no queda casi tiempo.

—¿Y para qué queréis verlo? Sois menos que nada, una mota en el mar. Si os soplo desapareceréis y nadie preguntará nada. Así que callaos de una vez...

—No sabéis lo que quiero del capitán y si se entera luego de que no le habéis llamado puede rodar vuestra cabeza.

—¿Y eso?

—Tuve un sueño.

—Yo también —se rió el hombre—, sueño todas las noches con las divinas huríes. —El joven le miró fríamente.

—Yo soñé con un barco llamado *Durrah*, «Perla» en romance. Su nombre está pintado en azul al costado de la nave. —El hombre se extrañó.

—¿La habíais visto antes?

—¡Y cómo he de verla, si estoy atado al suelo y no puedo mirar por encima de la borda! Pronto, llamad al capitán. —Preocupado, el hombre se fue. Tal vez el joven fuese adivino, mago o nigromante, hechicero, vidente o agorero, quién sabe. Que el capitán hiciese lo que le pareciese con él.

No tardó en llegar el capitán, el llamado Mohamed, aquel que había pasado el primero por los tablones de abordaje. Venía con un manojo de llaves, e indicó con un movimiento de cabeza al pirata que le acompañaba que soltase al chico. Este así lo hizo y se retiró.

—Vamos, ganapán, el de las visiones o lo que sea, seguidme. Ahora —advirtió—, como me queráis tomar el pelo os daré cien latigazos. ¿Entendido?

Le llevó hasta unas barricas bien atadas que estaban a la sombra bajo un toldo. Con sus enormes brazos cogió al joven como a un fardo ligero y lo sentó encima de una de las barricas. Él se sentó en otro. Le miró como intentado ver si el joven parecía loco o iluminado. Le pareció más bien normal e insignificante.

—¿Qué era eso que tanto me queríais decir?

—Capitán, lo diré sin rodeos. Mi Ángel Guardián, llamado Ezequiel, me ha hecho ver que tenéis una nave llamada *Durrah*.

—Bien, y qué. Una nave llamada *Durrah*, ¡menuda revelación! Creeré que Ezequiel os lo ha revelado y confieso que es maravilla que lo sepáis, a menos que alguien os lo haya dicho. —Le miró con desconfianza.

—No mi señor capitán, vuestra nave, la *Durrah*, se hundirá, no sé cuando, pero muy pronto. Sacad a los hombres de allí. Soltad los grilletos de los galeotes, si los tiene. Dejad la nave sola, el mar se la tragará.

—¿Y por qué ha de naufragar una nave en buen estado? Es nueva, salió de los astilleros de Galípoli hace menos de tres meses. Es del Sultán, allí viaja su representante. Es nueva y lujosa porque allí mora quien representa la persona del Príncipe de la Sublime Puerta.

—Pues decid a ese hombre tan importante que salga pitando de allí —dijo con descaro el joven—. Si el sultán se entera de que habéis hecho caso omiso de esta advertencia, quizá se enfade con vos.

—No os creo, pero por si acaso, decidme, ¿habéis visto cómo se hundirá la *Durrah*.?

—Si, estallará una tormenta y una ola la cogerá de costado.

—¿Una tormenta? Tonterías. Llevo treinta y siete años en el mar y huelo las tormentas. No hay señales. —Por si acaso, husmeó el aire. Salió corriendo dejando al joven con la palabra en la boca y sin sus cadenas.

* * *

La fama de Miguel de Piedrola fue como una llamarada que incendió el barco pirata. Una imprevista tormenta hizo zozobrar la *Durrah*, y cuando esta se hundió en el mar todos se quedaron espantados. Afortunadamente un rápido mensaje había hecho que el representante del sultán trasbordase a otro barco, al *Hadyatullah*, (Regalo de Dios), y gracias a ello salvó la vida. El comisionado del sultán era hombre piadoso, así que antes de abandonar el barco, por si acaso, hizo soltar las cadenas de los galeotes. Si no hubiese sido por esta precaución todos se hubiesen ido al fondo del mar. Aun así muchos hombres se ahogaron. El nombre del joven Miguel de Piedrola iba de boca en boca y el representante del sultán, Selim, le hizo llamar a su presencia. Cuando lo tuvo frente a sí se llevo una desilusión. El muchacho era insignificante, le pareció más bien tímido; no obstante, en su interior sentía un gran respeto por el chico. Al fin y al cabo le había salvado la vida. Era él quien había tenido el sueño premonitorio y el que había insistido, con peligro para su integridad personal, en que había que avisar a los tripulantes de la *Durrah* para que abandonasen el barco. También había recomendado que se soltasen los grilletes de los galeotes. Sin duda, aunque cristiano, era un hombre misericordioso y el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) ensalza la misericordia allí donde se halle.

—Así que sois vos el oniromante —dijo mirándole directamente a los ojos. El chico casi no entendió sus palabras. Había empezado a entender el turco, pero la frase le era demasiado difícil. Con cara compungida contestó en voz baja.

—*Alamiyorum. Türçe bilmiyorm.* (No entiendo. No hablo turco.) — Selim se echó a reír.

—¡Claro, claro! Perdón, chico. Me habéis dicho algo inteligible: que no habláis turco, pero veo que lo estáis aprendiendo... —Siguió en un aceptable español—. ¿Habláis español? ¿Italiano?

—Español, noble señor —dijo el chico. Al oírse llamar «noble señor» el turco se esponjó.

—Bueno, a lo que me interesa, ¿sois vos el de los sueños proféticos?

—Sí, mi señor delegado —le habían dicho el cargo del noble—, yo soy el de los sueños, pero no lo hago a propósito, ni cuando quiero, es sólo cuando mi Ángel Guardián me los provoca. —Y le explicó largamente que eran sueños que sólo le venían de vez en cuando y que muchas veces no sabía a qué, o a quién, se referían ni podía interpretarlos.

—¡Qué raro! —comentó pensativamente el comisionado—. Si vuestro ángel se molesta en mandaros sueños, lo lógico es que tales sueños tuviesen algún sentido para vos.

—Mi ángel es el profeta Ezequiel, es bien sabido que los profetas hablan y se revelan en símbolos y alegorías. Así, si sueño con un águila, bien puede representar otra cosa: alguien poderoso, por ejemplo...

—Comprendo, comprendo, no sois el primer oniromante que conozco. Los dotados de tales dones, si no pretenden sacar provecho de sus sueños, son benditos del Profeta. —Se levantó y paseó un rato—. Sois un prisionero del Padischá, y no soy vuestro dueño, pero ¿puedo hacer algo por vos? Me habéis salvado la vida.

—Sí —dijo el chico muy decidido—, podéis hacer algo por mí; por mí y por mi maestro, señor delegado. Podéis soltarnos las cadenas. Él es un hombre mayor y sufre mucho encadenado. En todo caso soltadlo a él, que se quedará junto a mí, y dejadme a mí con los grilletes. Soy joven y no lo llevo tan mal.

—Sois efectivamente un bendito del Profeta —dijo entonces el delegado—. El que cuida a su maestro más que a sí mismo merecerá ante los ojos del Misericordioso más que el que reza cinco veces al día en la mezquita. —Le miró largamente—. Lo haré por vos. Siento mucho que ya se

haya repartido el botín y esté entrado todo en los libros. Sois propiedad del *Devshirme*, Sahib Al-Wasilah. El rescate que se obtenga por vos y vuestro maestro será para él. Así que si él desea no redimiros y quedarse con vos para su servicio, también lo puede hacer. Esperad. —Sacó una bolsa de piel y de dentro unos pliegos bien encuadernados. Pasó el dedo por las líneas y al fin se detuvo—. ¡Aquí está! Un chico cristiano, sano, de unos catorce o quince años, con un hombre mayor. Dicen ser Miguel de Piedrola y Beaumont, de la casa real de Navarra y su maestro. Gente del príncipe Andrea Doria. —Levantó la vista—. Estos son mis datos. ¿Son correctos?

Miguel asintió con la cabeza, no se atrevió a repetir de nuevo todas aquellas historias de la realeza navarra. Selim cerró su libro de registros.

—Bien, Miguel de Piedrola, se os liberará de las cadenas, y a vuestro maestro también. No puedo hacer mucho más, ya que no sois de mi propiedad; si así fuese os liberaría, pero no puede ser. —Buscó en un cajón de un pequeño mueble que estaba junto a su cama—. No está prohibido dar regalos a un esclavo por un servicio especial. Tomad. —Le alargó algo, Miguel lo tomó y al mirarlo vio una reluciente moneda de oro.

—¿Una moneda, señor? No, no me hace falta. Soy ahora un esclavo y me podrían cortar una mano si me la hallasen, creerían que la he robado. Yo sé que eso se hace con los esclavos. Además, ¿qué haría yo con una moneda de oro?

—Sois muy simple, Miguel de Piedrola y Beaumont, bien se ve que nunca habéis tenido que pagar nada y que otros pagaron por vos. Esta moneda es del dux de Venecia, de nuestros amigos venecianos; la gente mata por ellas. Siendo esclavo os conviene tener algún peculio vuestro. Alguna vez podréis comprar algo. Os entregaré un billete diciendo que os la di de mi propia y libre voluntad. —Así lo hizo, escribió un pequeño billete y en él envolvió la moneda. Pero el chico movió la cabeza.

—Quedáosla, noble señor. Os pido mejor otra cosa. —El delegado abrió los ojos y enarcó las cejas con mirada interrogante.

—Si he de estar libre, sin cadenas quiero decir, pido permiso para dar de beber a los cautivos.

—Es un menester muy bajo para un noble joven, es trabajo duro y triste —dijo el delegado. Parecía dudar.

—En este momento —respondió con aplomo Miguel— soy un esclavo, mi señor delegado. No hay menester demasiado bajo para un esclavo. Si Alá es misericordioso, no lo es menos Jesús, el Todopoderoso. Ambos, si son el mismo y único Dios, como creo, verán con buenos ojos una obra de misericordia. Además, señor delegado, ¿qué haría todo el día junto a mi maestro?

—Sí, vuestro maestro, vuestro preceptor... ¿Qué os enseña?

—Sobre todo italiano, quisiera ser capitán de la mar y mi señor Andrea Doria me ha mandado a navegar para que fuese adquiriendo experiencia.

Micer Giulio Bocanegra me enseña idiomas, necesarios para los capitanes de la mar.

—Pues si os enseña turco, no ha hecho un gran papel —gruñó el delegado.

—Apenas ha empezado, mi señor, pero me enseña su idioma natal, italiano, y practica conmigo el latín, que yo ya sé. —Mentía con gran aplomo y la historia se le antojaba verosímil—. Además —dijo ya lanzado—, quiero aprender árabe y estoy en ello.

—¡Ah, muy bien! Hasta los esclavos deben de aprender. —Cambió de tono—. Está bien, os liberarán de las cadenas y podréis dar agua a los galeotes y la moneda se queda conmigo. ¿De acuerdo? Ahora escuchadme, os he dado gusto en lo que me habéis pedido y yo también tengo algo que decir. Por las tardes os mandaré a uno de mis esclavos. Es un buen hombre, bien educado y fue maestro en la madraza de Bagdad. Él os instruirá en nuestro idioma mejor que vuestro preceptor, al menos mientras dure el viaje. ¡Ah, y si tenéis otro sueño, hacédmelo saber! —Le despidió con la mano como dando por terminada la entrevista. El joven ya se iba, pero se volvió desde la puerta.

—Tuve otra visión, señor delegado. No significa nada para mí, pero quizá a vos os diga algo —y le relató el extraño sueño donde un anciano perdía su cabeza, que caía en un cesto que estaba sobre una alfombra manchada de sangre.

—Es difícil de saber —dijo pensativo el delegado—. El anciano de vuestro sueño, ¿era yo por casualidad?

—¡Oh, no mi señor! Vos no sois un anciano. El viejo de mi sueño tenía una luenga barba blanca, muy larga y casi partida en dos.

—¡Ibrahim! —exclamó el delegado.

—¿Decíais, mi señor?

—Nada. Que el Profeta os bendiga.

VII

El Gran Visir Pargali Ibrahim. Cómo se cumplió el sueño de Miguel de Piedrola

«Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desaparece
la mar; la voz al cielo
confusa y varia crece;
el polvo roba el día y le oscurece».

Fray Luis de León, *Profecía del Tajo*.

TRAS EL VATICINIO SOBRE EL hundimiento del *Durrah*, y el cumplimiento del mismo, el resto de la navegación se les hizo menos dura a los dos amigos. Cumpliendo su promesa, el delegado del *padishá* ordenó que les soltasen de sus cadenas y además la comida mejoró. Por lo demás, su situación era igual que antes: dormían a la intemperie, y sólo eran unos más en la lista de cautivos por los que se pagaría, posiblemente, un rescate.

Miguel, cuatro veces al día, bajaba a la cámara de boga para dar de beber a los penados. Estos remeros no eran como los del príncipe Andrea Doria, que eran mercenarios y remaban por una paga, y a los que se les tenía alguna consideración. Los de *La Bastarda* comían bien y se les permitía salir a hacer sus necesidades (siempre que no estuviesen bogando) en las letrinas de proa. Aquella cámara de boga se limpiaba y baldeaba y los remeros vestían ropa adecuada para su labor, siempre a costa del príncipe. En este navío pirata, los galeotes era esclavos, prisioneros o penados cuyos graves delitos habían merecido tal castigo. La pésima comida era aquel engrudo grisáceo que habían compartido Miguel y maese Giulio, e incluso el agua estaba corrompida pues se guardaba sin tapar y a menudo caían insectos que se pudrían dentro, dándole un aspecto turbio.

Los remeros estaban encadenados a sus bancos, la postiza, con recios grilletes que habían empezado por hacerles llagas en los tobillos y al fin habían creado un grueso callo como una pulsera que les protegía del duro hierro. Hacían sus necesidades en el banco y allí dormían, allí enfermaban y allí morían. Cuando esto sucedía, se les libraba de sus grilletes y se les arrojaba al mar. También se les arrojaba al mar si estaban ya demasiado débiles para remar, o enfermos o viejos. Aunque nadie se hacía viejo en el remo. El olor era espantoso, pero ellos, los galeotes, no parecían notarlos. Quizá se habían acostumbrado a ello, si un ser humano puede acostumbrarse a tal pestilencia. O simplemente ya no tenían fuerza para sentir otra cosa que no fuese el dolor de sus músculos.

Miguel bajaba por las escalerillas con su vasija a la espalda rezando al profeta Ezequiel para que le diese ánimo, al fin y al cabo era él el que le había conminado a que fuese a servir de aguador a los penados.

—Miguel, hijo mío, hay que ejercitar las obras de misericordia. El Señor así nos lo dijo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

Y Miguel pensó para sí, «pues si lo dijo el Señor, punto redondo». Sin embargo, en su sueño preguntó.

—¿Entonces, profeta Ezequiel, el Señor os ha dicho que debo dar de beber a los penados?

—No, Miguel, digo que por mandato del Señor Jesús hay que ejercitar las obras de misericordia, vos podéis llevar algún consuelo a los galeotes, junto con el agua. —Miguel se admiró mucho.

—¿Y cómo sería eso Ezequiel? Ni les conozco ni me conocen.

—Fiaos de mí.

Así es que, como el delegado le había autorizado a ser aguador, bajaba cuatro veces al día a la cámara hedionda. Mientras recorría la crujía repartiendo agua pronto pudo distinguir entre los galeotes cristianos, los musulmanes y los renegados. También se notaba quiénes eran los malhechores que penaban una condena. Los musulmanes llevaban su largo mechón en la coronilla, los cristianos iban con el cráneo afeitado en su totalidad, lo mismo que el resto, pero

los renegados se distinguían por su ordinariez y su falta de respeto por todo lo humano y lo divino. No cesaban de blasfemar en varios idiomas, pues como no podían vengarse de sus captores y del resto de sus compañeros,

y habían renegado de sus convicciones religiosas, se conformaban con herirlos en sus sentimientos de creyentes, que era lo único que les quedaba.

Miguel procuraba saludar a los remeros por su nombre, o al menos intentarlo cuando les alargaba el cucharón de agua. Le parecía que al darles un nombre les devolvía algo de su ser perdido, como si los sacara un poco del anonimato de «la chusma» para convertirlos, por un momento, en seres con una dignidad ya hacía tiempo perdida. Al principio, a los penados les causaba hilaridad por su esfuerzo en pronunciar nombres extraños, pero poco a poco una especie de tenue amistad surgió entre el chico cristiano y los musulmanes y los penados y renegados. Los cristianos eran españoles e italianos en su mayor parte, aunque no faltaban griegos, sicilianos, corsos y de varias islas del Mediterráneo. A estos saludaba con la misma cordialidad que empleaba con el resto, pero al menos sus nombres le eran más familiares. A la larga le pareció que los galeotes le esperaban como si fuera una visita, más que el aguador de turno.

Un día se percató de que el *bogavante*, el principal remero, tenía llagas en la espalda, hechas al parecer por las marcas en carne viva de algunos latigazos. Antes de salir dejó su recipiente en el suelo y se dirigió al cómitre.

—Mi señor cómitre, bien sabéis que hago este trabajo voluntariamente y que el delegado del *padishá* me aprecia, porque mi sueño le salvó la vida.

—Bueno, ¿y qué? A mí qué me importa —gruñó el hombre—. Tanto me da que uno u otro dé agua a esta chusma infecta.

—Lo que quiero decir es que si me dais permiso curaré con aceite las llagas del *bogavante*. Si es el remero más importante, no está bien que lo perdamos, o que a causa del dolor no pueda cumplir bien con su cometido.

—Los latigazos se los mereció, es un insolente. Ese individuo era uno de los *arraeces* o comandantes de los buques turcos del *padishá*, por desidia se perdió su barco y toda su tripulación, tendrá que estar algunos años en galeras. Si sobrevive —escupió en el suelo—, si sobrevive se reincorporará. —Pensó un rato—. Por mí, haced lo que queráis, no os lo agradecerá, es un mal bicho.

Así, todos los días, después de dar de beber a los penados, curaba con aceite fino las llagas del *bogavante*. Antes las lavaba con agua con sal, que entre los hombres de la mar dicen que es medicina infalible. El galeote nunca se lo agradeció, sin duda era un mal bicho como había dicho el cómitre, pero un día le preguntó.

—¿Cómo os llamáis, muchacho?

—Miguel, Miguel de Piedrola. —Eso fue todo. El hombre entonces dijo:

—Yo soy el Patillas. —Como todos los mahometanos iba con el cráneo afeitado excepto por el largo mechón que necesitaba el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) para de un tirón izarlo hasta el cielo. Ni sombra de patillas. Quizá cuando era capitán de una galera del *padishá* tenía ricas patillas; ahora era calvo, excepto por el salvador mechón de cabello negro y largo que salía de su coronilla.

Con el trabajo de aguador al menos Miguel no tenía demasiado tiempo para cavilar qué destino le esperaba cuando llegase a Constantinopla. Se repetía una y otra vez el nombre de su dueño, el *Devshirme*, Sahib Al-Wasilah, ese distante infiel que ya era dueño de su vida y señor de su muerte, si así lo deseaba.

¿Intentaría hacer de él un jenízaro? ¿Cómo lo lograban?. O lo que es peor, ¿de qué medios se servían para que un joven olvidara su lengua, su religión y su país y se convirtiera en fervoroso musulmán y en una máquina de matar? ¿Pagaría don Andrea Doria un rescate por él y su cocinero? Todas estas preguntas se las hacía una y otra vez y nunca soñó las respuestas. En esto Ezequiel fue muy reservado y no tuvo nada que decir.

* * *

En las costas de Tracia había una soberbia galera de cuatro órdenes, a modo de bajel real, que esperaba a que su dueño embarcase para emprender veloz viaje hacia Constantinopla. Los pies sagrados del *padishá*, Kamuni Sultán Solimán, no habían de pisar el suelo y así, toda la tablazón del barco por donde había de pisar el que era dueño de la Sublime Puerta estaba cubierta de alfombras persas y piezas de seda y tapices de Afganistán. En la mejor cámara situada a popa, le esperaba su esposa favorita:

Roxelana. Aunque para que se notase la prodigalidad y la riqueza del *padishá*, varias otras mujeres del harén acompañaba a la favorita. Por la alta dignidad de esta privilegiada no se le había de dejar sola. En todo caso ninguna de ellas podía abandonar la habitación, ni salir para nada, pues el recinto hacía las veces de harén y para ello el Eunuco Mayor cuidaba la puerta ayudado por dos servidores más, también castrados como él.

Aparte de sus esposas, en el navío estaba todo preparado pues sabían que vendría el señor de la Sublime Puerta acompañado de otro alto personaje: el gran visir Ibrahim. Pargali Ibrahim había sido amigo de Solimán desde la infancia y decían las malas lenguas que les habían unido lazos inconfesables.

Podía decirse que el gran visir Ibrahim era un renegado, pues era de origen griego ortodoxo. En su juventud había sido entregado al anterior Dvisirme y éste, como era su deber, lo había convertido en un intachable sarraceno, devoto y bravo soldado. Cuando Ibrahim y Solimán habían sido jóvenes y sin mayores responsabilidades, ambos habían compartido una gran afición por la cetrería. Juntos los dos jóvenes participaron en innumerables sesiones de caza con halcón y azor, y de tanto cazar juntos surgió entre ellos una camaradería y una intimidad que en el futuro dio sus frutos. Cuando Solimán ocupó el trono, llamó a Pargali Ibrahim junto a sí y le nombró cetrero mayor. Ahora hacía más de diez años que Ibrahim era el comandante en jefe de todos los ejércitos y gran visir. Solimán también había nombrado a su amigo *beylerbey* de Rumelia, otorgándole autoridad sobre todos los territorios turcos en Europa, así como la dirección de las tropas que allí residieran durante períodos de guerra. Nada había sido demasiado para Ibrahim. Pero sobre todo, el gran visir gozaba de la confianza y familiaridad del señor de la Sublime Puerta.

Pero cuando más altas son las torres, más frágil se hace su base pues tienen que soportar mayor peso. Así, sus súbditos de Rumelia hacían llegar al *padishá* constantes quejas de la soberbia y la avaricia del Visir, y lo que es peor, Roxelana lo odiaba porque creía que si había tenido lazos infames con Solimán, quizá todavía los mantenía, o al menos Solimán e Ibrahim compartían recuerdos en que ella no estaba. Tal vez el Gran Visir le había proporcionado al *Padishá* placeres en los que ella no podía

competir y eso le sacaba de quicio. Había otro motivo aún más profundo para el odio de Roxelana, sabía que Ibrahim era partidario de que el hijo de Solimán, Mustafá, heredase el trono de su padre, pero Mustafá no era hijo de Roxelana, sino de otra esposa, Mahidevran, la primera que tuvo el *Padishá*, y por ello Roxelana deseaba la caída del Visir porque así le sería más fácil poner en el trono a uno de sus hijos, de los seis que había tenido con el Señor de la Sublime Puerta.

A Roxelana le habían llegado noticias de la crueldad del Gran Visir durante una campaña contra el Imperio persa safávida. Además se había enterado de que el favorito había adoptado, sin autorización del *Padishá*, el título de *Serasker Sultán*. Todo ello lo vertía susurrándolo en los oídos del *Padishá* donde sus palabras caían como gotas de veneno en la copa del placer. Al fin el sultán dejó de hacer oídos sordos e inició sus propias pesquisas.

Para dar una salida definitiva a sus sospechas, el *Padishá* había convocado a los poderosos del reino y al Gran Visir, sólo que Ibrahim no sabía nada de las intenciones de su amigo. El señor de la Sublime Puerta quería aclarar los puntos oscuros de la administración del *berleybey* y si era cierto que a sus espaldas se hacía llamar *Serasker Sultán*. Asistirían a la sesión aclaratoria altos funcionarios del Imperio: el Consejo Palatino en pleno, el llamado *Diwan*, o conjunto de ministros; el segundo visir, Sinán Pachá y el tercer visir, Mehmet Pachá.

El Imperio otomano se dividía en dieciocho circunscripciones, cada una llamada *beyrlekbeyilik*, y sus gobernadores tomaban el título de *berleybey*. Así que además del gran visir Ibrahim, *berleybey* de Romelia, había otros diecisiete gobernadores como él. Todos habían sido convocados por el sultán. En sus barcos respectivos, o por tierra en sus lujosas caravanas de camellos, habían acudido, puntuales, al lugar de la cita. No sabían por qué los habían convocado y el terror anidaba en sus corazones. No podían hallar ningún motivo administrativo por el que su presencia conjunta podría ser necesaria, así que cavilaron que algo terrible estaba a punto de suceder. Cada uno creyó que su cabeza estaba a punto de caer en el cesto nefasto del verdugo. Ahora estaban todos reunidos en una habitación en la galera del *Padishá*. Nadie decía nada. El sultán había anunciado que llegaría con su amigo y gran visir, Pargali Ibrahim.

Al son de chirimías y fanfarrias, bajo la voz poderosa del carnyx y el lamento del añafil, se anunció que el enérgico y desconfiado sultán llegaba al barco. Tras él venían en formación sus temibles y temidos jenízaros vestidos gallardamente y armados hasta los dientes. Subió a la galera apoyándose en su favorito, quien a la postre le cedió el paso al llegar a la nave.

—¿Está el *Diwan* reunido? —preguntó tan pronto como pisó las alfombras de su nave.

—Salvando el *diwan al-yund* o señor de la tropas, que viene con vos —contestó inclinándose hasta el suelo el jefe de protocolo—, han llegado puntualmente el *diwan ar-rasil*, o señor de la Cancillería, y el *diwan al-barid*, o señor de las comunicaciones y de la policía secreta; el *diwan al-jatam*, o guardián del sello; el *diwan an-nafaqat*, el veedor de los gastos de Palacio; el *diwan as-sadaqa*, que vela por los impuestos; y el *diwan at-tiraz*, de las banderas, estandartes y pendones...

—Bueno, bueno, basta ya. Me habéis cansado, sólo he preguntado si habían llegado, no los nombres y cargos y oficios de cada uno. ¿Están ahí? ¡Pues vale! —Parecía malhumorado. Con rápidos pasos entró en la cámara donde le esperaban las autoridades máximas del Imperio. Al verlo entrar se postraron con la cara al suelo y no osaron mirar hasta que les fue dada la venia.

Tras unos protocolarios saludos y buenos deseos, empezó la reunión. El sultán, como de costumbre, hizo sentar al Gran Visir a su lado, en un estrado apenas más bajo que el suyo. En seguida entró en materia.

—He oído decir que mi gran visir se comporta de manera cruel y arrogante. —Se volvió hacia Ibrahim Pachá—. ¿Es verdad? Se os acusa de que en la conquista del Imperio persa safávida os comportasteis con avaricia extorsionando a los súbditos de ese reino. —Miró a los gobernadores *berleybey* y a los ministros *dawawin*—. ¿Habéis oído algo de eso?

Asustados, los egregios invitados mascullaron cosas ininteligibles:

—Vivo muy lejos, mi señor, para haber oído nada... Nada ha llegado hasta Esmirna... Quizá todo es fruto de la envidia, alto señor... —No se podía sacar nada en claro. Todos temían el poder omnímodo del Gran Visir y sabían de su refinada crueldad y espíritu de venganza, así que prefirieron no enemistarse con él, al menos hasta ver en qué acababa aquello. De nuevo habló el *Padishá*:

—También ha llegado a mis oídos que mi Gran Visir se hace llamar *Serasker Sultán*. —Se volvió hacia su favorito y le interrogó directamente:

—¿Habéis hecho eso? No me digáis mentiras porque han venido testigos para aclarar las cosas.

En ese momento se oyó fuera de la habitación un rumor de voces. El *Padishá* interrumpió su alocución, se puso de pie y se dirigió a uno de sus jenízaros.

—¡Salid y ved qué es ese alboroto!

En previsión de lo que pudiera pasar, los jenízaros, como un solo hombre, desenvainaron sus alfanjes y los cruzaron sobre el pecho. En la otra mano empuñaban una daga. No tardó el joven guerrero en entrar de nuevo. Se inclinó y pidió permiso para hablar; otorgado este, dijo:

—Señor, no es gran cosa: un aliado, en uno de los barcos de vuestra alteza sublime y serenísima, el *Hombre Perfecto*, ha atrapado una nave, *El Falcón*, al parecer de Andrea Doria, o de alguno de los suyos. Han hallado una carta y el delegado de la Sublime Puerta cree que es importante. Han dejado todo y han venido a todo trapo para que la leáis cuanto antes. Vuestro delegado en

esa flota, Selim, me la ha dado. Es esta. — Alargó la mano y se la entregó. Luego se inclinó profundamente—. ¿Qué hemos de hacer con el portador de la carta?

El sultán cogió la epístola con curiosidad e hizo un gesto vago con la mano.

—Que espere.

La leyó varias veces. Luego se la dio al Gran Visir.

—Ha llegado justo a tiempo, leedla. —Este así lo hizo, cobrando entonces su rostro un tinte ceniciento. Su larga barba blanca hendida en dos, temblaba como si la agitase el viento.

—Lo que dice no es cierto. La han escrito para perderme ante vos y debilitar al ejército. —Pero el sultán lo miró fríamente.

—Os juré que nunca os cortarían la cabeza, Pargali Ibrahim. —Se volvió a un individuo que estaba en las sombras—. Venid, estranguladme al Gran Visir. Luego, ya muerto, le cortáis la cabeza.

Ante la mirada horrorizada de los grandes del Imperio, así se hizo, y la cabeza de Ibrahim Pachá cayó finalmente en un cesto colocado sobre la alfombrilla del ajusticiador, la temida *siaf*, siempre manchada de

sangre. Se había cumplido el extraño sueño de Miguel de Piedrola, pero él no lo sabía.

* * *

El *Devshirme* se extrañó al saber que de la última incursión pirata en el Mediterráneo le había correspondido una parte del botín. Era raro, muy raro, porque nunca antes le había correspondido nada, ni la más ínfima participación en guerra o incursión alguna. Y era justo; él era un hombre de estudios, de enseñanzas, más cerca de la *madrasa* que de la guerra y el botín. Cuando llegó un emisario con la noticia lo despidió con cajas destempladas. Sin duda alguno de sus amigos le quería gastar una tonta broma y le había hecho llegar tan absurda noticia para reírse de él. Sin embargo al día siguiente le llegó un billete oficial con el sello de Palacio en que se hacía saber que era partícipe en el botín conseguido por los aliados del *Padishá*. Su parte consistía, según noticia oficial, en dos hombres, uno joven y otro viejo, por los que parecía que se podría obtener algún rescate. Ambos eran de su propiedad, así como el rescate que por ellos pudiera obtener. En todo caso eran sus esclavos y podía lucrarse del rescate, venderlos o conservarlos para su uso personal. Asimismo se le comunicaba fehacientemente que en la dársena número tres de Constantinopla, en la tenencia del puerto, estaban depositados sus bienes, que se le entregarían contra el documento presente. Si no venía a recogerlos en tres días, esa propiedad revertiría al sultán.

Aún dubitativo, el *Devshirme* se encaminó hacia el puerto. No vivía demasiado lejos, así que lo tomó como un agradable paseo. Había comunicado a su primera esposa la extraña novedad y ella quedó tan asombrada como él. Llegado al puerto se acercó a la dársena número tres y buscó la tenencia del puerto; una vez allí mostró al oficial de guardia su billete debidamente sellado con el signo del sultán; sin ningún problema ni objeción le sacaron del depósito dos personas, como le habían anunciado, dos hombres: uno joven y otro viejo. Los miró con ojo crítico y pensó que al fin y al cabo eran un regalo inesperado y que un hombre no tiene nunca demasiados esclavos. Puede tener demasiados problemas, o demasiadas esposas, pero nunca demasiados esclavos, así que se dispuso a tomar posesión de su regalo. No le pareció que fuesen a huir a la carrera, además, ¿a dónde irían?, así que dispensó el gasto de contratar un escolta para que le acompañase hasta su casa con los esclavos. Uno de ellos le pareció demasiado viejo para correr y el otro demasiado estúpido.

Al ver que los presos no se movían ante el poderoso *Devshirme*, el oficial dio a los cautivos un empujón como para obligarlos a arrodillarse.

—¡Vamos, al suelo, basura, es vuestro amo! —El nuevo propietario hizo un gesto con la mano.

—Dejadlo estar, ya se enterarán de quién es el amo. Ahora deben de estar agotados por el viaje... —Se dio cuenta de que no sabía de donde venían. Se dirigió a sus esclavos en español, le parecieron españoles o italianos—. ¿De dónde venís?

—Nos cogieron en un barco llamado *El Falcón*, cerca de *La Goleta*, magnífico señor —contestó Giulio.

El *Devshirme* no tenía de momento más preguntas que hacer. Se le ocurrió inquirir por sus nombres y una vez que se enteró de que uno se llamaba Miguel y el otro Giulio, decidió que era el momento apropiado para emprender el camino de casa.

—Vamos, os llevaré a casa, sois mi propiedad privada, así que allí se os entregará al maestro de esclavos. Él verá qué hace de vosotros de momento. Luego ya veremos.

Y así fue como Sahib Al-Wasilah, sin saber muy bien qué hacer con ellos, tomó posesión de su reparto en el botín del barco pirata. Desde que recibió la misiva en que se le comunicaba su participación en el botín había recordado una y otra vez la promesa del *Padishá* cuando le llevó la carta de Barbarroja: «Habéis obrado bien, se os recompensará. Tal vez el futuro de la Sublime Puerta dependa de esta carta». Mientras caminaba acompañado de sus esclavos pensó que el regalo quizá era más importante de lo que a primera vista parecía. Tal vez eran personas muy ilustres, quien sabe.

Al llegar a casa, el *Devshirme* entregó sus esclavos al jefe de los servidores cautivos.

—Dejadlos descansar por hoy, mañana los traeréis a mi presencia. — Pareció que se iba a retirar pero dio media vuelta y se dirigió de nuevo al servidor—. ¡Ah, y que se bañen y perfumen antes de comparecer! El olor de la galera se nota a distancia. Que les den ropa sin estrenar.

Parecía que el nuevo amo no era al menos innecesariamente cruel, aunque Giulio le había explicado a Miguel que el puesto el *Dvisrme* implicaba la educación de jóvenes a los que se adiestraba para convertirlos en sarracenos convencidos y en orgullosos guerreros, y sin duda eso no se hacía con dulzuras.

Al día siguiente, vestidos y perfumados para no ofender el olfato del llamado Sahib Al-Wasilah, se presentaron ante él. No les pareció que sintiese demasiado interés, sólo les hizo algunas preguntas y al fin les interrogó sobre si sus parientes en Europa estarían dispuestos a pagar algún rescate por ellos.

—No tengo ninguna gana de reteneros junto a mí, tengo un número superfluo y más que suficiente de servidores. Cada cinco años se hace una redada en las provincias de los Balcanes y entre los albaneses para reclutar jóvenes cristianos para el servicio de palacio, pajes y jenízaros; de esos jóvenes tengo derecho a quedarme con algunos, así que no me hacen falta más y, si los necesitase, ya los educarían en Palacio para mí. Decidme en seguida si tenéis algún valor, pues retrasarlo sólo empeorará vuestra situación. Si nadie os ha de reclamar, os regalaré u os venderé. No quiero más bocas en mi palacio. Si me confesáis que no tenéis ningún valor, os prometo buscaros un buen amo, pero si me dais falsas esperanzas, cuando llegue una respuesta negativa a la petición de rescate os haré desollar. ¿Qué preferís? —Antes de que ninguno de los dos esclavos tuviese ocasión de responder, un sirviente entró con la cabeza gacha.

—Mi señor *Devshirme*, el delegado del *Padishá* desea veros.

—¿Qué delegado? —se extrañó Wasilah.

—Selim, el delegado de Galeras, mi amo. —El *Devshirme* pareció contrariado, no podía hacer esperar a tan alto funcionario. Quién sabe qué recado podría traer par a él.

—Vosotros, quedaos aquí mismo. Volveré cuando haya despachado con el delegado.

Cuando retornó tras un largo rato, el *Devshirme* los miró de manera diferente.

—El delegado de Galeras ha hecho el viaje en la flotilla en que veníais vosotros. Me ha dicho que vos —mirando a Miguel— soñasteis que su barco, la *Perla*, había de zozobrar y que hicisteis todo lo posible, aun sin

conocerle, para que se mandase un mensaje a los hombres de la tripulación por ver de salvarles. —Pareció pensar durante un rato—. Y al fin, aunque de momento no había tormenta, el barco desapareció en el mar. ¿Sois adivino?—No, mi señor. No soy adivino —contestó Miguel—. En ocasiones, cuando duermo, tengo visiones que luego se cumplen, o no. El profeta Ezequiel me visita en sueños y a veces me interpreta su significado, pero a veces no, y entonces no sé qué quieren decir.

—Bueno, hablaremos de eso muy pronto. —Repentinamente les espetó—: He cambiado de idea. Por ahora no quiero pedir rescate por ninguno de los dos. Se os alojará en palacio como a unos invitados pero no podréis salir sin permiso, si lo hacéis os cortarán la cabeza. Soy aficionado a la

quiromancia y a la alquimia, nunca he conocido a un oniromante, un soñador de presagios, antes de hoy. Además me ha dicho el delegado que sois, a pesar de vuestra juventud, un hombre compasivo y piadoso y el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) ensalza al piadoso. Quien ejecuta una obra de misericordia es más agradable a los ojos del Misericordioso que el que reza cinco veces al día, y el que tiene compasión hallará compasión cuando llegue su hora.

«Me han dicho que dabais de beber a los galeotes, aunque no se os obligó a ello. Es acto meritorio y loable ante el Misericordioso. Los sufitas somos especialmente sensibles a los actos de misericordia».

«Mientras pienso en qué hacer con vosotros dos viviréis aquí. De momento os darán aposento como hombres libres, luego ya veremos».

VIII

La *Acemi Ođlani* o escuela de los jenízaros en el Palacio de Topkapi.

La propuesta del Dvsirme.

«Morir,				dormir;
dormir,	tal	vez	soñar:	ese
es		el		caso;
porque	en		ese	sueño
de	muerte,		qué	sueños

pueden venir».

Shakespeare. *Hamlet* III, I.

SIN HABERLO SUPUESTO NI EN el más disparatado de sus sueños, Miguel de Piedrola se vio de pronto viviendo a cuerpo de rey en la casa del *Devshirme*, el superintendente y magistrado que regía la institución que le daba nombre.

Como invitado de Sahib Al-Wasilah se le adjudicó un apartamento en una de las alas de la casa. Las habitaciones abrían sus minúsculas ventanas a un patinillo en donde un solitario cedro elevaba sus ramas hacia el cielo, donde mil pájaros trinaban haciendo las delicias de maese Giulio, que apreciaba el canto de las aves.

—Ya veis, cómo no me van a gustar los cantos de los pájaros, en un barco no hay aves, me encantan sus trinos. —Luego añadía con buen humor—. Mucho mejor que el horrible graznido de las gaviotas.

Se quedaba horas mirando al centenario cedro. Lo intrincado y espeso de las ramas no dejaban ver ni el fondo del patio ni las habitaciones de enfrente, si las había.

El *Devshirme*, asimismo, les había adjudicado un sirviente, quizá un guardián, que estaba atento a sus más mínimas necesidades y no les faltaba fruta en grandes platos colocados sobre una mesa incrustada de madreperla y palo rosa, y agua siempre fresca en un recipiente de plata.

En una de las habitaciones adjudicadas había un estanquecillo diminuto en donde se ponía agua tibia para las abluciones. Allí había también una especie de silla que hacía las veces de letrina y que el servidor se ocupaba de vaciar tantas veces como fuese necesario. Se les proporcionó ropa al estilo turco: anchos pantalones que se estrechaban hacia los tobillos, camisas amplias, ricas bandas de sedas multicolores para sujetar los pantalones; chalecos bordados y chaquetas forradas de karakul, y unos extraños gorros cónicos. En fin, todo un guardarropa, aunque no se les permitía abandonar sus habitaciones.

De vez en cuando se escuchaba la llamada del muecín desde una invisible torre.

Tenía una voz hermosa y cristalina y se le oía gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Allahu akbar

ashadu an la ilaha illa llah

ashadu anna Muhammadan rasul Allah

ayya ala s-salat

ayya ala l-falah

la ilaha illa llah.

Ahora Miguel ya entendía lo que decía el muecín:

Alá es el más grande.

Testifico que no hay dios sino Alá.

Testifico que Mahoma es el enviado de Alá

Venid al azalá

Venid a la felicidad

No hay dios sino Alá

Varias veces al día escuchaban la llamada del hombre de la invisible torre.

El sirviente les daba un masaje todas las mañanas y les tenía lista la ropa antes de que ellos la pidieran. La puerta que comunicaba con el resto de la casa no se cerraba con llave, pero el guardián tenía buen cuidado de cerrarla cuidadosamente al entrar y salir. Seguramente se sentaba fuera esperando que le llamasen pues siempre que lo necesitaban acudía solícito, como si hubiese estado esperando muy cerca. Era obvio que no deseaba que saliesen de sus cuarteles porque nunca se les invitó a hacerlo. Tomaban sus comidas en sus habitaciones servidos por su criado o esclavo o guardián, que no sabían lo que era.

—Miguel —decía de vez en cuando maese Giulio—, me alegro de haber visto esto antes de morir. Siempre oí que los musulmanes ricos vivían entre el lujo y la abundancia, pero nunca imaginé vivir así. —Tras pensar un rato añadía—: Me temo, sin embargo, que esto no dure. Estamos en un lío. Vuestra labia y vuestros sueños nos han metido en un callejón sin salida. ¿Qué esperará de nosotros el señor *Devshirme*?

—Imagino, maese Giulio —contestaba Miguel—, que el *Devshirme* espera que yo le sueñe la solución a sus problemas, solo que no tengo ni idea de cuáles son —se echó a reír con la inconsciencia de los jóvenes—, si lo supiese de buena gana lo soñaría por complacerle.

—No os riáis, Miguel. De momento no tenemos ni la más mínima esperanza de salir alguna vez, y aunque estoy encandilado por todo lo que aquí veo, quisiera volver a mi barco con mi señor el príncipe Andrea Doria, o al menos a Génova con mi esposa y mis hijos, que me deben dar por muerto.

—Es cierto, amigo Giulio; somos tan esclavos como si estuviésemos atados a un banco de remo, sólo que estamos en jaula de oro. No sé qué será de nosotros, pero al menos estamos vivos y el *Devshirme* no creo que tenga intención de hacernos matar. —Y así pasaban las horas mirando un pequeño trozo de cielo azul que se dejaba entrever muy arriba, más allá de las ramas del cedro. Pero la vida de los dos prisioneros cambió un día repentinamente y sin previo aviso. Su sirviente les anunció al traerles la primera colación del día.

—Coged todo lo que sea vuestro o lo que deseéis de aquí. Os mudáis de vivienda.

—¿A dónde hemos de ir? —Preguntaron al unísono los prisioneros.

—No me corresponde a mí el decíroslo. —Y no pudieron sacarle más. Temerosos, hicieron su equipaje, que por cierto era bastante magro.

Lo que llevaban puesto, y una jarra para el agua. No se les ocurrió nada más, si iban a terminar en una mazmorra, todo les sobraba y si les iban a alojar en otro sitio, se les daría lo necesario.

A media mañana, unos sirvientes, también herméticos, les vinieron a recoger. Bajaron en volandas por unas escaleras por las que antes no se habían atrevido a transitar por aquello de perder la cabeza si lo intentaban, y salieron a la calle. Allí les esperaba un carruaje cuyas ventanas iban cerradas con cuero opaco.

—Subid con cuidado, es muy alto —les indicó uno de los servidores. Una vez que hubieron subido él también trepó tras ellos y se acomodó en el asiento de enfrente.

—Me han dicho que sois prudentes y que no intentaréis escapar. — Como un prestidigitador, sacó de la nada un alfanje que brilló amenazador con un resplandor helado—. Por si acaso —explicó.

—¿Dónde vamos? —inquirió Miguel.

—A Palacio, el *Saray-i Cedide-I Amireí*, naturalmente.

—¿A Palacio? —dijeron ambos al unísono.

—Sí, allí os esperan. —Eso fue todo lo que dijo el guardián, y no le pudieron sacar más.

Cuando arribaron al palacio del *Padishá* hubieron de apearse. El llamado Palacio era en realidad un conglomerado de muchísimos edificios. Algunos abrían directamente al Bósforo, en el Cuerno de Oro, y sus puertas de entrada eran impresionantes por lo ostentosas y elaboradas.

—Vamos, os he de llevar a través de la Primera Puerta —dijo el guardián que les había traído—, que es la Puerta imperial, *Bab-I Hümayun*. Tras ella hallaremos el primer patio. —Echaron a andar y, tras dar un santo y seña, se les franqueó la entrada.

—Venga, tenemos un largo camino hasta que lleguemos a nuestro destino —dijo el guía. Estaba complacido al ver la sorpresa de los cautivos, por ello se dignó darles algunas explicaciones.

—Al fondo del patio veréis la otra puerta que hemos de traspasar: se llama la Puerta de la Acogida *Bab-iis-Selâm*, allí no nos podemos detener pero a derecha e izquierda se hallan los establos reales, *Has Ahilar*; la puerta que abre a la sala del Consejo Privado, *Kubbealti*; y una puerta que conduce a la pequeña mezquita que sólo usa el personal de cocina...

Maese Giulio no se pudo contener, y le interrumpió:

—¿Una mezquita sólo para el personal de cocina?

—Claro, está justo al lado de las cocinas reales, para que el rezo ritual no interrumpa demasiado la elaboración de los alimentos.

—Pero, ¿hay tanta gente en la cocina como para justificar una iglesia, digo mezquita, para la gente de los fogones? —El guía lo miró con aire de suficiencia.

—Pues claro, buen hombre. Los reales fogones en realidad constan de tres cocinas, y un gran arquitecto, llamado Sinán, las construyó. La llamada Gran Cocina puede preparar alimentos de banquete para hasta unas cuatro mil personas. Hay otra cocina, *Helvane*, que sólo se dedica todo el tiempo a elaborar y confeccionar dulces de todas clases, porque es costumbre, varias veces al año, repartir dulces entre la población; y una tercera, *Kushane*, que es donde se prepara la comida del sultán y de su familia. Si sentís curiosidad os diré que junto a las puertas de las cocinas veréis unas puertas, *Bab-iis-Saadet*, que conducen a las habitaciones de los eunucos, pues estos gozan de muchos lujos y muy buen acomodo.

Y así fueron pasando de un patio a otro mientras el guía les describía brevemente lo que había tras las paredes que ocultaban sus secretos. De este modo pasaron por cuatro patios y cada uno albergaba distintas dependencias y sus edificios auxiliares. El Palacio de Topkapi era una verdadera ciudadela.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó el joven Miguel, que ya empezaba a sentirse mareado ante la magnitud de todo aquello.

—Pronto. Vamos hasta la muralla, pero hemos de entrar por el interior, el exterior no tiene acceso más que por las puertas fortificadas, Puerta Topkapi y Puerta Balikahne, y por allí no pasa nadie más que el *Padishá*, los jenízaros y el ejército imperial. Pero sobre la muralla o adyacentes a ella se halla una infinidad de pabellones: el Pabellón de la Ribera, *Yali Köşkü*; el Pabellón de Mimbre *Sepetçiler Köşku*; el Palacio marítimo de Topkapi, *Topkapi Sahil Sarayı*; el Pabellón de las Perlas, *Incili Köşk*...

—¿Y a dónde vamos nosotros?

—Se me ha dicho que el *Devshirme* Sahib al-Wasilah os espera en el Pabellón de las Perlas. Allí vamos.

Por fin llegaron al Pabellón de las Perlas. Entraron primero en un gran salón vacío. El suelo era de mármol pulido y reflejaba, como en

un lago, la luz, las paredes y las ventanas. Cruzaron esa habitación y entraron en otro salón aún más grande. En el suelo había varias tarimas cubiertas con paños o alfombras de colores; sobre estas, cojines; y junto a los estrados, unas mesitas. En conjunto podría albergar varios cientos de personas de pie y muchas decenas sentadas en los estrados. El suelo estaba taraceado de distintos colores que se habían logrado con diversas piedras: lapislázuli, jade, mármol, jaspe, pórfido, malaquita, y muchas otras que combinadas en largas piezas componían un entrelazado fastuoso. Aquí y allá, no faltan sin embargo las sempiternas alfombras que prestaban alguna calidez al severo conjunto.

En el más alejado rincón divisaron a su amo, el Sahib Al-Wasilah. Estaba sentado en uno de los estrados, y en la mesita de al lado tenía un servicio con algo que humeaba en su interior.

Al verlos entrar les hizo un ademán con su mano.

—¡Acercaos, acercaos! —ellos así lo hicieron mientras miraban a derecha e izquierda—. No temáis —continuó el *Devshirme* —, nadie vendrá a molestarnos, al menos no por ahora. He dado órdenes de que quiero hablar con vosotros, a solas. —Se dirigió al sirviente que les había traído—: Gracias Alí, podéis esperar fuera.—El llamado Alí se inclinó y andando hacia atrás salió de la habitación.

—Bien, ya estamos solos. —El *Devshirme* parecía dudar sobre qué les diría. Miguel y Giulio permanecieron de pie. De pronto dijo—: ¿No os habéis preguntado qué se esperaba de vosotros? —Gran señor *Devshirme* —dijo Giulio—, desde luego que nos lo hemos preguntado, pero al ver la munificencia y bondad con que nos habéis tratado, bueno... nos hemos quedado desconcertados. —Aparentó pensar un poco, luego terminó su frase en voz más baja—. Al fin y al cabo somos sólo esclavos vuestros.

—Sí, es cierto, el *Padishá*, en su gran generosidad me ha hecho partícipe de un botín de la Armada Imperial, se creyó que erais de gran valor como portadores de una carta reservada que contenía información de alto secreto. El delegado de Galeras creyó que por vosotros se habría de obtener un buen rescate, con esta intención me adjudicó vuestra propiedad. Además el joven Miguel confesó que era de la casa real de Navarra, y que Andrea Doria era su tutor. Más tarde se descubrió que era, además, oniromante, que tenía sueños premonitorios y entonces el mismo delegado Selim lo ambicionó para sí, pero el reparto ya estaba hecho y entrado en los libros del *Padishá*; para evitar malas tentaciones, esos libros no pueden ser enmendados así que se quedó con las ganas. El delegado Selim me ha hablado de la misericordia del joven príncipe —Miguel se estremeció al oírse llamar príncipe, pero no movió un músculo de su cara, a duras penas Giulio evitó un respingo—, y ello me hace trataros de modo extraordinario.

>>De momento —continuó Al-Wasilah—, no pediré rescate por ninguno de los dos, la propiedad que tengo sobre ambos me permite guardaros para mí, y de momento así lo haré, solo el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) sabe lo que el futuro guarda para todos nosotros.

>>En fin, lo que quería deciros es que os mudáis a Palacio. Aquí funciona la escuela de los jenízaros, de la que, como sabéis, soy el encargado, director, comisionado y administrador. Todos los jóvenes futuros jenízaros, *yeniceri*, se educan en esta escuela, aquí en Palacio. Para vuestra información os diré que los jenízaros, durante su período de aprendizaje, se llaman también *devshirmes*, porque ese es el nombre de la escuela.

>>Mis futuros jenízaros son adiestrados bajo una disciplina estricta que incorpora duros entrenamientos físicos. Aquí les enseñamos el manejo de las armas, incluso de las más modernas, como las armas de fuego; además aprenden tácticas militares con los mejores generales del Imperio, que pasan aquí en la escuela una temporada cada año instruyendo a mis *devshirmes*. También reciben educación de príncipes. Nada es demasiado para ellos, pues de ellos se espera todo. Aquí se complementa la educación del cuerpo con la de la inteligencia: se aprenden idiomas, literatura, contabilidad, se interpretan mapas y se levantan planos.

Las condiciones de vida mientras estudian en mi escuela, la *Acemi Ođlanı*, son las de los monjes guerreros, como aquellos antiguos almohades del *ribat* o monasterio guerrero; pero junto a ello se les da educación.

>>De ellos se espera que en el futuro permanezcan solteros, porque su vida debe ser sólo del sultán, aunque pueden tener trato carnal con mujeres. Sólo aquellos que demuestren ser los mejores alcanzan el rango de jenízaro a la edad de veinticinco años.

Calló. Un largo silencio siguió a su discurso. Por fin, Miguel se atrevió a romperlo.

—¿Voy a ser convertido en un jenízaro?

—¡Oh, no! Siento haberos dado esa impresión. Ni lo intentaremos. Sois, perdonad, demasiado mayor y con demasiadas mañas para intentarlo, sería una pérdida de tiempo. No, lo que quería deciros es que continuaréis siendo de mi propiedad pero no se puede perder el tiempo, así que vos atenderéis aquí en mi escuela, como esclavo mío que sois, a todas las lecciones que os sean útiles, ejercitaréis vuestro cuerpo y aprenderéis idiomas, literatura y números, astronomía, poesía y todo lo que se enseña que no sea táctica militar y afines. Vuestro preceptor, Giulio, puede acompañaros a las clases y él mismo puede dar aquí clases de italiano, andamos cortos de profesores de italiano, sobre todo de dialectos. —Se volvió a Maese Giulio—. ¿Conocéis algún dialecto? —Giulio se alegró de haberse criado en Nápoles.

—Sí, alto señor, conozco el napolitano.

—Está bien, daréis clase de napolitano a algunos de mis *devshirmes*. Se os permitirá ganar el estipendio acordado para profesores de dialectos y se os autorizará guardarlo para vos —Se echó

a reír como si se le hubiera ocurrido algo gracioso—. Así, si al fin nadie quiere pagar vuestro rescate, os podréis comprar vos mismo. No seríais el primer esclavo que lo hace —añadió. Se puso serio de nuevo y continuó—: De vez en cuando vendréis a mi casa, cuando yo lo juzgue oportuno. A cambio de todo eso —se volvió a Miguel—, deseo que cualquier extraño sueño que tengáis me lo hagáis saber, soy un estudioso de las ciencias inextricables, de la alquimia y la astrología. Los sueños del príncipe me fascinan. ¿Os interesa mi oferta?

* * *

Así pasaba el tiempo, ambos prisioneros se conformaron de momento con esta vida, preguntándose cuándo podrían abandonar ese palacio que no era sino otra dorada jaula, una amplia prisión sin barrotes. Miguel, según los deseos del Sahib Al-Wasilah atendía a todas las clases que le eran permitidas y ejercitaba su cuerpo. Montaba a caballo, aprendía a manejar la espada, la cimitarra, la jabalina y la daga. Aprendió los nombres de las constelaciones y a orientarse de día por el sol y de noche por las estrellas. Perfeccionó sus conocimientos de idiomas y aprendió a sobrevivir en el desierto.

También aprendió algo aún más curioso: que aun dentro de Palacio los futuros jenízaros constituían una especie de orden secreta.

Como no eran reclutas que hubiesen nacido en la fe musulmana, la tenían como de adopción. En realidad eran cristianos que habían renunciado a la fe de sus padres, verdaderos renegados, por ello su fe era distinta a la del resto de los musulmanes. Los jenízaros, en secreto, bebían alcohol, comían cerdo, y fornicaban con mujeres. Semejantes transgresiones ayudaban a crear un vínculo entre ellos. Adoptaban el culto *karagozi*. El verdadero *karagozi* sólo creía en sí mismo. Pero una especie de sufismo les llevaba a creer que lo auténtico era el alma, que persistía en cualquier estado, semi ignota. La verdad, creían, era «lo que nunca se sabe». Las reglas habituales no importaban, pero ellos mismos tenían gran cantidad de reglas propias. Secretos, supersticiones, códigos. Externamente se consideraban musulmanes y acudían a las plegarias en la mezquita como todo el mundo. Pero su fe verdadera era una especie de lealtad espiritual, como una capa secreta. No todos los *karagozi* eran jenízaros, pero todos los jenízaros eran *karagozi*.

Todo esto aprendió el joven Miguel en la escuela o *Acemi Ođlanı*

* * *

Una riada de sangre llegó por un gran río hasta el mar. Este se tiñó completamente de rojo. Entonces aparecieron flotando muertos todos los peces. Miles de grandes navíos negros con las velas desplegadas navegaban hacia poniente. Sólo una media luna pálida como la plata bruñida alumbraba la escena. Entonces salió el sol y otras naves relumbrantes vinieron hacia las anteriores. El mar se convirtió en un trozo de cristal escarlata. Miguel se despertó asustado. A veces el profeta Ezequiel le asistía mientras él tenía sus visiones y entonces él se sentía con fuerzas para soportarlas; pero a veces Ezequiel no aparecía y la intensidad de sus visiones le impresionaba tanto que se despertaba temblando.

Hacía tiempo que no tenía ninguno de sus crípticos sueños, hasta el punto que creyó que ya no soñaría más. Y se alegró, porque tenía

miedo de lo que podía venir en tales ensoñaciones. Le atemorizaba lo que no entendía.

Al día siguiente pidió ver a Al-Wasilah. Se dirigió personalmente a la habitación desde donde el poderoso señor regía la escuela. Un negro gigantesco cuidaba la entrada. No era fácil para un alumno ver al *Devshirme*.

—¿Que queréis ver al alto señor?—el guardián no se podía creer tamaña insolencia—. Sois un enano, un pedazo de basura. Marchaos con viento fresco si no queréis que os dé un puntapié.

—Insisto, he de ver a mi amo y señor, el *Devshirme* Al-Wasilah. —El negro se extrañó.

—Ningún estudiante llama al apoderado «mi amo». ¿Quién sois?

—Soy Miguel, su esclavo personal y a quien él educa con esmero porque le aprecia —dijo con desparpajo el joven. El guardián pareció pensarlo mejor.

—Hagamos un trato, si él os recibe, os dejo entrar, pero si rehúsa, os doy un puntapié que no olvidaréis. —Dicho esto, entró en la habitación del *Devshirme*. Al poco salió y con voz algo sorprendida dijo—: Podéis entrar, joven.

El encargado de la escuela estaba, al parecer, muy ocupado. Tenía muchos rollos de papel y libros por todas partes. Algunos hombres estaban sentados sobre almohadones pero él le hizo señal de que abandonaran la estancia.

—¿Qué sucede Miguel? ¿Os falta algo? ¿Estáis enfermo?

Se preocupaba de él como un padre de su hijo. El joven se lo agradeció en su corazón.

—No señor *Devshirme*. Anoche he tenido un sueño extraño, que no sé interpretar y he venido a decíroslo, como convenimos.

—Habéis hecho bien. Esta tarde, cuando acaben las clases, os espero aquí. Iremos juntos a casa. Efectivamente, al caer el sol, y antes de que el joven se hubiese dirigido a buscar a su amo, un esclavo vino de su parte a recogerlo.

—El *Devshirme* me envía a buscaros. Ya se le ha avisado a vuestro preceptor que no cenaréis con él ni dormiréis en Palacio.

Un coche les esperaba y ambos subieron a él.

—¿Cómo os vais haciendo a este ambiente? —preguntó Al-Wasilah.

—Bueno, con esfuerzo, mi señor. Pero echo de menos la libertad. —Se había atrevido a decirlo. Llevaba días pensando en ello. Ahora lo había dicho. La libertad, la libertad. Él había estado acostumbrado a vagar libremente por los caminos de Dios. Se había embarcado para ver mundo y hete aquí que se veía encerrado en un edificio, de donde no podía salir.

A veces miraba por las ventanas y veía a lo lejos el bullir del pueblo. Gente presurosa que iba y venía a sus quehaceres, vendedores que pregonaban sus mercancías, mujeres que se detenían a charlar unas con otras, niños que corrían persiguiéndose. Jóvenes presumidos que andaban de arriba abajo pavoneándose antes las muchachas veladas. La vida. Y él estaba aprendiendo a manejar la cimitarra, el nombre de las constelaciones... ¿Cuánto tiempo hacía? Había perdido la cuenta de los días, le parecían muchos, pero no sabía cuántos.

—¿Me oís?—era la voz extrañada de Al-Wasilah—. Os decía que qué es lo que echáis de menos.

—¡Ah, mi señor! —dijo volviendo a la realidad—. Echo de menos la libertad, correr por las calles, navegar por el Bósforo, requebrar a las muchachas. Comer algo en un puesto del mercado, mirar cómo se pone el sol desde un barco...

—Tenéis unos gustos harto pueblerinos para ser un príncipe —comentó el *Devshirme*—. Pero os comprendo, yo también fui joven y al fin y al cabo no seréis nunca un jenízaro, así que no os podemos pedir lo mismo que a ellos. Pero ya hemos llegado, vamos dentro.

El *Devshirme* tenía varias esposas, pero apreciaba más a su esposa principal. Era mayor que todas las demás y por lo mismo ya no tan hermosa, pero ella era su predilecta. Era de origen andalusí y tenía ojos negros y profundos y algo que encantaba al noble señor, una cantidad de pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Esas pequeñas arrugas le hacían muy atractiva a sus ojos y le hacían sentir mucha ternura por su Majidah. Porque había amado mucho a Majidah, ella le había dado su primer hijo varón y también su primera hija: Nadirah, que quiere decir «floreciente, radiante». Le pusieron ese nombre porque cuando nació les pareció una hermosa flor.

Desde entonces Al-Wasilah había tenido muchos más hijos varones y hembras, pero su primer hijo y su primera hija le recordaban la emoción

de ser padre y por ello los amaba más que a los otros. Su hijo, de nombre Adam, por ser el primero, estaba embarcado en uno de los barcos del sultán. Amaba la mar y era capitán de galeras; su hija Nadirah, en cambio, se marchitaba de día en día. Siempre fue delicada, como una flor. Pero desde que entró en la pubertad, mientras más hermosa se hacía, menos vitalidad tenía. Quizá por eso su madre tenía esas arruguitas finas alrededor de los ojos, como las que tienen las madres que sufren. Y quizá por eso esas marcas le provocaban ternura al *Devshirme*.

—Marchaos a vuestras antiguas habitaciones, allí tenéis ropa limpia y un buen baño esperándoos. Luego preguntad por el comedor, os esperamos para cenar.

—¿Quiénes me esperan, mi señor?

—Mi esposa primera, Majidah, yo mismo y mi hija mayor, Nadirah.

—¡Pero, señor —dijo azorado el joven—, yo tenía entendido que las mujeres no se mezclan con los hombres!—Ni lo harán. Pero no os preocupéis por futesas y dejadme a mí la organización de

mi casa. —Le dejó solo. Nadie vino a guiarle a sus antiguas habitaciones por lo que entendió que se le daba libertad para recorrer la casa de Al-Wasilah. No sabía el camino así que anduvo como perdido de aquí para allá hasta que encontró la escalera por la que había bajado casi en volandas hacía... ¿cuánto tiempo? Subió mirando a derecha e izquierda, admirando los grandes búcaros con flores, las alfombras, el taraceado de los techos. Cuando llegó arriba trató de orientarse de nuevo. ¿Era a la derecha o a la izquierda? No se acordaba bien. Echó andar a la derecha, pronto se dio cuenta de que ese no era el camino. Nada le pareció conocido. Sin duda no lo había visto antes. Se decidió volver sobre sus pasos pero antes de hacerlo oyó como un sonido apagado, como cuando se chista a alguien de manera que no lo oiga otra persona. No vio a nadie y miró a su alrededor. Se repitió la llamada.

—¡Chist, chist!

El joven miró por todas partes y luego preguntó:

—¿Hay alguien ahí? —Nadie apareció, luego oyó un voz que hablaba muy bajo.

—No hagáis ruido. Estoy detrás del búcaro, el jarrón chino. Pero no miréis. —Había en el recodo del pasillo un gran jarrón seguramente traído de la China, enorme; un hombre cabría dentro, o una pequeña persona detrás. No vio a nadie.

—¿Qué queréis?

—Nada, sólo habar un poco con vos, me han dicho que venís a cenar con nosotros, no os podré ver entonces. Quería saber cómo erais.

Ante todo Miguel era un joven y sintió curiosidad.

—Pues si queréis saber cómo soy, ya lo estáis viendo, en cambio yo no os veo, ¡dejaos ver! —Una cabeza juvenil asomó de detrás del jarrón, era hermosa, como una flor. Lo miró fijamente y se echó a reír conteniendo la risa para no hacer ruido y se volvió a esconder.

—¿Sois español? —Sin esperar respuesta continuó—: Mi madre viene de Al-Ándalus, puede decirse que somos compatriotas. ¡Marchaos ahora, deprisa, ya nos están esperando! —Hizo una pausa y le espetó repentinamente—: Sois muy guapo. ¿Os parezco guapa yo? —Volvió a asomar su cabeza. Sin duda era la joven más hermosa que Miguel hubiese visto nunca. Ella salió de detrás del jarrón y rápidamente se metió en una habitación. Apenas pudo ver su cuerpo menudo y bien formado, sus ropajes de colores, su pelo suelto. Miguel dio media vuelta y se dirigió a sus antiguas habitaciones, allí estaba el agua prometida, el esclavo que le había servido y, ¡oh, sorpresa!, la vestimenta a la que se había referido el *Devshirme*. Un traje nuevo, pero era una copia exacta de aquel traje que había comprado con su primer dinero en el mercado de Túnez y con el que había sido apresado. Una hermosa camisa de seda azul celeste, un jubón y unas calzas ceñidas de color granate, un bonete con pluma y además, para completar el traje, una nueva pieza que sólo usaban los gentilhombres, unos gregüescos abullonados y acuchillados a través de cuyos cortes asomaba, bien fruncida, una seda azul como la camisa. La elegancia era completa. Era el vestido de un rico joven español. Calzado a juego y un pañizuelo para llevar en la manga; no faltaba nada, solo una espada en su funda pero Miguel de Piedrola comprendió que el *Dvisirme* no le hubiese proporcionado una para ir a cenar con su familia. El sirviente le bañó, le dio masaje y le ayudó a vestirse.

Gozando de esa pequeña libertad, buscó sin ayuda el camino al comedor. Por fin lo encontró: una habitación grande con mesitas bajas, dividida en dos por unas celosías tupidas a las cuales se habían añadido unos velos. Era imposible ver qué había al otro lado. En uno de los lados, junto a la pared más lejana, se había dejado un paso para permitir que los servidores circularan entre uno y otro lado. Miguel se percató que los sirvientes eran todos eunucos, lo que le hizo suponer que al otro lado había damas del harén o personas del sexo femenino. Haciendo gala de su cortesía se quitó el bonete con pluma y con una inclinación profunda, barrió el suelo del lugar con la pluma. Al otro lado del biombo o mampara se escuchó una risa ahogada. Miguel reconoció a Nadirah.

El dueño de casa se acercó a él.

—Ahora sí parecéis un noble español —dijo tras mirarlo—. Pensé que os sentiríais más a gusto si vestíais vuestros propios vestidos. Bueno, son una copia, el agua del mar y el sol habían gastado y deslucido los vuestros, aunque los han hecho un poco más grandes, habéis crecido últimamente. En todo caso, en lo demás, son exactos, al menos eso creo... Pero venid, venid, sentaos junto a mí. Al otro lado están la dama Madjidah, mi esposa principal y madre de mi hija, Nadirah, que también sentía curiosidad por conoceros. —Dudó luego y se corrigió—: Por oíros. Cenaremos en paz y luego nos contaréis vuestras visiones. Sólo os ruego que no uséis palabras que una dama no pueda oír y que no relatéis cosas demasiado crueles.

—No, mi señor Al-Wasilah, los sueños que tengo son símbolos y raras visiones, a veces me dan miedo por su intensidad, pero no son sangrientas, al menos no a menudo —dijo recordando el último sueño en que había ríos de sangre. Se propuso no contar este último.

Cenaron agradablemente y el *Devshirme* hizo gala de buen humor, se dirigía a Miguel aunque de vez en cuando hablaba para las damas. Ellas a su vez no hicieron oír su voz. Miguel, como no estaba seguro de si podía dirigirse a ellas sin faltar gravemente a la etiqueta y a la confianza que su anfitrión había depositado en él, prefirió no dirigirse en absoluto a las damas.

Tras los postres, el joven Miguel se puso a relatar la historia de sus extraños sueños. Relató sus visiones y cómo el profeta Ezequiel le había guiado a veces fuera de su cuerpo y ambos habían volado a lugares remotos, o por encima del mar. Cuando terminó, un largo silencio siguió a sus palabras; incluso los eunucos que se habían quedado para escuchar tan insólitas historias no se atrevían a respirar. Por fin habló el anfitrión.

—Gracias amigo por habernos hecho partícipes de tan insólitas experiencias. Las damas querrán retirarse, nosotros nos quedaremos aún un poco más. —Se oyó un rumor de sedas y almohadones, el crujir de telas sedosas y pies ligeros. Nada más. Miguel supo que las señoras se retiraban y se levantó de su asiento bajo e hizo una reverencia sin mirar hacia las mamparas. Luego se sentó otra vez.

—¿Deseabais algo de mí, Al-Wasilah?

—Si, me he dado cuenta de que vuestro último relato es del hundimiento de la *Perla* y hoy me habéis dicho que habíais soñado... ¿Era algo terrible? ¿Por eso no lo habéis dicho ante las señoras?

—Sois muy agudo, mi señor amo. En verdad ignoro si el sueño es terrible o no. O sólo un sueño sin más. No vi al profeta Ezequiel y por eso no sé qué pensar. —Empezó su historia—. Había ríos de sangre y el mar se tornó rojo...

Al terminar, el *Devshirme* le preguntó:

—¿En verdad no sabéis a qué se refiere esta visión?

—No, sólo sé lo que os digo.

—Yo no soy profeta, hijo mío, pero me temo que lo que habéis visto simboliza una futura batalla de la liga de los cristianos contra el Imperio otomano. Mucha sangre, es decir que la lucha será enconada y habrá muchas pérdidas de vidas, pero no sabemos quién triunfará. La visión no lo dice.

>>Vuestro Carlos V está intentado formar una alianza con el Papa, Fernando de Austria y Venecia; el *Padishá*, por su parte, tiene aliados en Francisco I de Francia y los piratas del Mediterráneo. Ellos son las naves blancas y negras. El Levante y el Poniente son los dos imperios. Todo el mundo lo sabe, ambos se han de enfrentar por la posesión del mundo. Vuestro sueño es sólo un símbolo, una alegoría una metáfora. No añada ni quita nada. —Se levantó de su asiento y paseó un poco, luego dijo:

—Ya sabéis que yo soy el jefe de la escuela de los futuros jenízaros. Estamos adiestrándolos a marchas forzadas. Hay más cien mil jóvenes jenízaros, en ciento sesenta y cinco *ortas* o regimientos, y cada *orta* tiene su *aga* o comandante. Las tropas fronterizas, o *cemaat*, están constituidas por ciento un *ortas*. Todas están en estado de alerta. Diciendo eso no os revelo nada porque todo el pueblo lo sabe, y sin duda vuestro emperador también. —Pareció cambiar de tono—. Dejémoslo estar. Me alegra

que hayáis cenado con nosotros, mi hija lo deseaba fervientemente. Os lo agradezco, ella tiene pocas alegrías, está muy enferma y le queda poca vida, por eso permití vuestra visita, os doy las gracias de nuevo, sin duda la niña estará muy satisfecha, y su madre también. Ya sabéis que las mujeres no reciben vistas más que de sus parientes femeninos. La niña echa de menos la libertad, como vos, Miguel de Piedrola. Al fin y al cabo también es una joven y vive constreñida en un harén. —Suspiró—. A veces siento que las mujeres de la alta sociedad no tengan más libertad. Miguel no dijo que la había visto y que no le pareció enfermiza ni con poca vida, se calló y solamente dijo.

—No hay nada que agradecer, *Devshirme*; yo os agradezco que me hayáis dejado cenar con las damas al otro lado de las mamparas.

IX

El libro de Artemidoro de Éfeso. Miguel conoce el amor

«Cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión...»

Romance del prisionero.

LA VIDA PARA MIGUEL DE Piedrola se reanudó como antes: las clases de gramática turca, el árabe, la astronomía, la astrología, las matemáticas, disparar con armas de fuego, montar a caballo, remar en el Bósforo... En fin, la rutina de siempre.

El profeta Ezequiel pareció haberse olvidado de Miguel y este rezó para que así fuese. Ahora sus sueños eran pacíficos, a veces turbados por la imagen de una hermosa joven que se escondía tras los árboles o tras los macizos de un jardín soñado. Siempre había algún obstáculo que le impedía verla. El *Devshirme* le llamaba de vez en cuando y le preguntaba por sus progresos. A veces salían a andar por las orillas del Bósforo admirando los jardines de los ricos, los exuberantes mercados, las dársenas del puerto, los grandes edificios de los poderosos o del ejército. También se distraían en las calles viendo a los encantadores de serpientes, magos que hacían desaparecer cosas en un santiamén, danzarinas con sus crótalos sonoros y sus velos transparentes, vendedores de comidas, de telas, de vasijas, de emplastos, de gallinas, de jaulas con pájaros cantores.

—Cuando era joven me gustaba mucho remar en barca —le confesó un día Al-Wasilah—. Ahora no tengo suficiente resistencia, me canso

demasiado pronto y prefiero no meterme en un jardín del que no pueda salir. —Se echó a reír—.

Es una manera poética de decir algo duro: me estoy haciendo viejo; aunque no lo parezca, ya no soy el de antaño. —Siguieron paseando y el *Devshirme* le preguntó—: ¿Tenéis hambre, Miguel de Piedrola? —Sin esperar respuesta, él mismo se contestó—. Yo sí, me gustaría comer bajo un emparrado al aire libre. Conozco muchos sitios agradables de mis tiempos de estudiante, bonitos y baratos, y además las sirvientas son hermosas. ¿Nos vamos a comer por ahí?

Y así se fueron en amigable compañía a buscar dónde comer el amo y el esclavo, como si fuesen dos amigos o parientes. Por fin hallaron un lugar a gusto del *Devshirme* y pidieron carne de cordero picada y adobada con especias envueltas en hojas de parra, una variedad de *börek* o empanadas, y *zeytinyagli*, una especie de raviolis con yogur y ajo. Más tarde aún les quedó apetito para tomar algunos dulces, y pidieron *irmik helvasi*, que no era otra cosa que unas especie de pasta o sémola con piñones. Con la comida bebieron vino fermentado y Miguel no se atrevió a preguntar si estaba permitido a los musulmanes fieles consumir o no tales bebidas. Las sirvientas tenían caras bonitas y ojos pícaros y tapadas sólo con un velillo de media cara para abajo, pero en todo caso sus rostros eran claramente visibles.

Cuando vinieron a ofrecerles más comida, Al-Wasilah se puso una mano sobre el estómago y dijo: «*Tatami, tesekkür ederim*», algo así como «estoy ahíto». Las lindas camareras se retiraron sonriendo tras su velillo.

La tarde era hermosa y primaveral y el viento era salobre y tibio. Miguel se preguntó si habría en el mundo otro sitio mejor. Aquel lugar cerca de Logroño en donde se había criado retrocedió en su memoria, casi se le había borrado la cara del bondadoso arcipreste, don Juan de Órbigo, el que le crió de niño; y la del sacerdote Ezequiel, aquel que tenía tan buen aceite, y también aquella idea suya de ser capitán de galeras le pareció una especulación muy lejana, algo remoto que se iba difuminado en el pasado. Todos sus recuerdos se iban desvaneciendo y siendo reemplazados por un rostro de niña, uno que vio un día tras un jarrón chino. Acabada la comida, ambos, satisfechos, decidieron reanudar su paseo, pero Miguel tuvo una idea mejor.

—*Devshirme*, ¿y si nos fuéramos a bogar un poco por el Bósforo? Yo tomaría los remos, si me autorizáis... —Al administrador de la escuela de jenizaros pareció agradarle la idea en grado sumo. Le brillaron los ojos como a un chiquillo.

—Me parece una gran ocurrencia. ¡Vamos a alquilar una barquita! — Contentos como dos muchachos se dirigieron al apeadero en donde otras personas esperaban pacientemente a que llegasen las barcas vacías para ocuparlas. El barquero reconoció al *Devshirme*, no en vano era una de las altas jerarquías del Palacio de Topkapi. Se inclinó hasta el suelo.

—¡Al-Wasilah! Cuánto honor para mi negocio veros por aquí. Cuando yo era niño y atendía el negocio con mi padre, entonces recuerdo que veníais a menudo —Movié la cabeza de lado a lado—. Pero de eso, Al-Wasilah, hace ya algún tiempo... ¿Qué os trae a mi negocio?

—Estar aquí de nuevo me hace sentir más joven, Al-Hurr; he venido con uno de los alumnos de la escuela para que me demuestre como boga. ¿Tendréis una barca para nosotros?

—Cómo no, maestro de los jenízaros del Imperio. La barca más nueva y más rápida será vuestra. La tengo guardada para gente importante — fantaseó el negociante —, pero nada es bastante bueno para el *Devshirme*.

Abrió una especie de caseta y arrastró fuera una hermosa barca. Era cierto que parecía nueva y recién calafateada y pintada. Era de color verde con extraños ojos pintados en la proa. También tenía un nombre escrito con primor en un lateral: *Nadirah*.

—¡Se llama como vuestra hija! —dijo extrañado Miguel.

—En realidad es un error —explicó el barquero—: La barca se iba a llamar *Nadimah*, «amiga», pero el pintor no era demasiado experto y confundió las letras y al fin pintó *Nadirah*, y como el nombre era hermoso, lo dejamos estar. *Nadirah* quiere decir «floreciente, radiante» o «rara y preciosa». No era mal nombre para una barca, era extraño y por eso le hice pintar unos ojos, para que fuese aún más rara.

Mientras explicaba todo esto había botado la barca y sacado dos largos remos adornados con anillos dorados. La palas estaban pintadas de escarlata.

—Vamos, señores míos —invitó grandilocuente—. Subid sin temor, la barca es tan buena que si perdéis el camino, ella sola os traerá a casa. —Se echó a reír con ganas de su propia ocurrencia.

Al-Wasilah y Miguel de Piedrola disfrutaron de un largo paseo en barca; el delegado de la escuela le iba diciendo por dónde debía de dirigir

su boga para disfrutar de hermosas vistas, y el joven lo hacía sin dudarle. El mismo Miguel se dio cuenta de que había crecido, de que sus fuerzas eran infinitamente superiores a las de aquel muchacho que había llegado a Constantinopla. Remaba con potencia y sin esfuerzo aparente, con golpes raudos y suaves que rompían el agua sin salpicar. Rítmicamente se inclinaba hacia delante al meter los remos en el agua y hacia atrás al hacer fuerza para avanzar. Sus músculos bien desarrollados brillaban con el esfuerzo pero su respiración no se agitó. Al-Wasilah entristeció su corazón al pensar que su querida hija nunca conocería a un mancebo como aquel porque antes de que lo hiciera la muerte vendría a llevársela. Se lo había dicho el médico de la Corte, la tos iría en aumento y en un ataque se quedaría muerta.

—¡Volvamos, Miguel! —dijo repentinamente. El sol se había oscurecido y soplaba un viento helado, o así le pareció al *Devshirme*.

Volvieron sin decir palabra, pero al llegar a Palacio, Al-Wasilah le dijo:

—Venid conmigo, tengo algo que enseñaros.

Anduvieron otra vez a través de los cuatro patios y de sus imponentes puerta hasta que llegaron a las dependencias en donde imperaba el *Devshirme*.

—Esperad un momento, tengo algo que quiero que veáis. —Se fue a otra habitación y al rato volvió con una funda de piel de cabritilla en sus brazos. Portaba algo, si no pesado, sí precioso, a juzgar por el mimo con que lo transportaba. Lo depositó sobre una mesa alta.

—Venid —le llamó con un gesto de la mano derecha—. Venid y ved esto. Miguel se acercó y vio como el regidor de la escuela de jenízaros sacaba un libro, voluminoso y encuadernado con primor. Dejó que Miguel lo mirase sin tocarlo y luego anunció con voz orgullosa.

—¡El *Oneirokritiká* o *La interpretación de los sueños*! —¿Un libro sobre la interpretación de los sueños? Así que existe... —dijo con voz incrédula Miguel.

—¡Claro! Es este. Lo escribió un famoso oniromante, Artemidoro de Daldis, o de Éfeso. ¿No habéis oído hablar antes de este libro? De su autor se sabe que vivió hace más de tres mil años.

Artemidoro, llevado de su interés teórico por los sueños, viajó por todo el mundo conocido reuniendo para su libro los sueños de miles de personas. En este libro, muy raro y caro de obtener, están reunidas sus experiencias. El relato de las ensoñaciones, lo que significan y lo que las personas entendieron cuando los soñaron. ¿No sabíais que existía?

—No mi señor y amo, alguna vez me mencionaron un compendio como este, tal vez este mismo, pero creí que era una fantasía —dijo el joven con toda sinceridad—. Nunca creí que alguien podría dar tanta importancia a espontáneos sueños como para escribir todo un libro sobre ellos.

—Bueno —dijo Al-Wasilah, orgulloso de poder demostrar su superior saber—. Eso es porque no habéis estudiado la oniromancia. Sois un dotado natural, pero no un erudito, ni siquiera un estudioso de estos fenómenos. Ya desde la antigüedad los hombres se han interesado por las profecías y las visiones del futuro. Os digo que este libro no es el único que existe sobre el tema, asimismo existen los llamados *Discursos sagrados*, de Elio Arístides, también de hace unos dos mil quinientos años. Cicerón de Macrobio escribió el llamado *Comentario al sueño de Escipión* más de cien años antes de que naciese Mahoma (¡Bendito sea su nombre!), e incluso tenemos el *De insomnis* de Sinesio de Cirene. Ya veis como hay muchos tratados sobre los sueños y su interpretación. —Dejó de hablar y abrió su preciado ejemplar—. Mirad, mirad, con qué riqueza ilustró el autor los sueños de sus soñadores.

Y era así, casi cada página estaba ricamente iluminada sin ahorrar en colores ni en tintas variadas. Eran fantasías creadas por la mente del hombre, algunas bellas y otras horribles, todas encuadradas en marcos con flores y volutas y pájaros y otras cosas vivas porque el libro estaba escrito en griego y los griegos sí pintan figuras humanas y rostros y animales. Además el libro fue escrito mucho antes de la venida del Profeta (¡Bendito sea su nombre!).

Miguel de Piedrola estaba ensimismado, por un momento casi llegó a sentir orgullo de sí mismo. Él era uno de esos oniromantes, como aquel lejano Artemidoro de hacía tres mil años.

—Mi señor Al-Wasilah —preguntó, como dudando de su atrevimiento—. ¿Me dejaríais leer ese libro, o al menos mirarlo, si no lo entiendo todo?

—Claro, ¿por qué creéis si no que os lo he enseñado? Podréis venir a leerlo o mirarlo cuando queráis, siempre que yo esté aquí y os lo pueda

sacar. No me fío de nadie, es uno de mis tesoros. —Y así Miguel de Piedrola vio y conoció los sueños de otros muchos soñadores y oniromantes.

* * *

Un día llegó a dormir a su estancia después de una jornada de duro de trabajo. Había estado domando potros y luego practicando la lucha grecorromana con alguno de los jóvenes de la escuela bajo la atenta mirada del *aitán*. Ahora se disponía a caer rendido en su lecho, que por cierto era muy rígido, como correspondía a un joven soldado. Al entrar en él topó con algo. Creyendo que alguno de sus condiscípulos le había hecho una broma e introducido en su cama alguna piedra o similar, echó hacia atrás las mantas y con sorpresa vio que era un pequeño paquete. Era joven y curioso. Dio varias vueltas al envoltorio. Estaba cerrado, sellado y lacrado. ¿Qué podría ser? Todavía pensaba en una broma así que lo abrió con cuidado no fuese a salir un escorpión o algo parecido del hermoso envoltorio. Cuando lo abrió no vio nada, estaba vacío. Para asegurar de que no quedaba nada dentro alisó el papel del envoltorio y vio que lo que contenía era una carta: el envoltorio, por dentro, era un pliego apretadamente escrito.

En el nombre de Alá el Misericordioso, por quien es escriben todas las cartas y todo es hecho, para Miguel de Piedrola, de Nadirah, hija de Al-Wasilah.

Mucho me agradó vuestra conversación, dulce amigo, y quisiera saber más de vos y de los sueños. En teoría no puedo salir del harén, pero de vez en cuando mi madre y yo salimos sin ser notadas porque contamos con la complicidad del eunuco mayor, quien conoce a mi madre desde que ella era un simple doncella y luego esposa favorita.

Lo he arreglado todo y os puedo ver dentro de dos días junto al embarcadero del Bósforo, donde vos y mi padre estuvisteis alquilando una barca.

Sed prudente y vestíos como un jornalero después de su trabajo y no llamaremos la atención de nadie. Yo iré velada y vestida como una sirvienta. Un poco después de la caída del sol, cuando la escuela de los

jenízaros cierra sus puertas, estaré allí. A esa hora las señoras nos retiramos a nuestras habitaciones y nadie me llamará hasta el día siguiente.

No faltéis.

Nadirah.

Los dos días siguientes fueron como un remolino y un huracán para Miguel. No se podía explicar cómo la bella Nadirah le había hecho llegar tal mensaje, ni qué intención tenía la joven. Si se decidía a acudir a la cita se arriesgaba mucho porque si eran cogidos en tal situación a ambos les podía costar la vida. Quizá ella quedaría recluida en el harén de por vida, pero él, sin duda, sería lapidado o al menos le cortarían la cabeza de un tajo. Pero algo le impulsaba a acudir a la entrevista así que el día señalado se vistió de ropas pardas y algo usadas y, despacio y paseando, llegó al embarcadero. No quería que el barquero le viese porque podía reconocerle, así que optó por merodear dando vueltas como si mirase al río y a los paseantes. No tuvo que esperar mucho, a poco una mujer mayor, a juzgar por lo pesado de su cuerpo, se dirigió a él en voz baja:

—¿Sois acaso Miguel?

—Miguel de Piedrola —dijo el joven sin titubear. Ella le tiró de la chaqueta.

—Seguidme. Mi señora os espera. Antes de media noche estad aquí mismo de vuelta o todos estaremos muertos mañana. ¿Habéis entendido?

No hablaron más. Con paso presuroso se dirigieron a los jardines del Bósforo, una hermosa alameda por la que gustaba pasear la gente de Constantinopla. La sirvienta dejó a Miguel junto a un macizo de azaleas.

—Esperad aquí.

De pronto unos brazos rodearon su cuerpo y una voz juguetona dijo —¡Adivinad quién soy!

—¡Teneos, señora, alguien puede vernos!—Y aunque nos vieran, no sabrían nada, voy bien cubierta y nadie me reconocería. Un joven de la escuela de jenízaros bien puede pasear con una mujer, si ella consiente en acompañarle.

Tranquilizado, el joven echó a andar junto a Nadirah.

Las horas pasaron sin sentir. Ambos jóvenes se declararon su amor e incluso como suele hacerse a esas edades planearon escaparse juntos.

—¿A dónde iríamos, Miguel?

—Lejos, muy lejos. Donde Al-Wasilah no pueda jamás hallarnos.

Y esa explicación le pareció suficiente a Nadirah, sin preguntar por el nombre exacto de aquel lugar lejano en donde vivirían juntos y felices. No pensaron que de momento no tenían dinero, ni modo de escapar, ni guía, ni protección, ni sabrían a donde ir.

Además Miguel era un esclavo y de ninguna manera una joven como Nadirah podría casarse en ningún lugar del mundo con un esclavo siendo mujer libre. Quizá en tierras de cristianos en donde se admitía el «matrimonio a furtas», es decir el matrimonio entre dos personas que consentían y que no tenían la autorización de sus padres. No se pedía nada más que ambos fuesen solteros. Pero las tierras del señor Jesús estaban tan lejos...

Aun así, a pesar de todo, decidieron seguir viéndose hasta que pensarán algún modo de escaparse lejos. Al menos mientras tanto disfrutarían de su mutua compañía. Ella tosía de vez en cuando pero no le daba importancia. Tenía un pañito blanco para taparse la boca cuando le llegaban los accesos de tos, luego lo guardaba y sonreía con su sonrisa tan dulce y pícara a la vez.

Parece ser que el *Devshirme* no maliciaba nada ni sospechaba que su hija y el esclavo Miguel conducían sus amores en los parques y jardines y paseando por calles lejanas y populares en donde el bullicio de la gente era el mejor escondite. Ella iba siempre velada con espesos velos y él vestía como un joven pobre. Nadie les miraba con interés, pensaban que a lo mejor eran hermanos en el camino a casa.

Un día Al-Wasilah dijo a Miguel:

—He pensado que algún día os tendréis que ir, no podéis estar para siempre en Constantinopla. He escrito al príncipe Andrea Doria pidiendo vuestro rescate y el de vuestro preceptor, el bueno de don Giulio. Mi curiosidad no debe ser vuestra cadena, así que os daré la libertad tanto si llega el rescate como si no. Y antes os daré un libelo de manumisión para que no haya duda. No os dejaré ir con las manos vacías, me habéis hecho compañía como un hijo bueno y me habéis hecho pensar en muchas cosas imposibles pero que me han hecho meditar. Debo buscar un joven como vos para mi hija antes de que sea demasiado tarde.

Todo esto rompió el corazón de Miguel de Piedrola. Algún día, quizá pronto, llegaría la carta con el rescate de maese Giulio y de él mismo, e

incluso si el príncipe se negaba a pagar, el generoso Al-Wasilah le había dicho que le daría la libertad. Nada dijo a Nadirah por no causarle dolor. Si a él casi le había matado la noticia, no quería pensar lo que le sucedería a la delicada joven.

Como si sospechase algo ella le urgía:

—¡Vámonos, Miguel! Vámonos antes de que sea demasiado tarde. Llévame a Al-Ándalus, donde los claveles florecen todo el año y el Guadalquivir canta canciones sarracenas. —Le miraba con sus ojos profundos de gacela—: ¡Vámonos, tu tierra será mi tierra y tu Dios será mi Dios. —Sin saberlo, repetía las palabras de Ruth en la Biblia de los cristianos. «Tu tierra será mi tierra y tu Dios será mi Dios». Y es que el amor se repite a sí mismo a lo largo de los siglos y siempre, siendo el mismo, es nuevo y distinto con cada amante.

Pero Miguel pensaba en qué podía él hacer para llevársela. Sin dinero suficiente, sin conocer el país y siendo perseguidos por los jenizaros del *Devshirme*, no llegarían muy lejos; en cuanto se enterasen de la huida de los enamorados, y ello sería por la mañana cuando vieran que ella no había dormido en su cama, los perseguirían y sin duda los hallarían. El dolor le atenazaba y aun así no se atrevió a decirle que la suerte ya estaba echada; que, en todo caso, cualquier día llegaría bien una carta de manumisión, bien el *al-Fakkak*, o redimidor de cautivos y después de haber pagado su rescate se lo llevaría de allí.

* * *

Roxelana no se conformó con haber sembrado la duda en el corazón del *padishá*, de modo que al fin este no tuvo ningún escrúpulo para hacer ejecutar a su amigo de toda la vida, Pargali Ibrahim, el gran visir. Esta hermosa mujer pensaba a largo plazo y con tiempo vertía palabras envenenadas entre los susurros de amor y pasión. El *padishá* sólo veía por sus ojos y nada de lo que ella decía caía en saco roto. Además, ella era prudente como la serpiente. Nunca atacaba directamente al enemigo o cualquiera que, sin serlo, le estorbara para sus planes. Ella, dulcemente, resaltaba los defectos del enemigo y alababa las bondades de su esposo para con él, de modo que al fin Solimán empezaba a ver con toda claridad cuan ingrata era esa persona y empezaba a tomarle ojeriza.

Tras haber alabado las virtudes y la fidelidad de Rustem, uno de sus fidelísimos, consiguió que el *padishá* le concediese la mano de su hija Mihrmah, y ya puestos, había que darle un cargo y dignidad acorde al parentesco; así, le hizo nombrar ministro de Hacienda o *diwan al-jaray*. Y todo a cambio de que Rustem apoyase incondicionalmente al hijo de Roxelana, Selim, cuando el *padishá* falleciese. El *Kanuni* o «legislador», como se le conocía en muchas partes del Imperio otomano, iba ya para los cincuenta y había que ir pensando en la transmisión de poderes para cuando llegase el plazo que siempre vence y la fecha que siempre se cumple. El hijo favorito de Roxelana tenía un poco más de quince años y estaba muy lejos, ella lo había enviado a un lugar en donde estuviese protegido de las insidias, intrigas y maquinaciones de la Corte de Topkapi, bien sabía ella cuan fácil era hacer morir a un joven en un accidente. Junto a él, cuidando de su seguridad, estaban los hombres de Rustem, que lo protegerían pues el joven hijo de Roxelana era la garantía del *diwan al-jaray*, Rustem, para un futuro resplandeciente. Sin él nunca gozarían de lo que Roxelana les había prometido para cuando ella fuese la *Sayyida Kubra* o reina madre viuda.

Roxelana preparaba su jugada como un jugador de ajedrez: ahora tenía a un hombre joven casado con su hija y dispuesto a todo por los honores y riquezas que la futura *Sayyida Kubra* le había prometido.

* * *

Las salidas de ambos jóvenes se hicieron más frecuentes y a pesar de que tomaban todas las precauciones para no ser descubiertos, Miguel se temía que esto no podía durar. Alguien les descubriría, pero Nadirah insistía en que no había peligro alguno, su madre le cubría y el Eunuco Mayor era amigo. Nadie más sabía de sus paseos clandestinos y ella abandonaba su casa vestida como una sirvienta de las muchas que entraban y salían de ella.

—¿Qué haremos, Nadirah! —decía el joven. Estaba abatido porque no veía una salida a sus amores—. ¿Dónde podríamos ir que no nos hallasen? —Pero Nadirah, pasados los primeros días en que pensaba

en huir en barco a través de los Dardanelos y otras ideas semejantes, parecía contentarse con verlo tan a menudo como podían.

Sentados a la orilla del agua, casi metidos dentro de un macizo de plantas que guardaba un tanto su intimidad, se cogían de la mano y cuando nadie les veía se besaban apasionadamente, como se suele hacerse en la primera juventud. Descubrían las rosas de la pasión y no les afectaba el pensamiento de que esas rosas tenían, inevitablemente, dolorosas espinas.

Miguel estaba cada vez más fascinado y seducido por la joven otomana. Ella era la personificación del misterio, sus salidas clandestinas eran un aliciente para sus jóvenes años, soñaba con ella dormido y despierto. Olía su perfume a nardo y jazmín. Pronto le supo a poco el sabor de los besos y las caricias a hurtadillas y empezó a planear en serio alguna salida a su situación. Quería algo más, lo quería todo. Cuando se lo dijo a Nadirah, ella le besó pero no pareció impaciente por partir.

—Mi aya ya no vive en palacio, es muy vieja, pero yo sé dónde vive, a veces le mando regalos. Si os parece arreglaré un encuentro en su casa.

* * *

Miguel soñó que de la cesta del verdugo, en donde había caído la cabeza del hombre de la barba blanca, surgía un hombre elegantemente vestido y que se escondía detrás de una joven hermosa. Un estruendo de sables se hizo en la habitación, pero no se veía a combatiente alguno. De pronto vio a un enfermo y a un médico que indicaba que el enfermo había muerto. Repentinamente una serpiente se enroscó en la garganta del médico y lo ahogó. El profeta Ezequiel lo miraba todo con indiferencia.

—¿Qué significa todo esto, Ángel Guardián? —preguntó Miguel en su sueño—. No conozco a esa gente, ni nunca les he visto, ni siquiera reconozco la habitación.

—No importa, algún día lo comprenderéis y recordaréis este sueño. Ahora seguid durmiendo. Yo velo vuestro descanso. —Le puso la mano en la frente, una mano que era como una pluma y Miguel cayó

en una fantasía tranquila como el romper monocorde de las olas en la playa.

* * *

Las visitas de los jóvenes a casa de la vieja aya se hicieron cada vez más frecuentes y Miguel a veces pensaba que era ya un milagro que nadie hubiese echado de menos a Nadirah en el harén, pero a pesar de todo no podía evitar seguir los pasos de la bella cada vez que ella le llevaba a visitar la casita de la vieja aya.

El *Devshirme* había tomado una determinación. Proporcionaría a su hija toda la felicidad que pudiera. La veía inquieta y su tos aumentaba por días. Le brillaban los ojos y se temía que tuviera fiebre, pero cuando él le preguntaba por su salud Nadirah le respondía que nunca se había sentido mejor. Quizá una boda con un hombre joven y hermoso le dispensaría unos meses de felicidad antes de que la tos se la llevara. Ya tenía en mente unos cuantos candidatos, y cualquiera de ellos llenaría a una joven de alegría y esperanzas. Él se ocuparía de describirlos lo mejor posible de modo que el esposo fuese de su agrado. No era esta la rutina común antes de una boda. El padre escogía al marido sin que la novia tuviese ningún dato sobre la calidad del

elegido; se suponía que el progenitor escogería siempre lo mejor, naturalmente Al-Wasilah deseaba que su hija fuese feliz mientras viviese. Toda joven cifraba su felicidad en un buen marido, así que él estaba decidido a darle esa felicidad. Tras algunas conversaciones al fin dispuso de los nombres de varios jóvenes de buena familia. Si bien las jóvenes no abandonaban el harén, la fama de su belleza sí traspasaba las paredes del hogar. Todos sabían que Nadirah era una bellísima mujer; eso, junto a la posición del Dvisirme, hacían de la joven una esposa deseable.

Había caído la tarde. Se aproximaba el verano y el tiempo era agradable, las horas de la tarde, largas y perfumadas.

—Llamad a mi hija Nadirah —dijo al sirviente que acudió a su llamada. Este se inclinó profundamente y salió hacia el harén para hablar con el eunuco de la puerta. Más allá no podía penetrar hombre alguno, bajo pena de muerte. Cuando llegó allí se acercó al obeso eunuco y le manifestó los deseos del amo de casa. Éste le oyó y asintió.

—Esperad aquí, ahora vuelvo con ella. Tened paciencia, quizá la dama Nadirah ya se ha dormido o está ocupada en alguna cosa, o se baña y entonces no se le puede interrumpir. Voy a llamarle, paciencia.

El sirviente esperó con la resignación que se le había aconsejado, y esperó un largo tiempo, tan largo que llegó a extrañarse. ¿Estaría enferma la joven? Siguió esperando, al fin llegó el eunuco, rojo como una cereza y temblando de agitación.

—Nadirah no está en el harén.

—Es imposible, mirad bien, las jóvenes no pueden estar en ninguna otra parte —arguyó asombrado el sirviente; pero el eunuco, a punto de llorar le contestó.

—Bien que lo sé, pero he mirado por todas partes, incluso he ido a la habitación de su madre, allí tampoco estaba. Ha desaparecido. Cuando os vayáis con tan funesta noticia, iré a llamar al Eunuco Mayor a sus habitaciones en el Segundo Patio, él tiene que saber esto. —Se fue agitado y tembloroso.

Asombrado por la noticia el sirviente no tuvo más remedio que ir a decírselo al dueño de casa.

—Amo, la dama Nadirah no está en el harén.

—No digáis tonterías, no puede ser que no esté.

—El eunuco de la puerta así me lo ha asegurado, ha ido en busca del Eunuco Mayor para darle la noticia.

Atónito, Al-Wasilah hubo de aceptar que la noticia era cierta. En seguida tomó sus medidas. Nadie debía decir nada. Su esposa Majidah fue confinada en sus habitaciones pues, aunque ella negó saber nada de lo ocurrido, él estaba seguro de que algo había de saber; sin duda la joven tenía algún cómplice en el harén. Si Nadirah preguntaba por su madre le dirían que tenía una jaqueca y que no deseaba ver a nadie. Asimismo el Eunuco Mayor fue confinado en sus habitaciones hasta que se averiguara lo ocurrido. Alguien esperó oculto a que la joven regresara, cosa que hizo sigilosamente por una portezuela de uno de los patios de los varios jardines de casa. La orden del *Devshirme* era no molestarle y dejarle creer que aún no se había notado su ausencia. Dos días más tarde, la joven volvió salir, pero esta vez fue seguida discretamente por dos sirvientes. Cuando Miguel hizo su aparición, entonces se echaron sobre él.

X

Miguel de Piedrola Galeote. Un amigo en el infierno

«Los condenados a la pena de muerte serán enviados a galeras a perpetuidad».

Pantero-Pantera, *L'Armata Navale*.

Los enviados de Al-Wasilah cubrieron a Nadirah con un gran paño y, sin decir nada, se la llevaron en volandas a un carruaje provisto de cortinas en sus cuatro lados. Iba tirado por dos caballos ligeros que enseguida emprendieron veloz carrera hacia un lugar que de momento desconocemos. Sin tiempo para reaccionar, Miguel también se vio tomado entre dos o tres forzudos esclavos y en seguida fue maniatado de pies y manos con grilletes y manillas, y a empujones introducido en una especie de carreta. Allí, tras darle unos cuantos puntapiés, se le hizo tumbar en el suelo y se le tapó con algo que supuso ser una manta o paramento similar. Lo último que pudo notar antes de perder el conocimiento fue que la carreta, o lo que fuese, empezaba a moverse. «Bueno», pensó antes de olvidarse de todo, «al menos no nos han matado». Despertó largo tiempo después. No sabía cuánto. La violencia de su apresamiento había llevado consigo golpes y puntapiés y ahora le dolían todos los huesos; además había estado tumbado de cualquier manera en el suelo de la carreta, en mala postura y con los pies y manos inmovilizados con argollas. Sus músculos estaban agarrotados y los golpes empezaban a doler porque las grandes moraduras habían empezado a mostrarse por todo el cuerpo. Medio inconsciente todavía, se quejó.

—¡Callaos si no queréis recibir más! —gruñó una voz. Entonces comprendió que no viajaba solo y que era mejor no decir nada. La carreta siguió, traqueteante, su camino a alguna parte. Estaba maniatado e inmovilizado pero buscó una posición menos mala, al menos una en la cual los huesos no le dolieran tanto.

No supo cuánto tiempo la carreta lo transportó por malos caminos, o eso al menos le parecieron. De vez en cuando perdía el conocimiento y cuando lo recuperaba sólo sentía dolor, dolor y desesperación pensando en la bella Nadirah. ¿Qué habría sido de ella? ¿Quiénes se la habían llevado? ¿Acaso los raptos de hermosas mujeres que hacían tales cosas para venderlas en lejanos mercados? Pero se tranquilizó. Nadirah iba muy velada y nadie habría sabido si era hermosa o no. Sin duda eran hombres, esclavos o no, pagados por su padre, que la habrían seguido. Ello le tranquilizó, lo peor que le podía suceder era que Al-Wasilah la confinase en el harén con guardias a la puerta. La amaba demasiado para darle cualquier otro castigo.

Cayó de nuevo en una semiinconsciencia y soñó con Nadirah: su cuerpo esbelto y tibio, sus senos redondos como medias manzanas, toda ella perfumada. Casi olvidó su situación con el placer de sus pensamientos.

Tras calmar su espíritu con estos recuerdos tan queridos, de pronto se le ocurrió pensar qué sería de él. Sin duda no querían matarlo, pues en ese caso ya lo habrían hecho cuando le cogieron paseando con Nadirah. No, tal vez le esperaba algo peor. A algunos malhechores se les introducía en un saco con piedras y se les arrojaba al Bósforo. El mero pensamiento de caer al agua y ahogarse dentro de un saco, como un gato, le llenó de angustia. Quiso vomitar pero no pudo. Ahora se llenó de terror, el pensamiento de que se vería cara a cara con su Creador le hizo estremecerse. Se puso a rezar con todo fervor, y fuese o no una respuesta a sus oraciones, una extraña calma le invadió de modo que ni aun la idea de caer en el Bósforo lastrado con piedras le causó mayor impresión.

—¡Hágase, Señor, Vuestra santa voluntad!

No bien hubo acabado su corta oración cuando notó que la carreta se había detenido. Alguien le levantó del suelo mientras le gritaba

—¡Arriba, gandul! ¿No os gustaba pasear? Pues hala, dad unos cuantos pasos. —Le empujaron de la carreta y desde arriba cayó al suelo magullándose una vez más pues con los pies encadenados y las manos atadas

no pudo amortiguar la caída. Supo que se había hecho una brecha en la ceja porque una cortina roja le impidió ver por el ojo derecho, pero no sintió ningún dolor.

—¡Hágase, Señor, Vuestra santa voluntad!

Quedó tumbado en el suelo hasta que alguien lo levantó.

—¿De dónde viene este?

—Es un esclavo de Al-Wasilah, el *Devshirme*; lo cede para el servicio de galeras del *padishá*.

—¡Qué generoso! Estamos muy faltos de remeros ahora que la flota se ha agrandado tanto.

¿Sabéis si tiene alguna habilidad especial?

—No, no me han dicho nada —dudó el interlocutor—. Solo sé que ha sido educado con los jenizaros, a lo mejor sabe de lo que saben esos jóvenes... No sé... Debe ser un traidor... Quizá sea muy fuerte, no sé...

—Lo veremos, al menos no será totalmente inútil, como algunos de los que vienen, que no se ganan ni la bazofia que comen. —Por lo visto esto era todo, Miguel oyó rodar de nuevo el carro o carreta y quedó de pie en medio de una especie de patio, o lo que le pareció a través de la sangre que le manaba de la ceja. Una voz le dijo.

—¡Seguidme!

—No puedo —contestó Miguel—, no veo el camino.

El hombre se acercó y le miró. Reparó en su aspecto magullado y gruñó—: Ya veo. —Le tomó de las cadenas que unían manos y pies y dijo:

—Os llevaré despacio para que no os caigáis, no hay escalones. Arrastrad los pies e iremos bien.

—¿A dónde vamos?

—A la gavilla nueve. —No le dijo más, le llevó con cierto cuidado hasta una habitación donde había otras muchas personas, no las vio pero se percató por el pestilente olor. Tan pronto como le dejaron en la celda, pues presumió que era celda, cayó de nuevo en un sopor irresistible; pero era joven y lleno de vida y al día siguiente, muy temprano, se despertó sintiéndose, aunque magullado, mucho mejor. Hasta se sintió optimista. Estaba vivo, su amada también vivía y quien sabe qué vueltas daría el destino. El pestilente olor ya no se antojó tan insoportable.

Al entrar el sol por una rendija de la alta ventana, se abrió la puerta de la prisión y un carcelero entró con otros dos hombres que portaban una perola de algo como una pasta semisólida.

—¡La ración!

Los presos hicieron cola y, al llegar al repartidor, pusieron las manos juntas y allí se les sacudió, con una especie de paleta, una porción de algo que parecía un engrudo pegajoso. Cada uno se fue a donde pudo a lamerlo o comerlo como mejor podía. Más tarde llegó un aguador y les dio de beber. Luego se cerró la puerta para el resto del día.

Una vez que Miguel hubo terminado su ración y lamido sus manos cuidadosamente, pues no había otro remedio si quería desembarazarse de lo pegajoso del desayuno.

—¿Dónde estamos? —preguntó a uno de los prisioneros.

Éste le miró sin comprender.

—¿Dónde estamos? —repitió Miguel.

—¡Pero cómo! —dijo el hombre entre fastidiado e incrédulo— ¿no sabéis que estamos en Galípoli? En el puerto. Embarcaremos hoy o mañana o pasado, no lo sé con exactitud, pero embarcamos en cuanto el barco esté listo. Sí que sabéis que los galeotes, antes de partir, somos agrupados por gavillas. Una para cada barco. Nosotros somos la gavilla nueve.

—¿Qué barco es el nuestro? —se interesó por el nombre por preguntar algo, en realidad le daba igual. Así que era un galeote. Un mísero entre los míseros. Terminaría su vida atado al remo de una galera del turco.

—¿No me habéis preguntado el nombre de la galera? ¿No oís lo que os digo? —Era el hombre que hablaba con él, le había dicho el nombre del barco y Miguel no parecía haberlo escuchado, le sacudió por un hombro—. Muchacho, que estamos adscritos a *La Sultana*, el nuevo y magnífico barco del *padishá*. Necesitará ciento cuarenta y cuatro remeros, más unos cuantos de repuesto porque alguno morirá en el remo y hay que tener recambios. *La Sultana* acaba de salir del astillero y vamos a probarla antes de que sea entregada al *padishá* Solimán. Nosotros la

comprobaremos, veremos si está bien terminada, embreada y calafateada, si flota bien, si obedece con suavidad al timón, si las velas son resistentes, si responde con finura al remo, si las jarcias están todas bien colocadas y son fuertes, si las lámparas y lucernas están afianzadas; en fin, veremos si todo está en orden antes de entregarla al príncipe y señor de la Sublime Puerta.

—Miguel seguía pensando: así que ese era su castigo. Remero de por vida. Ahora sabía que había sido condenado a muerte, galera de por vida. Ya no importaba si por él se podía pedir rescate. Aunque Andrea Doria enviase todo el oro del mundo, era demasiado tarde.

Tenía razón el prisionero que le habló a Miguel; esa misma tarde entró un individuo que abrió la puerta de par en par. Una voz resonó enérgica:

—¡Gavilla nueve, en marcha! —Sacaron a todos los presos de su estrecha celda. Miguel parpadeó al salir a la luz; en la prisión se estaba en semipenumbra, aquí fuera lucía un sol resplandeciente. Vio que había estado en una habitación que pertenecía a la dársena más grande y amplia de Galípoli. Casi enfrente de ellos se mecía, hermosa y altiva, una gran galera. Estaba completamente nueva, no tenía ni marcas de salitre, ni jarcias ennegrecidas por al agua y el sol, ni velas cosidas con remiendos, ni había lapas pegadas al costado de la nave. Todo era nuevo y resplandeciente como si en vez de una nave de verdad fuera una nave soñada, un barco celestial. Una escala colgaba desde la borda hasta el suelo de la dársena. Los prisioneros miraron con asombro la soberbia nave. Muchos no verían otra cosa hasta el final de sus días.

—Vamos a subir en orden, acercaos y os daré indicaciones para escalar en pequeños grupos. —Y así se hizo. Una vez arriba el hombre que les daba órdenes les habló de nuevo a todos.

—Haced un círculo alrededor de mi persona, tengo algo que deciros. Muchos de vosotros no habéis estado nunca embarcados, y mucho menos habéis servido en el remo. Eso no importa. Se espera de todos el máximo esfuerzo. Se os enseñará a bogar hasta que lo hagáis en sueños. Os diré los términos más comunes que debéis aprender enseguida pues habréis de obedecer mis órdenes en la boga.

>>>“Afrenillar los remos” quiere decir suspender los remos cuando se va remando.

>>>“Aguantar por los remos” es hacer fuerza con ellos para mantener la embarcación en un punto determinado.

>>>“Alzar los remos”, o lo que es lo mismo, «levar remos», es suspender su uso por algún motivo cuando se va remando.

>>>Por “armar o desarmar los remos” se entiende aprontarlos para usar de ellos montándolos en sus respectivas chumaceras y toletes o desmontarlos

y tenderlos sobre las bancadas por una y otra banda cuando no se necesitan.

>>>“Bogar” es remar en el sentido de avance de la embarcación. La acción opuesta se denomina «ciar».

>>>“Ir a remos callados” es remar sin hacer ruido.

>>>“Largar remos” quiere decir soltarlos absolutamente de la mano dejándolos pendientes del estrobo en el tolete. —Cesó de hablar un momento mirando la cara de sorpresa de algunos de ellos—. Sé que muchos de estos términos no os dicen nada pero os garantizo que antes de terminar el día todos ellos serán palabras conocidas. —Hizo una pausa—. Ahora quiero que los que ya han navegado antes se pongan a mi derecha, y los que han servido en galeras a mi izquierda. El resto se quedará donde está. —Un pequeño grupo se puso a la derecha: los que habían navegado antes. A estos se dirigió primero:

—Vosotros. ¿Cuáles habéis servido como patrones, caporales, cómitres, sotatenientes, o alguaciles de galera? —Nadie respondió—. Bien, no importa. ¿Y como galeotes de banco? —Todos levantaron la mano—. Bien. ¿Y corullas? —solo dos manos se alzaron—. ¿Sotabancos? —Nadie—. ¿Bogavantes? —Nadie.

—Está bien. Entrad en la cámara de boga, allí se os repartirá la ropa de boga, una túnica por cabeza. La ropa que lleváis puesta se descarta. Cuando se haya de entrar en combate, a la voz de «¡Fuera ropas!» os habéis de desnudar como un solo hombre y entonces se boga desnudo. ¿Entendido? ¿Sí? Entonces adentro.

Se fueron los primeros y se quedaron los que nunca habían estado un barco.

—Vosotros sois los inútiles, los torpes, los que no saben nada. Desde ahora estáis bajo mi cuidado y ¡por las barbas del profeta! que en unos días habréis aprendido a bogar o se os dará más latigazos que a una mula obstinada.

El resto del día se fue en fijar a los galeotes al banco del remo con manillas de hierro, dar un sitio a cada uno al menos de acuerdo a su estatura de modo que no quedase un bajito en medio de otros muy altos porque el menguado no llegaría al remo. Repartir ropa y calzado y menesteres tales.

Al día siguiente, tan pronto rompió la aurora, el cómitre bajó a empezar con el adiestramiento de los hombres. Muchos eran agricultores

y no habían tocado un remo en su vida, lo mismo se puede decir de algunos comerciantes o tejedores. Al caer el sol todos tenían ampollas en las manos pero ya sabían lo qué era un remo, cuántas partes tiene y cómo se usa.

Miguel fue acomodado en un banco con otros cuatro sujetos y allí remó sin decir ni una palabra todo el día.

Como todos los demás, al anochecer tenía las palmas de las manos en carne viva, pero se abstuvo de protestar; sabía que no serviría de nada. Como no iban de batalla el remo era más bien suave. Hasta que aprendiesen a bogar con habilidad y verdadera fuerza eran meros ejercicios, Miguel lo sabía y, aunque fatigado hasta la extenuación, no dejó de ahorrar su fuerza para el día siguiente. Era mejor no desesperarse. La comida, dentro de lo que se podía esperar, no era tan mala como la bazofia

que se repartía en otras galeras. Tres veces había bajado el aguador a repartir sus cucharones de agua. La primera vez el cómitre les había permitido cesar la boga mientras se bebía; a la segunda, les informó que lo normal era que los demás siguieran con la boga mientras uno solo bebía.

El cómitre no era innecesariamente cruel, dejó el batir del tambor que marcaba el ritmo de la boga a un encargado mientras él se paseaba a lo largo de la crujía mirando con ojos críticos y apreciativos a los penados. Hizo algunos cambios, dijo algunas palabras a algún galeote. Eso fue todo.

Así todos los días. Las manos magulladas se fueron curando y un áspero callo reemplazó a la suave piel. Alrededor de los tobillos se formó una dureza negra que protegía la pierna del roce del hierro. La boga se hizo automática como el respirar y poco a poco las espaldas se fueron haciendo a la forzada postura. A veces, cuando se ensayaba la navegación a vela, se cesaba de remar para comprobar el velamen y su comportamiento sin ayuda de la fuerza de los remos y entonces se les permitía a los galeotes que saliesen de la cámara de boga durante algunas horas. El sol y el salitre se les antojaba la mayor maravilla de cuantas contiene el mundo.

Un día el cómitre llamó la atención de los penados antes de empezar con los ejercicios diarios:

—El capitán de la nave desea saber si alguno de vosotros ha sido sirviente de casa importante y sabe leer y escribir en varios idiomas. El escribidor de la galera ha tenido un accidente —explicó— y hay que reemplazarlo, al menos hasta llegar a puerto.

Unos cuantos penados dijeron haber sido sirvientes en distintos menesteres en grandes casas. En cuanto a escribir, uno dijo leer y escribir en árabe y turco. Otro en árabe e italiano, dos en italiano y español, con lo que Miguel dedujo que eran cristianos, o bien españoles o bien italianos. Se quedó con el dato en la memoria.

—Yo, señor, sé escribir en varios idiomas —dijo Miguel—, y también de cuentas y cálculos. —El cómitre le miró como dudando de su palabra.

—¿De dónde sois?

—Español, de un lugar cerca de Logroño.

—¿Qué idiomas sabéis, galeote?

—Español, mío señor; y latín, italiano, turco, árabe y, un poco menos, francés y bereber.

—¿Y qué idiomas sabéis escribir?

—Los mismos, menos bien el francés y el bereber, como ya os dije.

El cómitre le miró de nuevo.

—No sé qué habréis hecho para que siendo tan culto hayáis merecido estar en este lugar, sin duda alguna maldad de las que aborrece el Profeta (¡Bendito sea su nombre!), pero a mí no me importa. Me han pedido que busque alguien que escriba en varios idiomas y vos parecéis ser el adecuado. —Se volvió a un hombre que había venido con él—. ¡Quitadle los grilletes! —El aludido procedió a quitarle las cadenas de manos y pies—. ¡Marchaos con él! Ah, y no os imaginéis que la boga ha terminado, cuando lleguemos a puerto subirá un escribiente de verdad y volveréis aquí, perillán. —Miguel se puso en pie y preguntó:

—¿Dónde he de ir?

—Seguid al sota-alguacil, él os llevará ver al patrón, pero antes os habéis de bañar y cambiar de ropa, nadie os soportaría oliendo como un galeote —Así lo hizo, con cubos de agua de mar que él mismo hubo de izar a cubierta. Luego le dieron unas ropas rojas con bordes dorados: todos los sirvientes de la galera vestían el mismo uniforme. Así vestido fue conducido a la presencia de un individuo de corta estatura y larguísima bigotes; el hombrecito le miró de arriba abajo.

—No parecéis gran cosa —dijo después de haberle mirado un largo rato—. En fin, quizá me seáis útil, aunque más os vale, después de haber perdido el tiempo en bañaros y cambiaros de ropa... —Cambió de tono—. Quizá os hayan dicho que el escribidor de *La Sultana* ha tenido un accidente; de hecho, ha muerto. Estaba ocupado en confeccionar la lista del personal, como sabéis es un barco nuevo y todos, menos el capitán y dos o tres más que vienen de otros barcos, son nuevos aquí y es necesario saber sus nombres, su especialidad, qué trabajo desempeñan y si han sido contratados como buenas boyas, por cuánto dinero y por cuánto tiempo. También hay que reseñar en dónde viven por si hubiese que pagar a sus viudas o a sus hijos. De los galeotes, están aquí sus señas —señaló unos grandes libros sobre una mesita—: Gavilla nueve; hay que completar los datos, su lugar de nacimiento, su pena, duración de la condena y si son sujetos de redención o por el contrario galeotes hasta la muerte. En fin, lo que se ha de preguntar está anotado en la primera página. Si falta algún dato que no haya sido rellenado en la prisión o en la gavilla, hay que preguntarlo al mismo penado y rellenar todo lo que faltase. —El hombre hizo una pausa para tomar aire y luego continuó—: Comenzaréis por el personal de la galera, el dispensero y el pañolero, el alguacil de la galera y sota-alguacil, que es el que os ha traído hasta mí... —Así siguió dando explicaciones a Miguel, que procuraba no olvidar las instrucciones. «En realidad», pensó para sí, «lo que hay que hacer es confeccionar un rol de personas que de una u otra manera trabajan en el barco».

—Señor —dijo cuidando el tratamiento—. ¿Me facilitaréis una lista? Ved que no conozco a los miembros de la tripulación y que tampoco sé como se organiza una galera turca. Quizá los cargos no son los mismos que en una cristiana.

El patrón mostró cierta curiosidad:

—¿Pero habéis estado en alguna galera antes?

—Sí, mío señor, si bien no en calidad de preso.

—¿Qué hacías allí, si no os importa?

—Era pasajero, señor. Viajaba de África a Sicilia cuando nos apresaron —iba a decir «los piratas», pero se contuvo y dijo—: los hombres del *Kapudán Pachá*. —Se interesó el patrón y preguntó con curiosidad:

—¿Y de ahí...?

—Fui otorgado como presa al Sahib Al-Wasilah. —No quería entrar en demasiados detalles.

—¡Oh, nada menos que al *Devshirme*! Sin duda él no os necesitaba, es muy rico y como puede tener todos los esclavos que quiera provenientes

de las leva... Comprendo que os haya cedido para el servicio de galeras. ¡Bueno, pues lo dicho, empezad enseguida, no estaremos demasiado tiempo probando la nave y el rol tiene que ser completado antes de que volvamos! Os daré algún ayudante, pedid lo que os haga falta, hay que terminar a tiempo, os daré asimismo lo que ya había hecho Al-Hurr, el muerto. Está en árabe, luego lo iba a hacer en turco. ¿Entendéis bien el árabe?

—¡Perfectamente, señor!

—¿Y el turco?

—Como el español.

—Perfecto. Los idiomas son necesarios para este trabajo en particular porque muchos hombres, galeotes o no, son de varios países y os habréis de entender con ellos. ¡Ah! Antes de que os vayáis: no dormiréis con los penados, sino con la chusma general, en cubierta bajo un toldo. Al finalizar el día, cuando ya no haya luz para escribir con comodidad, me traeréis lo que hayáis hecho durante el día. —Llamó a alguien—: ¡Alí! —Un hombre vestido también con vestidos rojos y borde dorado asomó de alguna parte—. Era el ayudante del difunto escritor —explicó el patrón—, ahora os ayudará a vos.

Sacó el hombrecito un abanico y se abanicó. Le caían grandes gotas de sudor, que amenazaban con bajar por el bigote.

—Marchaos ya, hace mucho calor para hablar tanto.

* * *

Antes de que Miguel fuese sorprendido paseando por las calles en compañía de Nadirah, Al-Wasilah había escrito al príncipe Andrea Doria en relación a su esclavo, y por entonces más bien amigo, Miguel de Piedrola. También mencionaba a Giulio Bocanegra como el apreciado preceptor del joven; en su carta Al-Wasilah participaba al almirante de la flota de los cristianos que tanto uno como otro estaban bien y que su pensamiento era liberar a ambos, no inmediatamente, pero sí en un futuro previsible. Renunciaba a rescate alguno y deseaba que a cualquier familiar de sus rehenes se les hiciese saber que vivían y que tornarían sanos y salvos... algún día.

Habiendo pasado tiempo desde que escribió su generosa misiva, Al-Wasilah recibió una contestación. El príncipe Andrea Doria le

agradecía su munificencia y rogaba que liberase a sus dos protegidos cuanto antes, sobre todo a Giulio Bocanegra pues, decía, «ya no era joven y su esposa le echaba de menos». El joven Miguel, por otra parte, necesitaba formarse para ser en el futuro un capitán y no podía perder años preciosos en su formación, aunque fuese en compañía de tan generosa persona como el *Devshirme*. Se ofrecía el príncipe a pagar lo que fuese necesario o en su defecto a parlamentar con quien fuese pertinente para hacer intercambios, quizá con otros prisioneros que le interesaran al generoso Dvisirme Al-Wasilah. En todo caso le agradecía su magnificencia por ofrecerse a liberar a los cristianos presos sin pedir rescate. Él, Andrea Doria, deseaba enviarle algún presente en símbolo de su reconocimiento. ¿Acaso un potro de raza andalusí sería de su agrado?

La carta que el *Devshirme* había escrito a Andrea Doria indicaba, a tenor de lo que Miguel le había dicho, que él, Miguel, era pupilo del príncipe, que este era su tutor y que Bocanegra era su preceptor. Aunque Andrea Doria no dejó de sorprenderse al ver al casi desconocido Miguel de Piedrola nombrado como su cuasi hijo, no por ello dejó traslucir su sorpresa en su contestación, y menos aún cuando su cocinero pasaba, al parecer, como preceptor del imaginativo joven. Supuso que lo habían tramado así por necesidad y esperó su vuelta para pedir explicaciones. Deseaba ver de nuevo a su cocinero y compañero de muchos años de aventuras y, si este había urdido una sarta de mentiras para salvar su vida y la del chico, estaba dispuesto a perdonarlo como un pecadillo hijo de la necesidad. Esperó con impaciencia la vuelta de ambos para recibir, sin duda, una sabrosa explicación a tanto embrollo.

Cuando llegó la carta del príncipe, Miguel ya estaba de remero en *La Sultana* y por ello no había posibilidad de rescate alguno, pero sí llegó a tiempo de solucionar el problema de Giulio, al que se le notificó que se le pondría en un barco hasta las costas de Grecia y de allí en otro hasta Venecia, que tenía buenas relaciones con el turco; desde Venecia podía tomar otro que le llevase a las costas de Italia, en donde por fin estaría en casa. Desde la desaparición de Miguel, el buen cocinero había tratado de averiguar qué había pasado con su amigo, pero solo encontró el más absoluto mutismo. De hecho se le aconsejó que dejase

de hacer preguntas por lo que coligió que algo sumamente grave había sucedido, y aunque no cesó de hacer indagaciones a título personal y con gran sigilo, no logró averiguar nada. Miguel había desaparecido.

El bueno de maese Giulio hizo sus maletas y pronto se vio embarcado rumbo a alguna de las innumerables islas de Grecia; no se le dijo cuál, para que no tuviese pistas en cuanto a las que eran propiedad de la Sublime Puerta. Sentía en el alma no llevar consigo a su joven amigo, pero este se había esfumado como si la tierra se lo hubiese tragado.

* * *

A medida que avanzaba en su trabajo, Miguel empezó a encontrarlo interesante. Además, según progresaba en la confección del rol iba conociendo los diversos trabajos y oficios que se desempeñaban en una galera. Ya sabía de su anterior estancia en la galera cristiana que el despensero y el pañolero eran los responsables de la guarda y conservación de las vituallas, pero no supo entonces que había un oficial que tenía a su cargo a los forzados y penados, que este cargo lo ostentaba el alguacil de la galera con la ayuda del sota-alguacil y el compañero; que había un remolar, que conservaba la palamenta de la galera y el estado de los remos; un maestro daja, cuya cometido era la reparación del casco y de todas las obras de carpintería; un calafate y su ayudante, que eran los encargados de la estanqueidad del barco; un botero que se ocupaba de reparación de la pipería, y otros muchos oficios que hasta ahora había ignorado.

Por fin terminó su larga lista y el patrón estuvo satisfecho porque el capitán no dejaba de recordarle que era necesario entregar la dichosa lista al llegar a puerto.

—Se la daré ahora mismo al capitán —dijo cuando la tuvo en sus manos—, habéis hecho bien en escribirla en turco, árabe y latín, así es legible por todos. —Por mera curiosidad el joven preguntó:

—¿Y quien es el capitán de este magnífico barco?

—Es conocido en todos los mares como el Patillas. Cuando se habla con él se le llama Capitán; si se habla de él, es el Patillas. —Miguel se acordó de aquel galeote que se hacía llamar a sí mismo el Patillas. Pero no podía ser él. Aquel Patillas era un penado, y este era el capitán de *La Sultana*, el mejor barco salido de Galípoli para el señor de la Sublime Puerta. Tuvo una idea.

—¿Querríais, alto señor, preguntar al capitán si ha conocido el *Hadyatullah* (Regalo de Dios)? Si muestra alguna curiosidad, decidle: «Miguel de Piedrola lo ha preguntado». —El «alto señor», que se había puesto en pie para llevar los documentos al capitán, dudó un momento y luego dijo:

—Visto que habéis hecho un buen trabajo, vos mismo lo presentaréis al Patillas. Luego, salvo que disponga otra cosa, volveréis hoy mismo a la boga. —Ambos echaron a andar por la cubierta hasta donde, bajo un toldo, un hombre fornido estaba sentado oteando el horizonte. Hacía viento y las velas hinchadas llevaban el barco como una saeta sobre las aguas, no hacía falta el remo. Al oír pasos se volvió hacia ellos. Era de más que mediana edad, fuerte y moreno, con bigotes y abundante pelo y sobre todo con unas muy exuberantes patillas haciendo honor a su apodo.

—He aquí el rol, señor capitán —dijo el patrón. El Patillas ni lo miró.

—¿Está terminado?

—Completamente.

—Entonces todo está bien, lo miraré luego. —El patrón tuvo un detalle.

—Lo ha hecho este joven penado, señor. —El Patillas se dignó a mirarlo.

—¿Es este el que escribe en varios idiomas?

—Lo es, mi señor.

El capitán se dirigió más bien con curiosidad a Miguel.

—Me parecéis muy joven para saber tantos idiomas y ser ya un galeote... —Miguel vio su oportunidad, si no era quien él creía, no perdería nada ni su situación iría a peor.

—Ah, señor capitán, ya he vivido mucho, estuve en otras galeras. Navegué en el *Hadyatullah*, allí daba de beber a los remeros.

—¿Y cómo os llamáis, galeote?

—Miguel. Miguel de Piedrola.

—Bien, Miguel de Piedrola, os podéis ir. —Se dirigió al patrón—: Que lo encadenen al banco. —Luego se dirigió de nuevo al joven—: ¿Hay algún asiento que os convenga más que el que tenáis?

—El de bogavante.

—Que se le de asiento de bogavante. —El penado se alejó hacia la cámara de boga, sin duda no era este hombre el que le había dicho, hacía tiempo, que se llamaba el Patillas en el *Hadyatullah*, aquel lleno de verdugones con la espalda cortada por los latigazos y a quien él había curado. Aquel que le había preguntado su nombre era otro Patillas, porque este, al oír su nombre, no le había reconocido.

Días más tarde un hombre vino a soltarlo de sus grilletes.

—El capitán desea veros.

XI

De parte de Norberto de Beaumont, de la Casa Real de Navarra

«Esa voz me dijo: “Levántate, hijo de hombre, porque voy a hablarte”. Cuando me habló, un espíritu entró en mí y me hizo permanecer de pie, y yo escuché al que me hablaba».

Ezequiel. II.1 y II.2

HACÍA AÑOS QUE EL BUEN arcipreste don Juan de Órbigo había fallecido. El lugar que había quedado vacante fue ocupado por su joven sobrino, don Heliodoro. Ahora don Heliodoro ya no era tan joven, habían pasado unos cuantos años: seis, siete o más, no se acordaba bien, y el presbítero había adquirido prestancia, bastante más peso del que tenía cuando vino a la casa de su tío, tenía menos pelo pero todavía se acordaba del niño que había *heredado* y al que intentó educar con suerte desigual.

Con mala conciencia, algunas noches, soñaba que el chico corría por esos caminos de Dios siendo perseguido por una fiera. No, no había olvidado a Miguel de Piedrola. De hecho cuando, con cierta torpeza, lo había tomado bajo su cuidado, se había encariñado con él y había soñado en educarle como un padre bueno, ya que él mismo no tendría hijos pues que su condición sacerdotal le obligaba al celibato. Nunca se explicó por qué el chico había huido y todavía pensaba de vez en cuando que Miguel volvería y entraría por esa puerta como si no hubiese sucedido nada. Otras veces estaba seguro de que habría muerto. ¿Qué podría hacer un chico de pocos años solo en el mundo? Cuando desapareció todos le buscaron y hasta acudieron al sayón real para que hiciera algunas

pesquisas, pero todo fue inútil. Por fin le dieron definitivamente por muerto o desaparecido. Nadie volvió a saber de él. Hasta que un día...

Un caballero bien vestido llamó a la puerta de don Heliodoro.

—A la paz de Dios —dijo el caballero—. Vengo en busca de don Juan de Órbigo.

—Que Dios os bendiga, buen hombre —contestó don Heliodoro—. Pero mi tío, don Juan, murió hace ya ... —lo pensó— va para diez años.

—¡Válgame el cielo! En fin, no tenemos la vida comprada, y más pronto o más tarde nos toca a todos, sólo que no creí que mi amigo don Juan moriría tan pronto.

—No sería «tan pronto». Si mi tío viviese tendría unos sesenta años.

—Tendría los mismos que yo —se incomodó el visitante—, y os puedo asegurar que estoy sano y bien y pretendo vivir aún otros veinte años o más.

—Bien, que vuestros deseos se vean cumplidos, si a Dios Nuestro Señor le place —contestó piamente don Heliodoro—. ¿Podría yo acaso servirlos en su nombre?

—Sí, seguramente sí —dijo el hombre—. En realidad vengo a recoger algo que le encomendé hace unos diecisiete años.

—Pues no caigo en qué pueda ser —dijo asombrado el arcipreste—. No me dijeron que había algo ajeno en esta casa, pero si me decís qué es, con gusto os lo devolveré.

—No es cosa alguna, es una persona.

—¿Una persona? —se extrañó el arcipreste.

—Sí, dejé a don Juan, para que lo cuidase, un niño recién nacido y el dinero suficiente para su manutención y custodia. Es llegada la hora de que el chico tome su sitio. Vengo a llevarme a Miguel de Piedrola —miró con recelo alrededor—, a menos que él también haya muerto.

—¿Miguel de Piedrola? —se maravilló el arcipreste—. No, no ha muerto, al menos no oficialmente. Desapareció.

—¿Que desapareció? —se sorprendió el caballero—. ¿Qué queréis decir? ¿Que cayó a un río o algo así? —Don Heliodoro se sintió incómodo.

—No sabemos qué sucedió. Un día estaba ayudando a misa y abandonó el altar y desde entonces nadie ha vuelto a saber de él, ni vivo ni muerto. —Se fue hasta un gran arcón que estaba en una esquina de la

estancia, lo abrió y tomó algo de su interior—. Aquí guardamos los testimonios de los vecinos de todo lo que pasó ese día, de las pesquisas que se hicieron y la declaración del sayón real. —Le ofreció un apretado legajo de documentos que el otro tomó de sus manos—. Nadie lo mató, es casi seguro que huyó, aunque nunca supimos por qué. Quizá se aburría, quién sabe lo que piensa un niño. El caso es que nunca volvió a aparecer. ¿Quién manda a buscarlo? —El caballero pareció no escucharlo.

—Bien. Si el chico no está, no hace falta que digamos más. Me marcharé con estos documentos para su familia. Si acaso volviese decidle que vaya a Pamplona, a casa de Norberto de Beaumont, es el último de sus tíos. Adiós, señor arcipreste, que Dios os bendiga. —Sin decir otra cosa, el visitante se envolvió en su capa y montó en el caballo que había traído y pronto desapareció de la vista del buen don Heliodoro.

El clérigo era un hombre muy ordenado y metódico, ya que el visitante se había llevado la historia de Miguel de Piedrola, esa noche escribió una relación de lo sucedido ese día y luego lo cerró cuidadosamente en un sobre en el que escribió: «Para entregar a Miguel de Piedrola si algún día vuelve». Al día siguiente informó al sacristán de lo sucedido y le detalló el contenido de la carta que había guardado.

—Por si a mí me sucede como a mi tío —dijo el buen sacerdote—, al menos el chico sabrá que alguien le busca.

* * *

Miguel anduvo con cuidado sobre la cubierta de la galera. La mar estaba picada y no era cuestión de caerse por la borda. Las olas grises parecían levantarse desde dentro del agua y se empinaban por ver de alcanzar el cielo. Al no conseguirlo rugían al caer salpicando con lluvia salobre la cubierta de *La Sultana*.

Se preguntaba Miguel qué podría querer de él el Patillas. Acaso deseaba que escribiese algo en latín. Quién sabe. Al fin llegó al camarote del capitán, llamó con los nudillos a la puerta y esperó. En seguida la puerta se abrió y el Patillas en persona apareció en el marco.

—Entrad, galeote —dijo en voz desusadamente alta, al tiempo que cruzaba sus labios con un dedo—. Quiero que escribáis algo para mí. —Volvió a abrir la puerta y oteó a ambos lados. No había nadie—. Sentaos

donde podáis, Miguel de Piedrola —dijo el hombrón. Al ver la cara de Miguel se echó a reír agitando todo su corpachón y sus grandes bigotes.

—Veo que no me reconocéis. No del todo. —Se quitó la camisa bordada de flores con lanas de colores y el chaleco sin mangas que llevaba puesto y se dio media vuelta. Allí, sobre la carne morena, aún se veían las marcas de unos latigazos que Miguel había curado durante semanas. Miguel se sintió tímido.

—¿Puedo? —dijo acercando su mano a las cicatrices.

—¡Claro! Reconocedlas. ¿Han quedado bien? —Volvió a reír—. ¡Cuántas vueltas da el mundo, Miguel de Piedrola! Yo era remero y vos no, ahora vos sois remero y yo no. —Miguel tocó con un dedo las cicatrices, eran duras debajo de las marcas. Sintió pena por el Patillas, debieron de dolerle mucho pero nunca se quejó. Decían de él que era un mal bicho.

—Han quedado bien cicatrizadas —dijo al fin, por decir algo.

—Sí, os debo algo y os lo pagaré.

—No hace falta señor capitán. Lo hubiera hecho por cualquiera.

—Sí, pero entonces yo no era el señor capitán, era un miserable galeote, un infeliz condenado, la hez del mundo.

—Yo también era un prisionero, mi señor.

—Sí, pero supe que erais un prisionero por el cual se podía pedir rescate: un príncipe quizá, un noble. Supe también que erais voluntario para repartir agua y recuerdo que os esforzabais por conocer el nombre de los penados. Estabais loco. Ahora contadme vuestra historia. —De dentro de una alacena sacó pan y queso, algunos dulces y una botella—. No creo que el buen Alá (¡Bendito sea su nombre!) pierda su precioso tiempo mirando si el Patillas toma bebidas espirituosas. —Se echó un largo trago de la botella y la limpió con la manga ahora que se había

puesto de nuevo la camisa—. Mientras comemos de esto contadme vuestra historia. Me extraña tanto que un joven noble haya acabado en el banco sin posibilidad de redención. ¿Sabéis que estáis condenando a muerte? Galeote hasta la muerte, no importa cuánto tarde en llegar.

—Sí, mi señor capitán, lo sé; no en vano he confeccionado el rol. Allí constaba mi condena. Pero ahora os contaré lo que me ha acaecido desde que os abandoné en el puerto de Constantinopla, a donde llegamos juntos a bordo del *Hadyatullah*.

Casi la mitad de la noche tomó a Miguel de Piedrola el relato de lo acontecido hasta el momento en que creyó reconocer por el sobrenombre de el Patillas a aquel galeote que él había curado en el barco pirata.

—Y esta viene a ser mi historia, señor capitán.

—Nadie me llama sí —gruñó el Patillas—. Si acaso capitán a secas, para vos soy un colega de remo. Era un condenado con un tiempo definido de remo, siempre he sido uno de los capitanes de la flota real, pero perdí el barco en una tormenta, en castigo me mandaron al banco durante dos años, cumplí y al fin me perdonaron y estoy de nuevo en mi oficio. No me gustan los piratas, bastante peligro hay en el mar para andar como salteadores que asesinan a la buena gente que comercia. En fin, el señor de la Sublime Puerta sabrá por qué lo hace. —Dio otro trago y con él vació la botella; luego suspiró con satisfacción—. ¡Qué bueno estaba esto! —Se puso de pie, el barco había dejado de bambolearse y parecía que la mar estaba en calma. No se oía un alma.

—Os escaparéis.

—¡No osaría, capitán! Me matarían en el acto si me cogiesen intentándolo siquiera.

—Os escaparéis —repitió con certeza el capitán, sacudiendo sus grandes bigotes y sus inmensas patillas—. Os daré trabajo de siervo, escribir mis cartas y documentos, cargar y descargar en puerto. En una de esas veces os escaparéis.

—No me escaparé.

—Entonces —se rió de su idea—, os echaré por la borda. No temáis —dijo luego—, continuamente se están escapando los galeotes, por eso se les corta el pelo, para que sean fáciles de detectar, pero yo lo tengo todo proyectado. No nació ayer. Cuando yo os lo diga, no antes, bajaréis a cargar y descargar. Entonces huiréis. Yo habré sobornado al guardia del puerto, no es la primera vez que lo hago. No os verá aunque le tiréis de la barbas. Lo más que pueden hacer es despedirle por incompetente y torpe, pero no le importará, yo le daré el suficiente oro como para que se retire al cabo de un tiempo sin levantar sospechas. —Se colocó frente el joven y le puso las manos en los hombros—. Miguel de Piedrola, si pudiese os compraría, pues el capitán puede comprar a los galeotes para sí, y reemplazarlos con otros esclavos. Pero estáis condenado a muerte y con esa condena no os puedo comprar y daros luego la libertad, cosa misericordiosa que agrada al Profeta, bendito sea su nombre. Así que lo haremos de otra manera. Ahora marchaos a dormir a la cubierta y mañana os presentáis aquí, habéis de escribir algunas cartas para mí en distintos idiomas porque el barco ha de recalar en Grecia e Italia. En algún sitio os haré libre. No digáis nada a nadie. Nos va la vida a los dos.

* * *

El día de la libertad llegó antes de lo esperado. Tocaron varios puertos en Turquía antes de salir hacia Grecia, en el último llegó el momento.

—Tomad esta peluca, no deben veros rapado, os cogerían enseguida y estaríais perdido. Poneos debajo de vuestra túnica roja con bordes dorados este traje de hombre pobre. Cuando salgáis del barco, en la primera oportunidad, desvestíos y quedad con el otro traje pardo. Salid andando con tranquilidad, el guarda lo sabe, y algunos más también. —Le alargó una bolsa con algo dentro—. Para los primeros días. No os doy demasiado por si os cogen por ser un desconocido y registran vuestra bolsa. Si hallan demasiado pueden sospechar que sois un salteador y llevaros de nuevo a la cárcel y ello no os conviene. Decid que sois labrador y que habéis venido a buscar trabajo en el puerto. Hay sequía y muchos labradores vienen a cargar y descargar mercancías.

Todo sucedió tal y como el Patillas había proyectado. Nadie le detuvo ni le preguntó quién era ni a dónde iba. El guardián del puerto estaba por casualidad mirando a otro lado cuando Miguel pasó por su lado. Anduvo sin mirar atrás hasta que los pies le dolieron de tanto andar. Buscó un

refugio en el campo, tierra adentro, y finalmente halló una oquedad en donde no sería visto si alguien mirase sin demasiado detenimiento. Se acurrucó allí y quedó dormido. Dormía profundamente pero aun así supo que el profeta Ezequiel estaba velando su sueño. Desde muy lejos oyó su voz, que era como el distante trueno de una tormenta lejana: «Levantaos, hijo del hombre, porque voy a hablaros». Y Ezequiel le habló, pero sus palabras no las pudo entender porque su voz era el trueno y su fragor era demasiado para oídos mortales, y por eso no se levantó. Al fin Ezequiel calló, pero Miguel supo que volvería.

Cuando despertó por la mañana todo lo sucedido en su vida le pareció un sueño. ¿Era verdad que había venido hasta Turquía en un barco

pirata? ¿Alguna vez fue esclavo de un alto señor llamado Al-Wasilah? ¿Fue galeote? ¿Había huido de la galera?

Arriba el cielo era azul y brillante sin una sola nube. Alguna bandada de pájaros cruzaba el cielo, el campo era verde y aquí y allá pequeños árboles salpicaban el paisaje. La más absoluta soledad reinaba alrededor.

El joven se preguntó dónde estaba; había desembarcado en Manisa y había andado hacia el norte, de eso estaba seguro. Se sentó en la oquedad para pensar un poco. No conocía el nombre de los pueblos de alrededor y, aunque hablaba el turco con buen acento, pensó que sería mejor no querer hacerse pasar por nativo; quizá mejor pretendería ser un árabe de Bagdad, estaba lo suficientemente lejos para que nadie supiese a ciencia cierta qué clase de acento había en aquel lugar. Se haría llamar Abdul, «siervo de Dios», pues lo era en cualquier idioma. Satisfecho de su decisión se puso en pie y echó a andar hacia lo que creyó sería la costa. No debía de estar muy lejos. De pronto se dio cuenta de que tenía hambre; era joven y las preocupaciones pasaron a un segundo plano: lo primero era proporcionarse algo de comer. A lo lejos le pareció ver algo que brillaba y hacia allí se dirigió, no sin antes acomodarse lo mejor que pudo la peluca que le había dado su amigo, el Patillas. Sin ella, su cráneo rapado denotaría a las claras que era un galeote huido y cualquiera lo denunciaría o lo mataría para cobrar la recompensa que se daba por estos esclavos. Por fin llegó a lo que de lejos le había parecido que brillaba: una pequeña cascada que, herida por los rayos del sol, centelleaba como una sarta de diamantes. «Bueno», pensó filosóficamente, «al menos de sed no moriré hoy». Hizo cuenco con sus manos y bebió hasta saciarse. Se maldijo por no haber tenido la precaución de llevar consigo una calderita para cocinar algo. De niño había recorrido el mundo cocinando para sí las apetitosas sopas de ajo. ¿Cómo se le pudo olvidar tal cosa? En estos pensamientos estaba cuando oyó una voz.

—¿Os quitáis de ahí para que yo pueda coger agua?— Se dio la vuelta y vio a una jovencita, una niña más bien, que con su cántaro a la cadera esperaba coger agua del pequeño manantial.

—Perdón, soy Abdul. No conozco el lugar y me he parado a beber. —Tomó el cántaro de la manos de la niña—. Venga, tengo más fuerza que vos, os llenaré el cántaro. —Así lo hizo hasta que este se llenó a rebosar—. Si no vais muy lejos os lo llevaré —la miró de arriba abajo—, me parecéis muy pequeña para llevar este cántaro lleno. —Ella le miró sin desconfianza, con curiosidad.

—Bueno, Abdul, debéis saber que todos los días llevo el cántaro a casa para mi abuela y yo, y aunque parezco chica, soy muy fuerte. Llevaré yo el cántaro.

—Insisto, pequeña, lo llevaré yo si no vais demasiado lejos. Por cierto, no me habéis dicho vuestro nombre —Cogió el cántaro y sin esfuerzo empezó a andar. La chica se rió de él.

—Lo lleváis muy mal, se lleva a la cadera. Si no, pesa demasiado. El agua pesa mucho, mucho. Ah, me llamo Durrah, perla. —Automáticamente Miguel se acordó de la nave llamada *Durrah*, la que se había hundido en el mar. No dijo nada de ello pero pensó que quizá esta coincidencia de nombres fuese una señal—. Además —añadió Durrah—, habéis echado a andar en sentido contrario, vamos en dirección opuesta.

—Perdonad pequeña Durrah, vamos hacia donde digáis. —Caminaron un rato y ella le preguntó qué hacía por allí.

—Soy marinero y he perdido el barco, me distraje y el barco se había ido. No me importa, ya estaba cansado de navegar, soy un aventurero.

Andando andando habían llegado a una casa pequeña pintada de blanco y azul. Él vio que estaba coronada de una especie de terraza y en medio de esta había una cupulita. Le pareció todo muy hermoso, aunque muy pequeño.

—Bueno, Durrah, creo que hemos llegado —le alargó el cántaro—. Seguiré mi camino. —Pero ella le tiró de la camisa.

—De ninguna manera, ya que me habéis traído el agua, os presentaré a mi abuela. Además —añadió con ojos maliciosos—, os he visto husmear el aire, tenéis hambre y mi abuela os dará algo. —Él se echó a reír al ver la perspicacia de la chica.

—Bueno, he de confesar que desde ayer, cuando perdí el barco, no he comido. Pero —añadió pesaroso— no me comeré el pan de una viuda y su nieta.

—Qué buenos sentimientos tenéis, joven —dijo una voz algo cansada—, pero el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) nos manda socorrer al peregrino y compartir aunque sea una cebolla. —Hizo ademán de invitarle a sentarse al sol—. ¿Habéis venido con Durrah? Durrah es mi nieta —añadió.

—Ya nos hemos presentado, *Sayyida* —dijo Miguel cortésmente—. Yo me llamo Abdul, nos hemos encontrado junto al manantial y me he ofrecido a portar el agua, me pareció el cántaro demasiado pesado para una chica tan pequeña.

—Sentaos, he hecho pan sin levadura y lo llenaremos con puré de garbanzos con sésamo. ¿Os gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Es mi comida favorita!—contestó con entusiasmo el joven. Y en aquel momento era verdad que aquel manjar era el mejor del mundo para él. Comió con buen apetito y luego pensó que era hora de irse para no molestar a la buena *sayyida*, como él le había llamado. Esta palabra podía traducirse por «señora» y era tratamiento de respeto especialmente para las viudas.

—Es hora de que reemprenda mi camino —dijo poniéndose en pie.

—Pero, ¿a dónde vais, si puede saberse? —preguntó la anciana.

—En realidad no lo sé, *sayyida*, perdí mi barco y debo buscar un trabajo si quiero sobrevivir. Me han dicho que en el campo hay sequía y que los labradores no dan trabajo, más bien ellos vienen a la costa a buscarlo —suspiró—. El Profeta (¡Bendito sea su nombre!) me ampare.

—Pues quedaos unos días, aquí hay algunas cosas que hacer para un hombre dispuesto. Ni mi nieta ni yo tenemos fuerzas para hacerlo. No os podemos pagar, si caso muy poco, pero os daremos de comer tres veces al día. ¡Venid conmigo! —la *sayyida* se levantó y echó a andar. No lejos de la casa había un pozo que ella le mostró estar seco—. Este pozo siempre ha dado agua fresca, pero ahora se ha secado porque no hay quien lo limpie. Si reforzáis los lados, una vez entibados podéis entrar en él y limpiarlo de cascotes y arena, tendremos así agua y Durrah no tendrá que ir a la fuente. ¿Qué os parece? —A Miguel le pareció providencial. Si acaso alguien le buscaba no lo haría en casa de una honesta viuda, lejos de todo en medio del campo, mas bien le buscarían en las ciudades y en los puertos por si pensaba huir en barco. Nunca había limpiado un pozo y así se lo dijo a la viuda, pero ella comentó que no era difícil

—Yo misma lo he limpiado cuando era joven, os diré qué hacer todo el tiempo y os ayudaré en lo que pueda.

Allí se quedó Miguel durante varias semanas y trabajó para la viuda y su nieta a cambio de la comida. Todas las noches el profeta Ezequiel le llamaba pero él no entendía sus palabras y tampoco Ezequiel habló más

claro: «Levantaos, hijo del hombre, porque voy a hablaros», eso era todo lo que entendía. Luego, nada.

Por la noche, a veces, soñaba con la bella Nadirah, y olía su perfume; luego se despertaba y se hallaba acostado en un lecho de hierba seca bajo un somero tejadillo que alguna vez habría resguardado, quizá, a una mula. El dolor por la pérdida de Nadirah le hacía la noche eterna.

XII

De camino a Erdek

«Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar».

Antonio Machado

PASADO UN TIEMPO MIGUEL DE Piedrola consideró que, de haberle estado buscando, los sayones ya habrían renunciado a encontrarlo. Después de que las dos mujeres le despidieran a la puerta de su casa con la fórmula normal en estos casos: «*Güle güle* (Adiós)», y de que él contestara desde fuera: «*Hosçakalin* (Adiós también)», partió con un pequeño paquete de comida y unas monedas de cobre que le dio la *sayyida*.

—Ya sé, Abdul, que esto no paga vuestro buen trabajo, pero es todo lo que os puedo dar y no estaría bien que no pagase por un servicio pudiendo hacerlo. Recibidlas en nombre del Misericordioso que todo lo ve y que recompensa todo buen acto.

Después de esto, Miguel se despidió dando efusivas gracias a ambas mujeres. No miró atrás, se dirigió al norte, yendo siempre paralelo al mar, sin verlo pero sabiendo que no se alejaba de él. Tenía una idea en su mente, si lo buscaban lo harían por aquella zona, pero él se dirigiría a un lugar cerca de Constantinopla en donde no sospecharían de su presencia. Nadie le creería tan loco como para volver casi a la boca a del lobo. Además cada día se acordaba más y más de un hombre que le había dicho: «Acordaos: Tamir, en Erdek». Por las noches oía las palabras:

«Acordaos, Tamir, en Erdek». No tenía mucho donde escoger, ni siquiera sabía si estaba muy lejos o muy cerca de Erdek. De sus estudios en la escuela de los jenízaros sabía más o menos por dónde estaba Erdek, un pueblo de pescadores y barqueros, pero no sabía cuán lejos o cerca quedaba de allí, así que pensó que tendría que preguntarlo. El pueblo más cercano a donde vivían las dos mujeres se llamaba Burhaniye. Sabía que tenía que tomar siempre el camino del norte.

Esta vez sí llevaba consigo una cacerolita y de camino se aderezaba lo que hallaba: setas, algún huevo de ave y su sopa de ajos, pues había tomado la precaución de llevarse unas cuantas cabezas y un saquito de pan duro del que amasaba la vieja *sayyida*. No duraría siempre, pero esperaba que antes de que se le acabase ya habría encontrado un remedio a su situación. Por ahora sólo quería evitar las grandes ciudades o pueblos, aunque para ello hubiese de dar largos rodeos.

Siempre hacia el norte, bordeando el mar, por fin se atrevió a acercarse a él. Una playa que se le antojó infinita fue todo lo que se ofreció a sus ojos. Metió los pies en el agua y se le antojó un lujo de dioses. Anduvo por la orilla del agua hasta que se cansó.

«¿Por qué no intentar pescar algún pez?», pensó. Muchos lo hacían y él estaba dispuesto a intentarlo, pero ¿con qué lo haría? No tenía caña ni anzuelo ni hilo alguno. Pero no carecía de inventiva. Se quitó los anchos calzones turcos, ató las piernas para que no escapasen por allí los peces que pensaba atrapar y sumergió los calzones en el agua. Inmóvil esperó largo tiempo hasta que un ejemplar, sin darse cuenta, nadó por encima de su trampa. Alzó violentamente la tela y allí quedó retorciéndose un pez plateado de considerable tamaño. Hizo fuego y asó el pez, que le supo a gloria a pesar de que se había descuidado y no le había quitado las escamas. Luego se dio cuenta de que al bajar la marea salían de la arena innumerables cangrejos. Supo que si no se alejaba del mar tenía la pitanza asegurada. Decidió seguir por ese camino y, si divisaba en lontananza una aldea, la evitaría en lo posible. Así anduvo varios días, pero el buen tiempo se acababa y por las noches empezaba a refrescar, obligándole a buscar refugio en cuevas y oquedades. Incluso un día se tuvo que enterrar en la arena porque el frío le calaba los huesos. Había que hacer algo, al menos conseguir una manta; con esta idea, andando, a lo lejos vio algunas construcciones. Podría ser un poblado en donde

quizá le sería posible conseguir una frazada o capa aguadera o similar. Por las noches ya no se podía dormir al raso y de vez en cuando llovía.

Se acercó con precaución, por si veía tropas de su serenísima alteza imperial, el dueño de la Sublime Puerta, pero no vio ninguna; ni tropas ni jenízaros ni sayones, ni siquiera el «señor del zoco» vigilaba las ventas por las calles y el mercado. Era un lugar pequeño y pacífico, pronto se enteró de que se llamaba Edremit. Tenía suerte, pues había algunas tiendas abiertas, además este día era feriado y había multitud de vendedores pregonando sus mercancías, casi todo enseres caseros como cacerolas, sartenes, ollas de barro cocido, cucharones, telas, cueros crudos y curtidos, zapatos, babuchas, gorros, bufandas, chalecos, sonajeros para los niños, juguetes de madera, y mil y un cacharros desconocidos para el joven amén de especias como nuez moscada, jengibre, cúrcuma, alcaravea, coriandro, salvia, vainilla, pimienta rosa, fenogreco, laurel, canela, y otras muchas que perfumaban el aire con sus efluvios pungentes unos, picantes otros, dulces los de más allá. También vendían pescado salado, huevas prensadas, carne seca, tarros de miel y otros alimentos frescos y en salazón. Al ser día feriado habían acudido multitud de vendedores y compradores de los alrededores, por lo que su presencia entre la muchedumbre de curiosos no atrajo la atención de nadie. Para disimular compró algunas cosas de poco valor y aprovechó para recabar información:

—Dadme un tarro de miel. —Y mientras se lo alcanzaban—. ¿Viene esta miel de muy lejos?

—Quiá, de cerca. De un sitio llamado Entreflores.

—¿Qué buen nombre para producir miel! Yo voy más lejos, a Erdek ¿Cuánto vale la miel? — Regateó un poco como se esperaba que hiciese, nadie compra sin regatear.

—¿A Erdek? —contestó el vendedor mientras le alcanzaba el tarro—. Eso sí que está lejos, a varios días de camino, a menos que tengáis un caballo o un camello. —Miguel contó las monedas con gran cuidado, como si tuviese muy pocas.

—¿Caballo? ¡Que va! Soy un agricultor arruinado por la sequía, voy a Erdek a ver si un tío que vive allí tiene trabajo para mí. Hace años que no le veo, a lo mejor ha muerto...

—¡Ánimo, seguramente vive y está bien! —Así averiguó que la caminata parecía ser larga.

A un vendedor al que compró una ristra de ajos le preguntó si sabía cuál era el mejor camino para llegar hasta allí.

—Bueno, yendo por la costa es más fácil, pero desde aquí, tomando el camino de la montaña se hace sólo una tercera parte del camino, aunque no lo recomiendo a un hombre que viaje solo, hay bandidos. Por ese camino hay que ir siempre al noreste. Están Edremit, Can y Günen... ¿Queréis algo más?

—Sí, un poco de sal marina. —No deseaba insistir por no ser recordado en demasía. Cuando hubo comprado la manta usada y una tela encerada que le protegería de la lluvia se sentó a pensar. ¿Iría poco a poco por la costa o, arriesgándose, iría monte a través? Se acercó hasta donde arrancaba el camino de la montaña y observó a lo lejos los montes azules, que parecían interminables; quizá allí haría demasiado frío. Una manta podría no ser suficiente. Se decantó por el camino largo. «Al fin y al cabo», se dijo, «no tengo prisa, en realidad no me espera nadie». Por si acaso se compró unos zapatos fuertes y unas pieles de conejo. Si hacía mucho frío se haría unos calcetines y un gorro con ellas. Una aguja e hilo completaron la compra, y es que además de lo que le había pagado la viuda tenía todo lo que le había dado su amigo el Patillas en una pequeña bolsa cuando partió de la *Sultana*. Durmió esa noche en una posada en donde pernoctaban los mercaderes y al día siguiente emprendió el camino de Erdek.

* * *

Felipe II había nacido más o menos el mismo año que Miguel de Piedrola. Cuando este se embarcó en Barcelona para la gran aventura que creía ser la batalla contra el pirata Barbarroja, el *Kapudán Pachá*, por esos mismos días al príncipe Felipe se le puso casa propia y don Luis de Requesens y Zúñiga pasó a ser su ayo. En 1540 el príncipe heredero asumió su primera regencia en Castilla y Miguel de Piedrola había pasado de ser un esclavo a ser el favorito de Al-Wasilah. Dos años más tarde, mientras don Felipe se estrenaba en la guerra asistiendo al sitio de Perpiñán, nuestro Miguel de Piedrola era un miserable galeote en *La Sultana*. Sus vidas no podían ser más

diferentes, y aun así el hado entretrejía los hilos de sus respectivas vidas hasta que al fin confluían, pero para ello aún faltaba tiempo. La hora del Señor no es la hora de los hombres, y el reloj divino ni se atrasa ni se adelanta, siempre está en hora.

El príncipe Felipe había sido un gran coleccionista de libros desde su primera juventud. Gustaba de la jardinería, la arquitectura, las artes varias de la construcción, el equilibrio de las esferas, la música de los astros... Entre los libros que leía a menudo se cuentan las vidas de algunos inquietantes personajes denominados «magos», como Enrique Cornelio Agrippa, que había sido famoso escritor, filósofo, alquimista, cabalista, médico y nigromante. Había sido este mago muy apreciado en varias cortes renacentistas y no era raro que también el joven don Felipe se interesase por sus conocimientos. Una y otra vez leía la obra principal de Agrippa: *De occulta philosophia libri tres*, que había llegado a sus manos ya en 1531 y le interesó porque allí estaba contenido todo el saber medieval sobre magia, astrología, alquimia, medicina y filosofía natural. Agrippa no era un charlatán, sino un erudito de fama y protegido por distintas casas reinantes y nobles. Fue amigo de gran parte de los filósofos y grandes de su época, sirvió al emperador Maximiliano I y a Carlos I de España, y aun al papa Papa Clemente VII.

También el culto príncipe leyó la obra de Teofrasto Bombasto Paracelso, alquimista, médico y astrólogo suizo. Don Felipe estaba fascinado por este personaje porque aseguraba que había logrado la transmutación del plomo en oro mediante procedimientos alquímicos. ¡Que útil industria para las arcas siempre exhaustas de un imperio! Le interesaban los magos, los alquimistas, los oniromantes...

Felipe no llegaba a creer del todo aquello que leía, pero lo meditaba largamente. ¡Quién sabe...! Y mientras el poderoso y cultivado príncipe se preparaba para contraer matrimonio con doña María Manuela de Portugal, Miguel de Piedrola caminaba sin detenerse hacia Erdek. Todavía están muy lejos uno del otro pero alguien está uniendo el hilo de sus vidas.

* * *

Por fin, tras muy largo caminar, cuando el invierno ya mordía las carnes de los hombres y las bestias, Miguel llegó al pueblo de Erdek. Estaba en una pequeña península en el mar de Mármara, relativamente cerca

de Constantinopla, pero al otro lado del mar. Era un centro de pescadores y también, por lo que pudo ver mientras entraba en el pueblo, construían barcas de pesca. Seguramente no todas eran para ese mismo lugar, pues había muchas más que las que un pueblo tan pequeño podía necesitar; sería una especie de astillero para los pescadores de la zona. Simuló estar interesado en ellas y luego entró en una casa de comidas; de sobra sabía que en esos lugares se habla de todo y que los comensales están prontos a pegar la hebra con cualquiera. Pidió un plato de sémola y pollo con pasas. Se frotó las manos y se acercó al fuego, comentando cuánto frío hacía allí fuera. Un hombre viejo con luengas barbas se atrevió a hablarle.

—No sois de este pueblo. ¿Tenéis parientes u os interesan las barcas? —Miguel decidió ser cauto, no dar demasiadas pistas.

—Soy un granjero arruinado, he venido por la costa buscando trabajo. Soy joven y fuerte y no exijo demasiado. —Los turcos, excepto los jenizaros que estaban obligados a raparse las barbas todos los días, usaban largas barbas y bigotes descomunales. El anciano que le había hablado se acariciaba las suyas, largas, blancas y ralas.

Hacía ya tiempo que Miguel había abandonado la galera y su cráneo rapado había tenido tiempo de reemplazar el cabello perdido. Ahora una mata hirsuta de pelo hacía innecesaria la peluca de otrora; además, para pasar desapercibido, nada mejor que una barba negra y espesa. No había podido cortarse el pelo ni la barba desde hacía mucho tiempo, así que su aspecto era el de un ser desaliñado, como otros tantos que pululaban por la tierra. Sí que parecía un granjero en busca de trabajo. Andar bajo los soles y la lluvia había prestado un color moreno a su tez, de modo que bien podía pasar por turco, egipcio, sirio o bereber.

—Si sois fuerte, cosa que no dudo, y buen trabajador, quizá hallaréis trabajo en la construcción de barcas. Aquí no hay agricultura, todo es pesca y construcción de barcas, la agricultura es de

cada uno para sí. —El viejo masticó un largo rato un palito y se lo cambió de una a otra comisura; al fin terminó su pensamiento—. Es trabajo duro el del astillero, y hay mucha faena para brazos fuertes sin demasiada especialización. Lo que hay que hacer se aprende rápido: cortar madera, embrear las tablas, curvar las vigas... —Y así, mientras comían, fueron hablando y haciendo comentarios sobre la sequía y lo caro que estaba todo, y la escasez de faena para los jóvenes, de modo que más y más personas se unieron a la conversación y al terminar la comida Miguel ya tenía algunas direcciones y nombres donde acudir en busca de trabajo.

—¿Por casualidad no vive aquí un hombre que se llama Tamir? — Lo preguntó como quien no quiere la cosa. Como algo que se le acababa de ocurrir.

—¿Tamir? ¿Tamir? —varios hombres repitieron el nombre como si no les sonase de nada. Miguel creyó entonces haberse equivocado. ¿Y si no era Erdek el lugar que había dicho el hombre? ¿y si no se llamaba Tamir, y sí de otra manera?

—¿No se llama Tamir *el Gato*? ¿No era ese su nombre de chico? — Uno pareció recordar algo.

—¡Es verdad! —dijo otro como si lo recordase repentinamente—. Nadie lo conoce como Tamir, aquí es para todos *el Gato*; todos los de su familia fueron siempre *los Gatos*: los hijos *Gatos* y las hijas *Gatas*, aunque tienen un nombre legal, claro. —Con curiosidad el informante preguntó—: *El Gato*, ¿es amigo vuestro?

—No, no le conozco, pero mi padre lo conoció hace tiempo, creo que en un barco. Mi padre estuvo un tiempo de pescador.

Los de la tasca se echaron a reír alegremente mientras se golpeaban los muslos con las anchas manos.

—¡Pues no lo conocería pescando sardinas! ¿Estáis seguro de que vuestro padre no ha sido pirata? —Miguel fingió enfadarse.

—¡Pues claro que estoy seguro, mi padre es incapaz de robar ni un grano de trigo! ¡Ni siquiera comemos cordero porque no puede matar uno!

—¡Uh, uh, entonces no pudo ser amigo de *el Gato*!

—¿Sabéis qué hace ahora vuestro amigo? —dijo uno—. Pues creo que halló una olla de oro al final de un arcoiris y dejó la vida de pirata. Ahora está casado con tres buenas mujeres, tiene hijos y es propietario de una compañía de barcas que hace viajes entre Constantinopla, Golkuk, Büyücekmece y otros lugares, todos por aquí cerca. Los que he dicho son algunos entre otros muchos lugares de un lado al otro del mar de Mármara.

Al fin se disolvió la compañía, se prometieron todos volverse a ver de vez en cuando y Miguel aseguró que les contaría qué clase de trabajo

había conseguido, si al fin hallaba alguno. Uno de los circunstantes le preguntó si tenía donde alojarse.

—No, dormiré al raso. No puedo pagar una posada. Hoy he comido y pagado porque he hecho un largo viaje y ya tenía mucha hambre. Por el camino me he alimentado con lo que he ido cazando o lo que he hallado, también algún alma caritativa me ha dado alguna cebolla o nabo. ¡Alabado sea el Profeta que puso almas caritativas en el mundo! —El interlocutor estuvo fervorosamente de acuerdo.

—¡Sea bendito y alabado el Profeta y su nombre! Pero lo que os digo; si queréis dormir en una cuadra, con paja seca y bajo techo, os lo ofrezco por la más mínima moneda de cobre. No os doy comida ni mantas, sólo techo y paja. ¿Qué os parece? —Miguel decidió aceptar la oferta, al fin y al cabo era mejor dormir bajo techo, aunque fuese en una cuadra.

—Vamos pues. ¿Cómo os llamáis? —Echaron a andar. El cielo se había tornado plomizo y soplaba el viento.

—Fatim.

—¡Qué curioso nombre! «Pájaro a la orilla del mar».

—Tiene una explicación: mis padres pensaron venderme para ser eunuco

y me pusieron un nombre apropiado, pero entonces murió mi hermano mayor y yo me quedé en su puesto, no era bueno quedarse sin hijos varones. Luego nacieron otros, pero yo ya era

demasiado mayor para ser eunuco. —Habían llegado a la cuadra prometida y en buena hora, pues una llovizna fría comenzaba caer como un aguacero de agujas de hielo. Cada hilo de agua era un alfiler helado que se clavaba en la carne. Miguel dio gracias al Cielo por que hubiera puesto en su camino a aquel avaro. Al fin, siempre era mejor pagar una moneda de cobre por dormir a cubierto que dormir bajo la lluvia en un pueblo desconocido.

—Bueno, aquí es —dijo el llamado «pájaro a la orilla del mar», deteniéndose ante un deteriorado edificio—. Dadme mi moneda y os dejo, dentro hay paja, la tendréis que compartir con dos camellos y un potrancu, pero ellos no se quejarán.

Miguel rebuscó una moneda intentando que Fatim no viese cuantas tenía. Era capaz de subir el alquiler. Le alargó la pieza y le agradeció su hospitalidad.

—No tiene importancia —dijo el hombre—. Soy caritativo por naturaleza y porque el Profeta (¡Bendito sea su nombre!) nos pide ser desprendidos con el viajero.

Se despidieron y Miguel entró en la cuadra. En realidad lo único bueno que tenía es que estaba techada; por lo demás era sucia, maloliente y el aire se arremolinaba por todas partes pues había huecos en las paredes. Buscó un rincón en donde no soprase el viento y el agua no llegase a entrar por algún lado y apartó a un camello que había localizado el mejor sitio y se había aposentado cómodamente en él.

—Lo siento, amigo, yo he pagado por la estancia y vos no —dijo Miguel al camello. Este le miró mientras rumiaba concienzudamente su cena. No pareció importarle el haber sido groseramente desalojado.

El día siguiente amaneció radiante, aunque que frío. Un día de invierno brillante como una cimitarra, el arma mortal que en turco llaman *kiliç* y en árabe *saiif*. Se levantó y sintió no poder compartir la paja con el camello, que todavía seguía rumiando su cena de anoche. El caballo era aún muy joven y lo miró con sus grandes ojos húmedos con espesas pestañas.

—¡Qué hermoso ejemplar! —se dijo para sí el joven. Recordó las clases de equitación en la escuela de los jenizaros—. ¡Que buen partido se le podría sacar a este potro, siendo como es muy joven y aún no maleado! —Recordó que debía buscar a Tamir *el Gato*. «Vaya lugar», pensó, «aquí todos tienen apodos: *el Gato, el Patillas...*» Anduvo por el pueblo y caviló que si Tamir tenía un negocio de transportes, quizá el mejor lugar para buscarlo era en la orilla del mar. A un hombre que halló por la calle le dijo que quería ir a Constantinopla ¿Sabía él de dónde partían las barcas de transporte? El hombre vagamente le señaló en una dirección y se fue sin decir palabra. No obstante, Miguel caminó en ese sentido, e hizo bien. Muy pronto halló un pequeño embarcadero donde estaban amarradas unas cuantas barcas, pero no había nadie ni parecían listas a partir.

—¡Maldita suerte! —Seguramente hoy no zarpaba ninguna. Se sentó en el suelo sin saber qué hacer.

* * *

Un joven llamado Juan de Herrera vino al mundo dos años después que Miguel de Piedrola. Mientras Miguel de Piedrola está sentado en el

suelo de una lejana playa en las costas del mar de Mármara sin saber qué hacer, Juan de Herrera se inclina afanoso sobre sus libros en la Universidad de Valladolid. Sus parientes han insistido para que estudie humanidades y filosofía, y eso hace; pero su mente está ocupada siempre con los números, acertijos matemáticos, intrincadas especulaciones, fórmulas y más fórmulas. Le fascina solucionar mediante patrones matemáticos el volumen de los cuerpos sólidos regulares e irregulares. En algo así como poner acotaciones al caos, desentrañar lo aparentemente anárquico, poner márgenes a lo confuso, dar forma concisa a la elegancia de lo rectilíneo. Los números se acoplan a la filosofía en los confines del pensamiento, la verdad se hace matemática, el rostro de Dios se antoja un número infinito que quizá pueda ser ordenado. Ya cavila en escribir un libro que se habrá de intitular *Discurso sobre la figura cúbica*. Al cubo se lo imagina como la solución más sobria y elegante entre las formas geométricas. El que está más cerca de la verdad y de la economía de líneas en el mayor espacio posible. El incognoscible secreto de la belleza está

encerrado en la divina proporción: el número áureo. Cavila mucho sobre el secreto de la bóveda plana.

Juan de Herrera sueña con la belleza de la piedra, la música de las esferas en danza. El silencio sonoro de la bóveda celeste y la sonoridad eterna de la belleza haciendo eco en las divinas proporciones del número áureo.

XIII

Un socio inesperado. El capitán Alonso de Alarcón

«Todas las alegrías de esta vida mueren al pasar al más allá. He aquí que siento cómo me llaman el reino desierto y subterráneo.

Se oyen las campanillas de la caravana que tintinean anunciando la partida».

Sultán Bayaceto

NO LLEVABA MIGUEL DEMASIADO TIEMPO sentado en la arena cuando un hombre vino a botar una de las barcas. —¿Vais a Mármara? —preguntó mientras empujaba la chalupa hacia el agua.

—No, gracias —contestó tomado por sorpresa.

—¿Entonces no esperáis a la barca?

—No sabía que esta barca iba a Mármara, yo quería ir a... —pensó desesperadamente— quería ir a Constantinopla.

—A Constantinopla sólo el *pazartesi* (lunes). Eso fue ayer —comentó innecesariamente el hombre—. Hoy vamos a Mármara.

—Bueno —dijo como dubitativo Miguel—, en realidad me gustaría hablar antes con el propietario de la barca que hace la línea. —El barquero le miró con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Acaso tenéis miedo de que se hunda? Sin saber por qué, Miguel se sintió insultado. Molesto, contestó:

—Debéis saber que he viajado de un confín al otro del mundo y he visto cosas que os erizarían los pelos de la barba. No tengo miedo.

—¿Entonces qué os pasa? ¿Por qué habéis de ver antes al amo?

—Lo conocí hace años, y al pasar por aquí, me gustaría saludarle antes de irme a Constantinopla.

—¡Haberlo dicho! Él viene a media mañana, le gusta mirar desde lejos cómo sale el transporte. Si os esperáis, estará aquí con alguno de sus niños, le gusta salir con ellos a caminar por la playa y, a veces, a pescar o buscar cangrejos con los chiquillos—.

Empezaban a llegar pasajeros para el viaje a Mármara. Era esta una pequeña isla no lejos de la península en donde estaba el pueblo de Erdek, allí había un pueblecito de nombre también Mármara. En una barca de remos se podía llegar bien, siempre y cuando el tiempo fuese bonancible. El barquero se desentendió de Miguel y se dedicó a acomodar a los pasajeros y a cobrar el pasaje. Uno llevaba algunas aves, otro un cesto con víveres, el de acullá un cordero; con ellos comentaba o discutía sobre el lugar que habían de ocupar y si había de pagar algo por el transporte de las mercancías que llevaban consigo. Por fin, a media mañana más o menos, el hombre partió con sus pasajeros bien sentados; bogando con fuerza y ritmo se fue alejando de la costa. Miguel, al verlo remar con tan acompasadamente, no pudo menos que preguntarse si el barquero habría sido galeote alguna vez.

La playa quedó solitaria, lo mismo que el pequeño embarcadero. Algunos botes de pescadores se veían faenando allá a lo lejos, seguramente habían salido muy temprano a buscar su sustento y pronto empezarían a volver. En la distancia, sobre la arena, se divisaba un peón trabajando en el esqueleto de una barca. Excepto por aquel individuo, no se veía a nadie más. Luego vino un niño con un perro y se dedicó a correr tras él dando voces; mejor dicho, el niño iba tras el perro y el perro tras el niño, por riguroso turno.

—¡Qué fatiga! —exclamó Miguel al cabo de un rato—. Yo ya estaría molido de tanto correr de aquí para allá.

Más tarde divisó a un hombre que andaba con paso elástico y que se acompañaba de dos niños que saltaban mientras corrían junto al que le pareció ser su padre. El adulto se bamboleaba al andar, moviéndose de un lado a otro, como los marineros en cubierta. «O está borracho o es un marinero», decidió en su fuero interior el joven Miguel. El hombre se fue acercando y por fin pudo verle la cara. Habían pasado algunos años pero a Miguel le pareció reconocer al pirata del barco *Ya-Sin, El Hombre*

Perfecto que les había abordado en su camino a Sicilia. El que les había requisado, o robado, según se mire, las cincuenta monedas de oro del príncipe Andrea Doria. El que se las había quedado sin entregarlas como botín al capitán pirata. Se acercó a él.

—¿Sois Tamir? —el hombre se detuvo y le miró detenidamente; mientras, los niños aprovecharon la pausa para tirarse arena el uno al otro y correr alrededor.

—¿Tamir? —dijo por fin el hombre—. Hace muchos años que nadie me llama por ese nombre. ¿Quién sois?

—Miguel de Piedrola. Miguel de Piedrola y Beaumont. —Se acordó de que había dado ese nombre para salvar la vida—. El hombre le miró un rato, al fin recordó algo. Le miró con incredulidad.

—¿Miguel de Piedrola, el cristiano soñador, el visionario, el oniromante? ¿El hijo adoptivo de Andrea Doria? ¡Por las barbas del Profeta! —se tapó la boca como si hubiese dicho algo inconveniente, pero siguió— y por todos los cuernos de Iblis, que mora en el *jahannam* (infierno)! ¿Qué diablos hacéis en Erdek?

—Recordé que a mi acompañante y a mí nos repetisteis varias veces que si alguna vez necesitábamos algo, preguntásemos por Tamir en Erdek. Y aquí estoy.

—Cierto, cierto, pero estoy sorprendido. De eso hace ya tanto tiempo... ¿Tres, cuatro, cinco años? Incluso puede ser que más. —Cambió de tono de voz—. Ahora he venido a pasear con dos de mis hijos y no puedo hablar con vos, los pequeños no deben oírnos, pero podéis venir conmigo a mi casa, mis esposas nos atenderán y comeremos en compañía el uno del otro. Por ahora paseemos por aquí, hace un día radiante, sin duda en la mar los barcos se mecerán tranquilos y las velas irán hinchadas y hermosas.

Pasearon hablando de trivialidades y luego, con los niños trasteando todo el camino, se dirigieron a casa de *el Gato*. Como él había dicho, las esposas, sin ser vistas, les prepararon una buena comida y un sirviente les condujo a un comedor interior en donde las viandas ya estaban esperando sobre mesitas bajas.

—Sentaos, Miguel de Piedrola —dijo *el Gato*—, sentaos y mientras comemos, contadme ahora cómo habéis llegado a Erdek.

Miguel no deseaba narrar más de lo estrictamente necesario, aún no sabía si podía fiarse de Tamir. Al fin y al cabo había venido por unas palabras pronunciadas hacía muchos años.

—En primer lugar, no me llaméis Miguel, por aquí me hago llamar Abdul, nadie sabe que no soy turco y nadie me lo ha preguntado. Quiero que crean que soy de Bagdad, así no les extrañará si mi acento no es a veces perfecto.

—Bien pensado, Miguel de Piedrola, digo Abdul.

—En resumen os diré, Tamir, que busco dónde quedarme tranquilo porque me persiguen ya que me enamoré de una niña prohibida para mí.

—Ah —dijo con simpatía el pirata—, el amor, las mujeres, las divinas huríes... ¿Y qué pasó? ¿La sedujisteis acaso?

—Podría decirse, pero el problema surgió cuando su padre, no sé cómo, se enteró de nuestros amoríos, nos hizo seguir y nos sorprendió paseando por el malecón. Ella se había escapado del harén por verme. —*El Gato* se echó a reír.

—¡Por las barbas del Profeta, no me extraña que el padre os persiga, lo raro es que no os hayan matado en el sitio! ¡Y más si se había escapado del harén, señal esa de que era de una gran casa! No os preocupéis, no quiero que me contéis nada que no deseéis, vuestra vida privada es algo que no me concierne. —Se limpió los dientes con un palito, quitándose una brizna de carne, luego continuó—: Os hacía en vuestro país hace tiempo si es que habían pagado rescate por vos; o si no, vendido como esclavo a alguna casa importante, lo digo porque erais ilustrado y serviríais bien de adorno en una mansión. Quizá como contable o similar—. Metió los dedos otra vez en la bandeja de cordero y cogió una ración, la saboreó con delectación—. Si alguna vez me tenéis la suficiente confianza y me relatáis vuestra vida hasta hoy, la escucharé; si no, no os preguntaré nada.

—En todo caso —continuó — colijo que estáis en gran apuro. Me necesitáis y yo estoy en deuda con vos. Decidme qué puedo hacer para favoreceros. Recuerdo bien que os sustraje una bolsa de monedas de oro, cuarenta y nueve para ser más exactos. Oro finísimo, por cierto, del príncipe Andrea Doria. Con ello me hice rico, y ninguno de vosotros dos me delatasteis al capitán, y yo os lo agradeceré siempre. Si lo hubieseis hecho me habría arrojado al mar por detraer parte del botín, que en teoría es

de todos en el barco pirata, pero más que de todos de él mismo, como podéis suponer. —Suspiró mirando a lo lejos—. En fin, ya pasó. Con aquellas monedas y con lo que tenía ahorrado por la parte que me había correspondido de diversos despojos y repartos hice el inicio de la fortuna que ahora disfruto. Todo me vino en un momento crucial de mi vida, ya no quería ser pirata más tiempo —dijo pensativamente—. Demasiada muerte, demasiados hombres arrojados al agua, tormentas, cimitarras, espolones perforando el casco de los navíos de comerciantes inermes, el insoportable olor de los galeotes, siempre en fuga, siempre perseguidos. —Cogió delicadamente otro trozo de cordero entre dos dedos y tras haberlo examinado cuidadosamente se lo llevó a la boca. Masticó con deleite—. Cuando me hice a la mar como pirata, al principio fue el amor a la aventura, luego el botín y la avaricia, luego sólo permanecía por miedo a abandonar el barco, ya no sabía hacer nada más. Por fin el dinero del príncipe Andrea Doria vino a ser mi salvación. Ahora soy pacífico, tengo esposas, hijos e hijas, y un negocio que crece. Espero que el Misericordioso me haya perdonado por el mal que hice otrora.

—En nombre del Misericordioso —interrumpió Miguel— os pido ayuda. Quiero quedarme un tiempo aquí trabajando para vos, hasta que se olviden de mí. Ya os dije que me persiguen. Me conformo con poco, si os preguntan por mí, sólo decid que nos conocimos hace años, o que conocíais a mi padre y que por él me habéis dado trabajo. He dicho en todas partes que soy un labrador sin faena por la sequía y que vengo a ver si hay trabajo en otros lugares.

—Bien ideado. En cuanto a lo de daros trabajo, lo haré con gusto y así, quizá, el Misericordioso me perdone por otros males que hice. —Lo pensó un rato y luego se decidió a exponer una idea que al parecer le rondaba la cabeza—. Llegáis en buen momento, Abdul, aquí tengo un negocio próspero pero que no puede crecer más, no hay más pasajeros entre las islas o entre ambos lados del mar de Mármara para la clase de barcas que yo tengo, por lo tanto el buen negocio no puede crecer. Mi actividad la puedo controlar diariamente desde aquí, y así hay que hacerlo pues si dejo a alguno de los barqueros sin vigilar en seguida baja la recaudación, como si los clientes ya no viajaran. —Pareció dudar un poco antes de proseguir, pero al fin lo hizo con decisión—. Para prosperar, amigo Abdul, hay que iniciar otras líneas, y tengo pensado abrir un transporte como el que tengo aquí pero algo más ambicioso en la península de Galípoli, en un lugar llamado Gelibolu.

—Me parece una buena idea, Tamir, sin duda una línea nueva, más activa, en otro lugar y con mejores barcas puede más que duplicar vuestro negocio. ¿Pero qué tengo yo que ver en esos planes?

—Nos podemos ayudar mutuamente, yo iría con vos a Gelibolu para poner el negocio en marcha, una vez que sepáis cómo funciona yo volvería y vos os quedaríais allí como mi representante y apoderado. En pocas palabras: para vigilar a los empleados y barqueros y la recaudación. ¿Qué os parece? Empezaríamos con poco hasta ver qué posibilidades reales hay y luego podríamos crecer. Todo el mundo se olvidaría de un tal Miguel de Piedrola, seréis para todos Abdul, mi apoderado, hombre de confianza venido de Bagdad. Os prometí ayuda si la necesitabais y os la daré, y vos me ayudaréis a mí; también necesito un hombre que sea leal y no me robe. Vos no me robaréis porque ya tenéis bastantes dificultades como para meteros en más.

>>No sé quien os persigue y prefiero no saberlo, olvidaré lo que me habéis contado como vos olvidasteis las monedas de Andrea Doria. —Se puso de pie y paseó en la estancia—. ¿Sabéis, Miguel, digo Abdul, que hoy podría devolveros, si ningún problema, las cuarenta y nueve monedas de oro? Soy un hombre rico. —Se acercó a un arconcito y abrió con una pequeña llave que sacó de una bolsita de cuero muy usada que llevaba al cuello—. Tomad, cinco monedas de oro, por si tenéis que comprar algo. Diré que os aposenten, mañana hablaremos más.

El negocio de Gelibolu resultó ser una idea más que buena. Las barcas para esta ocasión ya no fueron de remos como las de Erdek, sino de velas, que daban a las embarcaciones más capacidad y aunque eran de navegación de bajura y cabotaje, eran más que suficientes para transportar pasajeros y algo de carga ligera. Además había mucho más tráfico e intercambio en este lado del mar de Mármara que en el otro, por la cercanía de las islas griegas y el comercio con la Serenísima República de Venecia. Todo ese comercio e intercambio se hacía por mar porque por tierra era demasiado peligroso: había más bandidos que comerciantes en las rutas.

El apoderado Abdul vigilaba la salida de cada una de las embarcaciones apuntando cuidadosamente el número de pasajeros y las mercancías embarcadas.

Cuando atracaban las naves en su embarcadero hacía lo mismo, comparando sus números con los del patrón de la nave; así no se desviaba ningún dinero ni se perdía la mercancía encomendada a ellos. El negocio creció y Tamir finalmente le ofreció a su apoderado una asociación:

—Vos y yo, juntos, podemos aspirar a grandes cosas, compraríamos barcos grandes, quizá una galera y entraríamos de veras en el comercio. Estamos cerca de Constantinopla y de las islas griegas y de la República de Venecia. Tenemos dinero suficiente para hacernos construir una nave ligera para unos cuarenta remeros...

Pero Abdul no se mostró entusiasta, esperó un rato y luego comentó despaciosamente:

—Creo, amigo mío, que no debemos aspirar a más. Si descollamos demasiado tendremos a los recaudadores de impuestos resoplando en nuestros cuellos. Ya estuvo aquí el año pasado el representante del *diwan al-jaray* para ver si todo estaba en orden y si se había pagado correctamente el quinto del padishá. Contó todos los barcos y estuvo un día completo viéndolos entrar y salir mientras numeraba los pasajeros y miraba los fardos. Quería saber si en términos generales lo declarado parecía ser verdad. Por suerte yo tenía anotados todos los particulares día a día de todo lo que había entrado y salido. Se fue satisfecho, pero eso no quiere decir que no nos estén observando. Levantaremos envidias e incluso un día, si mejoran los barcos, nos pueden quitar las naves para reforzar la marina del señor de la Sublime Puerta. No, amigo mío, acepto ser vuestro socio si todavía está en pie la oferta, pero dejaremos las cosas como están al menos por un año, ¿os parece bien? —De pronto pareció pensar en otra cosa y se dirigió a Tamir—: ¿Os acordáis de mis sueños?

—¡Cómo olvidarlos! Gracias a vos se salvaron muchos hombres de *La Perla*, aquella hermosa nave que naufragó repentinamente. —Miró a Miguel casi con temor religioso—. ¿Todavía tenéis esas revelaciones? Creí que eran cosas de jóvenes, cuando el alma está a flor de piel. ¿Habéis soñado algo en relación a mí? —Lo preguntó con aprensión.

—¡No, no, perded cuidado, en relación a vos no!

—¿Entonces?

—Algo muy curioso —dijo Miguel mirando a lo lejos—. Hacía tiempo, mucho tiempo, que Ezequiel no se me presentaba; de hecho creí que me había olvidado, pero no. Hace algunas semanas vino y me contó que el hijo de Solimán no heredará el trono de su padre. —Tamir *el Gato* palideció al escuchar estas palabras. Según quién las oyese podían ser declaradas alta traición.

—¡Qué decís, desgraciado! El hijo mayor de Solimán, el serenísimo Mustafá, está educado para reinar y ya presta grandes servicios al Imperio otomano. —Pero Abdul meneó la cabeza.

—No reinará, os lo digo. No lo comentéis con nadie pero he visto en sueños que a Solimán, acostado en su cama, le rodeaba el cuello una guirnalda de flores y luego esta se tornaba en una odiosa boa o gran serpiente que luego salía del dormitorio y se enrollaba al cuello de Mustafá. Vino Ezequiel y me explicó que la guirnalda de flores eran los brazos de Roxelana, y también la serpiente que ahogaría a Mustafá. No sé cuál es el fin del sueño, porque me desperté, pero sin duda Mustafá no heredará el reino, aunque aún no lo sospeche. Los brazos de Roxelana son aún lazos de flores y perfumes en la cama. Pero hay una serpiente anidando en su corazón. —Tamir se juró a sí mismo no comentar lo que Abdul le había dicho, pero muy dentro de sí empezó a prepararse para grandes cambios y convulsiones en el Imperio. Si no heredaba Mustafá, el único hijo de la primera esposa, entonces tendría que heredar el trono alguno de los hijos de Roxelana,

y ello no se haría sin grandes convulsiones y desórdenes. El antiguo pirata pensó que sería mejor no entrar en grandes negocios de momento e incluso disimular su prosperidad. Cuando llega la *fitna*, el desorden, la revolución y la guerra entre hermanos, los revoltosos lo primero que hacen es requisar los bienes de los mercaderes y de los ricos, a veces incluso los matan para que luego no puedan reclamar nada de lo robado. Si Abdul había soñado que una boa ahogaba a Mustafá, más valía esperar. El *padishá* ya era hombre anciano y su muerte no podía estar muy lejana.

En todo caso, Miguel de Piedrola y Beaumont estuvo mucho tiempo en Turquía en el negocio de los transportes, primero como encargado de los transportes de Gelibolu a las islas turcas y griegas y a la costa asiática, luego como socio de Tamir, más conocido como el Gato. De vez en cuando el profeta Ezequiel le recordaba que era un cristiano y que tenía que volver a tierra de cristianos, pero él le decía que ya lo pensaría, de momento se hallaba bien en Galípoli.

* * *

El siete de enero de 1533 había salido de Bruselas hacia Nápoles un imponente cortejo nupcial que proclamaba la importancia de la novia. Era esta una niña de apenas diez años, y estaba acompañada del obispo de Tournay, el conde de Ligne, y otros muchos nobles. Con ella viajaba también un nutrido grupo de damas, lacayos, camareras, palafreneros, carruajes y animales de carga con una gran impedimenta de maletas, bultos y fardos llevados en caballos y mulas y hasta arrastrados por hombres cuando faltaban caballerías; además iba con ella una escolta militar de ciento veinte caballeros. Nada era demasiado para resaltar la grandeza de doña Margarita de Austria, hija bastarda del emperador Carlos. Este la había reconocido como hija suya y ahora la casaba con el hijo del duque de Florencia, Alejandro de Médicis. Era este un hombre joven, de rasgos brutales y costumbres disipadas, con fama de mujeriego y mala cabeza, pero tenía algo a su favor: era el heredero del duque de Florencia y una alianza con esta casa convenía al emperador porque, además, el novio era nieto del papa y Pablo III tenía unas difíciles relaciones con el emperador.

La boda se celebró tres años después y el novio prometió esperar hasta que la novia fuese de edad núbil antes de consumir el matrimonio; pero la princesa no pudo llevar vida de casada con su primer marido porque el 6 de enero de 1537 su primo Lorenzo de Médicis, que deseaba para sí el ducado, pagó a un sicario llamado Scoroncocolo para que lo asesinasen. Este entró en la habitación donde dormía el duque y le preguntó respetuosamente:

—¿Monseñor, dormís? El duque, contrariado, respondió con un bufido y se volvió de espaldas en el lecho. El sicario, como si le arrojara, aprovechó el movimiento para apuñalarle por la espalda.

Doña Margarita de Austria quedó viuda cuando apenas había estado casada. Para su padre el emperador ella era una pieza con la que podía jugar una vez más en el ajedrez del poder y las alianzas. Desde la muerte del infeliz Alejandro, el emperador empezó a buscar para su hija otro marido que le conviniese a él, naturalmente.

* * *

Hubo un momento en que Barbarroja, el *Kapudán Pachá*, tuvo el pensamiento de pasarse con toda la flota turca al servicio del emperador Carlos y así se lo hizo saber. La oferta, como no podía ser menos, fue vista con agrado por el emperador, por el príncipe Andrea Doria y por el virrey de Sicilia, Fernando de Gonzaga, quienes fueron los únicos enterados del trascendental asunto. Si Barbarroja se pasaba de filas del emperador, una gran parte de las preocupaciones de Carlos se vería solucionada sin derramamiento de sangre y, al mismo tiempo, la armada de Solimán sufriría un gravísimo quebranto.

Un capitán, de nombre Alonso de Alarcón, fue comisionado con el máximo secreto para que fuese a entrevistarse con Barbarroja. La oferta de parte de Carlos para el *Kapudán Pachá* era que a cambio de su fidelidad se le daría el Reino de Túnez, Bona y Bujía hasta el reino de Tremecén. También se mencionaba la posibilidad de que Trípoli, que estaba en poder de los Caballeros de Rodas, pasase también a manos de Barbarroja. Todas estas negociaciones habían de llevarse a cabo con el máximo secreto y el capitán Alonso de Alarcón partió hacia Constantinopla en un barco veneciano que le habría de llevar hasta Alexandroupoli, la última tierra griega. Allí habría

de recogerle un barco de la armada turca pues el capitán de Alarcón venía, en teoría, como comisionado para recoger a algunos caballeros cristianos que había sido tomados como prisioneros por la armada turca y por los que se iba a pagar un importante rescate. Era costumbre que, al satisfacer el rescate, se entregase a los prisioneros bien en manos de algún enviado por sus parientes, bien a los padres Mercedarios, especializados en la redención de cautivos, e incluso se les entregase al *al-Fakkak* o liberador de cautivos, hombre piadoso de religión mahometana que traía y llevaba de país a país a los prisioneros liberados de ambas parte. Pero el Imperio otomano estaba demasiado lejos para que el *al-Fakkak* pudiese llevar a cabo su misericordiosa labor y, además, el rescate a cobrar era demasiado importante. Así pues, no era raro que un delegado viniese con todo o con parte de lo pedido por el rescate y se llevase de vuelta a todos los que pudiese o a la totalidad de ellos.

El caballero Alonso de Alarcón bajó de la galera veneciana *La Santa Madonna* y enseguida el barco se alejó de la costa pues era peligroso merodear por aquellas tierras tan cerca de la Sublime Puerta. Aunque

tenían carta blanca de parte del *Kapudán Pachá* para atracar tan cerca de Alexandroupoli como pudieran, era mejor no hacer valer el permiso, no fuesen a caer en manos de piratas independientes que ambicionasen el barco. Un bote le acercó hasta la playa y le dejó allí con dos acompañantes. El barquichuelo desapareció enseguida remando con brío hacia *La Santa Madonna*, que ya había desplegado sus velas y esperaba impaciente la orden de zarpar y alejarse de tan peligrosa costa.

El de Alarcón quedó desconcertado. El lugar de desembarco había sido tratado secretamente; y era exactamente ese. No vio a nadie y por un momento creyó que había caído en una celada; pero de pronto, salidos de la nada, surgieron unos hombres que se dirigieron a ellos directamente.

—¿Emperador Carlos? —Esto fue todo lo que dijo el que parecía ser el jefe. El capitán asintió con la cabeza. El turco no volvió a decir una palabra. Tampoco el capitán preguntó nada, los hombres que habían venido a recogerlos ceñían ostentosamente sendos alfanjes curvos y filosos. Los cristianos bien sabían que con ellos se podía cortar por la mitad a un hombre o un velo en el aire; y por si fuera poco, en la banda de seda que sujetaba sus calzones los hombres llevaban, bien visible, un puñal curvo. Los cristianos, por su parte, iban desarmados. Pronto aparecieron caballos para todos y el turco les hizo seña de que montasen, cosa que hicieron sin dudar un instante y se inició un viaje que el buen capitán no sabía dónde terminaría.

Cabalgaron sin saber hacia dónde se dirigían, pero sí apreciaron que iban en dirección a Levante. «Hacia Constantinopla», pensó el capitán, pero no dijo nada. Al fin, tras una cabalgada no demasiado larga, les hicieron apearse. Estaba otra vez junto al mar y todos juntos se dirigieron a un embarcadero no muy grande. Allí les dejaron y los guías o lo que fueran se alejaron a todo galope; los del emperador se quedaron sin saber qué esperar. Decidieron no moverse hasta ver en qué desembocaba la aventura. Al poco apareció una barca que les pareció pequeña. El barquero les hizo señas de que montaran en ella, cosa que hicieron. Atravesaron una manga de agua y al llegar al otro lado fueron de nuevo abandonados a su suerte, pero los del capitán Alarcón ya empezaban a ver que todo estaba perfectamente sincronizado y sabían que muy pronto llegaría alguien para continuar el viaje. Así fue, esta vez apareció un camellero con una recua de camellos, les hizo subir a lomos de sus cabalgaduras y bamboleándose, más molidos que cansados, atravesaron un trozo de tierra hasta que vieron de nuevo el mar. Se les llevó hasta la orilla y allí había una barca un poco más grande esperándoles. Era una barca de remos, pero también tenía velas, con lo que la navegación, siendo el viento favorable, era mucho más rápida y más cómoda para el remero.

El remero era un hombre de una edad indefinida que apenas si les miró. El de los camellos habló con él algunas palabras en turco y se alejó después de pagar el viaje de los emisarios. El barquero les señaló los asientos y, sin decir una palabra, empezó a remar hacia el mar mientras el camellero se perdía tras unas dunas.

—Ya me está hartando esta aventura —dijo el capitán Alarcón—, y eso que aún no hemos empezado. Dios sabe dónde nos llevará este cafre. —El «cafre», por su lado, estaba demasiado

atento a la navegación y no parecía importarle si los pasajeros hablaban o no. Salieron tan lejos de la costa que esta ya no se veía. El patrón se volvió hacia sus pasajeros:

—Sois muy descuidados caballeros, así perderéis el cuello antes de llegar muy lejos. —La sorpresa de los enviados del emperador fue mayúscula. Sin saber qué decir, el capitán preguntó:

—¿Quién sois? ¿Sois cristiano?

—Soy Miguel de Piedrola y Beaumont, cristiano y nacido en un lugar cerca de Logroño — contestó el barquero—, súbdito leal de nuestro señor, el emperador Carlos V.

XIV

Los enviados del emperador. La libertad de los hermanos Zubizarreta.

«Y estuvo en Constantinopla [...] siendo barquero y passando con una barca que tenía desde Constantinopla a Gálata, y a otras partes hacia el Mar Negro...»

LOS CABALLEROS DEL CAPITÁN ALONSO de Alarcón se quedaron pasmados y maravillados al hallar a un español que totalmente parecía un turco. Cuando se repusieron un poco, uno de ellos preguntó, dubitativo:

—¿Sois acaso un renegado?

—¡No, por la Santísima Virgen, madre del género humano! Soy cristiano, nunca he dejado de serlo, pero por desgracia fui hecho prisionero cuando íbamos a Sicilia en *El Falcón*. Maese Giulio, el cocinero del príncipe Andrea Doria, y yo mismo fuimos apresados y llevados como esclavos a Constantinopla...

—¡Pero maese Giulio ha retornado hace ya tiempo! Ahora navega de nuevo con el príncipe! — Las nuevas volaban de uno a otro lado, todos se atropellaban para preguntar y responder. Ahora le tocó a Miguel el turno de sorprenderse.

—¿Que maese Giulio está con Andrea Doria? —Le apeó el tratamiento de príncipe en su precipitación, pero nadie le reconvino.

—Sí, está navegando con él, yo mismo he comido de sus platos no hace mucho, cuando me entrevisté con el serenísimo señor en *La Bastarda*. Fue cuando me encomendaron esta misión.

—Doy gracias a Dios porque maese Giulio está bien y vivo, creí que le habrían matado o al menos vendido, porque yo... —se calló, no supo como continuar. Al fin dijo—: Yo fui enviado como galeote al nuevo barco del padishá, *La Sultana*, y temí que mi amigo hubiese corrido peor suerte.

—Pues no es así, maese Giulio está vivo y bien... ¿Dijisteis que os llamabais... Piedrola?

—Sí, mi señor. Piedrola.

—¿Acaso un tal Piedrola que contaba el cocinero que era adivino? Él también os daba por muerto... —Miguel ignoró esta última parte de la frase.

—Adivino, no. Tengo sueños premonitorios... a veces. Pero no siempre se cumplen —se apresuró a añadir.

—¿Sois vos el que soñó que una nave llamada *Perla* zozobraría?

—*La Perla*, sí, me lo reveló el profeta Ezequiel. Pero ahora señores, debemos apresurarnos, debo llevaros hasta alta mar, en donde os espera una galera. Todos estos cambios de guías y lugares se han hecho para que se perdiese vuestro rastro. Tened mucho cuidado y no tratéis de engañar a los turcos, tienen muy buenos espías y os desollarían vivos si sospechan de vosotros. Ninguno de los que os han trasportado conocen quiénes sois ni a dónde ibais luego. A mí me han tomado por un turco con un negocio de transportes, ya que yo llevo a menudo a pasajeros hasta alta mar con mi barca para abordar naves mayores que no pueden entrar en el puerto. Este servicio para mí no es nada especial. Empecé a sospechar cuando me dijeron que procurase no hablar con los pasajeros, aunque ellos no sabían que yo hablo varios idiomas. Hice mis averiguaciones muy discretamente y sospeché que seriais cristianos. Algo inusitado en estos contornos... ¿Puedo ayudaros en algo? — El capitán era prudente y no deseaba traicionarse o delatarse en caso de que el tal Piedrola fuese un espía o un traidor.

—Gracias, Miguel de Piedrola. Quizá en el futuro podáis servir al emperador enviando noticias... Tal vez os podríamos poner en contacto con algún espía de don Carlos, sin duda estáis muy bien enterado de lo que sucede en Constantinopla.

—¡Cuidado! —interrumpió repentinamente el barquero—. ¡Allá a lo lejos se divisa ya la galera de la Sublime Puerta! No me miréis siquiera

y hablad bajo, en el mar los sonidos viajan muy lejos. —Así continuaron su conversación. Los viajeros le informaron de que volverían sobre sus pasos en veintiocho días, su barco les esperaba

en donde les había abandonado. Quizá volverían por el mismo camino, quizá no; en todo caso intentarían que un hombre del emperador se pusiese en contacto con él.

—No le digáis mi nombre —indicó Miguel de Piedrola—. Que me deje un paquete con comida en la fonda de Abbu-Abbas en Galípoli, como si fuera para Alí. Él no sabe nada, pero es un buen amigo y me lo dará si le pongo sobre aviso. Allí puede ir la dirección del lugar en donde nos podemos encontrar, que sea en una playa. No me fío de los turcos. ¿Habéis entendido? —El de Alarcón y los suyos asintieron. Ya no quedaba tiempo para mucho más, la nave de Barbarroja estaba cerca.

Miguel tenía prisa, sin mirarlos dijo:

—Una cosa más: decid al emperador que he tenido una revelación y que Mustafá, el hijo de Solimán, no reinará, sino que morirá antes asesinado; que intente ganarse a los hijos de Roxelana, uno de ellos será el nuevo *padishá*. —Desde el barco les llamaban con grandes voces; el barquero, muy diestramente, se puso al paio y una escala de cuerdas bajó desde arriba. Los españoles treparon sin mirar atrás.

No volvieron por el mismo camino y Miguel de Piedrola no supo el resultado de sus negociaciones, si es que este era el motivo del viaje. Ni siquiera estaba seguro de que alguna vez un espía del emperador entraría en contacto con él.

* * *

El profeta Ezequiel volvió a visitar a Miguel de Piedrola, instándole a huir.

—Yo también estuve preso como vos, Miguel —le confió el santo profeta—. Estuve en Babilonia junto con el rey Jeconías de Judá, cinco años permanecí allí a las orillas del río Cobar hasta que el Señor me sacó del cautiverio y me hizo profeta entre su pueblo.

—¡Ah, pero si fue el Señor el que os sacó del cautiverio, así es fácil huir!

—Sí, me sacó, pero yo hube de colaborar. Debéis huir de este lugar impío y volver con los cristianos. Llevaos con vos a los dos hermanos Zubizarreta.

—¿Los hermanos Zubizarreta, Jerónimo y Juan Luis? —se sorprendió Miguel en sus sueños recordando sus nombres—. Hace años que no sé de ellos. No sé donde están, ni siquiera sé si están vivos.

—¡Claro que están vivos! No os iba a ordenar que sacaseis a unos muertos... —Pero el profeta no le dijo más. Todos los días le instaba a iniciar el viaje de vuelta.

—Hay que dejar el país de los impíos, lo ordena el Señor, y os debéis llevar a los hermanos Zubizarreta. —Por fin un día añadió—: Si seguís la órdenes del Señor, Él os guiará hasta que estéis todos a salvo.

Ahora el primer problema era hallar a los hermanos Zubizarreta. Apenas se acordaba de ellos. Jerónimo había sido el capitán del barco que iba a Sicilia, *El Falcón*; y su hermano, Juan Luis, el primer oficial. No sabía qué había pasado con ellos. Recordaba que se habían quedado en *El Falcón* en poder de los piratas. Había supuesto que se habría cobrado rescate por ellos y no se había preocupado de saber nada de estos cristianos. Ahora reconocía que había hecho mal, cuando gozó de la amistad de Al-Wasilah debió interesarse por sus colegas cristianos, pero no lo hizo. Había tenido que venir el profeta para que los recordara. El enviado no le daba paz ni reposo:

—¡Buscad a los hermanos Zubizarreta y marchaos en seguida! —Había que hacer algo, y pronto. Fue a visitar al que los cristianos en Castilla llamaban *alfaqueque*, y que los árabes llaman *al-Fakkak*. Se presentó como un hombre devoto.

—Benevolente señor, me han dicho que vos os ocupáis de redimir cautivos. —El *alfaqueque* le miró con sus ojillos miopes. Era ya un hombre viejo y a duras penas se podía pensar que este anciano se dedicase a la remisión de cautivos, que presuponía muchos viajes, algunos largos e incómodos.

—Lo he hecho durante muchos años, hijo mío, ahora sólo me queda el nombre. Ya no estoy como para hacer gestiones en países lejanos, ni puedo acompañar a los liberados hasta que hallen a sus familiares. Soy viejo y casi ciego, pero si os puedo servir de algo, en nombre del Misericordioso, podéis contar conmigo.

—¿No contaréis a nadie lo que yo os diga?

—No, hijo mío, la precaución y la absoluta reserva son necesarias para llegar a buen término en este oficio. Siempre he sabido guardar un secreto. ¿Tenéis parientes cautivos en tierra de los infieles? ¿En Italia, en Castilla, en Francia, en la República de Venecia?

—Nada de eso, venerable *hayyi*

. Busco a dos cristianos presos en nuestra tierra. Me han hecho llegar noticias de su tierra de que pagarían bien por su libertad, pero no saben dónde buscar. ¿Podrías vos, con vuestra experiencia, hacer las gestiones que hicieran falta para hallar su paradero? Sus parientes pagarían los gastos en que incurriésemos durante la búsqueda.

—Eso es una buena cosa, para empezar. Aunque yo mismo no cobro nada por mi trabajo, sí hay que sobornar a veces a los vendedores de esclavos para que busquen en sus libros a esclavos antiguos, y a los dueños para que digan si viven o han muerto. El último paso es pagar el rescate, y si el dueño detecta mucho interés el precio puede ser prohibitivo.

—De eso no entiendo nada, venerable *hayyi*, llegaremos a eso al final. Mientras tanto, decidme: ¿con una moneda de oro hay bastante para empezar a hacer averiguaciones? —El anciano se admiró mucho, no le había parecido que el humilde joven turco que buscaba a dos esclavos cristianos tuviese tanto dinero, pero por su larga experiencia no dijo nada, bien sabía que no siempre lo que parece es verdad. Seguramente era solo un intermediario. Se sintió renacer, he aquí que se le presentaba una misión que podía cumplir sin excesivo desplazamiento: dos esclavos perdidos, un hombre piadoso que pedía su ayuda, un enigma por resolver. El *hayyi* no era tan viejo que no pudiese todavía visitar a sus amigos los vendedores de esclavos y a los que entraban a estos en el rol de galeotes. Le conocían bien y no le preguntaban por qué quería saber lo que preguntaba; era el *al-Fakkak* y merecía todo respeto y veneración por su benemérita labor. Quién sabe si alguna vez tendrían que recurrir a él para rescatar a sus hijos o parientes. Además muchos habían hecho algunos tratos con él comprando a sus parientes que estaban esclavizados en países lejanos. Le debían favores porque el *al-Fakkak* no cobraba por su benemérita misión.

—Venerable *hayyi* —dijo su amigo, el vendedor de esclavos—, no temáis. Como nos habéis pedido, revisaremos los libros en busca de los

presos o cautivos. Empezaremos por Constantinopla y seguiremos por otras plazas, no hay demasiados mercaderes de esclavos y todos llevan sus libros, por aquello del quinto del señor de la Sublime Puerta. Si no están en nuestros libros como esclavos, será el momento de ir a buscar entre los galeotes, aunque —suspiró el hombre— en ese caso pueden haber muerto. Cinco o seis años son muchos años al remo. Al menos sabemos cuándo llegaron y que Selim era el delegado de la Sublime Puerta, encargado del reparto. Ello nos facilita la tarea.

Pasaron algunos meses y el profeta Ezequiel pareció no haberse enterado de que Miguel ya estaba haciendo gestiones para encontrar a los hermanos Zubizarreta. Le llamaba por la noche: «¡Levántate hijo de hombre...!» y luego oía su voz: «¡Hijo de hombre, no les temas ni tengas miedo de lo que digan, porque estás entre cardos y espinas, y sentado sobre escorpiones; no tengas miedo de lo que digan ni te acobardes delante de ellos

!» Y cuando se despertaba, Miguel rezaba pidiendo que el *hayyi* hallara a los prisioneros, porque para entonces él también deseaba irse, ya que la voz del profeta le atormentaba a todas horas cuando dormía.

Y al fin, triunfante, el venerable *hayyi* vino un día con un billete en donde estaba escrito dónde se hallaban los Zubizarreta.

—El Misericordioso se ha acordado de vuestros amigos. Creo que viven, pero están embarcados. No sé si hacen de galeotes o sirven de criados, pero ya tengo el nombre de la nave. ¿Qué queréis que hagamos ahora? —Miguel no cabía en sí de gozo.

—¡Ah, venerable *hayyi*, que el de los Cien Hermosos Nombres os bendiga, y que en el último día conozcáis el último nombre que permanece secreto a los hombres!

—¡Que se cumpla vuestro piadoso deseo! Pero, ¿qué hacemos ahora?

—¿Os sería demasiada molestia comprarlos por lo que pida el capitán y traerlos aquí? Si acaso preguntan quién los reclama decid que un pariente los ha buscado y hallado.

—Creo que no podré llevar a cabo la última parte del rescate, soy ya viejo, piadoso amigo, si tengo que viajar mis huesos se niegan...

—No, venerable padre, os conseguiré un carro con comodidades, aunque no se lo hagáis saber al capitán dueño de los hermanos, porque querrá cobrar más. Llevaréis más que suficiente para comprar a los presos,

si me decís cuánto creéis por vuestra experiencia que pueden valer los hermanos.

—Ya no mucho, cinco años son muchos años al remo, deben de ser deshechos humanos. Vivirán poco, el capitán hará negocio si los vende. —Se interrumpió de pronto—. Eso si no están condenados a muerte, en ese caso no podremos comprarlos.

Así, después de que Miguel hubiese conseguido un carro con comodidades tales como un colchón de plumas, mantas, una mesita baja y otros muebles, partió el anciano alfaqueque muy satisfecho de poder ser aún útil. Además llevaba consigo un conductor para el carro y un sirviente para él. No recordaba nunca tanto lujo en su misión y agradeció al Misericordioso tantas bondades.

Estaba Miguel en su negocio de barcas cuando un amigo vino a verle.

—Abbu-Abbas me manda decir que alguien ha dejado un paquete para vos bajo el nombre de Alí. —Miguel recordó las palabras del capitán Alonso de Alarcón: un espía del emperador Carlos se pondría en contacto con él. Decidió ver de qué se trataba, así que con agrado respondió:

—Quedaos a comer conmigo y decidle a vuestro regreso a mi amigo Abbu-Abbas que pasaré a verle pronto, de todos modos tengo que ir a Galípoli a por velas y cuerdas de atocha.

Todo se realizó tal y como el capitán había dicho. En el paquete venía, dentro de una hogaza, un papelito muy fuertemente enrollado que sólo decía «en la playa azul», y una fecha, un día del mes siguiente. Miguel acudió con curiosidad pero con precaución. Estaba convencido de que todo aquello era muy peligroso. Llegado el día se sentó en una piedra y fingió seguir con interés el vuelo de las gaviotas. Un individuo mal vestido vino hacia él. ¿Sería este?

—Por amor al Profeta, bendito sea su nombre, dadme algo para comer.

—No llevo nada de comida, hermano, pero tengo alguna moneda de cobre, si os sirve...

—¡Claro que me sirve! —Tomó la limosna y se fue. Por lo que se ve no era este el hombre que Miguel esperaba. Pero el mendigo volvió, seguramente no le había parecido bastante—. ¿En nombre de quién me dais la limosna? —preguntó.

—No os comprendo.

—Sí, quiero decir que en nombre de qué persona o qué profeta, porque cuando rece esta noche he de saber a quién he de rezar.

—Os lo doy en nombre de los profetas, de todos ellos.

—¿Qué profeta? —insistió el hombre. Miguel creyó entender. Muchos profetas y santos eran comunes en las dos religiones.

—Adam, Ibrahim, Iliyas. e Isa (Adán, Abraham, Elías y Jesús). Por todos ellos y por el Misericordioso ¿Estáis contento? Ahora marchaos, estoy esperando a un amigo. —Pero el andrajoso no se fue. Por el contrario, se acercó más.

—Yo rezo mucho a Isa, también llamado Yeshua por los hebreos y Jesús por los cristianos.

—Yo también lo hago. ¿Conocéis acaso a mi amigo, a uno que estoy esperando? —El hombre se sentó en el suelo y dijo lentamente.

—Creo que sí. Ese amigo debo ser yo. Os diré una palabra: «Carlos». ¿Qué os sugiere?

—Emperador.

Ambos se estrecharon las manos no sin haber mirado cuidadosamente que nadie les miraba. La playa estaba desierta y ellos se encontraban tras unas rocas. Cambiaron información y quedaron para verse el próximo mes en el mismo lugar a la misma hora. Ninguno dijo su nombre, pero en el fondo de la mente de Miguel quedó una especie de duda. El hombre no le pareció trigo limpio y por ello no le dio ninguna información importante, solo lo que sabía cada vecino de la ciudad.

Quizá la próxima vez sería más explícito. Pero no hubo próxima vez. Esa misma noche llegó el bondadoso *hayyi* con sus cautivos rescatados.

Los dos hermanos Zubizarreta habían envejecido. Eran dos seres flacos y morenos. Parecían más altos que cuando Miguel los había conocido. Iban rapados de modo que su cráneo relucía. Vestían las ropas de servidores, rojas con un borde dorado. A la vista estaba que habían sido sirvientes en algún barco.

Cumplida su misión el *hayyi*, satisfecho y feliz, pidió retirarse.

—Buen padre —dijo Miguel—, habéis hecho un muy buen trabajo. Bien sé que un alfaqueque no cobra por sus servicios, pero yo he comprado el carro, el colchón y demás muebles; quedáoslos, porque yo no los necesito. Y si no os hacen falta, dadlos a algún necesitado según vuestro criterio. También los animales de tiro son para vos, y el sirviente, que es esclavo y lo compré para vuestro servicio. Os pido que después de un tiempo lo liberéis, que es acción agradable a los ojos del Misericordioso.

El *hayyi* lo agradeció de corazón, sobre todo por el colchón, nunca había probado otro mejor y sus viejos huesos lo agradecían. El resto, muebles y carro, quizá fuesen a ayudar a otros, aunque se quedaría también con el sirviente, que era de buen natural y muy joven. Cuando él mismo muriese le dejaría en herencia la libertad.

Al quedarse solos Miguel se llevó a los antes cautivos a una caseta que ya tenía preparada. En ella había guardado rollos de cuerda durante mucho tiempo y también velamen y brea en barriles. Ahora, limpia y ordenada, era un agradable espacio. Tenía colchones, una mesita baja, cojines para sentarse y unas estanterías en donde se amontonaban víveres y ropa doblada. Miguel les llevó a la vivienda y les recomendó dormir.

—Descansad. Mañana hablaremos, estáis en libertad y nos iremos a casa, a España, tan pronto como podamos arreglarlo todo. Mientras tanto no salgáis, yo vendré mañana por la mañana. — Se despidió de ellos, que no habían dicho palabra—. Adiós, comed de lo que hay: pan, galleta, queso, fruta y vino. Hay suficiente agua fresca en las barricas. También os he traído una hojas de vid con relleno de carne de cordero y pasas, no comáis demasiado, estáis muy flacos y os puede hacer daño. ¡Quedad con Dios! —y se fue sin esperar respuesta. Los hermanos Zubizarreta no salían de su asombro. Se pusieron de rodillas y rezaron al buen Jesús por haberles traído a manos de este hombre desconocido que tantas molestias se había tomado, seguramente en nombre de sus parientes. Después buscaron las hojas de vid con su relleno y comieron con apetito, unos vasos de vino completaron la comida, luego se tumbaron en sus colchones y durmieron por primera vez en muchos años bajo techo y con mantas.

Esa noche el profeta Ezequiel no vino. Miguel durmió tranquilo y cuando se despertó a la mañana siguiente fue a sus quehaceres como de ordinario y luego se acercó a ver a los hermanos. Estos se habían despertado y después de buscar agua la habían hallado en una cuba, se habían lavado lo mejor que pudieron y se habían cambiado de ropa, dejando de lado las viejas túnicas rojas con bordes dorados. Vestían unos viejos

pero aseados calzones estilo turco, unas camisas pardas, también usadas pero en buen estado y unas zamarras con el cuero por fuera y larga piel de oveja por dentro. Completaban el atuendo unos zapatos también de piel vuelta y unos gorros algo desgastados.

Miguel se presentó llevando unos paquetes con comida que había adquirido mientras paseaba. Piezas de ave caramelizadas, granos de trigo cocidos con especias y algo dulce envuelto en hojas de parra.

—¡Alabado sea el Señor! —saludó alegremente al entrar. Los Zubizarreta le miraron intentando reconocerle. Les habían dicho que un pariente les buscaba y supusieron que quizá el pariente era este joven; pero no, no le conocían, o al menos no lo recordaban.

—Bendito y alabado sea por siempre Su nombre —contestaron al oír la fórmula cristiana de salutación, además en español, idioma que no oían desde hacía tiempo—. ¿Sois vos al que debemos nuestra libertad?.

—La libertad se la debemos siempre a Dios, Nuestro Señor —respondió Miguel—, pero si queréis saber si yo os he buscado he de decir que sí, el profeta Ezequiel me lo pidió en sueños y

no ha cesado de hostigarme e importunarme hasta que me puse manos a la obra. Por fin os he hallado y espero desde ahora dormir bien. —Los liberados no salían de su asombro.

—¿Que el profeta Ezequiel os ha importunado para que nos buscaseis? ¿Cómo viene a ser eso? ¿Acaso sois un santo que habla con los profetas?

—No, por Dios —se echó a reír Miguel—. No soy santo, soy un infeliz a quien, no sé por qué, Ezequiel persigue con sueños que luego resultan ser premonitorios. A gente como yo les llaman *oniromantes*.

—¿Oniromante? —dijo como dudando de la correcta pronunciación el antiguo capitán de *El Falcón*—. Nunca había oído esa palabra. Y de profetas sé poco. Apenas sus nombres, no a qué se dedican. En fin, mi hermano y yo os agradecemos vuestro esfuerzo. ¿Hemos oído bien que volveremos a España?

—Sí, tan pronto como lo tenga todo arreglado; mientras tanto, vosotros no salgáis de aquí porque aunque tengo vuestra cédula y en puridad sois mis esclavos porque os he comprado, no quisiera llamar la atención ni dar explicaciones. Nos iremos sigilosamente. Quedaos aquí y descansad, que buena falta os hace. Salid a tomar el sol y el aire pero estad atentos a que no haya nadie por los alrededores, si os ven, fingid que estáis acarreado algo dentro, afuera hay unos toneles que pueden servir para el caso, están vacíos y podéis sacarlos y meterlos cuantas veces sea necesario, de esa manera no llamaréis la atención porque aquí ha habido un depósito de cuerdas y velas y brea y muchas veces ha habido labores de acarreo. Si os hablan no contestéis, ignoradlos; pero es mejor que no lleguéis a esta situación.

Miguel se levantó del asiento en que se había aposentado y se despidió.

—Sin duda tendréis cosas que preguntar, ya tendremos tiempo, ahora debo volver a mi trabajo, os he traído algo de comer —dejó el paquete de viandas sobre la mesa—, además no os faltan vituallas. ¡Ah, por cierto, antes de que se me olvide! En una alacena habréis, quizá, visto unas pelucas. Es imprescindible que las uséis en todo momento. No debemos hacer notar que habéis sido galeotes, eso arruinaría mis planes. No dejéis de usarlas porque nunca se sabe quién pueda estar mirando sin que nosotros lo veamos a él. —Salió dejando atrás a los dos hermanos, que si bien desmejorados ya parecían más tranquilos.

Al día siguiente se fue a ver a Tamir, llegó temprano y el buen hombre se alarmó al ver a su socio en día laborable lejos de su obligación. Intuyó que algo extraordinario sucedía o estaba a punto de suceder.

—Amigo Abdul, ¿cómo es que estáis en Erdek en un día como hoy?

—Tengo algo que comunicaros, Tamir —nunca se había acostumbrado a llamarlo *el Gato*, como lo hacían los demás—. Este le miró con mirada interrogante. No dijo nada—. Para manifestarlo de modo claro, querido amigo, me voy. —Ahora le tocó el turno de asombrarse a Tamir.

—¿Que os vais? ¿Dónde?

—Lejos, lo más lejos que pueda. He venido a advertiroslo para que no os sorprendáis. Sé que guardaréis el secreto. Desapareceré de modo que todos crean que me he ahogado. Os dejo todo, los libros en orden y el dinero en la caja de siempre.

—¿Pero dónde os vais? —insistió Tamir.

—Quiero volver a mi país, bien sabéis que soy español y que siempre he soñado con volver. Ahora sé que puedo hacerlo.

—¿Y por qué ahora mejor que antes?

—Porque un sueño me lo ha dicho. —Y de ahí no pudo sacar nada más el bueno de Tamir.

—¿Llevaréis dinero al menos? La mitad de lo que hay es vuestro. — Pero Miguel meneó la cabeza.

—No sería creíble que antes de ahogarme cogiera una gran cantidad de dinero. No, Tamir, llevaré un poco porque he tenido la precaución de ir guardando pequeñas cantidades cada semana durante estos meses. Aquí todos deben creer que he muerto repentinamente sin llevarme nada de valor, ni siquiera ropa. Lo que falta lo veréis en los libros, podréis decir que os estaba robando todas las semanas un poco si viene el inspector del padishá. En todo caso no es mucho, si tuviese una amiga hubiese gastado mucho más, así que podéis decir que quizá lo gastaba en

mujeres. Sólo me llevo lo necesario para comprar un camello o dos y comer por el camino. El resto, amigo Tamir, es vuestro y de vuestros hijos. Rezad por mí, estoy seguro que no hay oraciones perdidas si van dirigidas al único Dios, el del Libro. —Se abrazaron sin saber qué decir, sabían que era una despedida para siempre, pero aún así el turco dijo a su amigo:

—Si alguna vez volvéis y no he muerto, aquí hay dinero que es vuestro, y sobre todo aquí está un amigo. ¡Ah! Y si os cogen cautivo, hacédmelo saber, que yo pagaré vuestro rescate si no tenéis en el mundo nadie más que lo haga. Adiós. —Le llamó por su nombre verdadero, cosa que no hacía nunca—: Adiós Miguel de Piedrola y Beaumont.

—Adiós, viejo pirata. —Dio media vuelta y se fue para siempre.

XV

La huída de Miguel de Piedrola y sus amigos

«La misma voz antecedente le dixo huiese y trajesse a unos captivos en su Compañía y tomase una guía; y assí vino con ellos...»

MIGUEL DE PIEDROLA LO HABÍA preparado todo con gran detalle. Llegado el día en que habían de salir, llegó temprano al lugar en que tenía al capitán don Jerónimo y a su hermano don Juan Luis, y les conminó a recoger todo lo que había sobrado, que no era mucho, y enterrarlo luego en la arena. Así, si alguien entraba luego en la caseta, no verían restos de que había sido ocupada. Los colchones se enrollaron y decidieron llevarlos consigo hasta hallar un lugar en donde se pudieran hacer desaparecer. La ropa la acarrearón en sendos atados. Miguel había comprado dos camellos para llevar la impedimenta y de momento se pusieron los colchones sobre los animales, junto con las pocas cosas que se llevarían para el viaje.

No había despuntado aún la aurora cuando ellos ya estaban lejos de Gelibolu. En una quebrada en cuyo fondo rugía un río se arrojaron los colchones, que así desaparecieron para siempre.

Esa misma noche, Piedrola había dicho a todo el mundo que se iba a pescar calamares, cosa que se hacía con pequeñas luces a modo de linternas para atraer a los menudos moluscos hasta las diminutas anclas afiladas, conocidas como ancoretas, con que se pescaban, o más bien se enganchaban, dando un tirón hacia arriba cuando venían los animalitos

a investigar el porqué de tantas luces. Tomó Miguel una hermosa barca con todos los aparejos necesarios para la pesca, las lamparillas de cera que incluso podían flotar si la mar estaba en calma, los cubos con cebo y otros vacíos para traer a tierra los calamares que pescase y todo lo que hacía falta, así como comida para estar una larga noche de pesca. Su sirviente le despidió en la orilla.

—¡Buena pesca! —Él agitó la mano y empezó a bogar mar adentro.

—¡Mañana comeremos calamares!

Esta clase de pesca y la del pulpo era muy practicada en Gelibolu y nadie se extrañó de que Abdul fuese a pasar una hora pescando. Cuando estuvo lejos de la costa hizo un agujero en la barca y dejó que se hundiese con todo lo que contenía y volvió a nado. Algo quedaría flotando ya que los cubos eran de madera y lo eran también los remos. «Una desgracia inexplicable», pensarían todos, «Abdul se había ahogado cuando fue a pescar calamares». Tan pronto se supo la triste noticia los empleados fueron corriendo a decírselo a Tamir *el Gato*, quien hizo grandes demostraciones de pesar. Para entonces Miguel y los suyos estaban ya muy lejos, tan lejos que ya nadie los reconocería. Parecían tres hombres marchando hacia algún destino sin prisa y con poco equipaje. Vestían ropas de pueblo y ninguno parecía armado, pero eso era sólo una apariencia, pues debajo de sus ropas llevaban armas para defenderse de posibles salteadores. Evitaron los pueblos siempre que pudieron y dormían al raso; dos dormían y el tercero hacía guardia, no era cuestión de dejarse sorprender durante el sueño por bandidos o simples rateros. Un día vieron a lo lejos una especie de oasis con árboles verdes y supieron que allí había agua fresca. Les pareció una buena idea llevar a los camellos a abrevar, pues el camino se hacía cada vez más áspero y no sabían dónde hallarían agua de nuevo.

Allí llegaron y, efectivamente, había un pequeño ojo de agua y un riachuelo; el agua no estaba estancada y no era probable que estuviese en mal estado. Bebieron los camellos y los hombres se lavaron y llenaron sus alcarrazas y vasijas. De pronto, de la umbría saltó un chico que no tendría mucho más de unos catorce o quince años.

—¡Dadme algo de comer y luego matadme! —Ante la extraña petición le dieron comida y le dejaron saciarse, cuando hubo comido hasta hartarse don Jerónimo le preguntó:

—¿Por qué queréis que os maten? —El joven se limpió la boca con la mano y aún masticando algo contestó:

—*Hayyi*

, no tiene sentido que mienta. Casi he muerto de hambre y prefiero morir por la espada a ese tormento, he sido esclavo y he huido. No quiero volver a ser esclavo y prefiero la muerte.

—¿Esclavo? —se admiró Miguel—. No veo señal alguna en vuestra piel, ni señas de azotes o cadenas o grilletes. ¿No nos estaréis mintiendo? —Pero el chico movió la cabeza con tristeza.

—No tengo señal alguna porque soy hermoso y mi amo me destinaba a un harén y no quería en mi cuerpo señal alguna que lo afease.

—¿Destinado a un harén? ¿Como eunuco? —Se sorprendió Miguel—. No lo parecéis. —El chico se avergonzó y bajó la cabeza.

—Como amante, mi señor. Un harén de cortesía para amores especiales. —Los tres españoles no quisieron saber más, entre ellos el amor entre hombres era considerado un amor prohibido y degenerado, por lo que decidieron llevarse con ellos al desdichado joven y salvarle de su destino.

—Os llevaremos con nosotros con una condición —dijo Piedrola—: Habéis de hacer en todo lo que yo os diga o perderemos todos la cabeza.

—Lo haré, mi señor.

Así, el agraciado joven fue vestido como una mujer velada, mientras que Jerónimo Zubizarreta pasaba por su esposo. Los otros dos eran simples sirvientes de un matrimonio acomodado. Los criados viajaban a pie mientras el marido y la esposa lo hacían en su camello, como era de esperar. El otro camello quedaba para el equipaje. Quedaron en que si eran preguntados dirían que iban a visitar a los padres de la joven; no hacía mucho que estaba casada y los echaba de menos, y el enamorado esposo la llevaba con gusto a ver a sus suegros. Uno de los sirvientes era un regalo para la madre de la esposa.

—Así vamos mejor, sin duda el profeta Ezequiel nos ha protegido enviándonos a este joven —dijo Miguel—. Si acaso alguien nos buscara, buscaría a un hombre, acaso a tres, si alguien sabía de vosotros, cosa que no creo porque el alfaqueque me prometió no decir nada. Nunca buscarán a un matrimonio con dos sirvientes y dos camellos.

Miguel, además de haber planeado la fuga, era un buen estratega y lo había previsto todo, y con ingenio iba improvisando por el camino

según surgían las circunstancias. Después de haber hecho un largo camino por tierra con el concurso de los dos camellos, atravesaron en barca un estrecho brazo de mar después de haber discutido largamente el precio del pasaje. Por fin convinieron que el pago serían los camellos. El barquero se quedó encantado, nunca había hecho un negocio tan excelente, de modo que les cruzó hasta donde iban e incluso les dio algún dinero por el segundo camello.

Al llegar al otro lado anduvieron de nuevo evitando los poblados en dirección norte. Cuando se acercaron a la frontera con Grecia guardaron más precauciones si cabe. Siguieron a pie, escondiéndose lo más que pudieron, y rezando para que no les detuvieran los agentes del *padishá* o algún ladrón en busca de botín

—Si llegamos a donde voy, encontraremos algo que he preparado. O al menos que he pagado, espero que lo hayan hecho. —Lo que buscaba Miguel era una pequeña pero sólida barca de remos escondida en una cueva en un lugar bastante desolado en donde se alzaba un solitario pino seco. Jerónimo Zubizarreta pensó que el árbol estaba puesto allí, que no había crecido en estas asperezas y que era una señal, el indicador del sitio en donde se hallaba el transporte. Y así era.

Al oscurecer embarcaron y remaron con sigilo durante toda la noche y al romper el alba vieron que estaban rodeados de islotes y pequeñas islas, era un milagro que no hubiesen chocado con alguno de los obstáculos.

—De estos islotes, algunos están habitados. Unos son de la Sublime Puerta y otros de Grecia, y alguno pertenece incluso de la Serenísima. Rezad para que caigamos en uno que no sea turco. Si nos detiene alguien, dejadme hablar mí. —Era Miguel de Piedrola el que así hablaba.

Remaron durante parte del día sin intentar ocultarse por no hacerse sospechosos, y aunque vieron a algunas otras barcas de pasajeros y de pescadores, nadie les preguntó nada, incluso a lo lejos algunos les saludaron con la mano y ellos contestaron amablemente, como si les conocieran. Al caer el día, cansados y casi exhaustos, porque llevan casi un día y una noche al remo, decidieron recalar en alguna playa. Miguel rezó a su Ángel de la Guarda, el profeta Ezequiel, y una gran

tranquilidad vino sobre él. Llegaron a un acantilado a cuyo pie había una pequeña playa y allí atracaron su barca. Apenas había espacio para todos, tal era la estrechez de lugar, pero era ideal para esconderse sin que fuese obvio. Tenían todavía algo de agua, que era lo principal y para comer buscaron cangrejos en la arena. Un pequeño fuego fue todo lo que necesitaron. Les pareció que estaban a salvo, lejos del *padishá* y de la temible policía secreta que tenía ojos en todas partes. Esa noche, por primera vez, después de apagar el fuego durmieron todos sin poner vigilancia alguna.

—Miguel, hijo mío, diréis al emperador que su hombre en Constantinopla es un traidor. —Los sueños de Miguel eran intranquilos. La voz de Ezequiel no le dejaba dormir—. Un traidor, un traidor...

—No puede ser, profeta, ese hombre lleva mucho tiempo de espía, sirviendo al emperador en medio de muchos peligros. —El eco resonaba: un traidor, un traidor...

—Decidle al emperador que Rincón es un traidor. Rincón es un traidor.

—¿Se llama Rincón?

—Un traidor, un traidor... —Las gaviotas le despertaron chillando sobre su cabeza, aún oía la voz: «Un traidor, un traidor...». —¡Arriba, amigo, el sol brilla y hay que pensar en cual será nuestro próximo paso! —Era Juan Luis el que así hablaba. Había mejorado mucho y, a pesar del largo y penoso viaje que habían hecho, ya no estaba tan flaco y desmejorado como cuando el alfaqueque lo trajo, Dios sabe de dónde. Miguel no quiso oír la historia de ambos hermanos porque pensó que al relatar sus vicisitudes lo revivirían todo: la infamia, la degradación, el cansancio, la humillación y el miedo. Era mejor que procurasen olvidar, al menos superficialmente. Les dijo que cuando todo terminase sería el momento de relatar su historia completa.

—¡Arriba, amigo, el sol brilla...! —la voz era alegre, como la de un chico que descubre una mariposa en donde no creyó hallarla. Miguel se levantó desperezándose. Miró alrededor y vio que, efectivamente, hacía un día espléndido. Era una de esas mañanas del Mediterráneo en las que el cielo es azul añil y el agua, verde como las esmeraldas. Las gaviotas eran blancas y se balanceaban en el aire. El mal no existía en el mundo.

—Dejadme hacer —dijo después de que hubieron desayunado parcamente—. Ahora ya podemos ser nosotros mismos. Vos, Mohamed — que así dijo llamarse el chico que traían consigo—, podéis tirar los velos y las ropas mujeriles, sed vos mismo: un joven en busca de aventuras.

—Le miró pensativamente—. Por cierto ¿qué pensáis hacer? Ahora sois un hombre libre, podéis ir dónde queráis.

—Cierto —dijo el chico con bastante sentido común—, soy libre pero soy como un recién nacido. Si voy a tierra de cristianos, solo hablo el turco y el bereber, que era la lengua de mi madre. ¿Dónde puedo ir sin que me esclavicen de nuevo?

Jerónimo Zubizarreta le pasó un brazo por los hombros.

—No temáis, joven amigo, venid conmigo y con mi hermano. Si llegamos con bien a España, seréis mi criado personal, si os agrada el oficio. Seréis libre, y podréis abandonar el puesto cuando queráis. Se os pagará y lo que adquiráis será vuestro, y si halláis alguna joven de vuestro agrado hacédnoslo saber y veremos de dotaros para que podáis sustentar a una esposa. ¿Os conviene? —el chico cayó de rodillas y besó la mano de don Jerónimo, por más que este se resistía—. ¡Vamos, vamos, Mohamed, entre nosotros sólo se besa la mano de los obispos o del papa o, en todo caso, de las damas! Levantaos, todavía está por ver si salvamos el pellejo.

—Bueno, bueno, basta ya de demostraciones —interrumpió Piedrola—. Os dejo aquí y me llevo la barca, malo será que no salga con bien de esto. Voy a ver a quién hallo que nos pueda llevar hasta Venecia o hasta alguna de sus islas, si esta no es veneciana. No temáis, sólo si he muerto no volveré.

—A ver si os perdéis en este dédalo de islotes, rocas e islas —advirtió don Juan Luis.

—No, no me perderé, no en balde he sido barquero varios años, orientarme es ya connatural en mí. —Subió a la barca y la empujó al agua—. Rezad al Señor de las Batallas para que encuentre lo que busco—se dirigió al joven turco mientras daba los primeros remos—. Y vos, Mohamed,

rezad al bienaventurado Alá (¡Bendito sea su nombre!), que no hay oración perdida, para que vuelva pronto con buenas noticias.

Remó un largo rato hasta que divisó una hermosa nave, una galera, anclada lejos de la costa. Era justo lo que deseaba ver. En el palo mayor o maestro ondeaba la enseña de la Serenísima República: un león. Era sin duda una nave mercante de aquellas que no tenían empacho en traficar con moros y cristianos, con turcos o franceses, con el Papa o con bereberes. Algunas incluso tenían contactos con mercaderes de la Ruta de la

Seda, y esperaban durante semanas a que estos llegasen desde el Lejano Oriente. Los venecianos eran cristianos, pero su verdadera creencia era la ganancia.

A pesar de ser una nave pacífica, por sus costados se veían aparecer dos filas de cañones que servían para convencer a los piratas de que era mejor no acercarse demasiado. En un costado se leía su nombre: *Opportune*. Miguel se acercó hasta ponerse al paio.

—¡Eh, los de arriba! —gritó varias veces hasta atraer la atención de alguno de los marineros.

— ¿Quién sois? —preguntó sorprendido el hombre al ver que un solo tripulante en una barquichuela se había aventurado tan lejos de la costa.

—Soy maese Miquele —respondió nuestro Miguel de Piedrola.

—¿Maese Miquele? No os conozco —respondió el de arriba, que no debía ser muy listo—. ¿Qué queréis?

—Subir a bordo, pardiez. ¿Qué otra cosa puedo querer en medio de la mar?

—Esperad un momento que voy a ver al oficial para pedir permiso. —A poco se asomó otra cabeza por la borda.

—¿Venís solo? —Sobraba la pregunta pues el mismo oficial pudo observar que Miguel estaba solo en su barca. Habiéndose asegurado de que no suponía ningún peligro, le hizo señas de que subiese; por la popa dejaron caer una escala por la que trepó ágilmente Miguel de Piedrola.

Ya a bordo Miguel les explicó que era un fugitivo de Turquía, que era cristiano y que deseaba regresar a su tierra, que era España. El oficial le escuchó cortésmente y le llevó a ver al capitán, quien estuvo de acuerdo en que un cristiano que hablaba tan buen italiano, aunque fuese español, merecía volver a su tierra.

—Pero el caso es, buen amigo, que no tenemos sitio. Llevamos gente de armas que nos defiendan, y el resto del sitio disponible es para la carga, nuestra razón de ser. Somos, a pesar de todo un barco mercante y no podemos desperdiciar el sitio de preciosa mercancía en hombres, perdonad, inútiles.

—Ah, pero yo no soy inútil, mi *signore capitano*.

—¿No? —pareció interesarse el veneciano—. ¿Y qué sabéis hacer? ¿Sabéis acaso por lo menos cómo es una galera?

Miguel echó una mirada apreciativa:

—Para una galera como esta, el aparejo debe estar constituido por dos árboles, uno arbolado a proa que atravesase la arrumbada o trinquete de unos cincuenta codos de altura y el otro, que debe estar a unos nueve o diez codos de la proa del centro de la galera, es el mayor, de unos sesenta y nueve o setenta codos de altura, afirmados ambos mediante las burdas y los obenques respectivos. —Se acercó a mirarlos—. No parecen demasiado buenos, si se me permite decir tal cosa, mi señor. —Continuó—: Para una galera ordinaria el velamen máximo será de unas 600 varas cuadradas, pero esta superficie debe ser reducida según la fuerza del viento, envergando en las antenas velas de diversas dimensiones, que reciben los nombres de gran marabuto, marabutín, burda bastarda, y pollaca, por fin el treu que es una pequeña vela cuadrada que se emplea para correr el viento. Ninguna de estas está ahora desplegada. —Se inclinó sobre la borda—. Los galeotes descansan, deber haber en esta galera unos cincuenta o sesenta remos por cada lado, cinco remeros por banco. Los mejores remos son de madera de haya, tienen unas doce o trece varas de longitud y en su primer tercio se apoyan sobre las postizas y fuera del barco quedan unas nueve varas; esta parte exterior la constituyen la pala y la caña. Por dentro queda el guión...

—¡Basta, basta —dijo con buen humor el *capitano*—. Ya veo que sabéis mucho sobre galeras! ¿Habéis sido armador?

—¡Ah, *mio signore*, más que eso: he sido galeote y también he sido propietario de un negocio de transportes! No hay nada de barcos que yo no sepa.

—¿Y cómo viene a ser que estéis huyendo de Turquía?

—Porque soy cristiano y el profeta Ezequiel me lo ha ordenado. —El capitán y los suyos, que ya habían empezado a admirar a Miguel de Piedrola por su desparpajo y sus conocimientos, se quedaron de una pieza al oírle hablar de un profeta como si fuese un amigo de la familia. El capitán, al fin, habló con cuidado, no fuera a ser este un loco peligroso.

—En fin, amigo Miquele, quizá os pueda dar algún trabajo, al menos si habéis sido galeote. Nos hace falta algún buena boya

para completar a los nuestros. Pagaréis vuestro viaje con trabajo en la cámara de boga. ¿Os parece bien? —Miguel vio una oportunidad.

—No, no me parece bien, los buenas boyas están siempre muy bien pagados y el cobrar el viaje con el trabajo de remos es una miseria, *mio capitano*. —El capitán se quedó sin habla, era atrevido el extranjero español. Miguel continuó—. Tengo una proposición: me enrolo de buena boya como bogavante, ya veis que os hago un favor, no lo hallaréis mejor que yo; pero a cambio debéis llevar también a mis amigos: dos españoles y un turco.

—¿Tanta gente?

—Hemos huido juntos y les debo dejar a salvo. Mi salario pagará con creces el precio de los billetes, y ellos también pueden ayudar. Son el capitán Jerónimo Zubizarreta y su hermano, Juan Luis y además un joven turco. —El hombre se lo pensó un momento y se decidió pronto.

—Sea, ¿están lejos?

—No, en unas horas estaremos todos aquí. ¿Cuándo zarpáis, capitán?

—Mañana por la tarde, con la marea. Estamos cargando seda baztrí. Llevaremos rumbo a Venecia, ¿os interesa?

Y así fue como los tres españoles y el joven turco llegaron desde Gelibolu, a orillas del mar de Mármara, hasta la Serenísima República de San Marcos.

* * *

El viaje no fue muy largo y Miguel cumplió su contrato haciendo de bogavante, es decir de primer remero, el que señala el ritmo de boga según indicaciones del cómitre, cosa que por su pasada experiencia de galeote, añadida a sus conocimientos como transportista, podía hacer con gran desenvoltura y destreza. Incluso no le pareció demasiado penoso el trabajo de boga, le animaba el pensamiento de estaba acercándose minuto a minuto a tierra de cristianos. En la galera veneciana los remos eran a galocha, es decir que cada remo estaba manejado por varios hombres; en la *Opportune* eran cinco en cada remo. Como no tenían gran prisa, no era necesario forzar a los hombres así que remaban por turnos dos horas la primera mitad y dos horas las segunda, de este modo descansaba la chusma y aun alguno dormía. De vez en cuando, si soplaba brisa favorable, se desplegaban las velas y los galeotes podía salir a cubierta.

Así, después de algunos días y de que hubiesen parado en algunos sitios para cargar y descargar, llegaron a Venecia.

—Cumpla mi palabra, maese Miquele —dijo el *capitano*—. He aquí vuestra paga.

—¡Pero habíamos convenido que con ese dinero se pagaría el pasaje de mis amigos!

—Lo he pensado mejor. Calculé hacer alguna ganancia, pero la seda que traigo será suficiente como para hacer negligible vuestro dinero, así que os lo doy entero. Al fin y al cabo sois un cristiano huido y necesitaréis algo para los primeros días. —Le alargó una bolsita—. ¿Qué pensáis hacer ahora? —Miguel tomó el dinero y se lo guardó sin contarlo.

—Pues si me indicáis dónde está la residencia del embajador de España en Venecia, iré allí a presentarme con mis dos compañeros y el joven turco que es sirviente de uno de ellos desde hace unos días. El capitán Zubizarreta ya no lo abandonará. —El *capitano* pareció dudar, luego dijo lentamente:

—Mientras estabais en la cámara de boga, el capitán Zubizarreta habló largamente conmigo. Me pareció un hombre muy capaz, de hecho le ofrecí un puesto en el *Opportune* a mi lado, pero ha rehusado. Dijo que deseaba visitar primero a su familia. Ellos lo han buscado aun estando tan

lejos y han hecho un gran esfuerzo para pagar lo pedido. Desea ir a agradecerse. —Miguel no dijo que la búsqueda y lo pagado había salido de su bolsillo, así como también todo lo gastado en los preparativos.

—Hacen bien, él y su hermano deben visitar a los suyos, seguro que ya los daban por muertos.

—¡No, seguro que por muertos no! ¿Cómo si no los hacían buscar?

—Cierto, cierto. Bien, *mio signore*, debemos despedirnos. Os agradezco que nos sacarais del infierno. Decidme ahora en donde está el embajador.

—Sí, claro, el señor de Mendoza.

—¿Qué Mendoza?

—Simplemente el de Mendoza, todo el mundo le llama el señor de Mendoza. No importa su cargo. Buscadlo en la Avenida Apia, junto a la iglesia del Santo Ángel, cualquiera os dirigirá. Adiós, Miquele. —Lo

pensó un poco y añadió—: El *capitano* Zubizarreta me ha dicho que realmente os sostiene el profeta Ezequiel; encomendadme a él, si no os causa molestia.

—Claro, lo haré, solo que se me presenta en sueños y en sueños a lo mejor no me acuerdo de vos, aunque lo haga despierto. Adiós, *signore capitano*. —Se dirigió a recoger a sus amigos. Con lo cobrado tenía un poco de dinero, y estaba deseando comer algo de cochinito. En Turquía la carne de cerdo era carne inmunda, pero en tierra de cristianos era una delicia. Palpó la bolsita del dinero que le había dado el capitán del barco. Por lo menos comerían todos juntos, luego Dios diría. En seguida bajaron a tierra y allí se despidieron de los conocidos que habían hecho durante la travesía y partieron. Lo primero era buscar un lugar para comer. Dejaron atrás el activo puerto. Los barcos cargaban y descargaban sus mercancías, los armadores vigilaban sus bajeles, los potenciales compradores miraban con ojos de halcón las mercancías que llegaban tratando de adivinar su valor y si serían vendible a corto plazo. Pequeños minoristas voceaban sus mercaderías y algunos rancias trataban de robar al descuido. Los viajeros subían y bajaban de sus naves y los bultos, cofres, arcas, baúles y maletas se amontonaban mientras los dueños los vigilaban de cerca. Esclavos nubios, turcos, bereberes y blancos de lejanos países del este de Europa se afanaban sirviendo a sus amos o trabajando como estibadores y cargadores en el muelle. Algunos, seguramente hombres libres, ofrecían los servicios de una mula o un carro para llevar los fardos o las mercancías de menos tamaño y mayor precio. Un microcosmos que de momento les aturdió pero que, por otro lado, les llenó de felicidad. Aun en este caos, no tenían nada que temer: después de años de cautiverio, ahora eran libres. Libres como las gaviotas que les sobrevolaban.

—¡Vámonos a comer algo! —invitó de buen humor Miguel de Piedrola.

—Tengo hambre —añadió el joven Mohamed causando la hilaridad de todos—. Pero, señor amo, ¿hemos de robar para comer? No tenemos dinero... Al menos yo no tengo un cobre —añadió con pesar.

—No temáis, joven amigo —dijo Miguel—. Yo tengo algo. El *capitano* al final me pagó por mis días de navegación. Tenemos algo con lo que comer al menos, y confío que aún podamos dormir bajo techo esta

noche. ¿No es estupendo? Por cierto —añadió sacando la bolsa con su dinero—, aún no he contado lo que me dio. —Lo hizo y lo repitió varias veces—. Es extraño, la cantidad no es la estipulada.

—¿Os dio de menos? ¡El maldito ganapán...!

—No, no, al contrario; y me extraña, porque los venecianos tienen en todo el mundo fama de cicateros y usureros y aun estípticos, y aquí hay bastante más de lo estipulado. Quizá se equivocó al dármele y debería regresar a informarle de esta irregularidad.

—Vamos, vamos, sin duda lo contó cien veces antes de ponerlo en esa bolsa —dijo riéndose Juan Luis—. Dejad de pensar y vamos a comer.

Así fueron todos en busca de una casa de comidas y pronto la hallaron e indagaron si ya era hora de comer. El mesonero les informó que en el puerto era hora de comer cuando llegaba los comensales.

—¿Está todo el mundo de acuerdo en que pidamos un hermoso cerdito asado con verduras? — Todos aplaudieron la idea menos el chico turco, que les miró con espanto.

—No es posible, mi amo, que comáis cerdo. Es dañino para el cuerpo y para el alma. ¡Prefiero la muerte! —Todos se echaron a reír.

—Y en vez de la muerte, ¿no preferís pedir otra cosa?

—¿Habrá algo turco por aquí?

—Sin duda. Aquí corre el dinero árabe, turco, persa, griego y albanés, y las comidas se hacen para satisfacer a todos estos y hacer negocio. Pero, ¿por qué no probáis algo exótico sin cerdo? En Venecia hay comidas exquisitas, por ejemplo con setas y pollo. ¿Qué os parece una ración de pastel de setas y pollo? —Era su amo, Jerónimo Zubizarreta el que así habló. El agareno puso cara de duda pero al fin les llenó a todos de regocijo con su decisión.

—¡Cualquier cosa excelente que no tenga cerdo será buena para Mohamed!

En esta tesitura pidieron ayuda al mesonero, que estuvo más que dispuesto a servir el cochinillo a los caballeros y algunas exquisiteces que no fuesen prohibidas por su religión para el chico turco. El patrón estaba acostumbrado a tales peticiones.

—¡Menudo mozalbete me llevo! —comentó de buen humor Jerónimo Zubizarreta—. Me va salir mas caro que si fuera mi hijo.

En una esquina un grupo de hombres cantaba y comía. Era un conjunto bastante numeroso; les pareció que vestían como turcos, pero su lengua no lo era.

—¿Quiénes son los que cantan? —preguntaron al mesonero cuando este vino con parte de las viandas solicitadas.

—¿Esos? Son estradiotes.

—¿Estradiotes? —se extrañaron por el nombre—. ¿Acaso son griegos?

—Eso es: griegos vestidos a semejanza de los turcos —explicó el mesonero mientras ponía algunas viandas sobre la mesa—. Los estradiotes son gentes de armas, algo así como jinetes guerreros. Se visten como turcos, como podéis ver, y van siempre así tanto a pie como a caballo, a excepción de la cabeza, en la que no llevan la tela que estos llamaban *toliban*. Son gente muy dura, y ellos y sus caballos duermen durante todo el año al aire libre. Los estradiotes proceden de los lugares que poseían los venecianos, unos de Nápoles, de Rumania, de Morea, otros de Albania, de la zona de Durazzo; y todos sus caballos son buenos, y se trata de caballos turcos... Suelen venir a ofrecer sus servicios como mercenarios.

El mesonero había terminado de servir la comida y todos se olvidaron de los estradiotes para ponerse a comer con ganas.

XVI

El capitán alonso de alarcón. el tercio viejo llamado “el osado”

«Es preferible (entre los soldados del Tercio) que no haya hombres casados, pero debe permitirse, para evitar mayores inconvenientes, que haya por cada ciento, ocho mujeres, y que estas sean comunes a todos los hombres».

Sancho de Londoño *Libro del arte militar*

Todos juntos se dirigieron a casa del embajador de España en Venecia, don Diego Hurtado de Mendoza

. Se hicieron anunciar a su señoría, explicando al mayordomo que les atendió que venían directamente de Turquía, que eran cautivos huidos de Gelibolu y que solicitaban amparo del ilustrísimo señor.

Cortésmente el maestresala explicó a los suplicantes (que más bien le parecieron pedigüeños) que su señoría no recibía sin tener previamente cita, y no porque no quisiera, sino porque su señoría tenía cada minuto del día ocupado en graves e importantes negocios en nombre de su cesárea majestad el emperador Carlos V. Al ver la cara de desilusión y desaliento de los solicitantes, el maestresala se compadeció de ellos y al fin consintió en hacer algo.

—Si vuestras mercedes me hiciesen la bondad de esperar un rato, yo intentaría hablar con su señoría y ver para cuándo os podría conceder una entrevista, así al menos ya sabríais cuándo volver con la seguridad de verlo.

—Le compensaríamos a vuestra gracia con nuestra gratitud —dijo el capitán Zubizarreta. «Ya, ya», pensó para sí el maestresala, «si me compensan con algo será con gratitud, porque los pobres desgraciados tienen un aspecto de hambre...».

—Entren un momento vuestras mercedes y sírvanse esperar. —Les llevó hasta un salón a la entrada—. Mientras, voy a ver si puedo hablar con su excelencia y explicarle la situación. — Salió andando con la dignidad que pensaba era propia de su trabajo y cometido.

Tardó un tanto en regresar y el tiempo de espera lo aprovecharon los tres amigos en contemplar con admiración tanto cuadro, tanto tapiz, vaso, armadura, florero, colgadura, escudo, pendón y lámpara, además de ricas alfombras, cortinas de seda y terciopelo.

—Mirad, qué magnífico cuadro, parece que la figura está viva —dijo Juan Luis Zubizarreta, que se acercó a mirarlo de cerca—. Está firmado; dice algo así como «Titiano» o «Tiziano» —lo pensó un momento—, debe ser un pintor de la corte de los Mendoza.

Representaba el cuadro tan admirado a un severo caballero vestido de negro, con capa corta, de pie, con las dos manos desnudas, una apoyada en la cadera y la otra colgando, y parecía sostener algo invisible al ojo del observador. Al fondo, una columna ática y un friso reproducían parte de la habitación en donde se hallaban.

—¿Os agrada? A mí me complace en extremo. —Era la voz grave de un caballero que les hablaba desde la puerta. De porte noble, se adivinaba el orgullo de raza y la nobleza de casta. Sabía quién era y lo que representaba, y sus modales parecían tranquilos y agradables—. Permitidme que me presente, soy el embajador de su cesárea majestad, nuestro señor Carlos V. Me podéis llamar don Diego o señor embajador, como mejor os convenga, nos saltaremos un tanto el protocolo por no hacer farragosa la entrevista. —Se sentó—. ¿No os parece? ¡Pero, por favor tomad también asiento! Creo —dijo el embajador— que con la boca seca hablaremos poco y mal.

Dio una leve palmada y al instante apareció un sirviente.

—¡Que nos traigan algo de beber! —se dirigió a los visitantes— ¿Os hace un buen vino de la tierra? —Asintieron estos sin palabras—. Entonces, —dijo complacido el embajador— si estamos todos de acuerdo, Julián, traednos una botella de buen tinto y alguna cosilla para comer y distraernos mientras bebemos un vaso de vino. —Se dirigió a sus oyentes y añadió—: Y ahora que ya hemos preparado los preliminares, ¿tendréis

la bondad de decirme para qué soy bueno a vuestras mercedes? —No se podía pedir más cortesía.

Sin más espera ni protocolo, Miguel de Piedrola se decidió a contar sus peripecias a don Diego de Mendoza.

—Señor embajador, me llamo Miguel de Piedrola y mis amigos aquí presentes son don Jerónimo Zubizarreta y su hermano Juan Luis... —así empezó la historia, que duró varias horas. El embajador olvidó el excelente vino y al fin la oscuridad cayó sobre la habitación sin que nadie osara interrumpir la historia de Miguel de Piedrola.

—...y así llegamos, con la ayuda de Dios, a Venecia, don Diego, y os suplicamos vuestra protección a fin de que cada uno pueda retomar su vida en donde la desgracia la cortó. —De esta manera terminó Miguel de Piedrola su relato y la parte que él conocía de las aventuras y desventuras de los hermanos Zubizarreta y la nave que gobernaban cuando fueron asaltados por los piratas. Sin embargo Miguel de Piedrola evitó relatar que él había sufragado todo lo que costó el rescate de los hermanos, explicando vagamente que el profeta le habló de ellos en sus sueños y que de alguien desconocido le llegó al tiempo el dinero del rescate. Una palmada del de Mendoza hizo aparecer de nuevo al sirviente.

—Julián, luces. —El embajador fue lacónico, como si su mente estuviese en otra cosa. El criado se apresuró a encender varias lucernas y cuando terminó preguntó si podía servirles en algo más—. Ahora no, gracias, si acaso luego. —Don Diego le despidió con la mano, se puso de pie y paseó por la estancia—. Lo que me habéis relatado, amigos míos, llenaría varias vidas de aventuras y sufrimientos —dijo al fin, como pensando cada palabra—. Sois vasallos de los mejores de Su Cesárea Majestad, por hombres como vosotros es que el imperio se sostiene en pie. Desgraciadamente el emperador no puede reconocer cada acto de heroísmo y pagar cada sufrimiento, ni yo tampoco. Quedará para el Altísimo cuadrar las cuentas en el libro del final de los tiempos. —Cesó en su paseo—. Ahora decidme qué puedo hacer por ayudaros.

Habló el capitán Zubizarreta:

—Mi señor don Diego, sólo deseo reincorporarme a la real armada de Su Majestad Cesárea, pero antes deseo ir a visitar a mi familia en Bilbao. Aunque somos hidalgos, no somos ricos. No sé de dónde habrán sacado todo lo que costó nuestro rescate y me temo que se habrá hecho un agujero sin fondo en nuestra hacienda. Quizá han recurrido a prestamistas y usureros. Es pues necesario que vea la situación para evitar la ruina de mi madre y mis hermanas. Pido unos meses para ocuparme de mis asuntos y luego me reincorporaré al servicio de mi señor el emperador.

—Mañana sin falta —contestó don Diego Hurtado de Mendoza—, extenderé el billete de permiso y os daré una carta para don Álvaro de Bazán, el capitán general de la armada del Mediterráneo, explicando las circunstancias de vuestra ausencia y de vuestro regreso. Cuento que vais con vuestro hermano, porque pienso incluirlo en mi relato.

—No me he explicado bien, señoría; desde luego mi hermano necesita más que yo un descanso, la cautividad fue más dura para él. Pero no me separaré de él, y cuando nos reincorporemos lo haremos juntos.

—Está bien, no quedaréis defraudados. ¿Y vos, Miguel de Piedrola?

—Yo, señor, no tengo parientes en el mundo. Así que nadie me espera ni se alegra de mi regreso. Simplemente desearía descansar un poco e integrarme en alguno de los ejércitos de mi señor natural, Su Cesárea Majestad, el emperador. Como os relaté, estuve un tiempo en la escuela de los jenízaros y sé manejar la espada, la pica, la espingarda, el arcabuz, servir de artillero... En fin, señor, que no seré un aprendiz y un inútil.

—¿Y no os gustaría embarcaros? Con vuestra experiencia en transportes...

—No, mi señor embajador. No quisiera ser tomado de nuevo prisionero y terminar como galeote. Ya tuve bastante. Además, la tierra me llama más que el mar. Los transportes eran un negocio, no un oficio.

—Como gustéis, os presentaré a un capitán amigo mío, justo ahora está haciendo levadas para el Tercio Ordinario del Estado de Milán. Ahora hemos de despedirnos, la noche ha caído y ni siquiera nos hemos tomado el vino que trajo el bueno de Julián. No lo dejemos en sus copas, así que por lo menos hagamos un brindis por habernos conocido. —Brindaron y se dispusieron a salir.

—Ah, un momento, por favor —dijo todavía don Diego—. Colijo que habéis venido sin o con poco dinero, y se os deben vuestros emolumentos de muchos meses y años. Dudo mucho que la caja real

os pague todos los atrasos, pero yo os adelanto algo para que podáis al menos subsistir hasta que os paguen. —Salió un momento y volvió con tres pequeños paquetes.

—Esto —dijo extendiendo la mano—, para cada uno de los hermanos Zubizarreta y esto para Miguel de Piedrola. Volved mañana a la tarde y todo estará solucionado. Buenas noches, señores míos. —Les hizo una graciosa y leve reverencia y desapareció.

Los tres se quedaron sin saber qué hacer pero al momento apareció el llamado Julián e hizo ademán de conducirles a la puerta, pero antes les señaló lo que había sobrado en los platos.

—Si fuera vosotros —dijo con tono de complicidad y guiñando un ojo—, me llevaría todas esas lonchas de buen jamón y esos trozos de pan y queso. En la cocina ya no los aprovecharán y hasta los gatos está hartos a estas horas.

—Pues si nadie los ha de aprovechar, nos los llevaremos, amigo Julián; hemos echado de menos el jamón casi tanto como a nuestra madre. —Sin ningún reparo los hermanos Zubizarreta cogieron lo que había quedado en el plato.

Al día siguiente volvieron y un mandado tenía ya listos para los hermanos Zubizarreta sus billetes de permiso y una carta de recomendación para don Álvaro de Bazán, sellada y lacrada con el escudo del Mendoza. Del sello colgaban unos hilos de seda escarlata que habían de ser cortados para poder abrir la comunicación. Después de que el secretario se la hubiese enseñado a los Zubizarreta, metió la carta en una caja plana de madera de cedro cuya tapa encajaba perfectamente.

—Llevala en su caja, así llegará como si hubiese sido escrita ese mismo día y evitaréis que se arrugue y se desgaste o restriegue por el camino —dijo el hombre. Luego añadió con tono confidencial—. Hace mejor efecto al destinatario si llega impoluta. El señor embajador me encargó que os dijera que podéis embarcar en un barco que sale mañana hacia Valencia, el *Santo Nombre de Dios*. Me dijo que el capitán ya está avisado. Su excelencia os desea lo mejor y os ruega que cuando lleguéis a vuestra casa le hagáis saber cómo habéis hallado todo allí. —Era un cortesía de parte del embajador y los hermanos le hicieron saber al secretario que lo agradecían en extremo—. En cuanto a don Miguel de Piedrola —siguió diciendo el secretario—, su señoría quiere hablar aún

algunas palabras con él. —Se despidieron todos con abrazos y sincera emoción prometiéndose escribirse e incluso volver verse, aunque no sabían cuándo.

El funcionario llevó a Miguel de Piedrola a lo largo de algunos corredores y a través de salones y habitaciones decoradas con trofeos de guerra: espadas, picas, azagayas, lanzas, alabardas, puñales, escudos, broqueles, adargas, piedras armeras, tapices con escenas de Marte, banderolas y un sinfín de recuerdos, seguramente despojos y trofeos bélicos obtenidos por el embajador o su familia.

—Esperad aquí, si os place —dijo al fin el emisario. Estaban en una habitación más pequeña que la del día anterior. Miguel se admiró al ver tantos libros juntos. Los libros eran raros y caros, apenas se estaban empezando a imprimir y aún era difícil obtener ejemplares, pues mucha gente los deseaba y la producción era corta. Se acercó a leer los lomos mientras esperaba y se sorprendió al ver que el embajador tenía libros en muchos idiomas, a juzgar por los nombres de las obras. El embajador sabía aún más idiomas que Miguel de Piedrola. De aquellos cuyos títulos pudo entender vio sobre un facistol una gran Biblia de Juan de Gutenberg, editada en Maguncia: era un libro tan magnífico que no se atrevió a tocarlo. Otro decía *Libro de Alexandre*; en otros leyó: *Libro de Buen Amor*, *Calila e Dimna*, *Tirant lo Blanc*, *Los dotze treballs de Hèrcules*. Una *Grammática* de Antonio de Nebrija. Miró otro: *El Vergel de los Príncipes*. Oyó pasos y se alejó de los estantes, dos personas venían conversando animadamente. Muy pronto el embajador entró en la habitación:

—A la paz de Dios, amigo Piedrola. —Este hizo una reverencia palaciega y respondió:—La paz de Dios por siempre, y sea su Bendito Nombre alabado.

—Bien, bien, veo que la prisión y la distancia no han hecho olvidar la viejas fórmulas. Tengo una sorpresa para vos. ¿No me dijisteis ayer que deseabais reintegraros al servicio del emperador?

—Ciertamente, mi señor don Diego.

—Pues bien, me parece que os dije que un amigo mío estaba reclutando gente para el Tercio Ordinario del Estado de Milán, conocido en todas partes como «El Osado», ya os podréis imaginar por qué. En fin, mi amigo venía hoy a comer conmigo y resulta... Bueno, ved vos mismo. —En ese momento entró en la habitación un hombre joven pero mayor

que Piedrola, vestido con elegancia y casi con afectación. Llevaba ropas de raso, media capa de satén terciada sobre un hombro y sostenida al desgaire por unos cordones de seda, y en la mano portaba con displicencia un chambergo con plumas. Ceñía una espada en su funda y un par de guantes en la cintura. Zapatos de tafilete, medias de seda... no se podía pedir más; era el contraste más absoluto con el severo don Diego Hurtado de Mendoza, que vestía totalmente de negro sin otro adorno más que su gola blanca y una cadena de oro.

—¿No me reconocéis, Miguel de Piedrola? —Piedrola pensó con la velocidad del rayo, no le reconocía, pero esa voz...

—¡Por las barbas del Profeta! ¿No sois...?

—¡El mismo: Alonso de Alarcón, tunante! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Lo que me contó el embajador me pareció imposible. ¿Y qué habéis hecho de aquel barquero barbudo? Ahora parecéis un cristiano...

—Poco a poco, mi señor don Alonso, que la historia es larga. Ante todo me ha dicho mi señor don Diego Hurtado de Mendoza que estáis reclutando gente. Yo deseo unirme a las fuerzas de Su Cesárea Majestad, aunque desconozco qué es eso de los Tercios.

—Ya os lo explicaré, en cuanto a uniros al ejército, eso está hecho y ahora os venís conmigo y me contáis lo que ha sucedido. —Se volvió a don Diego—: ¿Sabéis que nuestro amigo es adivino? —Piedrola negó con las dos manos.

—No, no, adivino no: sueño cosas y a veces se cumplen.

—Bueno ya lo discutiremos. Cuando el embajador me relató que un hombre de nombre Miguel de Piedrola había llegado de Turquía, no pude dar crédito a lo que oía.

Siguieron largo tiempo recordando la aventura del mar de Mármara y cómo Miguel había llevado a los españoles hasta la nave del pirata Barbarroja, el *Kapudán Pachá* de la armada turca. Entusiasmado, el embajador invitó a ambos a cenar, quería oírlo todo. Al saber más de las dotes de Piedrola, el relato de ayer se le antojó incompleto.

* * *

Don Alonso de Alarcón se llevó consigo a Miguel de Piedrola para que compartiera su vivienda. Sentía curiosidad por las aventuras del soldado

profeta y su conversación le distraía, pues aún no era hora de partir de Venecia. Aunque tenía todo el día ocupado, al caer la tarde ambos paseaban por la hermosa ciudad de los canales, disfrutando de sus magníficos atardeceres y admirando a las atractivas mujeres venecianas. El capitán aún no había culminado su misión. El reclutamiento no era rápido y había que esperar hasta que se hubiese reunido el número suficiente de hombres. El rey, le explicó don Alonso, le había otorgado *conduta*: un documento por el que se le autorizaba a reclutar gente en su nombre. No faltaban en los Tercios los voluntarios de familias nobles, que por su mismo origen se prometían un futuro brillante en las armas; a estos se les conocía como los *guzmanes*. Don Alonso dijo que de estos ya no había más en Venecia, los que habían de enrolarse ya lo habían hecho, y ahora estaba completando el número de los soldados sin graduación.

—Tenéis suerte, amigo Piedrola, en enrolaros en el Tercio Ordinario del Estado de Milán, porque este fue creado por don Carlos hace pocos años, precisamente desde que Francia tomó interés en ese estado. El Tercio Ordinario es uno de los llamados Tercios Viejos, y nuestro maestre de campo es don Rodrigo de Ripalda. Ya os iréis enterando de cosas según pase el tiempo.

Un día el joven Piedrola se atrevió a preguntar a don Alonso:

—Y del asunto que os llevó a Turquía... ¿qué pasó, salió bien? Lo digo porque tiempo más tarde entró en contacto conmigo vuestro hombre en Constantinopla, nos vimos en una playa, tal y como yo había pedido, pero no volvimos a encontrarnos. Me pregunto si la solución de vuestro programa estaba en manos de ese hombre, porque el profeta me advirtió que Antonio Rincón era un traidor.

Alonso de Alarcón abrió los ojos como platos.

—¿Os dijo su nombre? ¡Qué imprudente! Lo tenía prohibido, se le identificaba en las cartas y documentos por un nombre en clave que, incluso hoy, no estoy autorizado a daros.

—No, querido amigo, nunca me dijo su nombre, me lo reveló el profeta; añadió que no confiase en él, que nos vendería. Es un espía doble.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Porque me lo dijo el profeta, ¿no os lo estoy diciendo?

—Ya os puedo decir que las conversaciones fracasaron al fin y que se sospechó que fue por culpa de... ese hombre. —Le miró entre divertido

y impresionado—. Lo que aún no se ha cumplido es la muerte de Mustafá, como dijisteis.

—Todo llegará, mi señor capitán.

Pronto terminaría el reclutamiento de hombres y había que prepararse para marchar.

—Casi he llegado al máximo que nos propusimos al venir a buscar reclutas voluntarios en Venecia —dijo don Alonso—. Nuestro Tercio consta de tres mil hombres, y nunca estamos completos, como cualquier Tercio. Cada Tercio tiene tres coronelías; y cada coronelía consta de cuatro compañías. Yo soy capitán de una de esas compañías. Haciendo unos sencillos cálculos podéis ver que cada Tercio se compone de doce compañías, y cada compañía consta por lo tanto de doscientos cincuenta hombres. Así que podéis ver que tengo bajo mi mando esos doscientos cincuenta hombres y muchas veces tengo que buscarlos yo mismo si los voluntarios que vienen a enrolarse no son suficientes para alcanzar esos doscientos cincuenta. Además, algunos fallecen, otros se marchan a otros Tercios, alguno deserta... en fin, la vida. —Cambió de tono—. Por cierto, amigo Piedrola, las compañías son de piqueros y arcabuceros. ¿Tenéis alguna preferencia?

—A mi vez pregunto, mi señor capitán, ¿vuestra compañía es de piqueros o de arcabuceros?

—Son arcabuceros, y a muchos hay que enseñarles el funcionamiento del arcabuz, pues los hay con serpentín simple...

—Con serpentín de gatillo y resorte interno; el más corriente, con serpentín invertido; también está el arcabuz de rueda, que exige mucha maestría.

—¡Por las barbas del profeta, si casi sabéis más que yo de arcabuces, maldito Piedrola! ¿Cómo viene a ser?

—Ya os dije, señor capitán, que estuve en la escuela de jenízaros del Palacio de Topkapi.

—Cierto, cierto, pero no imaginé que conocerían de ese modo nuestras armas.

—Ah, mi señor capitán, se preparan para un encuentro final en el que las huestes del Profeta nos eliminen de la faz del mundo por tierra y mar. Si los cristianos somos sus enemigos, el emperador es su personación. Todo lo que nos concierne les atañe y se fijan en ello y lo estudian. Se preparan a conciencia. Nuestras armas de fuego les interesan grandemente y la artillería ligera y pesada también.

—Quizá podamos aprovecharnos de vuestros conocimientos, Miguel de Piedrola.

—Se hará lo que se pueda, señor. Todavía los turcos reconocían que los soldados de nuestro señor don Carlos eran mejores con las armas de fuego; entre ellos, los que aprendían a utilizar este armamento eran aún una élite, aunque si se extienden los conocimientos... son unos noventa mil jenízaros en total, aunque algunos no pueden ser movilizadas pues guardan las fronteras.

—Sabéis muchas cosas, Miguel de Piedrola, desearía teneros junto a mí. Os hago una proposición que haréis bien en considerar: en principio os enrolaríais como soldado raso porque no habéis estado nunca en un ejército de tierra. Al cabo de cinco años de estar guerreando tendríais derecho a un ascenso, el primero, que sería a cabo. Pues bien, en honor a vuestros méritos adquiridos por haber estado en una nave del señor emperador y allí haber sido hecho prisionero y por vuestros conocimientos, os puedo enganchar desde el primer día como cabo, y

vuestros haberes serán buenos. Cuando cobréis, que excepto la primera vez será tarde y mal, tendréis tres doblas de oro fino. Vuestro conocimiento de armas me vendría muy bien ya que el principal cometido del cabo es instruir a los novatos en su uso, y ya veo que estáis perfectamente capacitado en ese sentido; en los otros, ya os aconsejaría yo. Durante el viaje os iré instruyendo sobre el Tercio, lo que significa ser soldado del Tercio y lo que se espera de vos. Sobre todo, Piedrola —añadió seriamente el señor de Alarcón—, habéis de ser buen compañero, allí dependemos unos de otros para seguir vivos, del primero al último. En batalla, la muerte o el ser heridos no va por zonas o linajes, nos toca a todos por igual, así que nos cuidamos unos a otros más que si fuésemos hermanos. Pero también somos hombres rudos y capaces de aguantar el frío, el hambre y la miseria que nos rodean habitualmente. ¡Ah!, y un detalle: los hombres del Tercio no se rinden, mueren.

Así el capitán fue aleccionando a su recién hallado cabo. Estuvo encantado de saber que Piedrola sabía también usar la ballesta con y sin armatoste, y que distinguía qué clase de virotes se necesitaban según

el objetivo. Además de un amigo, había encontrado a un hombre de armas que le sería muy útil.

Por fin partieron. El Tercio esperaba a don Alonso con impaciencia. Tras dos meses había logrado casi completar el número de soldados, aunque algunos era aún tan jóvenes que parecía imposible que estuviesen dispuestos a luchar. Para impedir que la juventud de los soldados se convirtiera en un problema no se permitía engancharse a los menores de dieciséis años, aunque se les aceptaba la edad bajo palabra. Una vez admitidos ya no podían volverse atrás y quedaban adscritos al ejército casi de por vida. No se aceptaban hombres casados y se les desanimaba de adquirir compromisos serios, aunque se aceptaban relaciones más o menos efímeras.

Una vez que todo estuvo listo partieron a pie, iba a ser una larga caminata. Desde Venecia, se dirigieron tierra adentro, bordeando los Alpes para evitarse lo peor del camino por Padua y Verona; y luego, al llegar al Lago de Garda, tomaron hacia el norte y se aposentaron en su campamento, entre la montaña y el lago, no lejos de Riva. Estaban a las puertas mismas de Milán. Antes de partir, don Alonso, experimentado soldado, había dicho a Piedrola.

—Os recomiendo vivamente que llevéis calzado apropiado, fuerte, resistente y cómodo; es más, llevad dos pares, porque llegará el momento en que uno se os haga insoportable, entonces es un alivio cambiarse de zapatos. O si unos se mojan, se hacen pequeños en los pies, o grandes, y entonces os espera un buen tormento. Hacedme caso, como yo os haré caso a vos en eso de los sueños. —Y es que el capitán no se había olvidado de los sueños de Piedrola y esperaba con tanta curiosidad como aprensión que tuviese algún otra visión o premonición que le permitiese entrever el porvenir o los peligros que les aguardaban.

Un día Miguel preguntó a su capitán:—Me dijisteis en Turquía que mi amigo maese Giulio había vuelto sano y salvo. ¿Sabéis cómo? —Pero el capitán negó con la cabeza.

—Solo recuerdo vagamente que él le había dicho a Andrea Doria que un día le pusieron en un barco, sin saber por qué, y que vos habíais desaparecido y que os daba por muerto. —Pensó un poco—. Por cierto, ahora ya sabrá que no habéis sido ajusticiado. Cuando volví de Turquía después de veros se lo dije a Andrea Doria, que se acordaba de vos por aquello de algún sueño que tuvisteis, y él se lo habrá dicho a su cocinero, lo aprecia mucho. ¡Ah, no tendréis queja de mí! —añadió don Alonso—, le dije al príncipe que comunicara a Su Cesárea Majestad aquello que habíais soñado acerca de que Mustafá no reinaría... ¡Fue vuestro encargo!

—Habéis hecho bien, se cumplirá.

XVII

La victoria de Mühlberg. El príncipe don Felipe y su felicísimo viaje

«España, mi natura.
Italia, mi ventura.
Flandes, mi sepultura»

MIGUEL DE PIEDROLA SE AMOLDÓ perfectamente a la vida del Tercio. Su trabajo consistía en ejercitar a los soldados, tanto nuevos como antiguos, en el uso de las armas de fuego. Era imprescindible que estuviesen bien entrenados; tanto, que el arma fuese una extensión de ellos mismos. Dada la dificultad de su manejo eso solo se lograba con un ejercicio prolongado y repetido hasta que se convertía en un acto reflejo.

Más de una vez hubo de acompañar a su capitán, don Alonso, a reclutar gente porque el Tercio normalmente se hallaba por debajo del número de soldados considerado ideal. En tiempos de relativa paz los capitanes partían hacia lugares en donde creían poder encontrar nuevos concriptos. Cuando esto sucedía, el capitán don Alonso de Alarcón llegaba al lugar elegido con un alférez, un sargento, un cabo, tambor y pífano, todos ostentosamente ataviados, porque contaban con que la magnificencia desplegada atraería a los mozos pobres haciéndoles soñar con unos emolumentos que les permitirían vestir con la misma esplendidez que aquellos recién llegados. Si el pueblo era pequeño, para más impresionar entraban a caballo al son de tambores y pífanos y entonces, con altanería y arrogancia, el capitán pedía ver al corregidor, al que enseñaba muy ostentosamente la orden del rey y el real permiso, la *conduta*, para enrolar gente para el Tercio de Su Cesárea Majestad.

Contaban los capitanes con que, en la apacible vida de la aldea, la presencia de los gallardos y desenvueltos veteranos, que contaban maravillas de la vida del soldado, sería una atracción casi invencible. Y era así. Lo malo es que los pueblos más impresionables tenían pocos habitantes, y los que tenían una población abundante estaban más al día acerca de lo que significaba enrolarse en los Reales Tercios de Su Cesárea Majestad. No todo era elegancia y desenvoltura y viajes y dinero. También significaba enrolarse por casi toda la vida, renunciar a una familia e ir, muchas veces, mal pagados y peor comidos; ser recelados en los pueblos por los que pasaban; entrar constantemente en batalla y caminar, caminar y caminar cientos de leguas, bajo el sol o la lluvia, todo por la gloria de su Tercio, que era la del emperador.

Estos inconvenientes no se mencionaban a los candidatos; a los aspirantes se les hablaba de los lugares que verían y del ancho mundo que llegarían a conocer. Quizá conquistar fama y fortuna... Las mujeres les admirarían por donde pasaran y, en todo caso, siempre había una comitiva de hermosas cortesanas que viajaban tras el Tercio, dispuestas a ayudar a los hombres a gastar su dinero.

Un joven mozo, al parecer muy tímido, se acercó a la mesa de reclutamiento. Llevaba una gorrilla en la mano que estrujaba como si de ella fuese a sacar algo. Don Alonso, con un escribiente a su lado, estaba sentado en una silla y la mesa, de grandes proporciones (se la había demandado al alcalde), estaba cubierta con un paño de brocado rojo y amarillo, los colores favoritos de los Tercios.

—Adelante, joven. Aquí estamos esperando a los mozos con ganas de gloria.

—No sé si...

—Nada, nada —le interrumpió con buen humor el capitán—. Hablar un poco no cuesta nada, además mi escribiente y yo estamos ahora solos y nos aburrimos. ¿Cómo os llamáis? Yo soy el capitán Alonso de Alarcón. —Le ofreció la mano, que el mozo se apresuró a estrechar.

—Me llamo Bernardino, mi capitán,

—Muy bien, Bernardino, decidme: ¿qué hacéis en Tolonia? —Pues tal era el nombre del pequeño pueblo—. ¿De qué vivís?

—Pues... ayudo a mi padre.

—Y vuestro padre, ¿qué hace? —el chico no parecía tener demasiadas luces.

—Es el herrero, compone y arregla los instrumentos de labranza, arados que se rompen, hoces que pierden filo, cosas así. Además arregla carros, repara ruedas, y sobre todo le ayudo a herrar caballos y mulas.

El muchacho le pareció interesante al capitán. Un chico que sabía algo del oficio de herrero era una adquisición para una compañía de soldados. En un regimiento había que mantener las picas afiladas, arreglar sus corazas, herrar caballos, recomponer arneses y bocados, reparar cadenas, enderezar astas y picas, y un sin fin de trabajos de esa índole. Sin contar las pequeñas reparaciones en la artillería.

—¿Cuántos años tenéis, Bernardino?

—Quince, mi capitán. —Era demasiado joven y las ordenanzas prohibían que se enrolase alguien de tan poca edad. El capitán hizo caso omiso de ello.

—¡Magnífico, un hombre joven! ¿No os gustaría uniros a nosotros? Somos todos compañeros de aventuras, viajamos por cuenta del emperador, nos alojamos en las mejores casas allí donde no tenemos campamento y, lo mejor, ganaríais cuatro ducados de oro fino al año. ¿Qué os parece?

—No puede ser, mi capitán. Mi padre, que trabaja de sol a sol, no los gana en muchos años —dijo con simpleza el mozo.

—Pues ya veis, Bernardino. Os daría un contrato, un papel firmado y sellado en donde se especifica que cobraríais esos cuatro ducados y además os daría el primer sueldo, el de este mes, ya, hoy mismo y lo podéis dejar a vuestra madre, que sin duda lo necesita. No os preocupéis de ir sin blanca, el ejército os proveerá de todo: ropa, acomodo y alimentos. ¿Qué os parece? —el muchacho pareció animarse. El capitán siguió hablando—: Y el mes que viene volveréis a cobrar. —El chico estaba medio convencido.—¿Y se supone que he de saber algo? Como disparar, digo, o manejar la espada... porque yo...

—Nada, nada, para eso tenemos maestros que os convertirán en un soldado, nada menos que un soldado del Tercio Viejo de Milán y Lombardía. —El capitán se levantó y abrió un cofre—. Mirad, este sería vuestro uniforme. —Le enseñó unos gregüescos amarillos y una especie de camisa roja, una faja o fajín y unos correajes—. Sobre esta —señalando a la camisa—, en el futuro llevaréis un coselete y un peto de cuero de búfalo. Os compraréis de vuestro dinero un yelmo para protegeros la cabeza, luego una botas y una rodela para guarneceros. —El joven no pareció muy convencido al oír que había de pagar de su dinero parte del armamento.

—Señor capitán, y mientras reúno dinero para comprar todo eso, ¿con qué me he defender del enemigo? A lo mejor me matan antes de conseguir, en el futuro, casco, coselete y escudo. —No era tan tonto el mozo como parecía en un principio. Pero don Alonso no se dejó amilanar por la pregunta y respondió afablemente:

—¡No os preocupéis por eso! ¡Fuera pensamientos negros! Todos hemos empezado así. Se os dará una pica, y con otros cientos como vos iréis en vanguardia mostrando la pica al enemigo. Las picas de los Tercios son imparables, aterran al adversario y matan hombres y caballos en su avance. Los piqueros de los Tercios son famosos en toda la tierra: son valientes, esforzados e invencibles. Empezaréis como *pica seca* y en cuanto compréis el resto del equipo seréis un *pica*. —No deseaba que se le escapase el joven; le pareció fuerte, no demasiado avisado y de buen natural—. ¿Sabéis que cuando compréis todo el equipo podréis alquilar los servicios de algún chico que os portee las armas y equipo? A estos ayudantes se les llama *pajes*. Muy pronto tendréis un paje para vos, como un noble en su palacio.

Así, Bernardino y muchos como él se unieron al Tercio de Milán, llamado también de Lombardía. Lejos estaban de saber que las pagas que tan fáciles les habían parecido llegaban tarde y mal, y acaso no llegaban nunca. Que el trabajo era extenuante y continuado, que se enrolaban acaso de por vida. Por otro lado entraban en una hermandad de hombres fieles unos a otros, su Tercio venía a sustituir a la patria, al padre, a la familia y aun al confesor. No serían abandonados por sus compañeros a menos que fuese imposible de toda imposibilidad el llevarlos muertos o heridos. Los viajes y las aventuras estaban garantizados, así como también el frío, el calor, la necesidad y el peligro.

Extrañas noticias llegaron a los hombres del Tercio Ordinario de Milán. En Alemania, un monje agustino había osado desafiar al Santo

Padre y se había declarado abiertamente heterodoxo y hereje, y no contento con ello había clavado un pasquín en la puerta de la iglesia de Wittemberg en donde figuraban los noventa y cinco puntos con los que el imprudente monje no estaba de acuerdo con las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. Lo que en principio pareció ser una osadía de una mente calenturienta, de un extravagante estudioso, había prendido como el fuego por aquellas tierras y ahora los príncipes alemanes protegían y albergaban al monje, llamado Martín Lutero, y se habían manifestado de acuerdo en sus proposiciones.

Hacía tiempo que una coalición de príncipes alemanes se enfrentaba al emperador. Eran nobles que, celosos de sus prerrogativas, ahora vieron la ocasión de hacer daño a las fuerzas imperiales dividiendo el imperio entre diferentes fidelidades. Esta coalición había tomado por nombre el de Liga de Esmalcalda y estaba formada por Felipe de Hesse, elector de Sajonia y Esmalcalda, a cuyos territorios añadía Anhalt, Bremen, Brunswick-Lüneburgo, Magdeburgo, Mansfeld, Estrasburgo y Ulm. A este potentado se le unieron Constanza, Reutlingen, Memmingen, Lindau, Biberach an der Riss, Insy im Allgäu y Lübeck. Muy pronto los confederados decidieron tener su propio ejército y enrolaron diez mil infantes y dos mil caballeros, decían que con fines defensivos. Francia, atenta a cualquier ocasión de perjudicar a su enemigo, se unió a la Liga contra el emperador, con lo que esta, al menos en teoría, era temible.

En un principio el César intentó llegar a un acuerdo con los revoltosos, pero al constatar la imposibilidad de hacerlo decidió plantarles cara de una vez por todas. Si lograba derrotarles por las armas, confiaba en que la subversión cesaría. El Tercio de Milán fue llamado a reforzar las fuerzas imperiales.

La Liga, por su parte, se puso en pie de guerra. El duque de Wittemberg, el príncipe de Anhalt, el landgrave de Hesse y el elector de Sajonia reunieron un ejército de ochenta y cinco mil infantes y más de cien piezas de artillería.

El Tercio de Milán y Lombardía salió hacia donde los soldados del emperador habían sido convocados en tierras alemanas. El camino lo hicieron a pie, no había ningún otro modo de movilizar a tres mil hombres.

—Vamos, hay que apresurarse, al menos una parte de los soldados cuentan con boleta de alojamiento y no es cosa de molestar más de lo necesario a los que han de alojarles llegando a media noche. —Y es que por el camino, si no había otro medio, se alojaban en casas particulares que, obligadas por sus deberes para con el emperador, no podían negarse a este servicio, bien que odiado por ellas. El resto de los soldados vivaqueaban como podían en tiendas de campaña, en cuevas o al raso. En todo caso al rayar el alba se despedían de sus anfitriones y partían a empezar otra marcha de diez o doce horas. Movía al Tercio la idea del deber, la honra, la gloria y, a veces, la ambición. Ninguno de los hombres desearía ser recordado por su mal comportamiento frente al enemigo. Al contrario, llegado el momento de la batalla, todos y cada uno deseaban ser el paladín, el héroe, el triunfador del día.

Milán, Trento, Innsbruck, Linz... Miles de pasos portando el equipo. La marcha en sí era una odisea. De día, y a veces de noche, con lluvia o sol, con calor o frío, con nieve o ventisca, por llanos y cañadas, por picos helados y por trochas al borde de precipicios, el Tercio marchaba como un solo hombre, sin protestar, deseando llegar para empezar con otro cometido.

Por fin el Tercio de Milán llegó a tierras alemanas y se unió al resto de fuerzas del emperador y del duque de Alba; de Mauricio, duque de Sajonia, y del rey de Austria, don Fernando de Habsburgo, que ya estaban esperándoles. Inmediatamente salieron en busca de los de la Liga, pero las tropas enemigas, encabezadas por el elector de Sajonia, Juan Federico, y el landgrave de Hesse, conocido como Felipe El Magnánimo, al ver a las fuerzas del emperador no estuvieron seguros de su superioridad y se movieron con presteza evitando un enfrentamiento de poder a poder. Era como el juego del gato y el ratón, uno corría y se escondía y el otro perseguía, encelado, a la presa.

Con ímpetu y ganas de llegar a un enfrentamiento, los del César persiguieron a las tropas de la Liga a lo largo de todo el Elba. Unos en un lado y los otros al otro. A veces, incluso, los veían a lo lejos moviéndose continuamente ¿Acaso buscaban un punto favorable sólo conocido por ellos? ¿Un lugar en donde no podrían ser vencidos por lo conveniente del sitio elegido? Quizá la posición perfecta para un estratega...

El César decidió acortar la persecución. Cerca de una ciudad llamada Mühlberg ambos contrincantes detuvieron su incesante movimiento sin que ninguno decidiera iniciar las hostilidades. Los de la Liga habían derruido los puentes y se creían seguros tras la corriente del río. Acantonado con sus ejércitos al otro lado, Carlos sopesó la situación con sus capitanes.

—Señor —dijo uno—, lo más conveniente en estas circunstancias es que hagamos una encamisada.

Todos sabían lo que esto significaba: un grupo de voluntarios se arriesgaría a cruzar el río a nado o a pie y, una vez vadeado, se arrastrarían como sombras hasta el campo enemigo a fin de calcular su número y evaluar su organización. Luego retornarían sin que nadie se hubiese percatado de su presencia a dar noticias de la situación del enemigo.

Cuando esto hacían, iban armados únicamente con la daga y la espada, y por única vestimenta llevaban la camisa blanca, de ahí el nombre de *encamisada*. Los hombres de los Tercios eran maestros en estos ardidés y su valor les empujaba al más difícil todavía. No eran escasas las veces que había vuelto con las cabezas de los centinelas y los banderines que indicaban dónde dormían los jefes.

Esta vez fueron los arcabuceros del Tercio del duque de Alba los que reclamaron esa aventura para ellos. En el silencio más absoluto, con las espadas en la boca y un puñal al cinto, los encamisados se lanzaron a atravesar la impetuosa corriente. Era abril y el agua estaba fría, pero ellos no notaron nada porque la excitación solo les hacía sensibles al peligro, a los sonidos y a los posibles movimientos en la otra orilla. Tuvieron la suerte de interceptar una barca que el enemigo se llevaba río abajo y, matando a los remeros, se las trajeron a su campamento. Con la ayuda de estas un millar de infantes pasaron sigilosamente el río; otros, los arcabuceros, les siguieron y cruzaron el río montando detrás en los caballos de los jinetes. Los arcabuceros seleccionados para pasar al otro lado del río fueron elegidos entre los más mortíferos: los que iban armados con los nuevos mosquetes largos. Ellos despejarían el campo para los demás, para los que poco a poco vadeaban en barcas y los otros, los más, que lo harían a nado a nado.

El enemigo, cogido por sorpresa, apenas tuvo tiempo de reaccionar. Llegó el momento de gloria para el emperador Carlos. Al frente de sus

huestes, a caballo, armado de pies a cabeza, peleaba el primero de todos animando a los soldados con su ejemplo y con su voz. Calada la celada, tinta en sangre la coraza, corría de aquí para allá repartiendo mandobles y, sobre todo, haciéndose ver.

El capitán Alonso de Alarcón también se hacía notar al frente de sus hombres. Su amigo estaba en todo momento cerca de él y vigilaba por si fuese necesaria su ayuda. Tampoco el capitán dejaba de mirar de vez en cuando hacia Miguel de Piedrola. En un momento dado, un enemigo se acercó hasta don Alonso y descargó tal golpe con el hacha que portaba que, de haberle alcanzado, le habría abierto en dos. Pero Piedrola estaba al quite y de un certero golpe le cercenó el brazo antes de que alcanzase el hacha su objetivo. Aún así, el hacha sin dueño cayó sobre el capitán causándole un profundo corte en el hombro.

Cayó al suelo el capitán, y aún tuvo fuerzas para decir:

—Gracias, compañero, por poco me lastima. —Y cayó inconsciente.

La batalla continuó encarnizada sin que se supiese de qué lado se inclinaría la victoria. Miguel siguió luchando por su vida y por el triunfo, aunque sin apartarse del cuerpo caído de su amigo. No quería dejarle solo porque pensaba que si lo perdía entre los abatidos jamás lo hallaría de nuevo, ni muerto ni vivo.

De pronto, Juan Federico, el elector de Sajonia, emprendió la huida y tras él, en desorden, corrió el resto de la tropa. El emperador y su hermano don Fernando, junto con el duque de Alba y Mauricio de Sajonia, los persiguieron: la vanguardia del emperador contra la retaguardia de la

Liga. La victoria fue aplastante. La caballería húngara terminó por desmoralizar al enemigo con sus feroces embestidas. Intentando defenderse, los de la Liga dispararon toda su artillería desde la retaguardia en donde la habían dejado antes de entrar en combate. Una intensa lluvia de proyectiles caía sobre los imperiales, pero esto no desanimó al emperador, que no cejó en la persecución de los que huían. La victoria fue completa; el enemigo, diezmado. La ciudad de Wittemberg abrió sus puertas para salvar la vida de su señor y los pocos que aún le seguían, y se cerró tras él.

Muy pronto en todos los templos del imperio se elevaron preces dando gracias al Altísimo por la sonada victoria de Mühlberg.

Los soldados del emperador se dedicaron al saqueo de los muertos. Sus caballos, el equipo, las armas, todo era objeto de deseo. Pero

Miguel de Piedrola no se puso a buscar un caballo o una coraza o una bolsa con dinero en el cinto de algún oficial caído; él se dedicó a curar a su camarada. Le vendó el hombro, restañó su herida lo mejor que pudo, le dio de beber y al fin cargó con él hasta donde los cirujanos le coserían el corte. Alonso de Alarcón hubiese hecho lo mismo por él porque eran camaradas de los Tercios.

* * *

Roxelana no olvidaba su proyecto de colocar a uno de sus hijos en el trono de la Sublime Puerta. Sin que se supiese exactamente cómo, el hijo mayor de Roxelana, Mohamed, había muerto en una oscura acción de guerra. La bella concubina, entre lágrimas, susurró en los oídos de su amante que quizá, según había oído, el verdadero culpable de la muerte del joven Mohamed era su medio hermano, Mustafá, el heredero del trono.

—Hoy mismo emitiré un decreto trasladando a Mustafá del gobierno de Koniah al de Sarukhan, que está más próximo a Constantinopla. Desde mañana quiero tenerlo muy cerca. —Esa proximidad podía significar dos cosas: que el príncipe debía de estar cerca para que cuando el *padishá* falleciese pudiese entrar en Palacio sin pérdida de tiempo, o bien que el Señor de la vida y de la muerte quería vigilarlo de cerca. Roxelana, *la Jovial*, tejía su tela de araña rodeando con sus dulces brazos el cuello del sultán. Roxelana era hija de un obispo ruso que había renegado de su fe, y aunque ella misma nunca había sido en exceso fervorosa, de pronto se le despertó una súbita piedad y gastó a manos llenas los tesoros que Solimán había puesto a su disposición en obras pías, casas de recogida de huérfanos, hospitales y una mezquita.

—Mi amado —dijo un día bañada en lágrimas—, las obras pías que he hecho por el bien de mi alma al fin no servirán para nada. —Se extrañó Solimán al ver a la Jovial bañada en lágrimas, sus hermosos ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Quién lo ha dicho?

—El muftí.

—¿El muftí? —se extrañó el *padishá*—. ¿Cómo es eso? Las obras buenas son agradables a los ojos del Misericordioso.

—Sí, el muftí me lo ha dicho, pero resulta que no me aprovechará nada de lo que haga porque no soy mujer libre, soy una esclava, y lo que haga es como si lo hiciese mi amo. No me aprovecha a mí como obra mía.

—¡Pero, amada mía —se rió contento el sultán por poder solucionar tan peliagudo caso—, eso tiene fácil remedio! Nunca os consideraré esclava, pero os daré un libelo de manumisión. —Los hermosos ojos de Roxelana volvieron a brillar.

—¡Qué bondadoso sois conmigo, mi amado!

Con esta primera parte, el plan de Roxelana iba viento en popa, sus hijos ya no eran hijos de una esclava, sino de mujer libre.

Un día el sultán mandó llamar a Roxelana para que compartiese su lecho y ella le mandó una sentida negativa con el eunuco mayor. Era una mujer libre, no casada, y no podía compartir lecho con un hombre aunque lo amase en demasía. Una mujer libre solo podía yacer honestamente con su esposo. Pensando que era otro de los caprichos de la Jovial, el sultán la

desposó conforme la ley. Ahora el camino de sus hijos estaba expedito. Ya eran hijos de una esposa legítima.

Un día, cuando los ejércitos de Solimán cruzaban los desiertos de Siria, cerca de Erekli, Solimán mandó llamar a su hijo Mustafá. El príncipe tuvo un presentimiento, pero no podía desobedecer a su padre; así que acudió ante él con un pequeño séquito. El amigo y confidente de Roxelana, su yerno y gran visir, se presentó entonces ante el Sultán.

—Mi señor, ¿habéis oído qué gran clamor se ha levantado en el campamento? —El sultán se extrañó.

—No, no he oído nada. ¿Qué ha sucedido?

—Se ha corrido la voz de que Mustafá había venido y ello ha enardecido a los jenizaros, que le han aclamado como el próximo Señor de la Sublime Puerta. —Y siguió el Gran Visir—: Entre ellos han dicho: «el sultán ya es viejo para combatir, ya es hora de proclamar al príncipe Mustafá, y enviar al viejo *padishá* a descansar».

Habiendo oído esto, el sultán ya no quiso ver a su hijo aquella noche.

Al día siguiente un mensajero del sultán apareció ante Mustafá y le ordenó comparecer ante su padre inmediatamente. El joven príncipe se vistió de blanco y se puso en el pecho unas cartas de despedida.

—Llebadme ante mi señor —dijo al fin cuando estuvo listo. Llevaron a Mustafá a una estancia ricamente decorada de color carmesí, con cortinas, alfombras y doseles del mismo color. Los cortinajes se separaron silenciosamente y surgieron siete sombras: eran los Silenciosos, que se abalanzaron contra él. Mustafá luchó bravamente, como un príncipe, pero al fin cayó por tierra y uno de los atacantes sacó un largo pañuelo de seda carmesí y lo estranguló. El sueño de Miguel de Piedrola se había cumplido. Una serpiente carmesí había estrangulado al heredero del *Padishá*.

* * *

—Nuestro Tercio tiene que movilizarse enseguida —dijo el capitán Alonso de Alarcón.

Después de la batalla de Mühlberg, el Tercio había vuelto a su base en las cercanías de Milán. El hombro de don Alonso hacía tiempo que había cicatrizado.

—¿Dónde vamos? —preguntó Miguel—. ¿Acaso ha estallado una guerra en Milán o en sus cercanías? ¿Vuelven los de Lutero por donde solían?

—No, no, nada de eso. Esta vez es algo más festivo. El príncipe don Felipe ha de salir de España para un largo viaje y hay que darle escolta. El emperador desea que sus futuros vasallos le conozcan y le esperan en Bruselas. Vos vendréis conmigo. —Y es que a pesar de la diferencia de graduación, y más desde aquel día en Mühlberg, Miguel de Piedrola y Alonso de Alarcón había llegado a ser grandes amigos.

—¿Y en calidad de qué he de ir?

—Como mi ayudante personal. Además, tengo alguna idea que no os puedo participar aún...

Salió el Tercio con sus mejores galas cantando, porque al fin y al cabo no iban a la guerra sino a dar lustre y grandeza al hijo del emperador y su heredero. Sin deshacer sus filas pasaron por los caminos y los yermos y en todas partes despertaron la admiración de las gentes. Los piqueros con sus picas en ristre. Los que portaban armas de fuego las llevaban orgullosamente al hombro, hasta que, cansados, se las daban a sus servidores para que se las acarreasen; y es que todos tenían algún ayudante, un paje, que por unas míseras monedas o un trozo de pan les servían de criados y portadores. Una vez en el puerto de Génova habían de esperar la llegada de Su Alteza, así que por esta vez no les seguían las mujeres y vendedores de todas clases, fulleros, prestamistas, mercaderes, botarates, zascandiles y curanderos, echadores de cartas, jugadores profesionales y las inevitables mujeres, unas casadas con los soldados y las más, mujeres de consolación.

Iban todos con trajes nuevos, cosa inusitada pues, aunque al principio se les entregaba un traje, este podía caerse en pedazos si el soldado no lo reemplazaba, cosa que muy a menudo no hacía. Destrozado el primer traje de cuando se enrolaron, solo se les pedía que llevaran a modo de banda un trozo de tela carmesí pues el rojo era el color de los Tercios. Pero esta vez todo era lujo,

iban a dar guardia de respeto al hijo del emperador y no era cosa que pareciesen un ejército de desharrapados, valientes, eso sí, pero desharrapados. No, esta vez junto con las órdenes de movilización llegaron cofres y baúles con ropa de uniforme, nueva y brillante. Toda amarilla y roja, de seda y guadamecí. Llegaron también morriones ricamente labrados para los piqueros y arcabuceros, lejos de aquellos que se usaban normalmente, simples y de forma almadrada. Estos eran de gala, del más fino acero con dibujos cincelados en sus lados y alas. También llegaron chambergos para los mosqueteros, y armas nuevas recién pulidas, algunas doradas, que brillaban como el sol al ser puestas a la luz del día. No faltaron zapatos, medias, bandas y guantes. Un soldado comentó que más parecían un ejército de donceles que de bravos, pero en todo caso habían de pasar por muchas tierras escoltando a su señor y no era cosa de dejarlo en mal lugar, como el señor de una tierra pobre y deslucida. No faltaron para esta ocasión incluso tiendas de campaña de hermosos colores donde destacaban, naturalmente, el rojo y el amarillo. Eran tiendas lujosas, con tarimas que les aislaban de la tierra y adornadas con borlones y astas en donde se pondrían luego las banderas e insignias de cada Tercio, porque les habían avisado que no serían los únicos que darían escolta a su señor príncipe y habrían de distinguirse unas fuerzas de otras y ello lo harían con sus guiones, banderas y estandartes.

El príncipe, de veintiún años, se había embarcado en Barcelona y cuando llegó a Génova se halló allí con un cosmos en ebullición. La mitad de la población se había amontonado en el puerto para ver llegar al heredero de tantas coronas, aquende y allende los océanos. Además estaba el comité de recepción: todo aquel que era algo o alguien en Génova

había acudido a ver y ser visto. Todos los barcos en el puerto estaban engalanados de proa a popa con banderines, insignias, banderas y banderolas, estandartes, gallardetes, pendones y guiones militares. En lo más alto de los mástiles ondeaban orgullosas las armas de los nobles que habían costado la nave, fuese esta galera o galeón, y que por lo general las mandaban.

Por fin se anunció que el galeón que traía a su alteza se aproximaba, con lo que una nube de barcos menores, incluso barcas de pescadores, salió a toda prisa a alta mar a darle la bienvenida obstaculizando la majestuosa marcha de los galeones oficiales que salían pomposamente para traerle escoltado. Pero a nadie pareció importarle que se diluyese la formación oficial entre una nube de pequeñas naves. Todo era tan festivo y jovial que los severos capitanes de los galeones se avinieron a navegar despacio y con cuidado para no abordar a los pequeños y alborozados barquichuelos. Al fin y al cabo, se trataba de hacer simpática y conocida la figura de Su Alteza.

Parte del Tercio Viejo de Milán había sido embarcado en varias naves y Miguel de Piedrola recordó sus días en aquellos barcos, bien como chico de la cocina, bien como prisionero o como galeote. Tenía sentimientos encontrados. Su corazón dio un salto, de lejos reconoció a *La Bastarda*, la hermosa nave del príncipe Andrea Doria. Casi sintió deseos de arrojarle al mar por llegar antes a ver a su amigo, maese Giulio. ¿Estaría todavía allí?

Tras *La Bastarda* viajaban otras cincuenta y ocho naves, y un número casi igual de gabarras en donde venían los hombres de armas. Ninguno de los nobles de primera fila faltaban en el cortejo: el duque de Alba, el de Sessa, el almirante de Castilla, el conde de Cifuentes, los obispos de Salamanca, Toledo y Santiago... En los galeones de honor venían los acompañantes del príncipe: hombres de letras, eclesiásticos, nobles, grandes del reino, personajes de los consejos, rectores de universidades y un cronista traído para que consignase por escrito, día a día, el sonado e importante viaje: Juan Cristóbal Calvete de Estrella, que redactaba sin cesar un libro que había intitulado: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Phelippe de Austria*.

Al entrar en puerto *La Bastarda*, los Tercios rindieron banderas y al tiempo entonaron sus himnos con tambores y pífanos, no queriendo

quedar ninguno eclipsado por el sonido de otro, así que el alboroto era monumental. Muy pronto todo quedó borrado por las salvas de ordenanza que llenaron el aire de estruendo con olor a pólvora.

Al fin se acabaron los cañonazos, las aclamaciones, y todas las cortesías de rigor. El príncipe don Felipe bajó de embarcación y puso pie en tierra, renovándose entonces los gritos y las ovaciones. Desde donde estaba Piedrola no podía ver a Su Alteza; además, aunque hubiese estado más cerca,

el gentío no le hubiese permitido divisar al heredero, y es que parecía que Génova entera había venido al puerto. Antes había visto que una especie de camino se había formado con jóvenes doncellas; Piedrola supuso que serían las hijas de los nobles de Génova, o quizá las más hermosas.

—¿Os gustaría pasar entre esas filas de hermosas damiselas? —Era don Alonso quien, pasándole un brazo por la espalda como un buen amigo, le hacía esta pregunta.

—Pues no sé en verdad qué contestaros. ¿Qué pasaría si me agradaba alguna? No están a mi altura.

—Pasaría lo mismo que os pasará cuando os guste cualquiera: tendríais que renunciar a ella. Ya sabéis que los soldados de los Tercios no deben casarse.

—Pero vos, mi capitán, estáis casado, según me contasteis.

—Si, Piedrola, pero yo ya estaba casado cuando llegué a los Tercios. La disciplina no llega a tanto como para obligar al soldado a abandonar a su esposa.

—¡Venga, mi señor capitán, que sé de buena tinta que más de la mitad de los hombres están casados con mujeres de la zona en donde acampan, y el resto, o tienen compromisos, o están liados con las mujeres de complacencia...!

Para entonces el príncipe había desaparecido de la vista de los embarcados en los galeones. En *La Bastarda*, majestuosamente, se arriaba la insignia real.

—¿Donde irá ahora su alteza? —preguntó con curiosidad Piedrola.

—Se alojará en el palacio del príncipe Andrea Doria.

—Y vos, ¿cómo lo sabéis, mi capitán?

—Porque seguidamente nosotros hemos de desembarcar e ir marchando, tan garbosos como podamos, hasta el palacio del príncipe para dar guardia a su alteza.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros y el Tercio Viejo de Nápoles.

El viento era favorable y el barco, con las velas desplegadas, se iba acercando poco a poco al muelle para que los soldados pudiesen desembarcar. El gentío se había ido siguiendo al príncipe y a su comitiva, y sólo quedaban como rastros muchas flores pisadas. Cuando desembarcaron, los hombres del Tercio de Milán, llamado también de Lombardía, se pusieron en formación y como un solo hombre iniciaron el camino hacia el palacio de Andrea Doria. Llegaron y ya anochecía. El palacio estaba adornado en todas sus ventanas con tapices y colgaduras, y una hermosa música salía del interior. Piedrola se quiso imaginar cómo sería por dentro tan gentil edificación; seguro que más hermoso que el Palacio de Topkapi, que al fin y al cabo no era más que un agresivo conglomerado de edificios sombríos y poderosos.

En honor al príncipe don Felipe esa noche nadie durmió. Los Tercios hacían guardia mientras dentro su alteza cenaba y bailaba con las hermosas genovesas. No había empezado mal *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Phelippe de Austria*.

XVIII

El primer encuentro de Miguel de Piedrola con su alteza serenísima

34 «Allí lo ungirán el sacerdote Sadoc y el profeta Natán como rey sobre Israel; vosotros tocaréis la trompeta y gritaréis: “¡Viva el rey Salomón!”».

35 «Después iréis detrás de él, y vendrá a sentarse sobre mi trono y reinará en mi lugar, porque lo he escogido para que sea príncipe de Israel y de Judá».

(Fin del reinado de David)¹ Reyes 1, 34, 35

EL FELICÍSIMO VIAJE DEL MUY alto y muy poderoso príncipe don Phelippe de Austria continuó durante meses: Milán, Trento, Innsbruck, Múnich...

Piedrola recordaba con singular simpatía el viaje desde Génova a Pavía y de allí a Milán. La primera etapa, hasta Pavía, fue necesariamente lenta y premiosa. El gran cortejo se movía a lo largo de las estribaciones de la montaña y muchas veces las sendas eran quebradas y angostas. Había que contar además con que había multitud de personas que salían al camino por presenciar el paso de la escolta y acompañantes de don Felipe de Austria. Esta muchedumbre de curiosos estrechaba aún más el paso de la comitiva, y es que los habitantes de las ciudades y pueblos cercanos deseaban ver con sus propios ojos el espectáculo de un príncipe, hijo del emperador de Sacro Imperio, que pasaba por allí con un cortejo como jamás se había visto ni nunca se volvería a ver. Luego lo explicarían por años sin cuento a sus hijos y a los hijos de sus hijos. El señor príncipe iba casi siempre a caballo, era joven y apuesto, entre rubio y pelirrojo, sus ropas de viaje eran de ante y raso o seda y terciopelo, según el tiempo. Los botones eran de perlas y piedras preciosas y las plumas de su bonete las más coloridas y más largas y rizadas que hubiesen visto los campesinos en toda su vida. No iba el primero en la partida, porque antes y después de él iban los Tercios, uno delante y otro detrás. Muchos habitantes recordaban el paso de los Tercios con pavor, pues sus hechos eran recientes y eran temidos en toda Europa. Pero ahora no venían en son de guerra, en su conjunto recordaban más bien la comitiva de una boda, festiva, elegante y bulliciosa.

Cuando la anchura del espacio lo permitía, el Tercio formaba como de costumbre: cuarenta picas de frente, en vanguardia los piqueros con coraza. Detrás los mosqueteros, y arcabuceros en formaciones sueltas que llamaban *mangas*; a ambos costados, fuera de la formación: las *picas secas*, con las banderas en el centro. En esta ocasión, tan festiva, a los soldados se les permitía cantar, siempre que se abstuviesen de canciones obscenas, y es que entre el cortejo se rumoreaba que iba una señora, una amante del príncipe; los más enterados decían que era doña Isabel de Osorio, hija de Pedro de Cartagena, que descendía por línea directa del judío converso burgalés Pablo de Santamaría, quien antes de abrazar el cristianismo había sido gran rabino de la judería de Burgos con el nombre de Selemoh-Ha Leví.

Tal vez era mentira, tal vez era cierto. Sea como fuere las canciones de los hombres, si alegres, acaso en demasía, eran siempre decorosas. Si Isabel de Osorio se hallaba entre las personas de la comitiva, nadie la vio nunca.

No siempre viajaba el príncipe a caballo; a veces, si el tiempo era particularmente malo, o por capricho, subía a una carroza portátil que se desarmaba y podía ser portada como impedimenta, y entonces hacía parte del viaje cómodamente sentado dentro. Allí recibía visitas como si fuese un pequeño salón e incluso se dice que allí se jugaban fortunas a los dados y a las cartas.

—Mañana os bañaréis y os perfumaréis, os recortaréis las barbas y el bigote e iréis donde yo os diga —dijo una tarde Alonso de Alarcón a su amigo.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —protestó Piedrola—. Si he de ver a una señora, quiero saber antes quién es. Por nada del mundo me metería en líos de faldas estando tan cerca Su Alteza Serenísima. ¿Quién es esta Melibea, celestino del diablo? —Alonso de Alarcón se echó a reír.

—¿Pero quién os ha dicho que es una dama?

—Pues entonces, menos aún. Un caballero que tiene lo que hay que tener no pone como condición que otro se bañe y perfume antes de recibirlo. ¡No iré a ver a vuestro protegido!

—Dejad de decir tonterías, Miguel de Piedrola. Mañana aquí, bañado y perfumado, con ropa nueva, que yo mismo os daré. Ahora oléis como un caballo. Os quiero limpio como para casarse. ¡Es una orden de vuestro capitán, no se hable más!

Y era cierto que, por el largo viaje, los hombres, más de seis mil solo los de los Tercios, amén del séquito de nobles, estaban sudorosos y llenos de polvo y su olor se podía sentir desde lejos. Los nobles empezaron a sacar pañuelos con perfumes que se acercaban a sus narices con bastante frecuencia.

Al día siguiente, como se le había ordenado, Miguel de Piedrola, bien restregado y recortada la hirsuta barba hasta un tamaño prudencial, se presentó de mal humor ante su capitán. Saludó y dijo de mala gana:

—Aquí está el cabo Miguel de Piedrola, como se le ordenó.

—Dejad de comportaros como un crío y seguidme. —Miguel de Piedrola notó que también don Alonso se había acicalado y recortado sus barbas. Empezó a sospechar que ambos iban a una cita galante.

—Subid al caballo y seguidme. —Un servidor les esperaba con dos hermosos corceles.

—¿Me diréis a dónde vamos?

—Nos espera don Felipe.

—¿Su Alteza? —se extrañó Piedrola.

—Sí, me ha dado orden de os trajese hoy después de comer. Estará también el príncipe Andrea Doria. —El nombre recordó a Piedrola que al fin en Génova no había podido subir a *La Bastarda* y que por lo tanto no había podido visitar a su amigo Giulio, si es que este estaba aún sirviendo en la galera de Doria.

Habían llegado, la hermosa carroza del príncipe heredero iba guardada en sus costados por los más conspicuos nobles y los servidores de la real casa. Más lejos, los capitanes y el destacamento de honor rodeaban al príncipe, de modo que nadie se podía acercar a él a menos que fuera llamado y se identificara antes. Un servidor se acercó a ellos cuando aún estaban lejos. Don Alonso se identificó:

—El capitán Alonso de Alarcón del Tercio Viejo de Lombardía, y Miguel de Piedrola. Su Alteza Serenísima nos espera.

—Un momento, señor capitán. Me aseguro de que el príncipe os está aguardando y vuelvo a por vos. Dispensad. —Volvió a poco muy cortés y ceremonioso.

—Os ruego a ambos que me sigáis, el príncipe ha manifestado su impaciencia por veros.

Cuando subieron a la carroza vieron que esta por dentro era sumamente lujosa. Tenía asientos acolchados, apoyabrazos, lugares para reclinar la cabeza y descabezar un sueñecito, jugosas alfombras donde los pies se hundían en muelle comodidad. Las ventanillas tenía cortinas, ahora estaban veladas por láminas de vitela que dejaban pasar la luz pero impedían que los de fuera los vieses. En caso de lluvia o viento se podían cerrar herméticamente con unas lonetas enceradas que ahora estaban enrolladas hacia arriba. El sirviente que les había acompañado abrió la puerta de la carroza. Desde dentro el príncipe en persona les saludó.

—Vamos, subid sin vacilar y tomad asiento, mi valiente capitán don Alonso de Alarcón; y vos también, Miguel de Piedrola. —Ellos lo hicieron así, no sin antes besar la mano del príncipe. Él se dejó hacer sin demostrar ninguna emoción, ni agrado ni desagrado—. Aquí a mi lado —dijo—, reconoceréis al príncipe Andrea Doria; mi augusto padre, su cesárea majestad don Carlos, me lo ha cedido para este viaje, y yo lo agradezco a los dos. Si no os importa, el príncipe y yo nos sentaremos juntos y así vosotros dos quedaréis de frente. ¿Os importa?

El príncipe lo había decidido así, la pregunta era solo protocolaria, un cortesía. Una vez que se hubieron acomodado de acuerdo a los deseos de su alteza serenísima, don Felipe, éste se dirigió Doria.

—¿Son estos los hombres de que me hablabais? —Andrea Doria los miró detenidamente.

—Al capitán lo conozco porque nos hizo un servicio muy importante, viajó a Constantinopla para entrevistarse con Barbarroja, el pirata Haradín, hoy convertido en el *Kapudán Pachá*. Es él el que me habló de nuevo de este joven, Miguel de Piedrola. ¿No es verdad, capitán? —Sin

esperar respuesta, continuó—. Lo conoce mejor que yo, aunque lo tuve embarcado en *La Bastarda*, creo recordar...

—Cierto, mi señor príncipe —dijo don Alonso—. Os hablé de mi amigo a raíz de un sueño premonitorio que tuvo; bueno, quizá dos. El primero, que el hijo de Solimán el Magnífico, Mustafá, no heredaría el trono, pues sería asesinado antes de acceder a él. El trono, en el sueño, sería para un hijo de Hüerrem Roxelana. Y el otro, que el espía Antonio Rincón, nuestro hombre en Constantinopla, era un traidor.

—Lo del hijo de Solimán está por ver aún. Pero lo de Rincón... ¿No puede ser que lo hubiese tratado en Constantinopla y entonces hubiese visto que el espía no era trigo limpio? —Era don Felipe el que proponía estas soluciones.

—Todo es posible, tampoco sabemos definitivamente si Rincón es o no un traidor —dijo don Alonso. Felipe y Andrea Doria se miraron; con cuidado, como midiendo sus palabras, el príncipe Felipe dijo:

—Ya sospechábamos algo de él. Al fin se le pidió que abandonase Constantinopla, y en lugar de volver con nosotros se ha ido a vender sus secretos, que son los nuestros, al rey de Francia. ¿No lo sabíais, don Alonso? —Este negó con la cabeza—. ¿Y vos, Miguel de Piedrola?

—Menos aún. Desde que huí de Turquía y me enrolé en el Tercio de Lombardía no he vuelto a saber nada de lo que allí sucede.

—Este joven, Miguel de Piedrola, como dije estuvo embarcado en *La Bastarda* —añadió Andrea Doria—. Era entonces un chico en la cocina que mi buen cocinero, Giulio Bocanegra, adoptó o algo así. El caso en que entonces tuvo un sueño que venía a demostrar que nuestra misión contra los piratas sería victoriosa y que Barbarroja huiría, vencido pero no definitivamente derrotado. Todo se cumplió. En realidad, don Felipe, ya os he contado todo lo que sé de él. Estuvo preso con el Turco y allí al fin desapareció —se volvió a Piedrola—. ¿Qué sucedió? Giulio estaba seguro de que habíais muerto.

Piedrola no tuvo más remedio que relatar su vida en Turquía, causando la admiración y el asombro de ambos nobles.

—Sin duda, Piedrola —dijo gravemente el príncipe don Felipe—, tenéis una historia de lo más interesante y extraordinaria. —Pensó un rato y añadió—: Sí, de lo más extraordinario que haya oído jamás. Y cambiando de tema, ¿esos sueños premonitorios, los tenéis a menudo?

—Alteza, no depende de mí, a veces vienen muy a menudo pero en ocasiones pueden pasar meses e incluso años sin que sueñe nada.

—Estos casos me interesan. —Pensó un rato don Felipe y luego preguntó—: ¿Sabéis que existe un libro griego sobre la interpretación de los sueños?

—Serenísimo señor, he tenido en mis manos el original *Oneirokritika*.

—¿Cómo viene a ser? —se admiró el príncipe don Felipe—. Es un libro muy raro y muy costoso. Gente con medios pagaría lo que se le pidiese por tener uno, original o copia.

—Era de mi amo, Al-Wasilah, el *Devshirme*.

—Ah, ahora lo entiendo. ¿Le interesaban estos temas al maestro de los jenízaros?

—Mucho, don Felipe, por eso me tenía a su lado. Por si soñaba algo interesante para él. —Pareció pensar un poco y luego confesó—: Tuve una visión de cómo moría decapitado el gran visir, Pargali Ibrahim, aunque yo no sabía que era él. En todo caso, Al-Wasilah tenía muchos libros de esa clase y me dejó leerlos.

—¿Y qué libros poseía el infiel? —se interesó vivamente don Felipe.

—Uno de Cicerón de Macrobio, *Comentario al sueño de Escipión*. Un ejemplar del *De insomnis* de Sinesio de Cirene... —Piedrola se esforzó por recordar. Así pasó la tarde y el príncipe se mostró muy interesado en los libros de Al-Wasilah, sobre todo en los que no conocía, y apuntó sus nombres por ver de conseguirlos.

—Antes de despedirme, señor Andrea Doria, ¿puedo haceros un ruego? —esto dijo Miguel de Piedrola cuando ya estaba a punto de salir de la carroza.

—Claro, Piedrola, decid.

—¿Vive mi amigo maese Giulio?

—¡Claro, qué descuido el mío! Vive y está bien, aunque ahora me ha pedido licencia para retirarse a su casa. Ya es mayor y quiere terminar su vida con su familia. Lo echaré de menos. Nadie hace como él los bizcochos y los asados. No viene con nosotros en este viaje, se quedó en Génova. Allí desembarcó para marchar a su casa.

—Entonces no podré ya visitarlo —dijo pesaroso el joven.

—¿Y por qué no vais a poder? Sois joven y aún podéis hacer muchas cosas...

—Señor —era don Felipe el que le había interrogado y a él se dirigió Piedrola—. Señor, he firmado con el Tercio y de allí no se puede salir. —

El príncipe le miró largamente. Sus ojos claros eran fríos e inquisitivos, no había modo de saber qué pensaba, su mirada no revelaba nada. Eran hondos como un lago sin fondo y aunque claros había un poso profundo en ellos. Inquietantes era la palabra.

—Me ha complacido vuestra compañía e interesado vuestra historia, Miguel de Piedrola —dijo suavemente—. Deseo otorgaros algo para complaceros a mi vez y para que no olvidéis esta tarde; yo, por mi parte, no la olvidaré. —Le miró fijamente y Piedrola supo que era verdad, que esa tarde quedaría grabada para siempre en los recuerdos del príncipe. No supo si sus palabras eran un cumplido o una amenaza. El heredero se dirigió a don Alonso:

—Capitán, haciendo excepción, habéis de componer un asiento que me traeréis a firmar, y lo haré con sumo agrado; en él estableceréis que Miguel de Piedrola, sin dar más explicaciones que su libre voluntad, puede ausentarse del Tercio y volver a él cuantas veces quiera. Haréis dos copias: una para el capitán del Tercio y otra para el interesado. Mejor tres, otra para el capitán general, firmada de mi mano; así no será nunca perseguido por desertor si se ausenta. —Se dirigió a Piedrola—: ¿Os parece bien?

—Señor, no esperé tanto... —balbuceó Piedrola.

—Bobadas. Ahora bien, os digo que, si os mando llamar, acudáis enseguida; y que si soñáis algo que tenga que ver conmigo o mi linaje, me lo hagáis saber. ¿De acuerdo?

—¿Y si es nefasto, señor? ¿No preferiríais ignorarlo? A veces nos equivocamos en los sueños, señor. A veces son solo deseos disfrazados de visiones. Soñamos lo que queremos que suceda o tememos que nos acontezca.

—Aun así, Piedrola, si es acerca de mi persona o mi estirpe, o algo que tenga que ver con los reinos que enseñoreamos, quiero saberlo. — Piedrola se inclinó.

—Se hará como decís, Alteza Serenísima.

Esa misma noche le visitó el profeta Ezequiel: «El príncipe se casará dos veces con su madre». Estas palabras le parecieron a Piedrola un disparate.

—Ezequiel, perdonad mi atrevimiento, pero eso es una tontería. Su madre, la emperatriz, ha muerto hace ya tiempo; además, es un príncipe cristiano y no se casaría con su madre. Eso sucedía en tiempos de los dioses múltiples y eran apenas temidas maldiciones más que realidades.

—Una esposa vieja como una madre, y una joven que debió ser para el hijo. Sigue durmiendo, hijo mío.

A pesar de lo prometido, Piedrola no le dijo al príncipe nada de este sueño. Era un ensueño dentro de un sueño, no un verdadero sueño de precognición. Y además, una incoherencia y un desatino.

El viaje felicísimo... resultó más largo de lo que se había programado. En todas partes deseaban agasajar al príncipe y así escribía Gonzalo Pérez, capellán de Carlos V y consejero del joven príncipe, a Granvela: «En el camino no se puede dar más prisa por satisfacer a los que le piden que pare, que no se puede excusar». Fue todo un éxito. En Milán, en Mantua y en Ferrara los nobles italianos acudían a agasajar el heredero de la Corona como presintiendo que era la estrella en alza, mientras la del emperador declinaba. Felipe tenía veinte años y su padre cuarenta y ocho, y estaba muy castigado por las continuas batallas, la gota y la vida de guerrero a la intemperie. La victoria de Mühlberg parecía algo muy, muy lejano. La enfermedad atenazaba al emperador.

En este viaje Piedrola ya no fue llamado otra vez para distraer a su alteza serenísima, pero un día llegó a hasta él un mensajero con una carta sellada de parte de Su Alteza. Allí dentro estaba el

documento prometido, un real asiento en que se especificaba claramente que Miguel de Piedrola podría abandonar temporalmente su puesto en el Tercio de Lombardía tantas veces como quisiera, sin dar más cuenta ni explicación que la del anuncio de su próxima ausencia, ni aunque el servicio del rey aconsejara lo contrario. Y es que con el pretexto de «necesidades del servicio del rey» se obligaba a soldados que ya habían cumplido con creces su contrato con el Tercio a permanecer años y años sin poder retirarse del servicio activo.

Miguel de Piedrola lo puso con todo cuidado dentro del cilindro de hojalata en que cada soldado acarrea su documentación. Era un pase en verdad muy importante, significaba nada menos que la libertad.

—¿Sería demasiado atrevimiento por mi parte pedir audiencia al príncipe Doria? —preguntó un día Miguel de Piedrola a su amigo el capitán Alonso de Alarcón. Este se lo pensó un rato.

—En realidad no lo sé, amigo Piedrola. El príncipe Andrea Doria tiene fama de severo, pero al tiempo de justo y de no ser inasequible a los suyos. Supongo que, si se le pide audiencia, lo más que puede pasar es que no la conceda, y con eso está todo dicho.

—Claro, visto así... Lo que pasa, don Alonso, es que no quisiera aparecer como un humilde soldado atrevido y crecido porque ha hablado con Su Alteza. Tengo gran interés en hacerle una pregunta al príncipe Doria. —Don Alonso, aunque hombre discreto, no dejó de sentir curiosidad. ¿Qué asunto podía tener en común Miguel de Piedrola y el alto señor capitán general de la Flota del Mediterráneo, don Andrea Doria? Su curiosidad pudo más que su reserva natural.

—Y si puede saberse, amigo mío, ¿qué es aquello que sólo puede decirnos el príncipe del mar? En principio diría que no tenéis nada que ver con él y que ni siquiera lo conocéis... al menos no lo suficiente como para que él tenga algún contacto con vos. —Miguel de Piedrola se revolvió inquieto. Quizá todo era una bobada, pero tenía un presentimiento. Por fin se atrevió a decirlo:

—Cuando me quedé en Túnez porque mi amigo Giulio Bocanegra, el cocinero del señor príncipe, estaba muy enfermo, Andrea Doria vino a despedirse de él antes de embarcar y a desearle un pronto restablecimiento...

—¿Y...? —le animó el capitán.

—El caso es que entonces me preguntó mi nombre y al decirle «Miguel de Piedrola» se asombró y me dijo: «¿Miguel de Piedrola? ¿No seréis hijo del caballero Antonio de Piedrola y Beaumont?» No lo he olvidado, por la coincidencia de nombre y apellidos, y me pregunto si habrá algo de realidad en esa sospecha. Deseaba preguntar al príncipe quién es o era, ese caballero. Bien sé que los Beaumont son de la casa real de Navarra pero, al fin y al cabo, de alguien tengo que ser hijo. Por esa pregunta del príncipe ya usé el nombre de Piedrola y Beaumont cuando me apresaron los piratas, para impresionarlos y salvar mi vida y la Giulio. Quisiera saber algo más. ¿Lo entendéis?

—Claro, siendo así el príncipe también lo entenderá, pero dudo que él pueda saber si el tal Antonio de Piedrola y Beaumont tuvo un hijo, si lo entregó a un clérigo, como me habéis dicho sucedió en vuestro caso,

y si ese hijo sois vos. —Meneó la cabeza con escepticismo. No creo que eso os lleve a ninguna parte.

—Tal vez no, pero siento que debo saber quién fue ese Antonio de Piedrola y Beaumont.

Atrevióse Piedrola a solicitar el encuentro y, fuese porque el príncipe le recordaba o porque sintió curiosidad ante la solicitud, lo cierto es que don Andrea Doria le mandó decir con un propio que al día siguiente le complacería hacer un tramo del camino a caballo en su compañía. ¿Podría buscarlo a media mañana? Él por su parte daría instrucciones para que no le impidiesen acercarse.

Miguel de Piedrola pidió a don Alonso que le facilitase un caballo del Tercio y se dirigió al encuentro con cierta aprensión. Cuando se halló en presencia del prócer, le agradeció efusivamente que hubiese tenido la cortesía de haberlo recibido.

—No hay nada que agradecer, Miguel de Piedrola. En realidad el otro día no me atreví a interrumpir a Su Alteza Serenísima y pudimos hablar poco; quizá hoy podamos charlar un poco

más entre nosotros dos. —Cambió de tono y le miró a los ojos—. Pero supongo que traéis algún asunto para mí, ¿o me equivoco?

—No, no os equivocáis, alto señor. —Le recordó aquello que tanto le había impresionado cuando le dijo su nombre: «¿Miguel de Piedrola? ¿No seréis hijo del caballero Antonio de Piedrola y Beaumont?» —... Y esto, señor, es lo que me ha traído ante vos: el ruego de que me digáis lo que sepáis de ese caballero que se llamaba como yo, o yo como él, por si ello me diera alguna pista sobre mis orígenes.

El príncipe Andrea Doria pareció escucharle con atención y al fin le dijo:

—Conocí en una ocasión, hace tiempo, a un noble caballero de la casa real de Navarra con ese nombre, pero no sé qué fue de él. Hubo un Juan de Beaumont de Navarra que tuvo un hijo legítimo, Martín, y algunos hijos bastardos, hijos de una bella dama cuyo nombre conviene no mencionar.

>>El caso es que, además de Martín, había otros hijos e hijas de don Juan; si mal no recuerdo, dos hermanas que murieron al nacer, pues eran gemelas, y dos niños. Uno es ese Antonio de Piedrola y Beaumont, y otro que oí decir que se hizo franciscano y se fue a las Indias. No os puedo decir más, pero como vos pienso que las coincidencias en nombre tan poco común nos inducen a creer que los Piedrola y Beaumont de Navarra puedan ser vuestros parientes, bien que por línea torcida. Ello no tendría importancia si el rey se decidiera por reconocer vuestro origen como legítimo. Pero antes habría que probar que sois de esa rama. Siento no poder ayudaros más. —Es bastante, mi señor Andrea Doria, trabajaré en esa dirección y quién sabe si al fin sabré quién soy. Y cambiando de conversación, ¿tenéis alguna pregunta para mí? El otro día me pareció que deseabais inquirir algo y no lo hicisteis. Ahora es el momento, señor. —Encantado de la ocasión que se le brindaba, el príncipe Doria le hizo mil preguntas sobre el Palacio de Topkapi, sobre la escuela de los jenízaros y otros asuntos y al fin, cómo no, terminó rogándole que le relatará sus experiencias, que el llamó «herméticas». El viaje fue muy largo y en él se gastaron los tesoros del reino, ya de por si bastante depauperado, mucho más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Sólo el mover tan ingente cantidad de personas supuso un desembolso considerable, amén de las fiestas y celebraciones que costeaba la Real Hacienda y de los regalos que hacía don Felipe por doquier. En todos los lugares en que se le agasajaba, al partir él dejaba muestras de su real generosidad, generosidad que se alimentaba con el hambre de los pobres de su reino. El príncipe brillaba como una gema y sus regalos despertaban admiración y pasmo por su magnificencia.

Por fin llegó la última etapa del gran viaje y la comitiva entró en Bruselas, en donde el emperador esperaba a su hijo. No se habían visto los últimos seis años. Pero el emperador estaba tan afectado por la gota que ni tan siquiera pudo acudir a esperarle a la puerta de Palacio. Fue Felipe el que corrió a lo largo de los pasillos del palacio hasta llegar ante su padre y, al verle, se arrojó a sus pies y el emperador le abrazó con emoción. Afuera, los Tercios redoblaban sus tambores y sonaban alborozados los pífanos.

LA CONJURA DEL PROFETA
LIBRO SEGUNDO

XIX

Doña Margarita de Parma y el Duque de Alba. Piedrola en Madrid.

«...y habiendo hecho muchos servicios en la guerra, y dado muchos avisos de importancia, vino a España, donde S.M. le gratificó con cierta renta que le asignó»

EL MUNDO HABÍA CAMBIADO. EL emperador, después de abdicar en su hijo, se había retirado a Yuste y, al poco, había muerto. Murió también Solimán *el Magnífico* y la bella Hürrem Roxelana, y también desapareció el pirata Barbarroja, llamado el *Kapudán Pachá*. Traspasó también Francisco I de Francia, así como Enrique VIII de Inglaterra; para todos ellos se había hecho de noche. En el cielo de España brillaban otros astros: Felipe II y sus dos hermanos bastardos: don Juan de Austria y Margarita de Parma.

Don Felipe había enviudado de su segunda esposa, María Tudor, y a raíz de la Paz de Cateau-Cambrésis había contraído nuevo matrimonio con la joven Isabel de Valois, de la que aún no tenía descendencia. Su hijo Carlos, nacido de su primer matrimonio con la infanta de Portugal, le daba más que suficientes dolores de cabeza. Lo único que no había cambiado era que en el imperio de Felipe siempre había alguna guerra a la que enfrentarse.

La Sublime Puerta, encabezada ahora por el hijo de Roxelana, Selim II, seguía su lucha sin cuartel contra los cristianos, ayudado esta vez por otro *Kapudán Pachá*: el pirata Dragut. Francia seguía considerando a España su rival por la supremacía de Europa, las Diecisiete Provincias estaban continuamente tramando alzamientos y revueltas y las ideas calvinistas iban calando cada día mas hondo en el alma de aquellos lejanos súbditos de don Felipe. Los nobles holandeses apoyaban a los clérigos levantiscos y el cardenal Granvela, junto con la duquesa de Parma, la gobernadora de esas tierras, no podía someter esas tierras rebeldes. La duquesa de Parma era Margarita de Austria, hermana bastarda de don Felipe e hija de Carlos V, a la que vimos dirigiéndose de Bruselas a Nápoles cuando era aún una niña para contraer matrimonio con Lorenzo de Médicis. Viuda del joven Lorenzo, por voluntad del emperador, su nuevo esposo fue Octavio Farnesio, duque de Parma y nieto del Papa Paulo III. Ella fue la designada por don Felipe para regir en su nombre esas lejanas y levantiscas tierras.

Muchos soldados habían sido desplazados a Flandes para sofocar los continuos levantamientos. El Tercio Ordinario del Estado de Milán fue trasladado a esas tierras a fin de reforzar a las tropas ya existentes. Desde que llegaron, los hombres del Tercio no tuvieron respiro. Constantemente eran mudados de un sitio a otro para sofocar levantamientos en diversos lugares. Muchos de los soldados murieron, no sólo en acciones guerreras sino de pulmonías y otras enfermedades debidas al clima, la lluvia, el viento inmisericorde que siempre parecía soplar del norte, la niebla espesa que se arrastraba por el suelo como un trapo mojado y la humedad constante que se levantaba de los *polder*, los infinitos ríos y canales y de los mares interiores.

Los hombres del Tercio no sólo habían cruzado a pie y en todas las direcciones la tierra de aquellas revoltosas gentes, sino que habían estado en varias batallas en donde muchos habían salvado la vida de milagro y muchos otros la perdieron. Habían combatido en Mühlberg, donde Alonso de Alarcón salvó la vida gracias a la oportuna intervención de su amigo y camarada, Miguel de Piedrola; luego en San Quintín, más tarde en la batalla de Gravelinas; y un horrible día en Bruselas, en donde los cristianos se había matado unos a otros sin misericordia, ahorcando a los fieles dentro de las iglesias o degollando a las personas en sus camas.

Doña Margarita de Parma, como gobernadora de aquellas tierras, había hecho lo posible para dominar la situación, pero los nobles de las Provincias estaban dispuestos a resistir al dominio de Felipe II y no se

avenían a ningún compromiso. Con el pretexto de que tenían demasiados soldados en su tierra, o de que el cardenal Granvela intentaba introducir la Inquisición en las Provincias, todo eran conjuras, resistencias a la autoridad y conspiraciones. Por otro lado la simpatía con los reformistas era cada día más evidente.

Por fin, sin previo aviso, don Felipe decidió mandar a Flandes a un hombre enérgico con el encargo de terminar de una vez por todas con la insurrección. El duque de Alba marchó a Flandes con un ejército de casi nueve mil infantes, mil doscientos caballos y un número indeterminado de mosqueteros. Al duque se unieron los hombres de los Tercios de Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Sorprendida la Madama, que era como llamaban en Flandes a doña Margarita, sorprendida, decimos, por los amplios poderes con que venía revestido el duque de Alba, consideró que se había pasado por alto su papel de gobernadora y vino en renunciar a todo poder, dejando así carta blanca en todos los aspectos al enérgico duque de Alba.

Al día siguiente de la renuncia de la Madama fueron apresados sin contemplaciones los poderosos nobles que Alba consideró cabezas de la rebelión. Como contestación a los desórdenes, y para cortarlos de raíz, el duque instituyó el llamado Tribunal de los Tumultos, y este condenó a muerte a los condes de Egmont y Horn, que fueron decapitados en Bruselas y sus cabezas exhibidas durante horas en el cadalso. Pero aun con tan drásticas medidas, los desórdenes no terminaron ahí y la sangre corría a raudales.

Ahíto de crueldades, por fin, Miguel de Piedrola sacó de aquel cilindro de hojalata el salvoconducto que don Felipe le había dado años atrás y decidió volver a su tierra. Había dejado parte de su vida y mucha sangre en Flandes. Su camarada hacía tiempo que había desaparecido; tras una de las innumerables batallas nadie lo halló, ni vivo ni muerto. Nunca supo si murió o simplemente desertó y se fue a terminar sus días en algún pueblo tranquilo. Sin él la vida se le hizo aún más insoportable. Acostumbrado como estaba a caminar, le hizo saber a su capitán que contaba con autorización real para abandonar el Tercio cuando quisiese y le enseñó el documento firmado por el mismísimo rey don Felipe. El capitán se maravilló de que un simple sargento tuviese un documento tan valioso, pero por si acaso no le puso otro obstáculo que el de decirle que no podía pagarle los sueldos atrasados porque no habían llegado los dineros y que si se iba no se los podría pagar ya.

—No le importe a vucencia esa minucia. Estoy acostumbrado a comer poco, ir casi descalzo y vestir de harapos. Un poco más de miseria ni se notará. —Y así se fue andando desde Bruselas hasta Madrid, y es que nada era imposible a los veteranos del Tercio Viejo de Milán. Vestido como un vagabundo, pidiendo y mendigando la mayor parte del camino, por fin llegó a Madrid, Villa y Corte y la capital del Imperio.

* * *

Llegó a Madrid cansado, renegrado, más flaco que cuando salió de Flandes, con pocos harapos para cubrir su cuerpo, los pies descalzos y con necesidad de un baño.

Era bien sabido que en Madrid había baños para mendigos, donde la más pequeña moneda era suficiente para pagar un baño. La toalla y la ropa había de llevarla el usuario, sólo daban el agua caliente y algo de jabón si lo hubiese. Antes de ir a los baños se dirigió a una parroquia y esperó a que el sacerdote terminara de decir misa. Tan pronto como oyó el *Ite misa est* se deslizó en la sacristía y, ante el sorprendido sacerdote que había empezado a desvestirse de sus ropas talaras, se arrodilló en el suelo y después de besarle la mano derecha dijo:

—En nombre del profeta Isaías, venerable padre, vengo a repetiros sus palabras: *frange esurienti panem tuum, et egenos, vagosque inducis in domum tuam, cum videris nudum operi eum, et carnem tuam ne despexeris...* (Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y sin hogar propio, acógelos en tu casa, cuando vieres al desnudo, vístele, y no desprecies al que es hombre como tú...).

Oyendo esto se asombró el buen sacerdote y quedó sin habla, pues el latín del mendigo era más que bueno pero su aspecto era el de un salteador de caminos. Quizá, pensó el párroco, este hombre era alguno de esos eclesiásticos que, aquejados de alguna locura, habían abandonado sus conventos o parroquias y recorrían el mundo hablando en latín para impresionar a los ignorantes.

—Levantaos, hijo mío y decidme quién sois. ¿Sois acaso clérigo?

—No venerable padre. Me llamo Miguel de Piedrola, soy un soldado que ha cumplido su servicio en tierras extrañas y que ha sido licenciado. He llegado hoy y no tengo ni qué comer ni

en dónde dormir. Os insto en nombre del profeta Isaías, cuyas palabras os he citado, a que me ayudéis a no morir de hambre ahora que he llegado a mi patria.

—Puedo compartir mi comida con vos, pero excepto eso, no puedo hacer mucho más, Miguel de Piedrola.

—Por hoy será suficiente, buen padre. Necesito comer y una muda de ropa para que la gente honrada no huya de mí creyendo que voy a robarles. Creo que con eso saldré adelante. Mi ángel protector sin duda no me abandonará.

—¿Tenéis un ángel protector?

—Sí, él me ha acompañado todo el camino. Sin él no habría llegado hasta aquí yo solo. El camino desde Flandes es harto peligroso y está muy lejos. —El sacerdote, que mientras lo escuchaba se había desprovisto del alba, la casulla, el amito, el cíngulo, la estola, el manípulo y otros atavíos litúrgicos propios de la misa, lo miraba entre incrédulo y asombrado.

—¿Habéis venido desde tan lejos? ¿Andando?

—¿Y cómo si no, venerable padre mío? Para los pobres no hay otro modo de desplazarse más que poner un pie delante de otro... —Aún se sentía desconfiado el clérigo.

—Y cómo viene a ser, Miguel de Piedrola, que habléis tan excelente latín. No es eso lo que hacen los rudos soldados.

—Me crió un sacerdote, soy huérfano y mi protector deseaba que yo fuese también sacerdote en el futuro. No fue así, pero lo que me enseñó no lo he olvidado. —Creyó que no era prudente darle más explicaciones, y acertó. Con esas palabras el buen clérigo se sintió aliviado. No era el pedigueño ni un clérigo loco ni un salteador. Se compadeció de él.

—El Señor nos conmina a hacer obras de misericordia y las palabras del profeta Isaías nos lo recuerdan. Habéis escogido bien vuestros argumentos. Comeréis conmigo y os daré algo para que podáis alquilar una habitación por esta noche. No puedo hacer más.

—Lo que me deis será un regalo y una bendición, venerable padre. —Así esa noche nuestro soldado al menos comió, bien que la comida fue escasa pues era el yantar para una persona dividida entre dos. Luego

el sacerdote le dio unas monedas mínimas que se rebuscó en todos los bolsillos.

—No hay más —dijo cuando terminó su requisa—. Que Dios os bendiga y si no conseguís comer, volved. —Suspiró—. Lo que yo tenga para mí lo compartiremos como hoy.

Le bendijo haciendo sobre su frente la señal de la cruz. Pero Miguel de Piedrola no se gastó las monedas en dormir bajo techo, sino que se arrimó a una casa para aprovechar el imperceptible calor de las paredes y durmió una vez más a la intemperie arrebujado en sus harapos, restos de su orgulloso uniforme de soldado del Tercio Viejo de Milán. El dinero lo destinaba a otros menesteres. Al día siguiente se dirigió a un lugar en donde se vendían cosas viejas y después de regatear mucho compró una camisa y unas calzas. Tenía un sombrero descolorido pero orgulloso aún con una desgastada pluma. Se fue a los baños y luego se cambió de ropa y tiró sus harapos, el postrer vestigio del que había sido airoso uniforme de los soldados del Tercio Ordinario de Milán. Con lo último que le quedaba pudo conseguir que el mozo de los baños consintiera en raparle la barba y darle forma al bigote. Cuando salió se sintió otro hombre, un hombre optimista. Se miró en un trozo de espejo y se encontró hasta buen mozo, por ello se irguió y se sintió mejor. Tenía hambre, no había comido desde la noche anterior pero se apretó el cinturón y procuró no pensar. A un paisano que cruzaba la calle le preguntó:

—¿Está lejos el Alcázar? —El hombre le miró como si estuviera loco.

—¿No sabéis dónde está el Alcázar?

—Soy soldado y acabo de llegar de tierras lejanas.

—Ah, en ese caso... No estamos demasiado distantes de él. Unos mil pasos todo seguido y luego preguntáis de nuevo, estaréis ya muy cerca.

Piedrola dio las gracias y se encaminó en la dirección indicada. Después de preguntar un par de veces más llegó hasta las puertas mismas del altivo Alcázar. Se acercó a la entrada y con aplomo se dirigió al guardia.

—Deseo ver a Su Majestad. ¿Qué he de hacer? —Este le miró despreciativo.

—¿Quizá nacer otra vez sería demasiado...? —Piedrola se sintió ofendido. Él era un veterano de la guerra, no como este joven imberbe que seguramente sólo había oído de ella en cuentos de viejas.

—¡Petimetre currutaco! —dijo con voz silbante por la ira—. ¡Dad gracias a Dios Nuestro Señor de que lleváis el uniforme que os protege, si no ya habríais ido a ver a San Pedro! ¿Creéis acaso que porque vais compuesto y acicalado como una damisela tenéis derecho a ofender a un soldado veterano de Mühlberg, San Quintín y las Gravelinas? —El joven centinela se encogió, temió que quizá el hombre pobremente vestido fuese uno de esos héroes de quien todos hablaban y nadie había visto.

—Perdonad, señor, no quise ofenderos...

—Está bien, os perdono, pero no debéis faltar al respeto a vuestros mayores sólo porque vayan vestidos pobremente. Y ahora os pregunto de nuevo: ¿qué he de hacer para ver a Su Majestad? —El hombre lo pensó un rato.

—En realidad, señor soldado, no lo sé. Creo que hay que pedir audiencia

—¿Audiencia? Sí, sí, ahora que lo decís, es posible. ¿Y a quién hay que solicitar la tal audiencia?

—Nunca me han hecho semejante pregunta. Soy sólo un guardián y mi responsabilidad es que nadie entre, no sé nada en cuanto a cómo se arregla la gente para entrar. Sé que si el visitante es esperado viene con un papel que dice el día y el motivo de la visita, con eso se le franquea la entrada y se le acompaña hasta el despacho del secretario de Su Majestad. No sé nada más.

—Entonces, el problema, según yo lo veo, es llegar hasta el secretario y pedir audiencia. ¿Cómo se llega hasta el secretario?

—Lo ignoro.

—Esto es un círculo infernal, amigo mío. Hay que pedir audiencia para ver a Su Majestad, y antes hay que pedir audiencia al secretario, y este no da audiencia para verle a él a menos que... algo que no sabemos.

—Más o menos es lo que pasa, señor soldado. —Piedrola se quedó un rato pensando. No iba a ser tan fácil como él se había imaginado.

—Tengo una idea, amigo, volveré cuando pueda. —Se fue a la puerta de la iglesia de Santa Bárbara Bendita y, junto con otros pedigüños y vagabundos, pidió limosna.

—¡Para un veterano que acaba de volver de Flandes y no tiene ni para comer hoy! —Así toda la mañana. Muchos le miraba con curiosidad,

otros con simpatía. No faltaban los que le dirigían la palabra preguntando cómo era que un veterano no tuviese una pierna de menos o un ojo tuerto o algo que le avalase como un verdadero soldado. De todos modos, algún alma caritativa le dio alguna moneda. Resistió la tentación de comprarse algo de comer con lo obtenido. Se guardó su dinero y se fue al mercado; allí, a la hora de recoger los puestos, quedaban abandonadas algunas frutas estropeadas, pisadas o podridas, o restos de algún trozo de pastel de carne medio comido. Esperó con paciencia hasta que se fueron los comerciantes y entonces, compitiendo con otros hambrientos y algunos perros tan ansiosos como él, pudo recoger medio racimo de uvas aplastadas, unos dientes de ajo y un trozo de pan bastante duro y lleno de polvo. Besó el pan, como debe de hacerse, pues el pan es el mismo Pan de los Ángeles que se consagra y hay que tener respeto con él. Luego con la bocamanga lo limpió cuidadosamente. Suspiró. Si tuviese una cacerolilla se haría un poco de sopa de ajos; como un milagro divisó no lejos entre la basura un olla de barro quebrada en el borde casi hasta la mitad, pero que todavía podía contener agua en el fondo. Era todo lo que necesitaba. Él tenía su chisquero de pedernal para encender la chispa del arcabuz, con ello haría fuego. Dio las gracias al profeta Ezequiel, pues no dudaba de que había sido él el que le había enviado los ajos, el pan y la cacerola. Buscó unas ramas secas y luego, con los pocos elementos que tenía, y aun a falta de aceite, se hizo unas sopas de ajo que le supieron a gloria. Luego se comió lo que pudo salvar del racimo de uvas. Se sintió feliz. Había vuelto con sus brazos y sus piernas intactos, estaba en su tierra, había comido y tenía la vida por delante.

Con lo que había logrado pidiendo limosna, por la tarde se dirigió al escribidor del mercado.

—Señor escribiente —le dijo—, tengo que redactar una carta importante y sé hacerla yo mismo, pero no tengo papel ni tinta. ¿Me podríais vender recado de escribir? —El escribiente le miró de mal talante.

—¡Pues vaya negocio que haría si mis clientes se escribieran ellos mismos sus cartas! Yo estoy aquí para escribírselas. Cobro el papel, la tinta y mi saber hacer. Escribo hermosas cartas para enamorados, cartas sentidas para los hijos ausentes, y graves y sesudas misivas para los que quieren ultimar algún negocio. Y así ayudo a todos y cada uno a expresarse si no sabe. ¿Cuál es vuestro asunto?

—Tengo que escribir al rey, nuestro señor natural.

—¡Huy! Que alto picáis, buen hombre. ¿Creéis que el rey se dignará leer una carta de un desconocido? —Piedrola se sintió menoscabado. Levantó la cabeza con orgullo.

—Creo que sí, que la leerá. Y no soy un desconocido. Don Felipe me conoce y he viajado en carroza con él... hace algún tiempo, eso sí. —El escribidor le miró intentando calcular si Piedrola decía verdad o estaba chiflado.

—En todo caso, una carta para el rey... ¿Sería muy larga?

—Quizá dos folios, quizá menos.

—Yo no sabría cómo escribir al rey. ¿Sabríais vos?

—Creo que sí.

—En fin, si es para el rey y os sentáis delante de mí y lo hacéis de modo que yo vea lo que escribís... Un maravedí, incluye la tinta, el papel y la ayuda que podáis necesitar.

—Un maravedí es mucho dinero para un veterano de la guerra de Flandes. No tengo tanto dinero. —Miró en su faltriquera, sacó lo que había obtenido pidiendo limosna y lo puso sobre la mesa del escribidor—. Es todo lo que tengo. Y con ello me quedo sin cenar. —El escribiente miró a su alrededor. La gente ya se había ido y al parecer hoy ya nadie requeriría de su arte. No había hecho mucho negocio ese día.

—Está bien, por un veterano de Flandes perderé dinero. Vamos a la fonda, pediremos un vaso de vino y escribiréis la carta a Su Majestad el rey. Quiero ver cómo lo hacéis. ¿Estáis seguro de que sabéis escribir?

—Sé escribir, mi señor escribiente, pero en lo del vino os he dicho que no tengo nada más que lo que os voy a dar por el papel y la tinta. Os veré beber mientras escribo.

—No se hable más, invito al vino y charlaremos luego. Siempre he querido conocer a alguien que hubiese estado en Flandes.

«A su majestad don Felipe II, rey de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia y Nápoles, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Valencia, de Toledo, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias, de Perú, de las Islas y tierra firme del mar océano. Conde de Barcelona, Señor

de Vizcaya y de Molina de Aragón, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Rosellón y de Cerdeña, Marqués de Oristán y de Gociano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, Conde de Flandes y de Tirol, salud y gracia.

Sépadés, mío señor, que este vuestro soldado, veterano del Tercio Ordinario de Milán, Miguel de Piedrola, no ha olvidado la promesa que hizo a Vuestra Majestad, cuando aún era príncipe, en cuanto a tenerle al corriente de los sueños que tuviese y que concerniesen a Vuestra Serenísima Majestad o a vuestro linaje. El profeta Ezequiel me ha enviado algunos repetidamente y por la gravedad de los mismos no puedo ponerlos en el papel, ruego a Vuestra Serenísima Majestad que se digne otorgarme una audiencia a fin de que os comunique lo que tanto trabajo me cuesta llevar solo.

Besa vuestros reales pies. Miguel de Piedrola, vuestro más fiel servidor».

—A fe mía que es donosa la misiva —dijo el escribidor al ver la epístola—. ¿Sois acaso el nigromante personal del rey? Ahora que ha casado con una hija de Catalina de Médicis, quizá no quiera ser menos que ella y tiene también un mago a su servicio.

—¿La reina madre Catalina tiene un mago a su servicio? —se extrañó Piedrola.

—Claro, todo el mundo lo sabe. En su país se rodea de magos y nigromantes —bajó la voz—, y de asesinos a sueldo y envenenadores. Y sobre todo tiene un mago muy famoso, más que Teofrasto Bombasto Paracelso, un astrólogo y nigromante: se llama Miguel de Nostradama, aunque todos le llaman *Nostradamus*.

—Ya, ya —recordó Piedrola—. He oído decir que ese hombre es adivino y que vio y predijo la muerte del esposo de la reina Catalina, el rey Enrique II, con unas cuartetas algo sí como «en jaula de oro morirá el león...» —rememoró un momento—. «El león joven al viejo someterá, en campo bélico por singular duelo, en jaula de oro los ojos le atravesará, dos heridas en una, después morir, muerte cruel».

¿Así que la hechicera Catalina es ahora la suegra de don Felipe?— Bueno, no es precisamente hechicera, pero se dice que ha soñado cosas que se han cumplido, al menos eso dicen. Es una oniromante.

La carta, debidamente cerrada y sellada con hilos de algodón, porque la seda era prohibitiva para la economía de Piedrola, hizo su camino hasta la puerta de Palacio. Allí la entregó al guarda con el que había hablado el día anterior.

—Tomad, hacéla llegar al menos al secretario de Su Majestad. —El hombre la tomó con cierta prevención. Temía que el dador fuese un loco y que él se ganase una regañina por haber prestado oídos a tal persona.

—¿A quién se ha de contestar, si hubiese respuesta?

—Soy Miguel de Piedrola. Vendré todos los días por la mañana. No os olvidéis. —Se fue andando tranquilamente en la confianza de que Su Majestad querría verle.

Dos días tardó Miguel de Piedrola en volver, quería dar tiempo a Su Majestad de que la misiva llegase a sus manos. Bien sabía por experiencia que los papeles oficiales van de mano en mano obteniendo el visto bueno de diversos oficiales hasta que llegan a su destino. Ya sabía el modo de no morir de inanición; esperar hasta que se fuesen los vendedores del mercado. Siempre había algún nabo pisado, media cebolla, alguna manzana con un trozo podrido o golpeado. No se quedó sin comer.

Por fin regresó a las puertas del Alcázar. No vio al soldado que le había tomado la carta y se dio cuenta de que no sabía su nombre. Se dirigió al que ahora estaba en la puerta.

—Anteayer hablé con un guardia aquí mismo a esta hora, no le veo. ¿Está enfermo? —El centinela le miró con desprecio.

—Tenemos turnos. Estamos un tiempo aquí y otro allá. El de ayer estará en donde le haya tocado vigilancia hoy.

—Esperaba una respuesta.

—¿De una dama?

—No, mentecato, del rey en persona.

—¿Queréis decir que Su Majestad se iba a preocupar de contestar a un pedigüeño que viene a las puertas de Palacio? ¿No sabéis que de las cuatro partes del mundo embajadores y cardenales, duques y príncipes, esperan meses para ser recibidos?

—Tal vez sea así como decís, pero sin duda a mí me recibirá.

—¿Y quien sois, *milord*, si puede saberse? —Habló con tono de sorna, pero Piedrola le contestó tranquilamente:

—Soy el veterano Miguel de Piedrola.

—¿Miguel de Piedrola? ¡Haber empezado por ahí! Su Majestad Serenísima ha dicho que en cuanto vinierais quería veros en sus aposentos. Ahora mismo vendrá un ujier que os llevará ante él. —Lo miró con mirada apreciativa—. Espero que os hayáis bañado, Su Majestad es muy particular en eso.

Avisado el maestresala envió a un lacayo uniformado con los colores de la casa de Austria. Al ver a un soldado pobremente vestido se admiró, sobre todo porque Miguel de Piedrola iba descalzo.

—No podéis presentaros ante mi señor yendo de esa guisa.

—Esta bien, me voy, pero vos le diréis a don Felipe que me habéis despedido por ir pobremente vestido. El sueldo de un soldado no da para más, y aún menos si se le deben las pagas de medio año. —Hizo ademán de irse.

—No, no, esperad. Habrá algún remedio. Ya sé, os daré —lo pensó mejor—, os prestaré unos zapatos.

—No hace falta, así he venido desde Flandes, vivo de limosna y no tengo donde dormir. Pero así viven los veteranos de los Tercios del rey nuestro señor. No hace falta ocultarlo. Él bien debe saberlo. —El oficial o lo que fuese se decidió.

—Es vuestra responsabilidad si queréis presentaros ante él de este modo. A mí me han dicho que os lleve ante él. Seguidme.

Por largos corredores, fríos y sombríos en su mayor parte, alumbrados con grandes hachones de cera a pesar de que era medio día, el soldado Piedrola siguió a su guía por los caminos que él señalaba. Por fin llegó a un austero recinto de piedra, en donde el ujier rogó a Piedrola que esperara. Era una habitación sobria, apenas cubiertos los muros con algunos tapices de seda que intentaban adornar la rigurosidad de las paredes. En un nicho un hermoso crucifijo presidía la habitación y a sus pies, en el suelo, alguna mano había colocado unas flores. Eran pequeñas y graciosas, como si las hubiese recogido una niña. Casi desentonaban con la gravedad y austeridad de aquella celda monacal. Estaba mirando aquello cuando entró con paso rápido una muchacha muy joven. En la

mano llevaba otras flores, por lo que se veía que iba a cambiar las que había en los vasos al pie del crucifijo.

—Buen día os dé Dios, hermosa muchacha —saludó el soldado destocándose el viejo chambergo—. Para mí, señora mía ya es buen día sólo por haberos visto.

La miró mejor y quedó sin habla. Era exactamente igual a la hermosa Nadirah, aquella que daba por muerta hacía ya mucho tiempo.

—Señora, dicen que todos tenemos un doble en este mundo o en otro. Sois el vivo retrato de alguien a quien amé mucho cuando era joven. Dejadme que os mire como si fueseis un cuerpo glorioso, resucitado. —Se acercó a ella y se arrodilló. Sin querer, dijo—: Os amo y os amaré siempre, Nadirah.

En ese momento entró un tropel de jóvenes azafatas.

—Señora, os habíamos perdido. ¿Cómo corréis tanto? No es así la etiqueta de Palacio. —Se dieron cuenta de la presencia del hombre arrodillado y parecieron asustarse—. ¿Señora, llamamos a la guardia? ¿Os ha molestado?

Ella sonrió y alargó su mano al soldado.

—Levantaos. Decidme vuestro nombre y qué hacéis aquí. —Él se levantó y besó la mano que le había alargado la reina.

—Perdonad, señora, no sabía...

—Nada, nada, fue muy hermoso. ¿Cuál es vuestra gracia? —Hablaba con un gracioso acento lleno de dulzura.

—Me llamo Miguel de Piedrola. Señora. A vuestros pies y a vuestro servicio. Soy un veterano de Flandes y el señor rey me ha hecho esperar aquí su presencia.

—¡Vámonos, doña Isabel! —urgieron las damas y azafatas—. Si el rey tiene cita con Miguel de Piedrola no querrá ser interrumpido. Estamos de más.

—Os preocupáis demasiado, Su Majestad Serenísima no se molestará si me ve aquí. Sabe que voy por todo el palacio. —En eso entró el rey don Felipe. Iba severamente vestido de negro, con gola blanca y sombrero algo puntiagudo, y llevaba un anillo grande y el Toisón de oro colgando de un cordón también negro. Su mirada algo triste y sombría se alegró a la ver a la jovencísima reina.

—¡Cuánto honor, señora, el hallaros aquí! ¿Me buscabais acaso? — Ella hizo una reverencia y ensayó una sonrisa casi imperceptible.

—Señor, vine a cambiar las flores del crucifijo y me hallé aquí a Miguel de Piedrola. Me ha agradado conocerlo. —Hizo otra reverencia—. Ya me voy, Majestad. —Se fue seguida de sus damas. Ambos hombres se quedaron solos.

Piedrola fue el primero en reaccionar. Se arrodilló en tierra y besó la mano del rey. Él se dejó hacer.

—Así que por fin habéis venido, Miguel de Piedrola —dijo, como si le hubiese estado esperando—. ¿Tenéis noticias para mí?—Las tengo, mi señor.

—Está bien, dejemos eso por ahora. —Parecía un hombre viejo y sabio o viejo y cansado, a pesar de que era joven aún. Su voz era lánguida y su rostro, sombrío. Solo había cambiado de expresión cuando vio a doña Isabel, la reina—. Hace años que no nos vemos —continuó Su Majestad, sin notar que Piedrola pensaba en otra cosa—, contadme qué ha sido de vos y qué ha pasado en el Tercio Viejo de Milán en todo ese tiempo.

Miguel le contó todo lo que le había sucedido: las batallas, los hombres muertos, las victorias y las derrotas, la miseria de los soldados, la muerte a todas horas, la violencia salvaje, su pena al haber perdido a su camarada el capitán Alonso de Alarcón.

—De ese al menos os puedo dar noticias. Fue ajusticiado por desertor.

—¿Desertor don Alonso? Imposible. Llevaba más de treinta años de servicios, comiendo mal, viviendo a la intemperie, luchando en nombre del rey. Mal pagado y peor comido, como todos los soldados de Su Majestad Serenísima. Vivó y malvivió por la gloria de Vuestra Majestad llevando ropas viejas como uniforme, cocinándose su comida cuando la había y comiendo los correajes del equipo cuando no había otra cosa. No puede haber desertado.

—Llamadlo como queráis. Cuando se supo que había desaparecido, el alguacil fue a su casa y allí estaba. Sentado en una silla. Nadie sabía cómo había venido. De allí se le llevó a ajusticiarlo por desertor. Él no protestó.

—Perdonad, mi señor y rey. —Piedrola dejó escapar una lágrima por su camarada muerto en tan calamitosas circunstancias—. Quizá no debería decirlo, pero don Alonso era el mejor hombre del mundo.

—Y ello no fue suficiente para salvarlo —terminó el rey la frase de Piedrola.

—En fin, mi señor, finalicemos entonces la visita. Os prometí deciros todo lo que Ezequiel me revelara en sueños, y lo haré haciendo corto lo soñado. Vi un águila en cuyo nido había un solo huevo, y de él salió un cuervo negro. El águila lo repudió, pues no era de su estampa. Ella ceñía una corona de oro y el ave negra quería arrebatarla, pero esta cayó antes al suelo. Le pregunté a Ezequiel el significado de este terrible sueño. «El heredero no ceñirá la corona». Esto dijo y nada más. Os suplico señor que perdonéis mi atrevimiento, pero el profeta me dijo que busquéis otro heredero.

—Eso es una tontería, Miguel de Piedrola. Soñáis cosas atroces. Os podría encarcelar por ello.

—Seguramente, señor, pero ello no cambiaría las cosas. También me dijo que el papa Paulo IV moriría y que le sucedería Antonio Michele Ghislieri con el nombre de Pío V; y ya veis, se ha cumplido.

—Pero eso lo decís ahora. ¿Quién me dice que lo sabíais antes de que sucediera? —Miguel le miró largo rato, al fin dijo en voz muy baja:

—Cuando este muera, dentro de poco, le sucederá Ugo Buoncompagni, con el nombre de Gregorio XIII. Vos le conocéis, señor. —El soldado Piedrola se dispuso a irse—. Señor, no tengo nada más que decir por el momento, dadme licencia para despedirme.

—Está bien, quiero saber dónde estáis en todo momento. Alquilad algún lugar donde vivir decentemente —le miró los pies—. Y compraos un par de zapatos. No os preocupéis, ya sé lo que vais a decir, que no tenéis ni para comer. De hoy en adelante tendréis una renta fija. Eso es todo, dejad una dirección y esperad noticias mías en cualquier momento. —Dio una palmada y vino un personaje. El rey habló un momento con él y lo despidió—. Adiós pues, Miguel de Piedrola. Me habéis dado noticias funestas, yo también a vos. Lo siento. —Se fue andando silenciosamente sin volver la vista atrás.

XX

Volver al pasado. La profecía de Miguel de Piedrola se cumplió

«Le dieron aviso, como era descendiente del fuerte Cavallero de Piedrola en el cuarto grado y por razón de la otra descendencia (...) alcanzó sentencia a su favor»

—VAMOS, SACAMANCHAS. BUSQUEMOS UN SITIO tranquilo para comer. —El llamado *Sacamanchas* era un tunante que se le había pegado a Miguel de Piedrola como una lapa desde que le conoció. Decía ser alquimista y que leía el destino y el porvenir con las cartas. En realidad era un simpático charlatán con el que era imposible aburrirse. Al oír que había que buscar un sitio para comer, se puso en pie y dijo:

—Para ese menester, mi capitán, para luego es tarde. —Caminaron por las callejas de Madrid, cerca de la iglesia de San Ginés. Por allí había muchas freidurías y junto con los fritos servían vasos de buen vino—. ¿Dónde iremos, mi capitán?

—Cuantas veces he de deciros, Sacamanchas, que no soy ni he sido capitán. Sargento y gracias. —Cambió de tono—. Vayamos a Casa Egidio, acaso hallemos a Trijueque, normalmente para por allí. —Pero el tal Sacamanchas insistió en su idea anterior:

—No seréis capitán, pero para mí lo sois y además sois amigo del rey, nuestro señor. —Al decir «nuestro señor» se santiguó, confundiendo al rey Felipe con el Rey de los Cielos.

—No soy amigo del rey, no digáis tonterías; además, no debéis santiguaros cuando habléis del rey, nuestro señor, sólo cuando habléis de Jesús, Nuestro Señor.

—Bueno, si digo «nuestro señor», no distingo uno del otro, y como no sé cuando es uno o el otro, así no me quedo corto y el Señor del Cielo queda servido en todo caso.

Hablando llegaron a una casa de donde salía un apetitoso olor a sopa y a asado y a pan recién hecho. Entraron por una pequeña puerta en un patinillo en donde una gran parra daba sombra.

—Buenos días nos dé Dios, mi señor don Miguel de Piedrola —le saludó el posadero, que acudió al encuentro de sus huéspedes—. Tengo libre vuestra mesa... Aunque ahora que lo pienso, quizá vuestra señoría querrá sentarse con Trijueque. Llegó hace un rato y está remoloneando por ver si llegabais y pagabais el condumio. ¡Si lo tengo calado, buena pieza es ese! —Piedrola se echó a reír.

—Venga, llevadnos con él, es mejor comer en compañía que a solas, como las viudas. —Piedrola era generoso porque gozaba de una pequeña pensión y es que, desde que fue a visitar a Su Majestad Serenísima, no había pasado necesidad alguna. Ya antes de abandonar el Alcázar le habían dado una bolsita con dos monedas de oro, todo por encargo de Su Majestad, como le explicó el mayordomo. Jamás había visto tanto dinero junto y Piedrola creyó que eso era por las soldadas y estipendios no cobrados en Flandes, aunque le pareció en todo caso excesivo. Como primera providencia se buscó una pensión y desde esa noche durmió a cubierto. Luego se compró ropa decente, un nuevo chambergo con una pluma enhiesta, una espada toledana, unos zapatos con las suelas nuevas; y una Biblia, un Libro de Horas y una capa aguadera. Después ya no se le ocurrió nada más.

Tal y como le había pedido Su Majestad, se acercó a la puerta de Palacio y dio su dirección y paradero por si el rey tenía alguna vez un recado para él. Con ello creyó haber cumplido y que ya no oiría jamás hablar de Su Majestad Católica. Cuál no sería su sorpresa cuando a los pocos días un emisario vino a verle y le indicó que podía acercarse a la administración de asuntos de guerra para cumplimentar ciertos papeles en relación a su pensión.

—Pero señor mío, yo no he pedido ninguna pensión. No he perdido ojo, ni pierna, ni brazo alguno al servicio de Su Majestad, tan sólo mi juventud; y creo que por eso no pensionan. —El soldado que hacía de emisario no apreció su sentido del humor.

—No lo sé, señor de Piedrola. Solo vengo a traeros un mensaje, lo que hagáis luego no es asunto mío. —Así que, más por curiosidad que por otra cosa, se dirigió al sitio que le habían indicado y allí se le aseguró que con urgencia se le había tramitado una pensión de por vida. No le supieron

dar más detalles, sólo que era irrenunciable y que, si bien no era suficiente para ser rico, sí lo era para sobrevivir sin necesidades. Sorprendido, sólo se le ocurrió dar las gracias y salir de aquel lugar sin saber qué hacer. Nunca había tenido la vida resuelta y ello se le antojaba si no un milagro, si un suceso asombroso. Sintió pena por no poder compartir con su amigo y camarada Alonso de Alarcón aquella prosperidad inesperada. Recordó que el rey le había dicho que había sido ajusticiado por haber desertado. ¿Por qué se lo había contado? Cuando se enteró del desastroso fin de aquel hombre honorable, Miguel se había sentido herido como si hubiese perdido a su único pariente y al recordarlo experimentó de nuevo el dolor de ayer y sintió ganas de volver al Alcázar y devolver el subsidio. Quizá el rey le había otorgado la pensión como pidiéndole perdón y para compensarle de la pérdida de tan buen amigo, y de nuevo sintió rabia. Nada en el mundo repararía la pérdida de Alonso de Alarcón. Lo pensó durante un tiempo, pero le habían dicho que la pensión era irrenunciable, así que de momento decidió cobrarla.

Sus costumbres eran parcas y sus gustos, morigerados; no bebía, no jugaba a las cartas o a los dados, ni apostaba ni tenía querida. El dinero le sobraba. A veces se encontraba pensando en la bella Nadirah, pero dejó de engañarse y aceptó que pensaba en la bella reina doña Isabel de Valois, hija de Catalina de Médicis, la astróloga. Nunca volvería a ver a la reina, y aunque la viese, ella era más inalcanzable que la luna. Comprendió lo que quería decir aquello de un amor imposible y enterró su recuerdo en lo más hondo de su corazón. Repentinamente recordó aquel extraño sueño en que el profeta Ezequiel le había dicho que don Felipe se casaría con su madre dos veces. Creyó entender algo: la primera con María Tudor, que era su tía abuela y podría haber sido su madre, pero esta segunda esposa debía haber sido la esposa de su hijo, él la había

desposado y ella ya no era su nuera, como estaba proyectado, sino la madrastra de su hijo. Todo era muy confuso.

Algo perplejo con su nueva bonanza, decidió llevar a cabo un proyecto que tenía planeado desde hacía mucho tiempo. Habló con el patrón de la pensión y le dijo que partía de viaje. Si alguien le buscaba, que dijese a ese tal que volvería tan pronto como pudiera. Se compró un caballo mediano y unas armas, y así aviado se sintió poderoso e invencible, no en vano era un veterano de mil batallas y el pensamiento de unos bandidos en el camino no le atemorizaba en lo más mínimo.

Iba de camino a Logroño, o al menos a sus cercanías, y tuvo la suerte de que a la altura de Guadalajara se topó con un inmenso rebaño de ovejas y sus correspondientes pastores. Iban estos a Burgo de Osma a una feria de ganado lanar y le invitaron a hacer al menos parte del viaje juntos; ya se separarían más adelante, por el momento podían marchar en compañía y charlar por el camino. Si él, como les dijo, era un soldado de permiso, su presencia era muy bienvenida pues aunque los bandidos no solían atacar a los pastores, sí robaban rebaños aunque para ello tuviesen que matar algún pastor. Los cuidadores del ganado eran un grupo pacífico pero también iban armados a su modo con hondas y con bastones y sobre todo confiaban en sus mastines para disuadir a posibles bandidos, pero un hombre de armas también era una fuerza nada desdeñable para ellos. A cambio le ofrecían compañía, comida y una cierta seguridad por la noche, cuando dejaban siempre un guardián en vela para no ser sorprendidos por hombres o animales.

Aceptó de buen grado y a no ser por el desagradable olor a grasa rancia que despedía el ganado todo hubiese sido placentero, pero lo cierto es que las ovejas y los machos cabríos despedían un mal olor que se venteaba a leguas. Se acordó de los galeotes y de cómo se decía que en el mar el enemigo detectaba las galeras por el tufo que despedían. Eran recuerdos cada vez más lejanos. En relación al olor de las ovejas, los pastores aseguraban no notar nada y supuso que uno se acostumbraba a todo.

Comió carne a diario y en todas las comidas y al fin quedó harto de oveja, carnero, cordero, borrego y de toda su familia lanar. No les faltaba pan a los pastores, así que las sopas de ajo tampoco escasearon, y aprovechando lo que se producía en los lugares por los que pasaban ilustraron primero las sopas de ajos y luego las migas de pan con uvas, chorizo,

morcilla, panceta, torreznos, huevos y setas; en fin, que al terminar el viaje Piedrola tuvo que hacer un par de agujeros a su cinturón en lugar de llegar flaco y desmejorado, como se suele al terminar cualquier viaje. Con sentidos signos de buena amistad se despidieron al llegar a Coscurrita, pues de allí partían los pastores hacia el Burgo de Osma y nuestro Piedrola hacia Logroño, en busca de una casa en la cual, un mes de abril de 1528, alguien había abandonado un niño en manos del arcipreste don Juan de Órbigo. Hacía de esto más de treinta años.

* * *

Llamó a la puerta de la casa parroquial. Alguien arrastrando los pies vino a abrir la puerta, era una vieja con cara de malas pulgas.

—¿Quién sois? —preguntó sin dar tiempo a que Piedrola dijese ni una palabra.

—Buenos días, señora —saludó cortésmente el soldado, quitándose el sombrero. Hizo un gesto amplio y con la pluma barrió el polvo del suelo.

—¡Vaya con el galán! —refunfuñó la vieja, algo endulzado su semblante por el saludo tan caballeresco del visitante—. ¿Buscáis a alguien o sólo venís a molestar?

—Pues las dos cosas, creo —dijo divertido Miguel de Piedrola—. Vengo a molestar y preguntar si todavía vive aquí don Heliodoro, el sobrino de don Juan de Órbigo. —La anciana señora le miró fijamente y se acercó para observarle mejor.

—¿Os conozco acaso?

—No creo señora, si os hubiese visto no os habría olvidado. —Ella le miró de nuevo con algo de desconfianza.

—Os he preguntado quién sois, no me habéis dado vuestro nombre.

—Perdón, soy Miguel de Piedrola, al servicio de Dios y de nuestro señor, el rey don Felipe. —La vieja agitó la cabeza.

—Miguel de Piedrola... No, definitivamente, no os conozco... a menos que os haya olvidado. Ya soy vieja y a veces me olvido de las cosas. ¿Para qué queríais ver a don Heliodoro? —El soldado estaba empezando a cansarse del interrogatorio de la mujer, y todavía no había averiguado si el sacerdote Heliodoro vivía allí o se había muerto o ido a otro lugar.

—¡Por los cuernos de Belcebú! —se impacientó el soldado—. ¡Señora mía, decidme de una vez si mi tutor vive o ha muerto, vengo de muy lejos y no estoy para tontería ni adivinanzas!

—¿Vuestro tutor? ¿Cómo podéis tener un tutor a vuestra edad?

—Dejad eso, vieja entrometida. ¿Está o no está don Heliodoro?

—Está y no está. Las dos cosas. —Ahora le tocó el turno de sorprenderse a Piedrola.

—¿Es esto una charada o un enigma? Me suena como aquello de «me veréis pero luego no me veréis».

—Tened paciencia, Miguel de Piedrola. Don Heliodoro es mi hermano, y yo he estado aquí con él muchos años y nunca os he visto, por eso me extraña que vengáis preguntando por él y que digáis que es vuestro tutor. Además, desde hace un par de años es él pero no es él: una apoplejía le ha borrado los recuerdos. Sabe que es sacerdote, y sabe decir misa, pero de las personas que conoció no recuerda a casi ninguna. A mí misma me confunde a veces con nuestra madre, que en paz descansa, que murió hace más de treinta y cinco años. —Piedrola sintió que una de sus tenues esperanzas de saber quien era él mismo se esfumaban.

—¡Cuánto siento saber que don Heliodoro ha perdido su memoria! En fin, ya que he llegado hasta aquí me gustaría verlo. Al menos le saludaré y besaré su mano. Hace mucho más de veinte años que me escapé de la casa parroquial mientras él decía misa.

—En ese caso, seguidme.

Echó a andar y, según se adentraba en la casa, Miguel de Piedrola iba rememorando su infancia. Aquellos pasillos, esas ventanas, las losetas del suelo haciendo dibujos que ya desaparecían por el roce de innumerables pies, todo le era conocido y familiar. Por fin entraron en una habitación que el soldado recordó como la antesala del dormitorio que antes había sido de don Juan de Órbigo y luego de don Heliodoro. Allí, sentado en una silla, se hallaba un hombre de mediana edad, con pocos cabellos grises. Tenía en la mano un breviario y no sabemos si rezaba o simplemente lo tenía como a un objeto amigo entre las manos.

—Querido hermano —dijo la vieja al hombre sentado—, aquí hay alguien que quiere saludaros. —Don Heliodoro, pues era él, se volvió un poco para mirar. Vio a Miguel de Piedrola y no pareció reconocerle.

—¿Quién sois, buen amigo? ¿Acaso nos conocemos? He estado enfermo y algunas cosas no las recuerdo bien. —Don Heliodoro era el sobrino de don Juan de Órbigo, y vino a ocupar su lugar cuando éste murió. Había sido un buen hombre, sólo que demasiado joven para educar a un niño. Miguel de Piedrola avanzó hasta el sillón en donde se sentaba el anciano y se arrodilló a su lado. En realidad don Heliodoro no era demasiado viejo, pero la apoplejía le había dado una carga de años excesivamente pronto.

—Querido padre, soy yo: Miguel de Piedrola. Vuestro pupilo.

—¿Mi pupilo? No recuerdo...

—Sí, vos erais mi tutor y yo me escapé cuando tenía unos ocho años. De eso hace más de treinta y algún año. Vengo a pedir os perdón, buen padre.

—Ah, pues os lo doy de buen grado, aunque no me acuerdo... ¿Cómo decís que os llamabais?

—Miguel. Miguel de Piedrola.

—Miguel de Piedrola, Miguel de Piedrola —repitió mirando a lo lejos—. No recuerdo a nadie con ese nombre... ¡Pero esperad! Hay algo en un cajón para un tal Miguel de Piedrola. —Se dirigió a la vieja que, sin que sepamos por qué, lloraba en un rincón—: Agnes, ¿queréis traer un sobre que dice «Miguel de Piedrola»? Está en el cajón de arriba de la cómoda, lo veo todos los días. Quizá sea para este joven.

Cuando se lo entregó, Piedrola preguntó:

—¿Puedo abrirlo?

—Claro, a lo mejor es para vos. Si no lo es me lo devolvéis.

Sobre el pliego doblado y sellado, con letra descolorida por el tiempo, estaba escrito: «Para entregar a Miguel de Piedrola si algún día vuelve». Allí leyó el soldado cómo le habían echado de menos, cómo le habían buscado y el testimonio de todas las pesquisas que se hicieron para hallarle. Sin embargo los documentos originales de los sayones no estaba allí. Una larga carta explicaba que alguien había venido en su busca cuando el joven tendría unos diecisiete años y se había llevado toda la documentación.

Don Heliodoro había sido un arcipreste muy cuidadoso y ordenado. El relato era preciso y metódico, y terminaba diciendo que el enviado se había llevado la documentación original y antes de irse había dicho

literalmente: «Si acaso volviese, decidle que vaya a Pamplona, a casa de Norberto de Beaumont; es el último de sus tíos».

—¿Era para vos la carta? —Era la voz de don Heliodoro.

—Efectivamente, querido padre, era para mí. Os lo agradezco, aquí está todo lo que quería saber. Ahora he de irme. ¿Puedo hacer algo por vos? —Él le miró sin saber qué contestar. Agnes dijo:

—No entiende todo, pero sin duda os agradece la intención.

—Entonces, os lo pregunto a vos, señora. ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros? Ahora ya no soy el huérfano que él criaba... —Ella dudó un poco.

—Hay algo, sí, pero quizá es demasiado para un soldado, pero si fuese posible...

—¿Qué es ello?

—Mi hermano necesita lana para un colchón. El que tenía era heredado de su tío; hace de ello tantos años que la lana se ha apelmazado, y aunque la hemos lavado y escarmenado varias veces, el colchón ya es muy fino y sobre las tablas de la cama resulta insuficiente. —Le miró entre azorada y esperanzada—. Si pudierais comprar algo de lana para añadir al colchón sería un regalo del Cielo, así dormiría mejor y estaría más abrigado.

—Dadlo por descontado, señora. Adiós y gracias por todo. Espero no haberos molestado demasiado. Recibiréis la lana que me habéis sugerido. —Hizo otro saludo con su sombrero y abandonó la estancia con el sentimiento de haber perdido a la única persona que se habría asemejado a un padre de haber tenido aún la facultad de reconocerle.

No habían pasado dos días cuando unos hombres se presentaron en la casa de don Heliodoro y su hermana Agnes trayendo dos mullidos colchones de lana y dos mantas color marrón.

—Qué extraño —dijo don Heliodoro—. ¿De dónde llegarán estos colchones y estas frazadas?

* * *

Eran las once de la noche y de momento todo estaba tranquilo en el Alcázar. Llevaban unos días muy alborotados: el día anterior, el príncipe don Carlos, en uno de sus accesos de ira, había desenfundado su espada

contra don Juan de Austria con intención de ensartarle. Al ver los aviesos designios de su sobrino, don Juan se acercó a la pared y, poniendo su espalda contra ella, gritó:

—¡Téngase Vuestra Alteza!

Al oír el alboroto entraron los centinelas que hacían guardia a la puerta del príncipe y para evitar males mayores sacaron a don Juan de la presencia del heredero.

Hacía tiempo que su alteza se comportaba de manera extraña. Creía que su padre conspiraba contra él e incluso había intentado huir con la peregrina idea de ser coronado rey de los Países Bajos. Y no sólo eso, se sospechaba que estaba desequilibrado desde que el prior del convento de Atocha reveló al rey que el príncipe había venido a consultarle porque tenía el proyecto de matar al rey, su padre.

A las once de la noche el ayuda de cámara que estaba de guardia vio bajar al rey por la escalera con el duque de Feria y el prior, acompañados del Consejo de Estado y su escolta armada. Entraron en la habitación del príncipe tomando todas las precauciones posibles, sabían que el príncipe dormía armado y no querían provocar heridos ni, menos aún, muertos. Se sabía que no sólo tenía su espada desenfundada junto a su cama, sino también un arcabuz cargado y listo para disparar, y por ello entraron con la intención de no darle tiempo a reaccionar. Pero el príncipe no estaba durmiendo, hablaba con unos amigos: don Juan de Mendoza y el conde de Lerma; así que ante la sorpresa de todos, los hombres del rey se apoderaron de la espada y del temido arcabuz. Los amigos fueron sacados de la habitación de don Carlos e inmediatamente se procedió a tapiar todas las contraventanas y las puertas con clavos y tablones que ya traían preparados.

—¡Máteme Vuestra Majestad! —gritó el príncipe—. ¡Y si no lo hace, lo haré yo!

—No lo haréis, pues hacerlo es cosa de locos —respondió mesurado el rey.

—No lo haré como loco, sino como un desesperado —respondió don Carlos. Cuando hubieron terminado su diligencia, salieron todos habiendo retirado de la habitación todo aquello que pudiese ser usado para dañar al príncipe, si este tuviese intención de llevar a cabo sus amenazas. La cámara del heredero era ahora rigurosa prisión. El rey encomendó al duque de Feria que custodiase al real prisionero.

—Sobre todo, duque, que no quede nunca sin vigilancia, no es cosa de que atente contra su vida. Terminada la operación, el rey regresó a sus aposentos. En seguida se puso a escribir cartas explicando su acción a todos los reyes «porque era cosa que convenía al servicio de Dios y del reino...». Mientras escribía no dejaba de oír las palabras de Piedrola: «El heredero no ceñirá la corona». Piedrola había visto en sus sueños un nido de águilas con un cuervo en él; era verdad, el príncipe no era un águila, aunque creía serlo. Maldijo al oniromante y al profeta Ezequiel que le había adelantado que pasaría por tan amarga prueba. Seguía escribiendo a su hermana María, casada con el emperador Maximiliano II:

«[...]el dolor y el sentimiento con que yo habré hecho esto, Vuestra Majestad lo podrá juzgar[...] Mas, en fin, yo he querido hacer sacrificio a Dios de mi propia carne y sangre».

Y aquel dolor y sentimiento tuvieron su culminación cuando cinco meses más tarde falleció el malogrado príncipe. Allí se hizo verdad definitivamente aquel sueño: «El heredero no ceñirá la corona». Terminado el entierro y las ceremonias del duelo, don Felipe mandó entregasen un pliego a Piedrola, pero cuando el mensajero llegó a casa del soldado, se enteró de que este se había ido de viaje.

—Volverá tan pronto como pueda —fue todo lo que le supo decir el dueño de casa. Con estas nuevas el mensajero se presentó ante don Felipe. El rey suspiró y tomó de manos de su heraldo el pliego que había mandado a Piedrola y que este no había recibido. Era una orden de expulsión

del reino que Miguel de Piedrola nunca recibió. Estaba el rey lejos de saber que otros sueños sobre él torturaban al oniromante. Quizá habría sido mejor para todos que le hubiese expulsado del reino y le hubiese prohibido que le contase nada sobre su futuro. No se debe de abrir la terrible caja de Pandora.

XXI

Buscando sus antepasados. A la guerra de Las Alpujarras

«Por no haberse podido sembrar, a causa de la inquietud que la guerra ha traído consigo, como por la esterilidad del año, se ha reducido esta provincia a tanta penuria que es imposible poderse sustentar en ella»

UNA VEZ QUE PIEDROLA CONCLUYÓ su gestión ante don Heliodoro con el éxito que hemos descrito, decidió terminar lo empezado y seguir con sus averiguaciones. Se acordaba de lo que le había dicho el príncipe Andrea Doria sobre cierto caballero de Piedrola y Beaumont, y ahora que tenía en sus manos el papel en que se mencionaba a un tío suyo, que le había buscado hacía años, y cuyo nombre era Norberto de Beaumont, decidió ir hasta el final.

Cuando llegó a Pamplona preguntó por la familia Piedrola, pero nadie le supo dar razón.

—¿Piedrola? Una familia muy poderosa... Vivieron aquí, sí, pero hace tiempo que todos se fueron a sus posesiones en el campo. Hemos oído que murieron; no tenían hijos varones, las hijas se casaron con gente de fuera y no sabemos sus nombres.

Esto fue poco más o menos lo que logró averiguar. Decidió preguntar por los Beaumont. Eso fue otra cuestión, todos conocían a algún Beaumont y la dificultad estribaba en escoger con cuál iniciar sus pesquisas.

Para empezar, y sin saber a quién preguntar, se dirigió al alcaide de la Cámara de Comptos, que era en Navarra el equivalente del alcalde de los hijosdalgo en Castilla, y recordando lo que le había dicho el príncipe

Andrea Doria, que había conocido a un Juan de Beaumont en Navarra, el cual había tenido un hijo legítimo, Martín, y algunos hijos bastardos, decidió preguntar por ellos. Creía recordar que Andrea Doria suponía que el caballero que había llevado por nombre Antonio de Piedrola y Beaumont era de esa rama, bien que torcida. Quizá el alcaide de la Cámara de Comptos supiera darle razón de los Beaumont o de Antonio de Piedrola, o en último caso, del caballero que le había buscado, su supuesto tío: Norberto de Beaumont. Aunque de todo ello hacía mucho tiempo. El señor alcaide resultó ser un hombre agradable aunque muy en su papel de noble. Al explicarle Miguel que buscaba a sus antepasados, le explicó muy gentilmente que en Navarra no era con el resto de los reinos, en donde el rey podía ennoblecer a un hombre llano; no, en Navarra los nobles eran *nobles de abolengo* que provenían de los llamados Omes Liges

del tiempo de la Reconquista y que debían poseer una casa infanzonada. En Navarra los nobles sólo podían ser reconocidos como tales si probaban su entronque con uno de los linajes de bolengo y además el cabeza de ese linaje, llamado *Pariente mayor*, debía de reconocerle como *Pariente menor*, porque se daba la particularidad de que, aún en el caso de que probase ser de abolengo, si el pariente mayor le negaba la pertenencia a la casa o al linaje nunca sería reconocido como tal, aunque fuera el mismísimo hijo de dicho pariente mayor.

—No me habéis comprendido, noble señor —arguyó Miguel después de haber escuchado pacientemente al alcaide—. No aspiro a ser considerado noble, ni pariente menor ni nada de eso que me habéis explicado. Solo quiero saber quién fue mi padre, y podemos partir de un caballero llamado Norberto de Beaumont que mandó, hace años, a un emisario a que me llevase a su presencia, diciendo que era mi tío. Yo he estado —continuó Miguel— muchos años al servicio del rey nuestro señor, preso en Turquía, luego fui galeote, luché en Flandes...; en fin, para qué contaros mi historia. Lo cierto es que yo ya no estaba allí cuando me buscaron donde habían depositado al niño que era yo.

El alcaide pareció pensar mucho rato.

—Dejadme ver: Norberto de Beaumont, Norberto de Beaumont... Hubo dos caballeros con ese nombre. Uno quizá no podría ser, murió cuando yo era chico... y eso sería antes de que vos nacierais, creo yo.

Entonces será Norberto *el Joven*, que era su sobrino, me parece. —Encantado entró en largas disquisiciones sobre los enlaces verdaderos o posibles.

—¿Era este hijo de Martín de Beaumont? —Se sorprendió el alcaide al oír la pregunta.

—Sí, claro, a eso iba. Don Martín casó dos veces... —se extendió otra vez en enlaces, hasta que Miguel de Piedrola volvió a preguntar:

—¿Y no tuvo este caballero algunos hermanos, hijos naturales de su mismo padre?

—Oh, sí. Sí los tuvo.

—¿Y alguno se llamó Antonio de Piedrola?

—Que yo sepa, no. Dejadme consultar los libros de entrada, los Libros de la Cámara de Comptos. —Estuvo un largo rato mirando sus documentos y recorriendo con un dedo los renglones que al parecer le interesaban. Cerró sus tomos y dijo con pesar—: Pues no, no aparece ningún Antonio de Piedrola, aunque cabe la posibilidad de que no estuviese registrado por ser su nobleza tan notoria que nunca se preocupó de hacerlo.

—¿Me podéis dar la última dirección de Norberto de Beaumont, o al menos decirme en qué pueblo vivía?

—Sí, eso sí, una rama vivía en...

Por fin pudo abandonar al amable alcaide que aún insistía en recitarle a todos los Beaumont que había conocido, de altísima nobleza y muy rancio abolengo, como él mismo.

En el pueblo al que se dirigió no tuvo duda, un caserón que más parecía una fortaleza que una casa de campo le indicó dónde vivía el más noble del pueblo. Tras algunos esfuerzos consiguió una entrevista con el dueño de la mansión, que resultó ser una dama de nombre Martina Beaumont de Navarra. A ella Miguel de Piedrola le contó su vida y los detalles que le llevaban a suponer que él mismo pertenecía a la familia Beaumont, sin poder probarlo de ningún modo. Ella le escuchó con simpatía y con gran interés cuando relató su vida y aventuras.

—No hay duda, Miguel de Piedrola, que de una manera u otra sois de nuestra familia. El caso es que mi padre, Francisco Beaumont de Navarra, ha muerto este mismo año, y era él el que conocía los entronques y hasta los líos de la familia. Sí, tuvimos un tío que se llamó Norberto de Navarra,

mejor dicho: el nombre completo era Beaumont de Navarra, ese debe ser el caballero que dijo ser vuestro tío. Si él dijo ser el último de los tíos, es que vuestro padre era su hermano, o primo hermano. Solo tenemos que buscar quiénes fueron esos hermanos o primos, por matrimonio legítimo o por el lado libre. Marchaos tranquilo que yo, con tiempo, os mandaré todos los datos y os ahorraré ir de un lado a otro intentando ver a personas que tal vez no os reciban. A mí no me negarán nada, soy una de los suyos, vizcondesa de Abarca y Arberoa y baronesa de Beorlegui. Además mi padre fue pariente mayor de la casa. Ahora lo es mi hijo, lo que sucede es que aún es muy pequeño para hacer nada por vos, pero yo lo haré. Mi esposo está lejos, en el servicio del rey, nuestro señor. —Le miró con simpatía—. Sí, definitivamente os ayudaré a buscar a vuestro padre, o a los posibles padres, pues a lo mejor no sabremos nunca cuál de los hermanos os entregó, digamos, en depósito; pues aunque sea verdad que don Norberto era vuestro tío, no sabemos cuál de todos los hermanos, o primos, fue vuestro padre. Suponemos que cuando vuestro tío os mandó llamar es porque vuestro padre ya había muerto... o no. A lo mejor vuestro padre verdadero no quería que se supiese de vos y en cambio vuestro tío quería dejaros algo en beneficio por ser, ciertamente, de la familia. ¡Quién sabe! Dejadme una dirección y os prometo escribiros con mis hallazgos. —Se levantó de su asiento y le tendió la mano, que él besó devotamente—. ¡Adiós, querido pariente! No perdáis la paciencia porque puede que tarde en mandaros noticias, pero os hallaré en el follaje de los retoños de los Beaumont o de los Piedrola, si los hallo. —Sonrió agradablemente—. Ha sido un placer conocer a un valiente soldado de los Tercios. No sucede todos los días. Os prometo no olvidaros, mañana mismo enviaré a mi faraute en busca de noticias.

Miguel de Piedrola quedó muy satisfecho con la promesa de la señora. Después de esa visita decidió volver a Madrid; echaba de menos a sus amigos Trijueque y Sacamanchas. Además, quién sabe si el rey le había mandado llamar.

* * *

El 10 de agosto de 1557, las tropas de Felipe II obtuvieron el sonoro triunfo de San Quintín, y desde entonces el rey había soñado con levantar un templo en honor de esa gran victoria y para perpetuar su memoria, y con esa intención encargó al arquitecto Juan Bautista de Toledo la elaboración de los planos.

Don Felipe deseaba un monumento y un templo que rivalizasen con el del rey Salomón, pues no en vano Felipe de Austria se veía a sí mismo como un nuevo rey Salomón. Su padre, a quien él admiró sobre todas las cosas, era el rey David; pues había sido, como el rey hebreo, fundador de una dinastía y unificador de territorios por designio de Dios. Su hijo Salomón, como el mismo Felipe, expandió por designio divino su influencia, propagó su fama, e hizo leyenda de sus riquezas allende los mares y hasta los confines de África. Pero por encima de todo, Salomón había construido el gran templo de Jerusalén.

El nuevo templo ideado por don Felipe debía ser no menos grandioso y lleno de significado que el de Salomón. El día 23 de abril de 1563, fiesta de San Jorge, le pareció a Juan Bautista de Toledo el día más indicado para poner la primera piedra de la magna obra. El arquitecto y sus ayudantes caminaron hasta la mitad de la zanja que se había abierto para los cimientos, que estaba orientada de perfil hacia el mediodía; se arrodillaron y comenzaron las oraciones y las invocaciones pertinentes para que su obra fuera bien vista por el Señor de las Batallas, a quien estaba dedicado el edificio. Colocaron allí como piedra angular una piedra cuadrada. El aposentador del rey deseaba llevar la geometría cósmica a través de la figura cúbica y de las esferas a la arquitectura y decoración de El Escorial. Sería como el Templo de Salomón, y en su frente habrían dos torres, que recordarían a las dos columnas de aquel templo, llamadas *Jakim* y *Boaz*.

Arias Montano, su confesor, que también estimaba a don Felipe como un nuevo Salomón, animó al rey para que ornase el edificio cuando fuese terminado con las estatuas de los reyes de Judá: Josafat y Exequias a un lado, al otro Josías y Manases y en el centro, David y Salomón. El padre y el hijo.

* * *

Cuando Miguel de Piedrola llegó a su casa de Madrid después de varios meses de ausencia, se halló con una orden de Su Majestad que, muy cortésmente, le conminaba a unirse a las tropas de don Juan de Austria, quien se había dirigido a las Alpujarras a sofocar una rebelión que amenazaba con incendiar todo el sur de España. Y es que, después de pensarlo detenidamente, el rey había decidido que era más práctico, y quizá más justo, no desterrar a Miguel de Piedrola por sus sueños premonitorios, sino mandarlo al peligro de la guerra. Allí, si era la voluntad de Dios, hallaría la muerte y don Felipe ya nunca se vería enfrentado a sus terribles sueños. Había probado que acertaba y no quería oír nunca más hablar de él. Por esa razón le envió otro pliego, que no el del destierro, a su casa.

«...por ese gran peligro que ha surgido en Andalucía, y dado que los Tercios están en su mayor parte en Flandes, donde el peligro es aún mayor, os ruego que os unáis a mi hermano, el serenísimo señor don Juan de Austria, que ha partido ya para allá. Sin duda vuestra larga experiencia en la guerra le será de gran ayuda, así como vuestros conocimientos de las lenguas y dialectos de los moros, ya que habéis estado en contacto con ellos tantos años como prisionero y como rehén.

Me complaceré en saber de vuestro regreso sano y salvo, como desearía el de todos los hombres que van a sofocar el levantamiento de los moros...».

No podía negarse. Se sorprendió de que don Felipe hubiese pensado en él para ayudar a don Juan de Austria, su hermano natural, porque Miguel bien sabía que él mismo no era otra cosa que un oscuro soldado en un mar de ellos. ¿Tendría acaso el rey un pensamiento oculto, una segunda intención? ¿Lo enviaba a las Alpujarras con el propósito de quitarle de en medio? ¿Por qué?

—Trijueque —dijo a su amigo, que le acompañaba en la habitación—, me he de ir enseguida, el rey nuestro señor me lo ha ordenado.

—¿El rey en persona? No es posible, ni siquiera habéis llegado del todo y que yo sepa ni lo habéis visto ni nada. —Le miró dubitativo—. A menos que os lo haya ordenado en sueños, que en ese caso podéis desobedecerlo también en sueños. ¿O no? —Quería ser gracioso, pero estaba preocupado, ¿acaso su amigo desatinaba? Pero pronto salió de dudas.

—No, buen amigo, don Felipe me ha mandado un billete de obligado cumplimiento. He de reunirme con don Juan de Austria, que está en el sur intentado sofocar el levantamiento de las Alpujarras.

—¡Ozú! —dijo Trijueque, al que a veces le salía un deje andaluz sin que sepamos por qué—. Y digo yo, ¿os puedo acompañar? De soldado raso sirvo, no sería la primera vez que lo hago por una paga y por la pitanza. Sé usar la pica, la lanza y el arco, la espada y el puñal, pero nada más, sólo las armas más baratas y más peligrosas. Nada de arcabuces, ni cañones ni nada que lleve pólvora o similar.

—Si queréis venir —dijo Piedrola—, seguro que sois bienvenido. En mi experiencia todo soldado es necesario, uno más nunca sobra y para el que se alista siempre hay paga, al menos la primera.

—¿Y si lleváramos a Sacamanchas?

—¿Querría venir?

—Sin duda. Los más días no come. Tiene más deudas que piojos, que ya es decir.

Se fueron los dos amigos a buscar a Sacamanchas. Estuvo de acuerdo en unirse a los soldados de paga.

—¿Dan de comer todos los días?

—Pues no siempre, amigo Sacamanchas, pero os darán una paga al enrolaros y con ella os podéis pagar muchos días de comida, que cocinaréis vos mismo. Y si llega el día en que ya no tenéis para comer, algún camarada compartirá con vos lo que tenga, aunque sea el resto de un cinturón, o una brida, hervido con hierbas del campo. La camaradería es así entre los hombres del Tercio.

—¿Y qué Tercio está con don Juan de Austria? —Piedrola se paró en seco, había dado por sentado que don Juan mandaría un Tercio, al menos, pero no sabía si era así, o si iba al frente de los soldados como Capitán General. Se inclinó por esto último.

—No lo sé, amigo Sacamanchas, pero lo averiguaremos.

Salieron los tres rumbo a las Alpujarras. Sin duda cuando se acercasen al conflicto cualquiera les diría dónde se hallaba el gran hombre, el real infante; aunque se rumoreaba que su hermano, don Felipe, no le había otorgado el tratamiento de Infante y Alteza Real, y que por ello los hermanos tenían relaciones algo tensas. Seguramente eran habladerías, pues el atractivo y popular don Juan de Austria era sin duda hijo del emperador

Carlos y caballero del Toisón de Oro, y por lo menos merecía el título de Infante.

Como soldados que eran, o iban a ser, atravesaron a pie la Península, intentando que el dinero de Piedrola les sirviese a los tres. Para ello ahorran todo lo que podían y si el tiempo no era demasiado malo dormían a la intemperie. No sabían cuándo volverían a cobrar, pues la pensión de Piedrola se cobraba en Madrid, y sólo allí. Por esa razón las más de la veces comían de lo que cazaban y si el terreno que atravesaban no daba caza, buscaban setas y huevos de pájaros. Si ya no había más remedio, entonces compraban pan y ajos y un botellín de aceite y se hacían unas sopas de ajo, que en verdad eran más sabrosas que algunas piezas de caza, duras y correosas.

Por el camino hacia el sur atravesaron grandes planicies casi despobladas y campos herbosos. A veces se acercaban a una casa a pedir agua o sombra y algo de comer. La buena gente nunca les negó agua y a veces les dieron cobijo en un establo para pasar la noche, e incluso algún racimo de uvas, pero pocos les dieron de comer. Eran tan pobres como las ratas.

—El cobrador de pechos y derechos del rey nuestro señor se ha llevado ya todo. Hemos sido repartidos tantas veces que ni vendiendo a nuestros hijos podríamos pagar lo que debemos. Hay que pagar los diezmos, la bula de la cruzada, el yantar, la sisa, el pontazgo, la fumada, pasos y carretadas, derecho de roda... En fin, tantos pagos que no alcanza con todo lo que ganamos para

pagar al rey nuestro señor. —Se quejaban no sin razón—. Ya no podemos criar a nuestros propios hijos porque no hay de donde darles de comer...

Esto, de diferentes modos y muchas otras palabras, lo oyeron tantas veces que parecía que todos lo hubiesen aprendido en el mismo sitio. Y así era, lo habían aprendido en la escuela de la necesidad, de la escasez y de la penuria.

En algunas casas de los labradores el cobrador se había llevado, a falta de otra cosa, las puertas y ventanas, que por ser de buena tablazón alcanzaban algún precio en el mercado, dejando en su lugar unas oquedades sin protección para los moradores que de esa manera dormían a la intemperie con el aire entrando y saliendo por todas partes y con el peligro cierto de que cuando llegase el invierno el lobo pudiese entrar a devorarlos si antes no habían remediado el asunto. Por esta razón muchos habían tapado con

barro y adobe las ventanas y casi toda la puerta, dejando apenas lo justo para entrar y salir. En las casas hacía tiempo que los cobradores se había llevado todo el menaje, sólo quedaban las camas y alguna cacerola, por ser estas inviolables, no así los colchones, las mantas y las sillas. No pocas veces los soldados tuvieron que dar de su magra comida a una familia que les ofrecía sombra y agua y nada más. Alguno había escondido en una cueva una cabra o un cerdo y después de hacerles esperar un rato largo les había traído un cuenco de leche recién ordeñada o una morcilla seca. Piedrola, hasta entonces, no se había dado cuenta de la miseria del país.

En otros lugares hallaron que los rústicos no cultivaban el campo.

—¿Para qué, señor soldado? Vendrá el cobrador de impuestos y si no es por la deuda de este año, será por la del año pasado o por la del anterior y se lo llevará todo.

Y eso que ni los aldeanos ni Piedrola sabían que en los últimos años, más de una vez, el rey se había incautado de la plata que venía de Indias, siendo esta de particulares, pues del rey sólo era la quinta parte. Pero las necesidades del reino y de la guerra eran tantas y tan perentorias que aun quitando a los propietarios lo que de ley era suyo no se podía pagar ni siquiera los intereses de los préstamos que había tomado la Corona a cuenta de las rentas ordinarias del reino, o pagar los réditos de los *juros*. Los banqueros de Génova amenazaban con cerrar la bolsa si no se les hacía efectivo al menos los intereses.

Nuestros soldados caminaron hasta llegar a Despeñaperros, allí ya les dijeron que la morisma andaba alborotada y que era muy peligroso aventurarse en pequeños grupos, pues a los bandidos de siempre había que añadir el bandolerismo de los grupos de insurrectos y rebeldes que, aunque tenían su centro en la Alpujarra y, sobre todo, en la zona entre Motril y Almería, andaban sueltos por todas partes, sobre todo en los altos roquedales y en las escarpaduras de la sierra.

—¿Qué hace la gente entonces cuando necesita atravesar el paso? — preguntó sensatamente Piedrola.

—Pues lo que vos: primero preguntan y luego esperan.

—¿Y qué esperan?

—A que lleguen más personas preguntado lo mismo y se acompañan unos a otros, y a veces tienen la suerte de que venga un destacamento de soldados y con ellos, todos juntos, se atreven.

Así pues decidieron esperar hasta que más personas decidiesen atravesar el peligroso paso. Mientras tanto llegaron noticias increíbles y sombrías: el príncipe Carlos había muerto y a poco también la joven reina al malparir al que hubiera sido el tercero de sus hijos.

Cuando supo la noticia, Miguel de Piedrola se acordó más que nunca de la bella Nadirah. Él, sin quererlo, la había abandonado a su suerte. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría muerto? ¿Qué había hecho con ella su padre Al-Wasilah? La reina era su vivo retrato, sólo se diferenciaban en que la reina era rubia y Nadirah tenía el pelo castaño tirando a oscuro. Nunca la había olvidado pero, comprendiendo que era un imposible, la había enterrado en lo más hondo de su corazón. Ni siquiera había soñado con ella. Había visto en ambas la belleza perfecta. Una inocencia graciosa y sensual.

Soñó que el trigal era enorme, no se veían sus límites. Entonces vino una figura vestida de negro, flaca y enjuta, y se puso en medio del campo. Como por ensalmo todo el trigo se arrancó de las espigas y vino hacia él, amenazando con enterrarlo, pero una figura surgió en medio del campo y

abrió su boca y todo el trigo, como si entrase en una tolva, se coló en su abertura sin que quedase nada fuera, sólo el campo vacío y desolado. La tierra quedó arrasada y los pájaros se caían de los árboles.

—¿Qué es esto, profeta Ezequiel? —preguntó Piedrola, angustiado ante el panorama.

—Esto es lo que queda de nuestra tierra, todo ha sido absorbido, la gente cae como los pájaros sin comida. Esa figura es la guerra, lo necesita todo, lo devora todo y nada crece que sea suficiente para alimentarla.

—¡Maldita guerra, Ezequiel! Que el Señor de las Batallas nos aleje de ella. —Pero Ezequiel movió la cabeza.

—Es inevitable, como la muerte. La guerra en tan antigua como el hombre.

Luego voló sobre los campos desolados hasta volver a Madrid, y allí entró en el Alcázar sin que nadie se diera cuenta. Era invisible para todos. Un oficio de difuntos se celebraba en la capilla, no pudo ver por quién se rezaba porque estaba en un catafalco tapado con un paño negro. En la habitación de al lado, el rey, vestido de negro, se probaba un vestido enojado para una boda. Se despertó preguntándose que quería decir la visión del rey vestido de negro y ya preparando otra boda. De pronto

se le ocurrió que el rey se casaría de nuevo. No tenía heredero; cuanto antes encontrase una esposa, mejor para el reino. Don Felipe tenía casi cuarenta años y la sucesión al trono estaba vacante. Sólo tenía dos hijas, nacidas de Isabel de Valois: Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, y ningún hijo varón; por eso, aunque estuviese de luto, habría de pensar en una nueva boda. Pero esto no se lo había dicho el profeta Ezequiel, al menos él no recordaba que fuera él el que le había mostrado al rey vestido de boda.

Los deseados compañeros de viaje no se hicieron esperar. Aunque hubiese un levantamiento la vida continuaba. Mercaderes y viajeros deseaban llegar a su destino y también había de vez en cuando grupos de soldados que venían a unirse a las tropas de la *militia regis*. A un grupo de mercaderes, viajeros y soldados se unieron los tres amigos. Por afinidad se vincularon a los soldados, preguntado si ya tenían destino y capitán o si iban a enrolarse.

—Tenemos destino —contestaron al ser preguntados—. Cuando vinimos de Flandes pedimos unos días porque somos de por aquí y don Juan nos lo otorgó, aunque llevábamos poco tiempo incorporados al Tercio Ordinario del Estado de Milán. Antes estuvimos sirviendo en el Tercio Viejo de Nápoles. Muchos soldados, veteranos con experiencia, como nosotros mismos, fueron sustituidos por bisoños. Los veteranos del Tercio de Nápoles hemos venido a España a uniros al Tercio de Flandes que ha sido traído al completo para sofocar el levantamiento de las Alpujarras. Los veteranos embarcamos en Puzzole en veinte galeras mandadas por García de Toledo. Unos desembarcaron en Savona porque iban a otros sitios; nosotros, los que aquí estamos, continuamos viaje hasta España, y después de disfrutar de unos días de permiso para ver a nuestros hijos, parientes y esposas, nos hemos apresurado en venir para uniros al Tercio Viejo de Milán, que ya está entrando en combate con la morisma.

—Nos han dicho —intervino otro— que los moros están en comunicación con los piratas berberiscos y con Dragut, y que los moriscos les pasan noticias de dónde y cómo pueden atacar para causar más daño y recoger más botín.

—Y que en los pueblos en donde se han hecho con el poder —dijo un tercero —, aunque sea por unas horas, han degollado a toda la población.

—Y que al cura de Mairena le llenaron de pólvora y le hicieron estallar en la plaza del pueblo.

—Y que al vicario de ese mismo lugar le enterraron vivo hasta medio cuerpo e hicieron tiro al blanco con su cabeza.

Y así, cada uno contaba los horrores que corrían de boca en boca. Ya no querían los moros contemporizar con los cristianos ni llegar a un acuerdo en relación al contenido de aquella pragmática emitida por Felipe II que limitaba sus libertades religiosas. Ahora se habían levantado en armas y la rebelión se había extendido como el fuego y, de no ser sofocada, amenazaba con convertirse en un verdadero baño de sangre.

—¿Y quién está a la cabeza de este levantamiento tan violento? — preguntó Trijueque.

—Parece mentira que preguntéis una cosa tan simple —dijo uno—. La guerra la inició un gran señor de nombre Fernando de Córdoba y Válor, que dice ser descendiente del califa de Córdoba. Él empezó la desobediencia, y ahora ha cambiado su nombre de cristiano por el nombre moro de Abén Humeya y ha sido proclamado rey de las Alpujarras. Desde Argelia los moros reciben hombres y dinero para este rey y hay que cortar esa fuente de aprovisionamiento...

En estas conversaciones y otras semejantes hicieron el camino sin que nadie les estorbase. A lo lejos vieron a veces grupos de hombres a caballo, pero nadie se acercó a ellos porque eran un grupo numeroso y se veía a la legua que había muchos soldados y que estos llevaban sus armas muy visiblemente en las manos.

Piedrola confesó a sus nuevos camaradas que él también era un veterano, precisamente del Tercio Ordinario de Milán.

—Soy sargento, aunque pensaba que retirado, pero mi señor me ha enviado de nuevo a combatir, y aquí estoy.

Entraron por Motril y desde allí se dirigieron al corazón de la sierra. Por fin llegaron a las orilla del río Guadalfeo, y de allí a Tablones, en donde les esperaba el grueso de los hombres, que iban a iniciar un ataque. Por barrancos y quebradas los soldados del Tercio, guardando en lo posible su formación de combate por lo que pudiera suceder por el camino, se dirigieron hacia donde al parecer había un foco de resistencia. Miguel de Piedrola se alegró de encontrar al Tercio porque halló a muchos de sus antiguos camaradas de armas. Al fin y al cabo tampoco había pasado tanto tiempo desde que él se había alejado de ellos.

Un día hizo un descubrimiento que se guardó para sí. Era lo mejor. Un soldado alto pero delgado se hacía su comida cerca de él; canturreaba mientras cocinaba y al soldado Piedrola le llamó la atención porque la canción era más bien de damisela antes que de soldado bragado. «Será un soldado enamorado», pensó Piedrola. Había agua en los alrededores y cada uno se había acercado a un lugar en donde pudiera cogerla. Discurría el pequeño torrente entre rocas y piedras y en su curso irregular también formaba pequeños ojos de agua, no grandes pero sí lo suficiente para poder darse un pequeño remojón, o al menos se podía meter los pies en el agua. El soldado cantor no se había percatado de que otro hombre estaba cerca de él porque una peña los separaba y Piedrola, habiendo ya comido, no hacía ruido alguno porque intentaba dormir una siesta tranquila. El soldado se quitó parte de la ropa y se refrescó un poco, y cuál sería la sorpresa de Piedrola al constatar que el soldado era en realidad una muchacha, una mulata de aventajada estatura, con un cuerpo fuerte y fibroso. Terminadas sus abluciones, sin percatarse de que había sido vista, se volvió a vestir. Por la cabeza se puso la saltaembarca, se ciñó su coselete, al cinto la espada, la pica en la mano y se levantó echando a andar. Entonces se percató de que otra persona le había visto bañarse. Con determinación y sin decir palabra, se dirigió a él con la pica en la mano. Miguel de Piedrola se puso en pie de un salto. Por los ojos de la joven supo que sus intenciones eran ensartarle como a un jabalí; pero Piedrola era un veterano y había estado en mil batallas y aunque estaba desarmado no se amilanó, esperó a la joven y cuando ella arremetió contra él, haciendo un quiebro asíó la pica con las dos manos y tiró de ella. La joven mulata cayó al suelo abriéndose una brecha en la cabeza y quedó medio aturdida. Miguel se acercó a ella y, después de quitarle la pica, dijo:

—No os falta valor, pero sois muy atolondrada. ¿A santo de qué me queríais ensartar? —Ella intentó restañarse la sangre que le corría por la cara, pero aún así contestó desabrida:

—Porque me habéis visto y quiero seguir siendo soldado. No es la primera vez que voy a la guerra. —Miguel se acercó a ella y, asegurándose

antes de no tuviese un puñal oculto, le limpió la cara con un pañizuelo y luego le vendó la cabeza con cuidado apretando bien para cortar la sangre que manaba.

—Yo no diré nada, pero sed más cuidadosa... y menos limpia. Ah, y no cantéis canciones de cuna. —Ella le miró un poco y se echó a reír mostrando sus dientes muy blancos. Parecía estar algo mejor.

—Me llamo Eleno de Céspedes. He venido a esta guerra con los mercenarios del duque de Arcos, don Luis Ponce de León, capitán general de Andalucía. Él cree que soy hombre; mejor dicho, ni me conoce, soy uno más de sus hombres. ¿Me juráis no decir nada?

—Lo juro, pero vos, si necesitáis algo, ahora que compartimos un secreto, ¿me prometéis que me pediréis ayuda antes que a otros? —Ella se puso de pie y se balanceó de un lado a otro como si quisiera ver cómo iba su equilibrio.

—¡Hecho, si vos también acudís a mi en caso de necesidad! —Piedrola hubo de reconocer que Eleno de Céspedes

era todo un hombre.

La campaña de las Alpujarras fue larga y sangrienta. Los moros conocían bien los montes y despeñaderos y la lucha fue cruel. El rey Abén Humeya, antes Fernando de Córdoba y Válor, fue asesinado por un primo suyo al que le faltó tiempo para proclamarse rey. Con el nuevo soberano, de nombre Abén Aboo, el número de los rebeldes subió considerablemente, sobre todo por los refuerzos que pasaban cada día desde Argel; de unos cuatro mil rebeldes en guerra se pasó a veinticinco mil, y entre ellos muchos bereberes de Marruecos y turcos, proporcionados por el pirata Dragut, el nuevo *Kapudán Pachá* o almirante naval de la Sublime Puerta. Desde luego los turcos deseaban debilitar el poder de Felipe II, y esta era una buena ocasión de hacerlo sin implicarse directamente en la pendencia, sólo con la ayuda de algunos jenízaros ya estaba reforzando a los rebeldes y por tanto desgastando al enemigo.

Don Juan de Austria deseaba dejar zanjada la cuestión de los moriscos para que su hermano en el futuro no tuviese problemas por ese lado, así que determinó no levantar la persecución hasta que los moriscos fueran completamente vencidos. Fue difícil porque ellos huían de un lado para otro, y unos eran derrotados en un lugar o fortaleza, y en otro pueblo se levantaban sus congéneres, o bien desembarcaban refuerzos desde Argel o desde cualquier otro lugar de África o desde Turquía y

había que volver a conquistar las tierras que ya había sido vencidas y recuperadas en anteriores batallas. Pero poco a poco fue cundiendo el desaliento entre los hijos del Profeta y cada vez eran menos los que se escondían en las peñas y en las quebradas. Un grupo irreductible se hizo fuerte en las ruinas del castillo de Jubiles, donde a principios del siglo X ya había habido una sangrienta batalla entre los muladíes encabezados por Omar ben Hafsun y el califato de Abderramán III. Ahora los nuevos rebeldes resistieron en ese mismo sitio hasta que la obstinación y perseverancia de don Juan en el ataque hizo que las ruinas no sirviesen de escondrijo ni a los lagartos. Terminada la resistencia de Jubiles se supo que un grupo considerable de insumisos se había hecho fuerte en un conjunto de cuevas conocidas como las cuevas de Bérchules. Entonces don Juan de Austria distribuyó a su gente en pequeños grupos o cuadrillas con la orden de despoblar todo el territorio, destruir alquerías, quemar cosechas, soltar a los animales domésticos. La idea era que sin cosechas, ni ganado, ni pueblos en donde refugiarse, pudiesen los cristianos desarraigar al enemigo, porque aunque fuese por la necesidad de sobrevivir habrían de abandonar sus puntos fuertes.

Así se hizo con gran éxito, pues aunque los rebeldes eran feroces, no podían vivir sin comer. Rabiosos por la situación, acosados en las cuevas de Bérchules, uno de ellos asesinó a su jefe, el nuevo rey Abén Aboo. Era el 7 de marzo de 1571. Decapitado, su cuerpo fue trasladado a Granada y la rebelión se dio por terminada. Don Juan de Austria, mostrando la generosidad de su corazón que le hizo siempre tan querido entre sus hombres, hizo traer el cuerpo del primer rebelde, Fernando de Córdoba y Válor, de nombre árabe Abén Humeya, y lo entregó a sus seguidores para que le rindieran honores de rey muerto. Tras esta larga y dificultosa campaña, todos se prepararon para volver, unos a su Tercio en Italia, en Milán o en Flandes; y otros, los simples mercenarios, cada uno a su casa. Trijueque, Sacamanchas y Piedrola se prepararon para volver a Madrid y, dado que don Juan deseaba también regresar a la capital para dar a su hermano razón del resultado de su encargo, todos ellos decidieron volver en el cortejo del serenísimo señor.

XXII

La vida de Piedrola en Madrid. El grupo de nuevos amigos

«[...] y abierto el texto (de la Biblia) que decía que Dios quería que dicesse voces a los Príncipes, y que dando cuenta desto a cierta persona, passó de su propio motivo toda la dicha Biblia...»

SORPRENDEMENTE EL DUEÑO DE LA pensión en donde Miguel de Piedrola se había alojado antes de partir hacia las Alpujarras le había guardado un mensaje que había llegado para él cuando hacía tiempo que Piedrola se había ido a la guerra. Miguel lo recogió y se lo guardó.

—Maese Pedro —dijo Piedrola, pues tal era el nombre del hospedero—. Maese Pedro, os daré unas monedas, todo lo que tengo, pero me habéis de prometer que si alguien pregunta por mí le diréis que no sabéis nada de mis andanzas. Estoy cansado mortalmente de la guerra, no deseo ser enviado de nuevo a matar y a morir.

—No hace falta que me deis nada, señor de Piedrola. Nadie, excepto por el mensajero, ha venido preguntando por vos en todo este tiempo, y éste no hizo ninguna pregunta acerca de vuestro paradero, sólo dejó aquí el mensaje para cuando regresarais.

—Pues que se olviden todos de mí, fiel amigo, volveré de vez en cuando por veros, pero a nadie digáis que me habéis visto. A nadie, absolutamente.

—Os lo juro.

Así, de momento, Miguel de Piedrola desapareció en el tumulto de la gente de Madrid. Desde que esta villa se había tornado en el centro del mundo había crecido inconmensurablemente. Una multitud de administradores, procuradores de leyes, desocupados, curiosos, menestrales, tahúres, tramposos, vividores, gente que esperaba un puesto o una canonjía o que venía simplemente a ver cómo era ese Madrid, todos pululaban constituyendo un microcosmos variopinto. Ya nadie conocía a nadie, a menos que el tal nadie quisiese ser conocido.

Cerca del Alcázar las calles habían crecido y estaban abarrotadas de nobles y funcionarios: jueces, abogados reales, nobles titulados, gente adscrita a los reales tribunales de justicia, ricos propietarios, Grandes de España, todos buscando alojamiento cerca del poder. Los que esperaban una sinecura, un favor o simplemente ser recibidos por Su Majestad, todos ellos procuraban alojarse cerca del Alcázar por ver cada día cómo iba su asunto particular, y cada uno con sus servidores, ayudantes y secretarios. No muy lejos se hallaban otros habitantes necesarios para el buen desenvolvimiento de la vida y otros residentes inútiles: así había artesanos, tenderos, mozos de cuerda, mujeres de mala nota, clérigos, pedigüeños, y un sinfín de trabajadores de distintos oficios: cordeleros, alpargateros, sastres, remendones, zapateros, perfumistas, fundidores, deshollinadores, albañiles ...

Además venían y entraban en la villa todos los días comerciantes con sus mercancías: verduras, fruta, aves, corderos, telas, ollas, artículos de talabartería... Se habían afincado en la Villa y Corte muchos más judíos que antes, con sus casas de cambio y muchos prestamistas para los nobles que gastaban su patrimonio en lucir una magnificencia de la que carecían, mientras esperaban ser recibidos por el rey del mundo; también habían llegado muchos mozárabes que ofrecían sus servicios y sus habilidades como sirvientes, o como constructores y alarifes, como joyeros y aun como magos. Había sitio para todos.

Miguel de Piedrola se ocultó entre toda esta muchedumbre y ya nunca volvió a cobrar la pensión que don Felipe le otorgara, porque pensó (y no sin razón) que en cuanto la cobrase estaría dando señales de vida y de dónde estaba, y eso era precisamente lo que intentaba ocultar. Ni siquiera don Felipe lo hallaría entre esta multitud abigarrada si él no daba señales de vida.

Se dedicó a pequeños trabajos tales como descargar productos que venían al mercado. Muchas veces los propietarios de los bienes llegaban tan cansados del viaje que estaban dispuestos a pagar algo por no apeaar ellos mismos sus carros o mulas. La competencia era grande pero Piedrola era fuerte, no demasiado viejo, y su aspecto generaba confianza. Al cabo de un tiempo se hizo conocido en los alrededores del mercado y sus clientes ya le avisaban con anterioridad

del día en que pensaban venir de nuevo. No daba este trabajo para gran cosa, pero al menos le permitía sobrevivir. Además, los mercaderes de buena gana le daban, o le vendían, algo de lo que transportaban: unos nabos, unas uvas, algún ave a buen precio. No se podía pedir más. El resto del tiempo se dedicaba a rezar. Veía, con la experiencia que le daban tantos años por el mundo, la injusticia, la miseria y la desesperanza y rezaba al buen Dios para que se dignase hacer justicia, apiadarse de los miserables y librarles a todos de las guerras del rey.

Por vivir más apartado y en donde nadie lo localizase con facilidad, abandonó la Villa de Madrid y se fue a vivir a las orillas del río. Encontró una cueva que le pareció adecuada e hizo en ella su morada y allí le siguieron sus fieles amigos, Trijueque y Sacamanchas. Ellos, por su parte, eran pícaros acostumbrados a sobrevivir con poco o casi nada. No comprendieron por qué Piedrola renunciaba a su pensión, tan generosa y tan merecida, según ellos, pero eran buenos amigos y aceptaron la decisión dándole por algo loco.

Algunas veces, después de haber comido junto al río, Piedrola sacaba la carta que le había mandado la nobilísima señora doña Martina Beaumont de Navarra, tal y como le había prometido.

«...y así, tras largas y muy arduas averiguaciones estamos en condición de asegurarnos que pertenecéis a nuestra familia, y que vuestros apellidos son Piedrola y Beaumont, sin que podamos saber de seguro quién fue vuestro padre ya que mi tío, Norberto de Beaumont de Navarra, que dijo ser vuestro tío, se llevó a la tumba el secreto de vuestro ascendiente. No obstante se hallaron entre sus papeles unos testimonios que venían de don Heliodoro, vuestro tutor, lo que venía a reconfirmar vuestra historia. De su puño y letra don Norberto había escrito sobre el documento: “Nuestro sobrino

Miguel ha desaparecido sin que se sepa qué fue de él”, lo que corrobora que erais un pariente cuyo nombre conocía y a quien buscaba. Así que, con el total convencimiento de que sois de nuestro linaje, en un documento adjunto se os reconoce como un pariente menor de nuestra casa, y en nombre de mi hijo, menor de edad, lo firmamos mi marido y yo misma...».

Se preguntaba Miguel de Piedrola si tal reconocimiento, hacía años, le hubiera cambiado la vida. Pero cavilando más pensó que el Señor de Todas las Cosas sabría por qué él tuvo que ser un preso, galeote, soldado de fortuna y miserable. Y por qué, además, aunque ahora supiese que tenía nobles orígenes, no tenía peculio que le hiciese respetable entre los que eran de su casta, ni sabría a quién reclamar en caso de que hubiese alguna herencia. De todos modos ya no le daba importancia y si en algún momento se había interesado por si su procedencia era noble, ahora sólo se dedicaba en sus muchos ratos libres a leer la Biblia que se había agenciado y a meditar sobre ella. Comentaba de vez en cuando con algunos amigos pasajes que le interesaban, y todos daban su opinión, pero procuraban hacerlo con gran sigilo pues bien sabían que el Tribunal contra la Herética Parvedad sospechaba de todos los que demostraban demasiado interés por las Escrituras, no fuesen estos a pertenecer a la secta de los Iluminados, los conocidos como *Illuminati*, que negaban la necesidad de la Iglesia como organización y defendían que el hombre debe de entrar en contacto directo con el Creador sin necesidad de ningún intermediario.

Mientras tanto, crecía el descontento entre las capas más humildes. Muchos labriegos, incapaces de sobrevivir a los impuestos, habían abandonado sus predios y se habían dirigido a las ciudades como Sevilla, Valencia y, claro está, a la Villa y Corte, en donde habían engrosado la ya larga lista de menesterosos y pedigüños, de tramposos y tahúres, de ladronzuelos y pícaros. No había trabajo para tantas manos desocupadas.

En las tabernas, en los tenduchos y en los corrillos, en voz baja, se comentaba que el rey administraba mal las riquezas del reino, que gastaba mucho más de lo que este podía proporcionar, que las guerras eran un pozo sin fondo, que el oro y la plata de las Indias ni siquiera llegaban a pagar las deudas del señor del mundo. La gloria de los Habsburgo les importaba bien poco, ni que Castilla y los otros reinos lucharan denodadamente para defender las tesis del Concilio de Trento. Sólo querían comer cuando tenían hambre, que sus hijos no fuesen a la guerra, que la paz les permitiese labrar sus terrenos sin que el recaudador viniese a llevárselo todo. Sólo ambicionaban dormir con la panza llena y tener una capa aguadera para cubrirse en

invierno. Tampoco querían oír hablar de la reina de Inglaterra, enemiga de España, cuyos piratas asolaban las costas, como si no tuviesen suficiente con los piratas berberiscos y con los turcos. Mejor haría el rey en fortificar esas costas y no en soñar con derrotar a los Turcos en plena mar.

De vez en cuando Piedrola soñaba que el rey estaba durmiendo en su habitación y que en su palacio entraban mensajeros gritando que los turcos habían embestido las costas de Levante y que avanzaban tierra adentro, que los ingleses venían desde el norte junto con los portugueses, que entraban por oriente; pero, aunque los gritos de los mensajeros eran muy fuertes, el rey dormía pacíficamente y no se despertaba por nada.

Otras veces lo veía sentado en su trono y de pronto un fuego se desataba a sus pies. Un humo espeso y negro subía y envolvía al soberano, el dosel del trono caía sobre él, pero aun así no se despertaba. El humo crecía y por fin ahogaba al rey, pero este seguía sentado en su trono hasta que caía muerto.

Curiosamente ya no aparecía el profeta Ezequiel para explicarle los sueños. Quizá no eran del profeta, sino sueños enviados por el maligno, pero Piedrola empezó a comentar estos sueños tan poderosos ante sus amigos y así llegó el momento en que estos esperaban cada día el «mensaje de los sueños». Estas reuniones se tornaron en su mejor momento del día.

En el mercado empezó a tener fama de adivino, vidente e iluminado, y sus sueños eran considerados e interpretados por los oyentes. Cada día crecía la concurrencia y aunque todos aseguraban que mantendrían el secreto, desde luego no lo hacían ya que de día en día había más personas que se unían a las anteriores y seguramente se enteraban de la reunión y del asunto que allí se trataba porque alguien se lo decía.

Un día se presentó un clérigo en el corrillo de los curiosos. Al verlo todos escaparon intentando ocultar el rostro.

—¿Sois vos el oniromante, Miguel de Piedrola? —El susodicho miró al interlocutor. Iba este vestido con negros manteos y llevaba un elegante sombrero también negro. No tenía ningún rostro especial, aunque sin duda los de la Santa Inquisición no tenían caras que les distinguieran de los otros.

—Yo soy, excelencia. ¿Qué me queréis? —le miró interrogante. No tenía miedo, los sueños no son actos de la voluntad y por tanto no pueden ser castigados.

—En realidad para nada en particular, simplemente que mucha gente ha venido a contarme que teníais visiones, sueños premonitorios, y he venido a ver qué hay de cierto en ello. Me llamo Alonso de Mendoza y soy canónigo de Toledo, creo que los sueños pueden ser mensajes de espíritus protectores, como el Ángel de la Guarda o de algún otro santo o bienaventurado, o bien del maligno para confundirnos. Quisiera saber quién os envía los sueños.

—¡Ah, pues por ese lado no hay cuidado monseñor! Los sueños me los manda el profeta Ezequiel.

—¿El profeta Ezequiel? —se extrañó el clérigo—. Que yo sepa desde el Antiguo Testamento no ha dado señales de vida. Pero en fin, todo esto es algo que habla de la magnificencia y la sabiduría de Dios y no sería demasiado raro que un profeta en persona profetizase por vuestra boca a través de vuestros sueños.

Mientras Alonso de Mendoza razonaba, todos se había ido espantados de ver a un clérigo hablando con Piedrola, así que estaba solos y el que se había presentado a sí mismo como canónigo de Toledo le preguntó:

—¿Os vendríais a comer conmigo amigo Piedrola? He venido de Toledo porque tengo que hacer unas gestiones y visitar a algunos parientes, pues soy de la casa de Mendoza como habréis podido colegir por mi nombre. Los Mendoza somos muchos, también en Madrid. Siempre que vengo me alojo con mi pariente, que es inquisidor: don Lope de Mendoza. —Al ver que Piedrola se estremecía el clérigo se echó a reír—. No temáis, no está en casa, está de visita *ad limina* y tardará aún en volver, quién sabe si meses, pero yo siempre que vengo paro en su casa, que es la mía también. Nos servirán bien y estaremos a solas. —Repentinamente Piedrola sintió el impulso de charlar con el clérigo, parecía educado e

interesado en sus sueños, además le había invitado a comer y aunque él era parco y frugal, casi abstinerente, sintió ganas de comer algo caliente, bien sazonado y regado, quizá, con un buen vino tinto.

—Vayamos entonces a donde monseñor indique —dijo recogiendo su capa que había colocado doblada sobre una silla.

—Vamos, amigo Piedrola, pero os he de decir que no soy monseñor, soy sólo *su reverencia* o *vuestra reverencia*, pero no más. —Inició el camino indicando hacia dónde habían de dirigirse mientras hablaba—: No soy monseñor porque el rey, nuestro señor natural, me denegó un alto puesto en la Iglesia. —Pareció considerar si contar a su interlocutor lo que estaba pensando, seguramente decidió que sí, porque continuó—: Fui candidato a ocupar la silla del obispado de Calahorra pero don Felipe no dio su *pláacet* y escogió en mi lugar a don Pedro Portocarrero, como si los Portocarrero fuesen más que los Mendoza. —A Miguel de Piedrola le pareció notar algo de despecho en las palabras del reverendo. Él continuó—: No soy del agrado del soberano, tampoco me quiso en su día como maestro del príncipe y escogió a don García de Loaisa.

No fueron a pie, pues una carroza estaba apostada no lejos de donde Piedrola y los suyos solían reunirse después de la hora del trabajo. Una hermosa carroza, con conductor, mozos y espoliques esperaba pacientemente a don Alonso. El escudo de los Mendoza campeaba orgulloso en las puertas y en la ropa de los servidores. Unos hombres a caballo les daban guardia. Tan pronto como subieron a ella, el reverendo echó las cortinillas.

—Es mejor que no nos vean juntos, en Madrid la gente es muy murmuradora y sacarán punta a cualquier cosa —dijo don Alonso.

Los hombres a caballo iban despejando la calle de modo que no tardaron mucho en llegar al palacio del inquisidor, don Lope de Mendoza. Entraron por un gran portalón a un patio empedrado de donde arrancaba una escalera también de piedra. Los espoliques, solícitos, acudieron a abrir la puerta y trajeron unas pequeñas tarimas a modo de escalones por si alguno de los señores no deseaba saltar desde la carroza al suelo. El clérigo agradeció el escaño porque sus ropas le impedían hacer algunos movimientos so pena de enredarse los pies en sus manteos y caer de bruces, Piedrola dio un pequeño salto y sin problema alguno se halló en el suelo mirando con fascinación el patio del hermoso palacio.

En la planta baja había una serie de arcos cubiertos por si llovía; de este modo, bajo la protección de las arcadas, los de la casa podría ir de un lado a otro sin mojarse en caso de que lloviese, o protegerse del sol cuando hiciese demasiado calor. Bajo los arcos se abrían una serie de ventanas, estrechas y graciosas, con una columnilla en medio que respondía al descriptivo nombre de *parteluz*. Mirando hacia arriba vio que los arcos se repetían formando una hermosa balconada. No pudo ver más, su acompañante le hizo señas de que le siguiese. Subieron por las majestuosas escaleras. A un lado había un pasamanos que estaba ejecutado en piedra calada con artes que reproducían unos retorcidos motivos vegetales, mientras que por el lado de la pared se habían colocado sobre el muro, a modo de adornos, muchas armas tales como hachas, lanzas, picas y espadas; así como escudos, armaduras, petos, cimbras y banderolas, y otros adornos de tipo militar. Más parecía la casa de un capitán general que la de un religioso.

—No os llame la atención, amigo Piedrola —dijo divertido don Alonso—. Esta casa es de mi primo, pero por muchas generaciones ha sido de los Mendoza, y en nuestra familia hemos sido principalmente militares, como corresponde a las grandes familias del reino.

—Ya veo, ya —contestó sin saber qué decir el soldado Piedrola.

—Seguidme, tengo mis propias habitaciones, allí no molestaremos ni seremos molestados.

Un gran salón les esperaba, en donde ambos hombres se sentaron en cómodas cátedras. Un sirviente se apresuró a llevarse el sombrero del canónigo. Volvió al poco con unas limonadas que ambos agradecieron. En el salón estaban lejos del bullicio de la Villa y Corte. No se oía ruido alguno y las ventanas entornadas no dejaban pasar la crudeza de la luz. Bebieron sus refrescos en silencio y al fin habló el señor canónigo.

—Me costó algún esfuerzo hallaros, amigo Piedrola, se diría que tenéis un alojamiento secreto. Me habían llegado muchos rumores de que un soldado profeta hablaba a las gentes en las cercanías del mercado.

—Ya no soy soldado, reverendo, estuve en el ejército de nuestro señor natural varios años, y no soy profeta. Sueño cosas, a veces se cumplen, y a veces no, como a cualquiera. —Intentaba disimular porque todavía no sabía las intenciones del de Mendoza. Él le había dicho que su primo era de la Inquisición, pero... ¿y si él también lo era? Era mejor andarse con pies de plomo.

—Como quiera que sea, amigo Piedrola, hay mucha gente que se interesa por vuestras visiones... Esta tarde ya lo he comprobado.

—Sueños, señor canónigo, sueños. No visiones —le interrumpió Piedrola.

—Vale, sueños, pero sea lo que sea, mucha gente os sigue y se reúne para oírlos.

—Porque la gente es de por sí novelera e imaginativa. Para muchos de ellos mis sueños son como cuentos que vienen de un reino que ellos han explorado alguna vez.

—¿No os habéis parado a pensar que alguien está enviando mensajes a los cristianos a través de vos?

—Oh, sí. Sí que lo he pensado, señor canónigo, pero no puedo evitar tener esos sueños. —Don Alonso se puso de pie.

—Seguidme si os place, es hora de ir al comedor y hoy vendrán algunos amigos. Os los presentaré, todos ellos han oído hablar de vos y desean conoceros.

—¿Gente que desea conocerme? —se admiró el soldado—. ¿Y quiénes son ellos?

Andando por los pasillos habían llegado al comedor. Una gran aposento con la mesa puesta ya con gran cantidad de manjares esperaba a los comensales. Había varias personas; algunas, formando corrillos, hablaban entre sí.

—Claro, hay gente que ha oído de vuestro sueños y desea que los interpretéis. Son visones oscuras con muchas interpretaciones para los no iniciados.

—¡Pero si yo soy iniciado en nada! —protestó Piedrola; sin hacerle caso, el canónigo atrajo el interés de los convidados.

—¡Queridos amigos, prestadme un poco de atención! —dijo una leve palmada, se veía de lejos que estaba gozando su protagonismo—. Este bravo soldado de los Tercios de Milán —se admiró Piedrola de que supiese esos detalles de su vida, por lo visto había hecho indagaciones— es quien tiene los sueños premonitorios de los que todos hemos oído hablar. Mi pariente, el inquisidor don Lope de Mendoza, es el primero que me relató que este amigo que nos acompaña vio en

visiones cómo el príncipe Carlos no llegaría a reinar, cosa impensable en aquel momento, pero desgraciadamente el príncipe falleció sin ceñir la corona. También vio en sueños que fallecería nuestro Papa, Gregorio III y que le sucedería Sixto V, y otras muchas cosas que no podemos relatar.

Todos se acercaron por mejor ver al soldado profeta, que era como empezaba a ser llamado en los mercados y tabernas.

—Don Miguel de Piedrola —continuó el canónigo, encantado con su papel—, dejadme que os presente a nuestros amigos e invitados: don Antonio Pérez, secretario del Consejo de Castilla, se ocupa de los asuntos de las Provincias de Flandes, Francia, Inglaterra y Alemania.

El mencionado, que iba vestido con atildamiento y perfumado con agua de rosas, le hizo una leve reverencia y le miró con curiosidad no disimulada.

—Este otro amigo es don Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial junto con otros que tal vez conoceréis más adelante. —Don Juan le saludó cortésmente con una inclinación de cabeza—. Mi secretario, fray Lucas de Allende, guardián de San Francisco —continuó don Alonso de Mendoza—. Este otro amigo es Guillén de Casaus, místico y escritor notable, y a veces, adivino y pronosticador; a mi derecha, el más grande escritor místico de este siglo: fray Luis de León, y por último mi amigo, curioso de todas las ciencias, Domingo Navarro.

Una vez que todos hubiesen sido presentados, se sentaron a la mesa para dar buena cuenta de las viandas, y si Piedrola había venido con la esperanza de probar buena comida y mejor vino, no se vio decepcionado.

Charlaron hasta que llegó la noche y todos estuvieron de acuerdo en que los gastos de la Corona superaban con mucho las posibilidades del reino; todos incluyendo el secretario del Consejo de Castilla, don Antonio Pérez, quien pareció muy interesado en el porvenir del reino y de la casa de Austria. Los impuestos habían quebrado el espinazo de los labriegos y artesanos y la moneda había sido mezclada con cobre, produciendo la quiebra de los mercados de la lana y ganado. Don Felipe se creía un nuevo Salomón y el país no daba para tanto. Sin duda los sueños premonitorios de Piedrola eran mensajes del más allá sobre las desgracias que les aguardaban si el rey seguía por el mismo camino.

Todos se manifestaron curiosos sobre los extraños sueños del soldado profeta y decidieron que era importante que siguieran el devenir de los mismos por si llegaba también una solución a la miseria del pueblo. Preguntaron si podían ellos, sus nuevos amigos, acudir disfrazados a los lugares en donde él los relataba al pueblo.

—No creo que eso sea una buena idea, señores míos —dijo dubitativo Piedrola—. Si alguno os reconociese, cosa no imposible, se correría la voz de que nobles y clérigos vienen a escuchar el relato de extraños sueños y premoniciones, y en seguida tendríamos a la Inquisición sobre nuestros pasos. Aunque inocentes, podríamos tener algún disgusto, fuesen los inculpados nobles o plebeyos.

—Ninguno de nosotros hablaríamos de vuestras premoniciones —dijeron a coro los invitados.

—No, no es problema que los relatéis, sino que se puede correr la voz de que importantes personajes, clérigos incluso, acuden a oír mis sueños. Ello agravaría la cuestión. Yo ya no vivo en la ciudad por huir de la notoriedad que da la fama. Vivo fuera de la Villa y Corte, en una cueva en Sopeña, sin dirección alguna, y no deseo ser más conocido.

—¡Pero nosotros deseamos saber de vuestros sueños! Sin duda algún espíritu de luz divina está enviando un mensaje y, si no lo oímos, ¿para qué sirve?

—Entonces me rindo. Pensad un buen sitio en donde nos podamos reunir los presentes sin ser reconocidos; cuando tenga algún sueño, os mandaré secretamente recado y nos reuniremos en ese lugar discreto y reservado.

—¡Yo tengo una idea! —dijo Juan de Herrera—. Aprovechando que soy arquitecto, ¿por qué no preparar en Sopeña una serie de cuevas bien compuestas y seguras en las orillas del río? Seríamos como una cofradía y nos distinguiríamos con alguna señal secreta sólo conocida por nosotros. Yo tengo cuadrillas de trabajadores que lo harían a nuestra entera satisfacción sin hacer preguntas.

—Una especie de catacumbas para nosotros —dijo entusiasmado Guillén de Casaus—. Lo mantendremos en secreto. Yo mismo me haré cargo de acondicionarlas para poder habitarlas.

—Como nuestra intención es buena y recto el fin, yo las bendeciré para evitar que el maligno nos engañe —dijo fray Luis de León.

—Yo correré con los gastos del acondicionamiento y la obra —añadió el canónigo de Toledo.

Se despidieron satisfechos con su idea, una cofradía secreta para meditar sobre los mensajes que enviaba el profeta Ezequiel por boca de Miguel de Piedrola. Mientras las cuevas no estuviesen preparadas quedaron en verse en el mismo lugar, en casa del inquisidor Mendoza, por lo menos hasta que volviese de la visita *ad limina*. Roma estaba muy lejos.

XXIII

Encuentros en El Escorial: Juan de Herrera. Eleno de Céspedes. Don Juan de Austria

«¿Qué hombre fue invento deste navío?
Decid. ¿Quién pudo con las gruesas gamenas
Echalla al agua? ¿Con qué hacha aguda
Los maderos cortados levantaron
Esta profunda obra?...»

Archimelo

JUAN DE HERRERA INVITÓ A Piedrola a visitar las obras de El Escorial y el antiguo soldado sintió interés por ver la inmensa construcción de la que se hablaba en todo el mundo. Al llegar vio una ingente multitud de trabajadores que iba de aquí para allá ocupada en ensamblar los bloques que constituirían los cimientos y paredes.

—¿Todo esto lo tenéis en la cabeza, amigo Herrera? —preguntó sorprendido ante la enormidad y la magnificencia del proyecto. Juan de Herrera se echó a reír.

—Soy arquitecto y sí, en mi cabeza está todo esto, pero no cada detalle. Esos han de ser trabajados de uno en uno.

—Hay algo que me sorprende —añadió Piedrola, contemplando con admiración la monumental obra—. Bueno, me sorprende todo lo que veo. Pero, don Juan, ¿dónde cortan y labran las piedras? ¿Por qué no se oye el resonar de los canteros? —Don Juan contestó complacido.

—Procuramos que haya silencio, porque esta obra que veis es la reproducción del Templo de Salomón, y en el Segundo Templo no se cortaron las piedras en el lugar de la obra, por respeto y recogimiento. Aquí también hemos optado por traer las piedras desde Alpedrete ya cortadas. Ello da a la obra un aislamiento y recato que de otro modo no podríamos lograr.

—¿Como si la construcción fuese una oración en su desarrollo?

—Exactamente, eso es lo que tratamos de hacer, que sea una oración de piedra. Este Monasterio será el Tercer Templo de Salomón, para ello nos hemos guiado por el libro que consiguió Su Majestad, una traducción al castellano del *Josefo*, editado en Amberes en 1555. En el *Josefo* vienen los planos de los sucesivos templos. Nuestro templo y monasterio es una réplica, diríamos que corregida y aumentada del Tercer Templo de Salomón porque tiene un eje central y repite el esquema original en espejo. De hecho es el Tercer Templo que nunca se edificó, y las particularidades las dictó el profeta Ezequiel...

—...en sus libros cuarenta y uno y cuarenta y dos... —añadió Piedrola. Juan de Herrera le miró atónito.

—¿Sabíais de esto? Sólo unos pocos iniciados, arquitectos y hebraístas lo saben. Hay que haber leído todas las profecías, y pocos eruditos lo han hecho. Y menos aún se saben de memoria el número de los Libros según su contenido. —Sobrecogido, el soldado contestó ensimismado:

—Nunca hasta hoy había oído decir que el profeta Ezequiel hubiese dictado las proporciones del Nuevo Templo, o que había inspirado las proporciones de una Casa de Dios. Mi Ángel de la Guarda me lo ha dictado mientras hablaba, os lo juro.

—¿Y entonces...?

—Me lo ha dicho el profeta. En ese momento en que hablabais me dijo al oído que los libros cuarenta, cuarenta y uno y hasta el cuarenta y dos contienen todos los datos y mandamientos para el Tercer Templo. —Desde ese día Juan de Herrera se creyó todo lo que Piedrola soñaba como revelaciones de una mente divina. No se alejaría de él, sin duda estaba tocado por el dedo de Dios.

El rey estaba cada día más melancólico, más retraído. Para los nobles era cada vez más difícil entrevistarse con el soberano. So pretexto de cumplir con la rígida etiqueta borgoñona, el monarca estaba aislado. Todo el tiempo que no le ocupaban los asuntos de estado lo invertía en leer sus preciados libros. No sólo de arquitectura y jardinería, que eran sus preferidos como

distracción, sino también de abstrusas ciencias como la alquimia. Se preguntaba el soberano si se podría domar la naturaleza por medio de conocimientos secretos, si los estudiosos de la alquimia podrían, alguna vez, llegar a dominar los misterios de la transmutación.

Soñaba don Felipe con que su palacio y monasterio estuviese terminado para poder meditar allí en la soledad de aquel lugar sobre los misterios de la naturaleza y los misterios de Dios. Pero para acelerar los trabajos hacía falta dinero. Los alquimistas de la corte intentaban incansablemente obtener, si no oro, sí al menos plata partiendo de metales tan viles como el plomo, el cinc o el estaño. De ello se ocupaban Tiberio de Roa y Pedro Stenberg, sus alquimistas pensionados, y ellos perseguían incansablemente esa transmutación, tan evasiva, trabajando aquellos metales mediante su aleación con mercurio. Es cierto que habían obtenido algo muy parecido a la plata, pero los Tercios se habían negado a ser pagados con aquella plata nacida de la alquimia, porque decían que degeneraba al poco tiempo y volvía el metal a su ser natural. No era estable. Los trabajos continuaban, pero don Felipe tenía cada vez menos esperanzas.

* * *

Miguel de Piedrola iba de vez en cuando a El Escorial a visitar a su amigo don Juan de Herrera. Admirado veía cómo la obra avanzaba con gran celeridad. A veces, cuando el ritmo del trabajo lo permitía, comían juntos y comentaban libros que ambos habían leído, y el arquitecto no cesaba de admirarse de los conocimientos de aquel hombre tan austero. Se sintió fascinado cuando oyó hablar de la escuela de los jenizaros, en donde habían impartido a Miguel de Piedrola tantas enseñanzas en un tiempo relativamente corto y por ello aprendió también a recelar de los turcos por algo más que por su temible ejército y su flota magnífica. Sin duda un pueblo que preparaba así a sus guerreros era un pueblo notable y con muchas posibilidades de triunfar en un enfrentamiento de poder a poder. Piedrola no presumía de nada pero sus conocimientos, opinaba el arquitecto, estaban desperdiciados. El soldado conocía toda Europa continental, Turquía, todo el mar Mediterráneo, la vida del militar en el campamento y en la guerra, la vida del estudioso, del erudito, del prisionero, del galeote y del hombre

solo en el mundo. Conocía diferentes idiomas y dialectos. Había leído mucho y pensado mucho, y ahora sabía también que el profeta Ezequiel le inspiraba. Sin duda alguna, para Juan de Herrera, el profeta Ezequiel habitaba en los sueños proféticos de Miguel de Piedrola.

Un día, de camino a la obra del monasterio, Piedrola vio una figura que le pareció familiar. Iba de espaldas y no podía verle la cara, así que se contentó con seguirle un trecho preguntándose en dónde había visto él aquel cuerpo alto y atlético, pero aun así delgado y frágil. Le adelantó, y al pasarle le miró a la cara, el otro lo advirtió y parándose en seco preguntó altivo:

—¿Me seguís, o nos conocemos? —Llevó la mano a la espada. Repentinamente Miguel reconoció a esa persona. Le extendió calurosamente la mano.

—¡Vamos, vamos, no me ensartéis, Eleno de Céspedes! —y luego, llevado de su sorpresa más que de la curiosidad, le preguntó—: ¿Qué hacéis en El Escorial?

El nombrado le miró un instante y de pronto él también le reconoció.

—¡Pero cómo, vos aquí! —Le estrechó la mano y luego le alejó un tanto para mirarle mejor—.

Miguel de Piedrola. —Lo miró con incredulidad y repitió como para convencerse—: Miguel de Piedrola. —Y repentinamente—: ¿Hallasteis por fin a vuestros antepasados?

Y es que en las largas horas allá en las Alpujarras, horas en que ambos habían cultivado una especie de amistad, Miguel le había referido su vida y cómo andaba buscando a su familia.

—Los hallé, los hallé —bajó la voz—, amiga Elena. —Ella miró a alrededor y le hizo un gesto.

—Sigo siendo, como veis, Eleno de Céspedes. No soy Elena para nadie.

—Sé que os gusta la guerra y la vida en libertad, pero ya pasa de castaño a oscuro, una mulata tan linda vestida como un hombre... Yo, desde luego, no diré nada. —Eleno de Céspedes se echó a reír con desenvoltura.

—No sabéis amigo mío, cuánto me gusta ser hombre. De hecho, me he casado. —Atónito, Miguel miró al joven Eleno, o Elena, como guste el lector.

—¿Que os habéis casado? ¿Y vuestro marido os deja andar de esta guisa?

—No, no lo habéis entendido bien, amigo Piedrola. Me he casado con una mujer, se llama María del Caño.

—Y ella... —el atónito Piedrola no sabía cómo continuar. Eleno se rió de nuevo.

—Ella está contenta y somos felices. —Desconcertado y deseando cambiar de conversación, preguntó Miguel:

—¿Y cómo por aquí?

—He venido a examinarme. —Ahora sí que Piedrola se quedó extrañado.

—¿Examinaros? ¿De qué?

—De *zurujano*, sangrador y médico.

—¿Todo eso?

—Sí, así es, estuve bastante tiempo en Madrid de ayudante de un médico valenciano que era sangrador y *zurujano*. Ahora me he establecido por mi cuenta en un pueblo cerca de Cuenca pero el barbero, al ver que hacía sangrías, me ha acusado de intrusismo; así que para poder ejercer sin problemas he venido a examinarme en el Protomedicato, como lo hacen todos los médicos que desean ser reconocidos y diplomados para ejercer en todas partes. Ese panel examinador y los diplomas que los examinadores expiden salen de aquí, amigo, de este pueblo de El Escorial y por eso he venido.

—¿Os examináis hoy?

—Hoy y tres días más. Y un día extra si aspiro a la excelencia. Lo haré, sé mucho de este oficio y tengo gran confianza en que lo sacaré. Entonces podré ejercer en toda la tierra como cirujano, médico o sangrador.

—Me gustaría veros mientras estéis aquí... ¿A qué hora estáis libre?

—De una a cuatro se levanta el tribunal para comer.

—Pues ya que es la hora, vayámonos a comer nosotros y quedaremos también para mañana. ¡Tenemos mucho que contarnos!

De sus visitas a El Escorial, Miguel de Piedrola ya conocía los lugares que había para almorzar. Le gustaba un lugarejo algo apartado en donde se comía bien y el vino era excelente. El mesón era limpio y tranquilo; sólo tenía una pega: era algo costoso, y seguramente su tranquilidad le venía de ello, pues no mucha gente estaba dispuesta a pagar más dineros

por lo mismo que comería en otros sitios. Pensó en ir allí, al menos no estarían pegados a otras mesas o sentados todos en una mesa larga en donde se compartían las conversaciones. Allí podrían hablar con la seguridad de no ser escuchados.

—¿Os fiáis de mí si os llevo a un lugar a comer?

—¡Pues claro, amigo Piedrola!

—Seguidme, pues. Vamos al Figón de los Señores.

—¡Qué nombre tan curioso! Los señores no suelen ir a los figones... Así hablando llegaron a la casa de comidas. No se veía desde fuera, sólo un cartel de hojalata clavado en un postecillo anunciaba: «Por aquí se entra al Figón de los Señores». Entraron y se sentaron en una esquina. Enseguida llegó el mesonero secándose las manos con un trapo. Saludó efusivamente a Miguel de Piedrola.

—Buen día, mi señor de Piedrola. —Miró alrededor—. ¿Dónde anda mi señor de Herrera? ¿Vendrá luego?

—No, amigo Perico, hoy no viene nuestro común amigo; hoy he venido con un camarada de los tiempos en que ambos éramos soldados. El señor de Céspedes. —Eleno de Céspedes se levantó ceremoniosamente e hizo una reverencia cortesana que llenó de satisfacción al buen mesonero.

—¡Bueno, bueno, basta de saludos, sin duda los señores tendrán hambre! Mientras piensan en qué desean yo les traeré por cuenta de la casa alguna cosilla para ir abriendo el apetito...

Eleno de Céspedes contó a su camarada cómo de antiguo había ejercido los oficios de tejedor, remendón, sastre, hojalatero y soldado; y cómo, por fin, había hallado a un médico valenciano que le tomó de ayudante y tanta maña se dio en aquello, que había descubierto su verdadera vocación. Por su parte Piedrola le relató cómo se había retirado de las armas y que ahora tenía un grupo de amigos que le seguían.

—¿Y de qué vivís, si puede saberse?

—Pues descargo bultos en el mercado y hago algunos trabajos. Mis amigos importantes me proporcionan algo que hacer. Tienen poder y no les faltan sirvientes, a veces ayudo en algo y obtengo dinero por ello. En realidad no me falta de nada. Mis necesidades son pocas, y yo soy parco. Con comer todos los días y tomar un vaso de vino de vez en cuando, me conformo. La ropa dura mucho y vivo en una cueva.

—¡Pero eso no es posible, mi señor de Piedrola! Un veterano de la guerra viviendo en una cueva como un animal salvaje! No puede ser. Tenéis derecho a una pensión. ¿Lo sabíais?

—Sí, claro. De hecho la tenía, me la otorgó el mismo rey don Felipe.

—¿Cómo que «la tenía»? ¿Os la han quitado?

—No, no me la han quitado. Hace tiempo que no voy a cobrarla... quiero conservar mi libertad. Así ambos cofrades se contaron sus vidas desde que estuvieron juntos en las Alpujarras hasta el día de hoy. Quedaron para comer al día siguiente en el mismo sitio. Eleno de Céspedes tenía que ir ahora a continuar su examen.

El destino está escrito sin duda porque, si no, no se entiende que pequeños detalles cambien la vida de los hombres. Al día siguiente Piedrola llegó pronto a su cita, pidió un vaso de vino fresco y unas aceitunas mientras esperaba. Era junio y, aunque estaban a la sombra, hacía calor. A poco de estar allí entró un caballero embozado y se sentó de espaldas a él; como no había nadie más, Piedrola se dedicó a mirarle porque, aunque de espaldas, le era vagamente familiar. El caballero también pidió vino y quizá algo más que Piedrola no alcanzó a oír. Es posible que el señor hidalgo, pues sin duda lo era, también se aburriese y por ello decidiese echar una mirada a su alrededor mientras esperaba su comanda. Con estupor, cuando el desconocido giró su rostro, Piedrola reconoció a su general, don Juan de Austria. Sin pensarlo se puso de pie y lo saludó.

—Dios bendiga a vuestra alteza, señor don Juan de Austria. —El otro le miró algo extrañado. No esperaba ser reconocido en lugar tan peregrino y lejos de los sitios que acostumbraba a frecuentar.

—Que Él también os bendiga... —Luego preguntó algo extrañado—: ¿De dónde nos conocemos? No recuerdo ahora, aunque tengo buena memoria para los rostros.

Piedrola no osaba sentarse y habló desde su rincón:

—No me extraña que vuestra alteza no me recuerde. Quizá jamás habéis visto mi cara; no obstante acompañé a vuestra alteza en la guerra de las Alpujarras.

—¡Ah, brava ocasión, vive el cielo! Pero ya que me habéis reconocido e iba a yantar yo solo, ¿por qué no me acompañáis, señor...? —Rió, y su risa era simpática como la de un chiquillo. Su rostro era agradable y sus

maneras gentiles—. No me habéis dicho vuestro nombre, mi veterano de guerra.

—Piedrola, alteza. Miguel de Piedrola y Beaumont.

—¡Y Beaumont! Así que al fin pudisteis probar ese apellido. —Ahora le tocó el turno a Piedrola de quedarse atónito, sin embargo no dijo nada. Don Juan continuó—: Pero venid, Miguel de Piedrola y Beaumont, sentaos conmigo. Odio comer solo. He pedido medio cordero asado, pediremos otro medio con unas botellas de buen vino.

Piedrola se acercó y dijo pesaroso:

—Señor, no puedo acompañaros porque he quedado aquí con otra persona. —El príncipe le miró con mirada interrogante.

—¿Con alguna dama? —Piedrola se alarmó. ¿Conocía acaso a Elena de Céspedes? Luego cayó en cuenta de que era una pregunta genérica. No pensaba en Elena de Céspedes.

—No, alteza, es un camarada de armas; también estuvo en las Alpujarras, nos hemos hallado por casualidad y hemos quedado para comer aquí porque es lugar tranquilo.

—¡Ah, pues si es un camarada de armas y también estuvo en las Alpujarras, me gustará conocerle! Fue dura; dura, larga y difícil, aquella campaña. —Suspiró mirando a lo lejos—. Me hubiera gustado agradecer a cada uno de los hombres que combatieron bajo mi mando. Al menos agradeceré a dos. —Volvió a reír con su risa abierta y alegre—. Venga, acercaos y pidamos vino mientras esperamos al camarada. ¿Cómo se llama?

—Eleno de Céspedes, alteza.

—Ah, de ese sí me acuerdo, era el único soldado con mezcla de blanco y negro en toda la tropa. ¿No era un mulato alto y delgado, barbilampiño, casi como una mujer?

—El mismo, don Juan, sigue igual. —Se sentó junto al general sin poder casi creérselo, pero don Juan era tan risueño y comunicativo que al punto se olvidó de sus reparos. Al cabo de unos vasos de vino, Piedrola se sintió más seguro de sí mismo y se atrevió a decir:

—Señor, he oído decir que a los reyes y príncipes no se les puede hacer preguntas, pero ya que estamos como si dijéramos de incógnito y libres de protocolo, ¿puede un soldado preguntar algo a su general?

—¡Que difícil y rebuscado lo ponéis, Miguel de Piedrola! Venga esa pregunta.

—¿Cómo sabía vuestra alteza que el apellido Beaumont estaba por probar? Pocas personas en el mundo lo sabían, quizá una o dos.

—Es una pregunta fácil. Mi hermano, su majestad serenísima don Felipe, me ha hablado de un tal Miguel de Piedrola, nombre por demás extraño. Me dijo que el tal Miguel de Piedrola, vidente por lo que he oído, podría ser pariente de los Beaumont, de la casa real de Navarra, según mi amigo el almirante y príncipe Andrea Doria; y que vos estabais haciendo pesquisas en esa dirección. Por eso al oír el nombre de Piedrola y Beaumont, colegí que ya teníais el dato preciso. —Pareció dudar un poco—. No sabía que habíais venido conmigo a la campaña de las Alpujarras, os habría hecho llamar.

—¿Y para qué, mi señor don Juan?

—Pues... porque me dijo mi real hermano que teníais visiones, sueños o revelaciones de no sé qué santo o profeta. Que le habíais predicho que mi sobrino don Carlos no llegaría al trono, y la muerte del Papa y el nombre de su sucesor, y algunas otras cosas por demás curiosas e indescifrables. Por eso os habría mandado llamar, y por hacerme una idea de si erais un charlatán o un hombre serio.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado, mi señor príncipe?

—A ninguna todavía, pero vais por buen camino. Sois muy famoso, ¿no lo sabíais? También el príncipe Andrea Doria me habló de vos, en relación a una visión vuestra sobre unos barcos... — En eso llegó Céspedes y al ver a Piedrola hablando con un desconocido se paró en seco, no sabiendo si ir a su encuentro o salir del mesón, pero el príncipe vio a Eleno y se levantó de su asiento con ademán cortés.

—Eleno de Céspedes, ¿verdad? Uníos a nosotros, os esperábamos para comer.

Se sentaron juntos, Eleno reseñó los incidentes del examen en el Protomedicato y luego todos comentaron aquella campaña en que lucharon juntos por la misma causa, como tres veteranos de guerra sin hacer distingos de rango, porque el amistoso don Juan no lo consintió.

—Si estuviéramos en el campo de la lucha, sería imprescindible mantener las distancias y os tocaría obedecer sin rechistar, pero ahora somos tres amigos que se han reencontrado y que pueden comentar recuerdos

de los peligros compartidos. —Se dirigió a Piedrola—. He oído decir cosas muy bizarras de vos. Contadme vuestra vida, si os place.

Así pasó el rato y, más tarde, Céspedes se despidió, pues tenía que continuar sus exámenes.

—Siento tener que abandonaros, alteza, pero el examen continua por la tarde.

—Os deseo éxitos en la vida profesional y particular, Eleno de Céspedes. —Le observó un momento con su mirada cordial y amigable—. Si alguna vez necesito un médico, ¡quiera Dios que no sea nunca!, os haré buscar. Hacedme llegar noticias de dónde os establecéis.

Eleno se fue sin poderse creer que el mismo capitán general, hermano del rey don Felipe, al que obedecían miles de hombres, príncipes y potestades, había comido con ellos en la misma mesa como un camarada.

Al retirarse Eleno de Céspedes, Piedrola continuó con el relato de su extraña vida y aventuras, relatándolas en detalle al infante, y este no le interrumpió hasta que empezó a caer la tarde. Por fin calló. Don Juan de Austria le había escuchado atentamente y en silencio, cautivado por las aventuras del soldado.

—¡Vive el cielo, Miguel de Piedrola y Beaumont, que no he oído una historia más bizarra que la vuestra! ¿Y decís que no deseáis que don Felipe sepa de vos? Yo sé que desea saber por dónde andáis.

—No, mi señor príncipe, no deseo dar noticias de mí a Su Majestad; deseo ser libre y no esperar a cada momento un billete de Su Majestad Serenísima enviándome a donde le plazca. Yo ya he cumplido con mi país. He sido esclavo, galeote, marino, soldado y todo lo que se puede ser. Sólo deseo hallar a Dios y a mí mismo.

—Noble ambición, más propia de un místico que de un soldado. —Calló un momento, como si pensase en algo insondable. Al cabo dijo—: Señor de Piedrola, ¿me mandaréis recado si soñáis algo que tenga que ver conmigo?

—Es lo mismo que me hizo prometer vuestro real hermano, señor. —Piedrola lo pensó un momento—. Os lo prometo, don Juan; pero decidme si os he participar nuevas soñadas si estas fuesen infaustas.

—También, soñador del profeta. —Don Juan se puso en pie y se despidió con afabilidad—. En fin, muchas gracias por un magnífico día

no esperado, amigo mío. He venido hoy con un recado muy importante de parte de mi hermano y señor para don Juan de Herrera. El arquitecto y yo somos muy amigos porque don Juan fue educador de mi sobrino don Carlos, que en gloria esté, y entonces yo compartí con mi sobrino sus clases de matemáticas. En resumen, que venía con un encargo y no supuse que conocería a una persona como vos, Miguel de Piedrola. —Se caló el sombrero—. He de irme, se hace tarde. ¿Os llevo a algún sitio? Tengo mi carruaje ahí fuera, no lejos, y no sería ninguna molestia. —Se puso los guantes y dejó unas monedas en la mesa—. Señor de Piedrola, sería un honor si quisierais embarcar conmigo, saldré contra el turco dentro de muy poco, este mismo mes, en la galera *La Real*. Pensadlo bien. —Se quitó un anillo de su mano izquierda—. Tomadlo en recuerdo de una tarde inolvidable. Si alguna vez necesitáis algo de don Juan de Austria, hacédmelo llegar. —Salió del mesón sin mirar atrás. Cuando volvió el mesonero recogió el dinero que don Juan había dejado sobre la mesa.

—¡Vaya, qué hidalgo tan generoso vuestro amigo! ¿Quién es?

—Un camarada de la guerra, un camarada como no hay otro. —Guardó el magnífico anillo en un bolsillo, no era cuestión de lucir tal joya siendo un hombre pobre como él era.

* * *

Corría el mes de junio de 1571 y, una vez más, un gentío se dirigía hacia Barcelona, como había hecho hacía ya casi treinta años. Barcelona había sido pregonada como el punto de embarque de una gran flota que necesitaba a su vez de miles de soldados. De todas partes hombres deseosos de hacerse a la mar y de luchar, y por qué no decirlo, de cobrar por sus servicios, se dirigían hacia la costa. Se había hecho público por medio de los sayones que el príncipe don Juan de Austria había sido nombrado generalísimo de las fuerzas conjuntas del papado, la Serenísima República de Venecia y España. La flota llegaría a Barcelona a mediados de julio, y la gente se apresuraba para estar allí cuando los oficiales de enganche instalasen sus mesillas en los lugares públicos. Se había proclamado que se prefería a hombres con experiencia de mar, pero no exclusivamente. Mucha gente sin oficio conocido alguno decidió probar suerte; fuese lo que fuese la faena a bordo, no sería peor que morir de miseria. No había trabajo, las cosechas habían sido malas, los impuestos abrumaban al pueblo... Un trabajo fijo por un cierto tiempo se les antojaba la respuesta a sus oraciones.

Dejamos a las esperanzadas multitudes dirigiéndose en grandes grupos hacia Barcelona. No sabemos si Miguel de Piedrola camina también hacia allí.

XXIV

Las naves de Lepanto. Los consejos de Piedrola

«En “La Real” de don Juan / un estandarte arbolado Y en él las armas reales / pintadas al diestro lado;

Las de Venecia al siniestro / en otro escudo apartado. Y en medio de ambas á dos / un Cristo crucificado»

LA NAVE DE DON JUAN de Austria había de ser la más fastuosa y magnífica que vieran los siglos; su superioridad y hermosura debían de estar a la altura del poder de su hermano, don Felipe de Austria, rey del mundo. El duque de Francavilla, príncipe de Melito y virrey de Cataluña, hacía años que había recibido la orden de hacer construir en Barcelona una galera de la mejor madera existente. El conde de Monteagudo, Francisco Hurtado de Mendoza, se ocupó de que las decoraciones externas de *La Real* superaran a todo cuanto habían visto ojos humanos. Adornada como un palacio flotante, los motivos que decoraban los laterales de la galera estaban pintados con vivos colores a modo de cuadros cuyos temas estaban sacados del *Symbolicarum quaestionum* de Aquille Bocchi. Este manual había sido editado en Bolonia hacía apenas diez años y pasaba por ser uno de los libros herméticos que solo era entendido por los iniciados. El fondo de los cuadros era de azul lapislázuli y los molduras que los rodeaban estaban labradas en altorrelieves ejecutados con maderas preciosas resistentes al agua. Para hacer los marcos, sobre la madera ya trabajada, y para darle dureza y sellarla, se había extendido una mezcla de yeso blanco y cola de conejo, y sobre incontables manos de esta mezcla se procedió luego a teñir y matizar

el blanco del yeso, usando pinceles especiales, con el llamado Bol de Alejandría, una tierra roja, que para que se adhiriese al yeso había que mezclarla en caliente con cola sin hervir. Con este preparado se pintaba la talla y se dejaba secar. Dispuesta así la madera, se procedía al dorado, extendiendo finísimas hojas de oro batido sobre una mezcla de clara de huevo que se había colocado sobre el Bol de Alejandría. Cuando el oro sobre la clara se había secado, se pulimentaba con buriles de ágata y se sellaba de nuevo con goma laca del Líbano; entonces, terminado el trabajo, brillaba el dorado con destellos inigualados, como oro purísimo que no se empaña jamás. Estos fastuosos marcos encerraban pinturas con historias de la navegación de Jasón en busca del vellocino de oro.

Fue el mismo don Felipe el que escogió los motivos que habían de recordar a su hermano que él habría de ser representación vívida del príncipe cristiano, del varón de virtudes, del generoso aventurero que fue Jasón persiguiendo el Vellocino, que representaba el honor de los caballeros del Toisón de Oro.

De lejos se veían las dos grandes estatuas que adornaban la nave: las de Hércules y Betis; el primero llevaba una piel de león de Nemea, la clava y las tres manzanas del jardín de las Hespérides, todo ello simbolizaba las virtudes que han de tener reyes y príncipes.

La zona que pertenecía propiamente al alojamiento del príncipe, el castillo de popa, era un palacio a pequeña escala y aunque el espacio era precioso no se había descuidado nada para la comodidad del joven generalísimo de veintiséis años.

Durante varios días estuvo anclada la galera real en el puerto de Barcelona porque don Juan hubo de esperar hasta el 20 de julio para que llegaran sus sobrinos, los archiduques de Austria, Rodolfo y Ernesto.

A los ojos maravillados de los ciudadanos que acudían al puerto se presentaba la magnífica galera de don Juan luciendo sus vistosos colores, las hermosas pinturas a los costados que contaban la historia de Jasón y los Argonautas, los suntuosos fanales de bronce y cristal, las esculturas de bulto redondo, todas sobredoradas, sus velas de franjas blancas y rojas y, por todas partes, sus estandartes y flámulas rojo, oro y plata ondeando al viento. El personal bajaba a tierra haciendo gala de sus vistosos uniformes de seda y brocado y gastando dinero sin que

pareciese importarles lo más mínimo el beberlo o jugarlo en las mesas de las tabernas o sobre el mismo suelo. Las barajas, los dados y las apuestas estaban a la orden del día. Las suripantas del puerto hacían su agosto y ahorros para un porvenir en el que quizá no volvería a haber días tan lucidos y provechosos, mientras el vino parecía que no cesaba nunca de llegar en grandes carretas repletas de toneles para correr en seguida por las tabernas y tascas.

Otras sesenta naves acompañaban al generalísimo. Todas eran a cual más magnífica y poderosa, y ya fueran galeras, galeazas o galeones, llevaban una flámula azul en la antena y en el cárcel, un gallardete, señal de su pertenencia a la Liga Santa y de que su capitán era don Juan de Austria.

De las naves que llegaron al puerto, cincuenta y dos galeras pertenecían a Juan Andrea Doria, sobrino del príncipe Andrea Doria, que para distinguirse de las de don Juan y de las otras, llevaban una flámula verde en la antena y gallardetes de igual color. Su nave capitana se llamaba *La Marquesa*, y aunque magnífica no era como aquella de su tío Andrea Doria, *La Bastarda*, que tan bien conocida y temida había sido en todo el mar Mediterráneo. El capitán general de las galeras de Nápoles, don Álvaro de Bazán, conducía bajo sus órdenes treinta galeras, que llevaban flámula y gallardete blanco. El almirante Barbarigo mandaba otras cincuenta y siete galeras, estas con gallardetes amarillos en medio del asta.

Juan de Cardona llevaba seis galeras que, orgullosas, lucían las armas reales.

Por toda la tierra se había corrido la voz de que eran necesarios miles de hombres hasta completar los necesarios treinta mil galeotes a los remos y los veinte mil doscientos soldados de combate. Todo hombre que pudiera andar se dirigía a Barcelona, joven o viejo, con y sin experiencia al remo o con la pica o la espada. La promesa de una paga generosa y de una sola campaña les parecía una invitación de poder comer al menos durante un tiempo sin pensar cada día de dónde saldría el pan de mañana.

Las naves que ven los habitantes de Barcelona cuando acuden a la costa a contemplarlas no caben en el puerto y se alejan casi hasta el horizonte. De vez en cuando los barcos se mueven y cambian de lugar;

los remeros ensayan su boga, aceleran, paran en seco y cían, dan vueltas casi en redondo y luego los marineros izan las velas mientras los galeotes descansan. Desde la costa los barceloneses disfrutaban con estos ensayos.

En las mesas de enganche no faltan voluntarios que desean embarcarse, tantos hay que se pueden rechazar a muchos. Para empezar a los muy mayores, a los que son mancos o cojos o ciegos, a los muy jóvenes, apenas niños de doce o trece años que mienten sobre su edad. No se niega la entrada a hombres que confiesan paladinamente que son huidos de la justicia o perseguidos por ella. Don Juan de Austria ha prometido expresamente que a todos estos hombres, carne de presidio, si sirvieren bien y valientemente, se les perdonará la cuentas pendientes con la justicia y se les dará doble paga si se hacen notar por su arrojo y osadía ante el enemigo. Muchos se trajeron de las cárceles pero otros se presentaron voluntariamente: hombres que andaban huidos por las sierras y los montes intentan con esta guerra saldar cuentas con los tribunales y volver a vivir en sus pueblos y con sus familias.

—Y vos, ¿cómo os llamáis?

—Miguel de Piedrola, señor.

—¿Experiencia?

—Galeote y sargento en el Tercio Viejo de Milán. —Se extrañó el oficial al oír las palabras de Piedrola.

—¿Y cómo viene a ser que no estéis con vuestro Tercio, señor de Piedrola?

—Estaba ya licenciado, señor mío. —Sacó su cilindro de hojalata en donde aún guardaba con mimo el papel que le había firmado don Felipe hacía ya años—. Ved vos mismo. Lo firma el rey. —El hombre se acercó y, aun sin leerlo, vio la firma: «YO El Rey».

—Era sólo curiosidad, señor de Piedrola. —Miró con cuidado su listas—. Estamos ya casi completos, aunque hay espacio para vos; como veterano de los Tercios seréis muy útil. Decidme si tenéis alguna preferencia, quizá haya suerte.

—Me enrolaré de buena boya.

—¡Pero eso no es posible, señor de Piedrola! —se escandalizó el hombre—. Eso es para la chusma. Tenéis mucha experiencia y quizá podáis ser eficaz como sargento de un grupo de bisoños.

—¿No puedo ser buena boyota? Entonces... decidme vos.

—Soldado veterano, al menos.

—Sé manejar con pericia todas las nuevas armas de fuego, he enseñado a disparar a muchos hombres. Quizá eso valga para algo.

—¡Pero sin duda, mi señor de Piedrola! He aquí vuestro billete de embarque, en él se mencionan vuestras experiencias y especiales habilidades. Con esto el capitán hará el mejor uso de vos. Os busco navío ahora mismo.

—Una última petición..

—¿Sí? —empezó a impacientarse el hombre que apuntaba a los conscriptos.

—Debo ir en *La Real*.

—¡Ah, pero eso es imposible! Cada uno de los hombres de *La Real* ha sido escogido como una joya. Desde los galeotes hasta los mozos marmitones ayudantes de cocina. Eso sin mencionar los capitanes y soldados. De ellos se espera que cada uno sea un Ulises —fantaseaba el hombre.

—Ulises o no —dijo firmemente Piedrola—, si no voy en *La Real*, no me embarcaré.

—Está bien, os borro de la lista. Dadme acá ese billete y lo romperemos. —Piedrola hizo un gesto de desagrado.

—Está bien, no quería llegar a esto. —Sacó un anillo de su faltriquera y lo tendió al hombre—. Miradlo bien, ¿qué veis?

—Un anillo muy caro, conveniente solo para un noble muy poderoso y rico.

—Muy bien, abrid la tapa. —Bajo la magnífica joya, al subir la tapa bien disimulada se mostraba una miniatura espléndida. Con curiosidad el hombre de la mesa la miró un rato.

—¡Por las barbas de Baco y de Lucifer...! Si es...

—Exacto, es don Juan de Austria. Me dio este anillo por si alguna vez necesitaba verlo. Si no me enroláis en su barco, decidle que me habéis visto y que Miguel de Piedrola está aquí, a sus órdenes. Mañana a esta misma hora volveré para conocer el resultado de mi gestión, bueno, de la vuestra. ¡Que Dios os bendiga! —Dio media vuelta y se marchó. Cuando volvió al día siguiente el hombre le esperaba, al parecer con noticias.

—Mi señor de Piedrola, temía que a lo mejor no volváis hoy... ni nunca.

—Dije que volvería y aquí estoy. ¿Disteis mi recado al príncipe?

—Ciertamente, señor de Piedrola. Cuando terminé mi turno me acerqué a *La Real*. Tuve suerte y su excelencia me recibió —Se calló que había hablado con un ayudante, y que a este le dijo que un loco que decía llamarse Piedrola había mostrado un anillo con una miniatura de don Juan y le había asegurado que, con ese anillo y su nombre, don Juan le aceptaría en su barco. La sorpresa del buen hombre fue mayúscula cuando, al poco, el propio príncipe salió de sus habitaciones para preguntar detalles sobre el singular Piedrola.

—¡Claro que le di vuestro recado! Aquí, como veis —señaló a un individuo lujosamente ataviado con las armas del príncipe—, su excelencia ha enviado un perseverante para que os lleve hasta él. Os deseo buena suerte y feliz singladura, señor de Piedrola.

El perseverante se mostró respetuoso ante el extraño personaje que para él era Piedrola. Acostumbrado a acompañar embajadores, grandes de España, generales y almirantes, este hombre de mediana edad, vestido con discreción y casi con pobreza, se le antojaba todo un misterio. Algo debería saber o era alguien disfrazado de hombre modesto para pasar desapercibido. De sobra sabía el perseverante que muchos espías venían continuamente a rendir a don Juan cuenta de sus trabajos y hallazgos. Le tomó por uno de ellos. Le hizo una profunda reverencia.

—¿Cómo os he llamar, señor?

—Por mi nombre, Miguel de Piedrola. —Aunque creyó el nombre falso, no se inmutó. El servicio del rey nuestro señor pedía estos engaños.

—Seguidme, entonces, señor de Piedrola. Mi señor, su excelencia el príncipe don Juan de Austria, me ha dicho que si llegamos a tiempo le gustaría almorzar con vos. Creo que aún llegaremos bien.

El perseverante venía bien preparado, un pequeño carruaje les esperaba y, como era ligero, en un momento llegaron al lugar en donde un servicio de barcas hacía de lanzadera entre las poderosas naves y los muelles.

—No os preocupéis, señor de Piedrola —dijo el enviado—. No hemos de esperar a ninguna de estas barquichuelas, tenemos nuestra propia falúa esperando.

Miguel se preguntó qué pensaría el estirado perseverante si supiera que él había hecho servicios de barquero en Turquía durante años; se calló y no dijo nada, sólo se quedó admirando la hermosa falúa que apareció, rauda, para recogerles. Era una ágil embarcación que, por su gracia y comodidad, era obvio que pertenecía al servicio personal del príncipe. Estaba bellamente decorada; sus velas eran listadas, como las de la galera *La Real*; los asientos estaban cubiertos de terciopelo y con abundantes cojines y almohadones; y una especie de tejadillo o dosel cubría parte de la nave para ofrecer a algunos pasajeros resguardo del sol. También tenía cortinillas, ahora descorridas, pero que en caso necesario ofrecerían privacidad a los que allí se transportasen. Como era muy pequeña, también podía ser llevada a fuerza de remos, y estos estaban adornados con aros que simulaban oro y plata, o quizá fueran verdaderamente de esos metales. Las palas pintadas de colores distintos por cada cara y los asientos de los remeros eran también de sumo lujo. No se parecía a las barcas que habían tenido él y su socio Tamir *el Gato*. Sonrió y el perseverante se preguntó qué pasaría por la mente del alto señor que llevaba a comer con su excelencia, don Juan de Austria.

Al subir al barco de don Juan, el acompañante se maravilló de la increíble agilidad con la que aquel hombre, ya no tan joven, subió por la escala. «Sin duda es un marino experimentado», se dijo, y su respeto subió de grado.

—Por aquí, mi señor de Piedrola —dijo—. Permitidme ir delante y os guiaré hasta su excelencia. Anduvieron por la galera hasta el castillo de popa, en donde el príncipe tenía sus estancias. Aquí todo era del máximo lujo, denotando el poder de la nación que había armado tal flota y tal barco. Llegados a una puerta el perseverante notificó a un guardián que estaba de servicio:

—El señor príncipe me ha hecho traer a don Miguel de Piedrola hasta aquí. Podéis anunciarle porque le espera. —El vigilante se acercó y respetuosamente anunció a Piedrola.

—Señor, he de registraros antes de anunciaros. No se permiten armas, ni nada que pueda usarse como tal.

—Me lo imaginaba y ya he tomado mis precauciones. No he traído ni daga ni espada. Todo lo que llevo es lo que veis, mas dos monedas y

un anillo, regalo de su excelencia. —Se rió de buena gana—. Ni siquiera llevo cinturón.

Cumplidos los requisitos, el vigilante entró, no sin antes golpear ligeramente la puerta. Desde fuera Piedrola oyó que decía:

—Don Juan, la persona que esperabais, don Miguel de Piedrola, ha llegado. ¿Le hago pasar?

Al poco salieron dos caballeros ricamente vestidos y enjoyados que saludaron ceremoniosamente a Piedrola, bien que sin decir palabra, y dejaron a don Juan solo en su habitación. Los gentilhombres eran don Álvaro de Bazán y don Juan de Cardona, que ultimaban preparativos con el generalísimo.

Tras estos dos salió don Juan en persona:

—¡Qué sorpresa veros por aquí, amigo Piedrola! No me pareció que estuviéseris muy decidido a acompañarme. —Se dejó besar la mano, pero lo hizo con gentileza y sonrió al visitante—. ¡Pasad, pasad! Os esperaba desde que ayer me dijeron que alguien con mi anillo se había presentado en el puerto y además decía llamarse Piedrola. No había confusión posible, sólo hay un Piedrola.

Entró en su habitación y dejó paso a Piedrola. La estancia era una sala de hermosas proporciones, y esto en una galera, donde cada centímetro cuenta, era un lujo sin nombre. Pero don Juan era el generalísimo de la armada y no merecía menos. Las paredes estaban elaboradas con maderas

nobles, talladas y barnizadas en algunos sitios y sobredoradas en otros. Las hermosas ventanas eran cuarteronadas y los cristales emplomados dejaban ver el ancho panorama del mar hasta el horizonte. Si fuese necesario se podían correr las cortinas de pesado terciopelo carmesí bordadas con las armas de la casa de Austria y rematadas con flecos y borlones.

En el centro había una hermosa mesa de nogal, al parecer atornillada al suelo, en donde aún había algunos mapas, pergaminos y papeles, una brújula y un sextante. El príncipe lo guardó todo en una cabina, le echó llave y guardó esta en su bolsillo.

—Pero sentaos. Aún no habéis dicho nada, y eso es imperdonable entre amigos.

—Señor estoy anonadado, vuestra alteza ha sido demasiado bondadoso conmigo.—Don Juan torció un poco el gesto.

—No me llaméis alteza, mi hermano no ha autorizado tal tratamiento... aún. Mientras tanto llamadme como los demás: excelencia.

—Don Felipe puede decir lo que quiera, pero yo soy sólo un hombre ignorante y en aquello de los tratamientos soy lerdo... alteza. —Casi hubo una sonrisa en los ojos de don Juan.

—Bueno, no discutamos niñerías, Piedrola. Le dije al perseverante que os trajera, a ser posible, para almorzar. Casi siempre lo hago con varios graves generales y hablamos más que comemos. Hoy me he tomado libre —sonrió ampliamente con gesto de complicidad—, así que comeremos y beberemos en compañía, tranquilamente, sin más preocupaciones que aquellas que no podamos evitar.

Dio una leve palmada y al instante entraron en la habitación unos sirvientes portando todo lo necesario para la colación. El que primero iba tendió un mantel y dispuso vasos, platos, cubiertos y servilletas. Luego colocó varias botellas de vino y se retiró; los demás dejaron varias bandejas y fuentes con distintos platos de carne, huevos y pescado, fríos y calientes, y en seguida se fueron.

—Nos serviremos nosotros mismos, y así no nos interrumpirán en el poco tiempo que tendremos para nosotros. —Dicho y hecho, el joven generalísimo se sirvió de algunas viandas invitando a Piedrola a hacer lo mismo. Llenaron los vasos de un buen tinto y lo primero que hicieron fue brindar por el encuentro.

—Miguel de Piedrola y Beaumont, brindo por este encuentro y porque hayáis cambiado de idea. —Miguel alzó su copa y brindó asimismo.

—Brindo por haber hallado a vuestra alteza con buena salud, cosa que ya sabía, y porque nuestro general saldrá triunfador en la batalla que se avecina.

—Brindad más bien porque salga triunfador, porque lo que guarda el futuro no lo sabe nadie, más que Dios, Nuestro Señor, y Él no nos ha dicho nada.

Se sentó Piedrola después de haber libado.

—De eso precisamente vengo a hablaros, alteza. —Le miró interrogante el príncipe.

—¿Habéis acaso soñado conmigo?

—Desde nuestro último encuentro el profeta Ezequiel se ha presentado a mí casi cada noche, y deseando librarne de él he venido a deciros

mis sueños —Don Juan dejó su copa sobre la mesa y se aprestó a escuchar al oniromante.

—Sueño —dijo este con voz grave—, sueño cada noche que un nido de pájaros negros tiene muchos pajarillos que crecen, se tornan en aves de presa con la media luna en la cabeza a modo de adorno o cresta, y se multiplican como los granos de trigo, desbordando el nido e inundando el mundo y los mares. Vienen de un confín del mundo donde reina la penumbra; del otro lado llega una multitud de aves: son águilas, batiendo sus alas de oro. Van coronadas en sus cabezas y llevan las garras afiladas. Vuelan en bandadas, tantas que cubren el horizonte. Llegan por fin a encontrarse unas con otras, pero se tornan en barcos, cubren el mar y casi no dejan sitio para maniobrar. La lucha es sangrienta, se hunden cientos de barcos, miles de hombres perecen, se disparan bolas de piedra y armas de fuego, rechinan los esqueletos de los barcos, crujen las amuras, chirrían las cadenas, los barcos se astillan y sus pedazos saltan por los aires como si una mano gigante los apretara; desde las arboladuras caen las velas como trapos gigantescos, como jirones, arrastrando a los hombres hasta el profundo abismo. El mar se torna rojo, y lo mismo el

cielo. Todo dura un día completo. En mi sueño estoy tan angustiado que grito, y mi grito da la vuelta al mundo; entonces llega el profeta y me dice: «No grites, Miguel de Piedrola, todo ha acabado. El señor don Juan de Austria ha equilibrado las fuerzas de la tierra, el Señor de los Cielos le ha dado la victoria». Entonces me despierto cubierto de sudor.

Ninguno habló por un rato. Don Juan no quería aparecer como un crédulo joven, sin embargo estaba impresionado. Por fin, jugando con un trozo de carne en el plato, dijo:

—Ciertamente es un sueño aterrador, pero en él, el Señor nos dice que al fin alcanzaremos la victoria tras una batalla feroz. ¿Algo más?

—Sí, alteza. Me ha dicho el profeta que debéis de cortar los espolones de las naves. —Don Juan meneó la cabeza.

—¡Qué extraña petición, con ellas se han de hendir las naves enemigas! Los agarenos vendrán con sus espolones reforzados en bronce y nos arrasarán si no podemos defendernos con las mismas armas.

—Con los espolones, señor don Juan, se traban las naves y se inmovilizan de dos en dos, favoreciendo el abordaje. Y si por casualidad

os abordasen a vos, si el espolón de *La Real* ya no existiese, desde el casillo y desde la misma cubierta se podrían hacer descargas de fuego cerrado contra los piratas asaltantes; ello los arrasaría antes del abordaje, o al menos disminuiría su número y sobrecogería a los restantes viendo cómo caían los que habían pensado que les abrirían camino. Pensadlo bien, señor príncipe, no se ha hecho nunca eso de alisar el camino quitando el espolón, y ello cogería por sorpresa a los piratas de Selim y al *Kapudán Pachá*. Por otro lado —continuó el veterano—, los agarenos, excepto por los jenízaros, no tienen mucha gente que sepa manejar armas de fuego. Ellos, necesariamente, tienen que buscar el cuerpo a cuerpo, y los hombres de vuestra alteza que vienen de los Tercios saben todos manejar los arcabuces de distintos tipos. Si fuese necesario, yo mismo podría ejercitar a los hombres de algunos barcos y ellos a su vez ejercitar a los que no sepan, a los novatos. Y si no a disparar, sí al menos pueden aprender a cargar las armas con celeridad y así los veteranos no perderán el tiempo cargando los arcabuces, tarea harto delicado y compleja. Pondríamos a un novato detrás de cada uno de los arcabuceros solo para aderezarle el arma; de este modo dispararía con dos o tres arcabuces al tiempo, si los hay. —Don Juan pareció pensarlo. Dejó su plato en la mesa y paseó por la estancia con la mirada puesta Dios sabe en qué lejano pensamiento.

—Dios nos coja confesados, Miguel de Piedrola —dijo al fin—. Os haré caso y serraremos todos los espolones; pero no lo haremos aún, por si hay espías en alguna galera e informan de nuestro plan al enemigo. Lo haremos en el último momento. Esto quedará en secreto entre nosotros. En cuanto a ejercitarse con los arcabuces al menos en cargarlos, me parece una buena idea, no cuesta dinero y en un momento dado, con los mismos medios, se puede hasta duplicar nuestra fuerza de fuego por la velocidad del disparo. Seguiremos hablando en días siguientes, ahora comamos, que se nos ha olvidado y la comida fría ya no sabe lo mismo al paladar.

Tranquilo, como si hubiese hablado de un juego, siguió su comida en amigable charla con Miguel de Piedrola.

* * *

Pocos días después, el 20 de julio de 1571, don Juan de Austria y Sancho de Leiva zarparon de Barcelona hacia Mesina, haciendo puerto en La Spezia, donde habían de recoger tropas alemanas que se sumaban a las españolas. A Nápoles llegaron el 9 de agosto. Allí, el cardenal Granvela hizo entrega solemne a don Juan del estandarte de la Liga, que le había enviado el Papa, juntamente con el bastón de general en jefe.

El estandarte de la Liga Santa impresionó a todos los hombres de la Armada: era de cuatro metros de alto y nueve metros de ancho, y tenía una franja azul y oro. En él se representaba a Cristo en la cruz y, a sus pies, las armas del Papa; a la derecha, las de España; a la izquierda, las de Venecia y del cordón que las unía pendían las de Don Juan.

El 23 de agosto llegaron a Mesina y al poco se les unieron barcos de las escuadras de Juan Andrea Doria, Álvaro de Bazán y Juan Cardona, así como sesenta galeras venecianas más. Con

ello un gran contingente de barcos se reunió en Mesina: galeras y naves procedentes de Barcelona, Valencia, Cartagena, Mallorca, Sicilia, Nápoles, Malta, Génova, Venecia, Corfú y Creta. De ellas España había enviado noventa galeras, cincuenta fragatas y bergantines y veinticuatro naves de servicio, mientras que doce galeras y seis fragatas eran la aportación del Papa. Las naves de Venecia eran ciento seis galeras y galeotas, seis galeazas y veinte fragatas. Se hizo un recuento de las piezas de artillería y se hallaron 1.250 en toda la escuadra.

No supo Don Juan hasta después que, el mismo día que él llegaba a Mesina, tomaba el pirata Alí Bajá la ciudad de Famagusta y pasaba a cuchillo a sus defensores.

Después de confesar y comulgar, habiendo todos los hombres recibido el perdón de los pecados cometidos y la indulgencia plenaria de todas las fatigas y dolores que les tocase penar en el Purgatorio por sus faltas pasadas, zarparon los barcos rumbo a lo desconocido.

Mientras todo esto pasaba, Miguel de Piedrola, con toda dedicación, enseñaba a los novatos a montar y desmontar un arcabuz y a dispararlo en el menor tiempo posible.

XXV

Tras la batalla de Lepanto

«Espantosa era la confusión, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, el tesón, el coraje, la rabia, la furia; el lastimoso morir de los amigos. Animar, herir, prender, quemar, echar al agua las cabezas, brazos, piernas, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos. A otros que nadando se arrojaban a las galeras para salvar la vida a costa de su libertad, y aferrando los remos, timones, cabos, con lastimosas voces pedían misericordia»

LA FLOTA DE LA SANTA Liga se hizo a la mar buscando al enemigo, pues era inútil quedarse esperando a que fuese él el que quizá les hallase en un lugar perjudicial para la estrategia naval de los cristianos. Una vez que los encontrasen, el orden de combate, muy apropiadamente, sería el de un águila con las alas desplegadas.

El ala derecha del cuerpo de ataque lo mandaría Juan Andrea Doria, que llevaba bajo su mando cincuenta y cuatro galeras. todas ellas, como signo de distinción, ondearían grímpolas verdes.

El cuerpo del águila o centro de la flota de combate estaría comandado por don Juan de Austria, el cual llevaría bajo su mando directo sesenta y cuatro galeras, todas ellas luciendo grímpolas azules. A la derecha e izquierda de *La Real* de don Juan se dispondrían para el combate las capitanas de Venecia y del Papa, y las galeras de los príncipes de Parma y de Urbino.

El ala izquierda del águila estaría al mando de Agustino Barbárico, con sus cincuenta y tres galeras, adornadas con grímpolas amarillas.

Una cuarta escuadra, la de socorro en combate, estaría mandada por quien más experiencia en batallas navales tuviera, pues su intervención podía ser definitiva y, en todo caso, siempre urgente. Esta responsabilidad

recayó en don Álvaro de Bazán, que llevaría tras sí treinta galeras con grímpolas blancas. Había además seis galeazas venecianas al mando de Francesco Duodo, que irían por parejas entre las escuadras, repartiéndose las galeras el trabajo de remolcarlas. Estas naves eran importantes porque por su envergadura y poder se transportaba en ellas la artillería pesada.

Cuatro de las galeras lucían estandarte en lo más alto y a ellas se volvían los ojos para identificar a los cuerpos: la Capitana de Castilla, en que venía don García de Toledo, marqués de Villafranca, que lucía el estandarte más portentoso de todos: era de brocado blanco y en él figuraban bordadas con seda y oro las armas reales de Castilla, que pendían de lo alto del árbol de proa; tenía otro en la popa de damasco amarillo recamado en oro y bordadas en él, también de oro, el águila real con las otras armas reales. Los otros estandartes los exhibían la Capitana de Portugal, donde venía Frey Juan de Exío; la del duque de Saboya, en que venía el conde de Sofrasco y por último la de Malta, que traía estandarte de tafetán negro con una cruz blanca en campo rojo, rodeada de roeles y calderas

Nada se había dejado al azar. Cada hombre tenía su sitio, al igual que cada nave. Todo se había preparado para no tener que improvisar, pero los hombres de mar bien sabían que sobre las aguas no hay nada seguro; el tiempo podía variar de un momento a otro, dando al traste con cualquier preparación y deshaciendo la formación más cuidadosa. Unas galeazas se enviaron como ojeadoras para que viesan de hallar a la armada turca cuanto antes, a ser posible antes de que ésta les avistase a ellos.

El enemigo estaba bien avisado, sabían de las intenciones de la Santa Liga y de hecho ya habían empezado con saqueos y matanzas por las orillas del Mediterráneo.

La flota turca era temible. Selim II había organizado una armada tan poderosa que era imposible que fuese vencida, al menos esa era la percepción que se tenía de ella. En total traían doscientas cuarenta y cinco galeras, muchas de ellas de veintiocho o treinta bancos; es decir, tan grandes

como *La Real* de don Juan de Austria. El número de galeotas, las naves más poderosas provistas de espolones reforzados con bronce, eran en número de setenta y llevaban como tripulantes a los jenízaros, armados con ballestas, en cuyo manejo se creían inigualables. Embarcados llevaban trece mil marineros, al remo cuarenta y cinco mil galeotes y treinta y cuatro mil soldados. Para reforzarlos traían a unos tres mil jenízaros armados de arcabuces; el resto traían como armas arcos y flechas envenenadas. Afortunadamente para los cristianos estas flechas sólo llegaban a herir a una corta distancia. Sabedores los cristianos de su táctica, y en previsión de los arqueros, habían levantado en sus barcos parapetos que, si no resistentes, sí ocultaban el blanco de la vista del enemigo pues estaban hechos de redes y lienzos, desapareciendo de ese modo de la vista de los arqueros y de su temible puntería.

En algo eran inferiores los turcos: sus cañones eran alrededor de setecientos cincuenta mientras los de don Juan eran más de mil. Además de sus galeras y galeazas, los turcos contaban con un gran número de fustas y otras pequeñas naves para hostigar al enemigo.

—Ya no hay tiempo para más, señor de Piedrola —dijo don Juan—. Lo que no hayan aprendido estos hombres no lo aprenderán ya. Espero que sepan cargar y descargar un arcabuz a gran velocidad, ello puede ser un arma secreta. Como mínimo duplicaríamos nuestra potencia de fuego. Además, supongo que sabéis que he hecho desmontar unas filas de bancos de los remeros para hacer sitio a más arcabuceros. Eso no se lo esperan los turcos. Si vuestros hombres pueden servir a dos arcabuceros cada uno, estamos salvados. Es imprescindible que *La Real* triunfe, o al menos que lo parezca; ello encumbrará el entusiasmo y el ardor de los hombres y combatirán como leones mientras vean a *La Real* triunfando sobre *La Sultana*, que es la capitana de los turcos.

—Creo, mi señor don Juan, que no os defraudarán. Yo he enseñado varios años en los Tercios y no hay ejércitos mejores, bien lo sabéis. —Don Juan dio una palmada en el hombro a Piedrola.

—Lo sé, buen amigo, y habéis hecho un trabajo espléndido en tan corto tiempo. Ahora escoged a los más duchos y hábiles, a los que no tiemblen viendo cómo nos asaltan los turcos ululando por todas partes y blandiendo sus alfanjes, cosa que harán, y puedan cargar los arcabuces con regularidad y tranquilamente. El resto, que vuelvan a sus barcos y que los capitanes les asignen lugares en donde su habilidad pueda ser útil a los mejores arcabuceros.

Así se hizo. Todo corría prisa, a lo lejos se veían las naves ojeadoras venir a todo trapo, seguramente ya habían divisado al enemigo. Al cerciorarse

de que el adversario efectivamente había sido detectado, don Juan dio la última orden:

—¡Que se corte el espolón de las naves capitanas! —Las indicaciones del profeta Ezequiel se siguieron de este modo. La suerte estaba echada.

Los turcos se desplegaron para el ataque en forma de media luna: tres escuadras al ataque y una de reserva. El virrey de Alejandría, cuyo nombre era Chuluk Bey, conocido como Mehemet Siroco, al mando de cincuenta y cinco galeras se dirigió hacia las naves de Barbárico por el lado derecho. Allí Pachá, a bordo de *La Sultana*, iba en medio ejerciendo el mando, y se enfrentaría a don Juan de Austria con sus noventa y seis galeras y galeotas. Por la izquierda, a Juan Andrea Doria se le enfrentaría el italiano fraile renegado Uluch Alí, con sesenta y dos galeras y treinta y dos galeotas, cuyos tripulantes eran en su mayor parte avezados piratas berberiscos. En toda la línea la armada turca era superior a la cristiana, excepto que su escuadra de reserva, mandada por el pirata Dragut, sólo contaba con ocho galeras y otras veintitrés naves variadas, mientras que don Álvaro de Bazán comandaba treinta galeras donde ondeaban blancas grímpolas. Todas se dirigían hacia delante, hendiendo el mar a todo trapo, decididas a triunfar o morir.

Durante un día entero las naves estuvieron enzarzadas en una batalla feroz. En cuanto pudieran, era cuestión de honor que las naves capitanas se vieran frente a frente. En la primera oportunidad, *La Sultana* arremetió contra *La Real* y su espolón perforó la nave capitana hasta el cuarto banco de remeros, dejando a ambas naves trabadas en mortal abrazo. Tan fuerte fue el encontronazo que los cañones quedaron fuera de servicio. Pero ahí se mostró la previsión de don Juan como afortunada. Los primeros bancos estaba vacíos y los arcabuceros, en cubierta, esperaron a pie firme el asalto de los de *La Sultana*. Al haber prescindido del espolón, este no obstruyó la visión

de los arcabuceros y en cuanto se intentó el abordaje, una descarga cerrada barrió a los turcos; una segunda oleada fue recibida de igual modo, y con ello quedaron los atacantes casi diezmados. Luego los hombres de don Juan entraron en tromba en *La Sultana*. Casi no quedó nadie con vida entre los turcos, aunque los supervivientes se defendieron con armas de toda clase: espadas, alfanjes, cimitarras, chafarotes, sables, puñales, cuchillos, palos, antorchas y todo lo que hallaron a mano, porque la distancia corta no admitía disparos de flechas desde los ballesteros turcos toda vez que los don Juan les caían encima como rayos. En *La Real*, don Juan se mostraba en el castillo de proa vistiendo una armadura reluciente y con una espada en la mano, para que todos le vieran y supieran que estaba vivo. Allí luchaba como el que más, arriesgando su vida al tiempo que animaba con voces a los suyos. Todos los turcos que le veían, pues se distinguía de los otros combatientes por el esplendor de su armadura, también enfilaban a hacia él. Piedrola no le dejaba solo; como si hubiera sido su hermano, le protegió todo lo que pudo. Toda la experiencia adquirida en los Tercios le sirvió para no desfallecer. Nunca supo si don Juan se percató de su acción, porque el momento no estaba para esos detalles. Durante todo el día se luchó con las naves de ambos bandos mezcladas. Unas se hundían por el choque con los espolones, otras ardían; algunas escoraban hasta caer de lado y capotaban perdiéndose luego en las aguas. Las lonas ardían en las más, otras velas caían con los árboles hiriendo a los desgraciados que hallaban en su camino o arrojándoles al mar. A los galeotes se les había prometido la libertad si se portaban como héroes, y se les había armado con espadas en el último momento para que engrosaran las filas de sus respectivos barcos; excepto a los cristianos encadenados en los barcos turcos, algunos de los cuales lograron escapar o abrir sus cadenas y lucharon por la cruz y no por la media luna. Tanta era la muerte y la destrucción que el agua del golfo de Patrás se tornó de sangre. No había compasión ni cuartel. Hombres muertos o agonizantes eran arrojados al agua por amigos y enemigos para que no estorbasen en la lucha de los vivos. Cadáveres, brazos, piernas, cabezas, se hallaban por todas partes haciendo el suelo resbaladizo e imposible caminar sin tropezar. Gritaban los heridos, los que se ahogaban, los quemados y los que luchaban. Disparaban los cañones a bocajarro, y el humo de la pólvora se juntaba con el de los incendios. Empezó a caer la noche y no parecía que la victoria se inclinase definitivamente por uno u otro contendiente.

En un momento muy apurado para don Juan, en que se veía acosado por varios barcos enemigos al tiempo sin poder virar para zafarse de ellos porque estaba trabado con *La Sultana* sin posibilidad de soltarse, vinieron en su auxilio el marqués de Santa Cruz y don Luis de Requesens con sus treinta y cinco naves de reserva. El estandarte turco de la nave capitana cayó entonces en poder de los cristianos y Piali Bajá, el *Kapudán Pachá*, cayó muerto sobre la cubierta.

Muerto el *Kapudán Pachá*, rompió un grito sobre el mar:

—¡¡¡Victoria!!! ¡¡¡Victoria!!! —corría la voz de un barco a otro.

Al oírlo se alegraron los cristianos y desmoralizaron los otomanos, que iniciaron la huida en desbandada. La derrota se declaró en toda regla para los turcos hasta el punto de que, por el pánico, la huida se tornó en catástrofe para muchos de ellos. Los cristianos habían perdido unos siete mil hombres; los mahometanos, veinticinco mil. Se les apresaron ciento treinta y cinco galeras y se tomaron entre los supervivientes diez mil prisioneros. Se rescataron quince mil cautivos cristianos que iban al remo en los buques de la armada otomana.

Al día siguiente, don Juan envió noticias a su real hermano de la gran victoria contra los turcos. Casi no quedaba una nave sana, incluso la hermosa galera de don Juan se había arruinado, y terminaría hundiéndose a los pocos días ya en puerto. Pero una de ellas, que aún era gobernable, fue enviada a España con una carta de puño y letra del príncipe:

«...Vuestra Majestad debe mandar se den por todas partes infinitas gracias a Nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder a su armada, y porque V.M. la entienda toda como ha pasado, además de la relación que con esta va, envió también a don Lope de Figueroa para que como persona que sirvió y se halló en esta galera, [...] a él me remito por no cansar con una misma lectura tantas veces a V.M. ...».

—Deseo que don Lope de Figueroa lleve esta misiva a mi real hermano y además le relate personalmente lo sucedido, es muy importante que reciba nuevas de nuestro triunfo. Es mi deseo que acompañéis al noble don Lope hasta que llegue a Palacio —dijo don Juan a Piedrola. Este no opuso ningún inconveniente.

—Lo que mande vuestra alteza será obedecido.

—Os he dicho, Miguel de Piedrola y Beaumont, que no soy alteza... aún. —Piedrola se inclinó.

—Que estúpido soy, se me había olvidado, alteza. —Esta vez el príncipe hizo caso omiso del tratamiento.

—Adiós, pues. Os encomiendo que vigiléis hasta que la carta llegue a su destino. Os repito, acompañaréis a don Lope de Figueroa hasta la puerta del Alcázar, allí termina vuestro cometido... si no queréis ver al señor rey, mi hermano. —Se quitó del cuello un rico collar de eslabones de oro—. Os lo doy en recuerdo del día de ayer. Ya no seréis nunca un hombre pobre, cada eslabón vale un reino. Aún así, quedo deudor vuestro. Hay cosas que no se pueden agradecer, Miguel de Piedrola. —Este lo recibió dubitativamente, no quería el collar ni tampoco hacerle un feo a su alteza. Al fin lo tomó.

—Señor, antes de partir, como no sé cuándo nos veremos de nuevo, todavía tengo un mensaje para vos.

—¿Un mensaje? ¿Del profeta?

—Sí. Por el amor de Dios, no vayáis a Flandes.

—No pienso ir a Flandes, perded cuidado.

—No bromeo, señor príncipe; allí os espera la muerte. Si no vais, viviréis una vida larga y dichosa.

—Descuidad, os repito que no pienso ir a Flandes. Soy más útil a mi hermano cerca de él.

* * *

Desde que Miguel de Piedrola había vuelto a Madrid, había reanudado su vida anterior. Sus amigos Guillén de Casaus, Sacamanchas, Domingo Navarro y Trijueque acudían todos los días a él para oír sus palabras y acaso para que les contase sus sueños, si es que los había tenido. Gracias al generoso regalo de don Juan, ya nunca le faltó dinero y no le era necesario ir a descargar bultos al mercado. De vez en cuando vendía un eslabón y él y todos sus amigos vivían un largo tiempo. Alquiló una casa en Madrid para ellos, los amigos y seguidores que no tenían casa, y allí albergaba a Sacamanchas y Trijueque, amén de otros invitados que de vez en cuando hallaba en necesidad. Él mismo todavía vivía en la cueva que había hallado hacía tiempo y que Juan de Herrera, tal y como prometió, había acondicionado para que no se cayese sobre su cabeza. Además, por lo que veía el soldado, aún seguían las obras de adecuación en muchas otras cuevas. Un criado vino a ver a Piedrola en el lugar en donde todos los días se reunía con sus amigos.

—¿Señor de Piedrola? —preguntó cortésmente cuando le halló. Este se puso de pie y muy ceremoniosamente contestó:

—Yo soy, para serviros.

—No es a mí a quien debéis servir, señor de Piedrola —contestó azorado el sirviente quitándose el bonete—. Es mi señor que os requiere, si puede ser.

—Decid pues, de una vez, quién es vuestro señor y veremos si hay que ir o no.

—Es don Antonio Pérez, señor de Piedrola. Os ruega que vengáis y que si no puede ser hoy, que le digáis cuándo puede veros. Os mandará un transporte. Una carroza o una litera de manos, como preferiréis.

—Venid mañana a esta misma hora, si le conviene a su excelencia. Si no al otro día. No hace falta transporte, caminaremos hasta la casa de don Antonio.

—Señor, no puede ser, las instrucciones que tengo son que escojáis transporte. Carroza o litera.

—Sea pues, litera será suficiente.

—Hasta mañana, señor.

La prometida litera vino puntualmente y recogió a Piedrola. Cuando llegaron a la casa de Antonio Pérez, los criados depositaron la litera en el suelo y ayudaron a Piedrola a salir del habitáculo.

—Mi señor os espera en el gabinete, señor de Piedrola —dijo el sirviente que salió a recibirle—. Seguidme, por favor.

—No hace falta, ya sé el camino.

—No puedo dejaros ir solo, señor. La cortesía pide que os acompañe.

—Sea, acompañadme —suspiró Piedrola.

XXVI

La cofradía de la Nueva España. El encuentro con Arias Montano

«Prosiguiendo el discurso de su jornada, dixo que llegando a Madrid le dixeron algunos consejeros como S.M. deseaba entender de él, algunas cosas tocantes a su servicio...»

EN EL GABINETE DE DON Antonio Pérez había varias personas, muchas ya conocidas por Piedrola. Vio al clérigo don Alonso de Mendoza y al secretario de éste, fray Lucas de Allende; estaba allí don Juan de Herrera, que le sonrió abiertamente, una dama embozada, Casaus y algunos personajes más.

—Amigo Piedrola, os esperábamos con afán —dijo amistosamente don Antonio Pérez—. Venga, saludemos a los presentes. —Así se hizo ceremoniosamente y Piedrola notó que el secretario de don Felipe omitía a algunas personas de las que allí se encontraban y a la dama, cuyo nombre, de momento, no fue pronunciado. Terminadas las cortesías habló de nuevo don Antonio:

—Nos hemos reunido porque hace tiempo que no lo hacemos y no debemos dejar que nuestra cofradía muera de inanición.

—¡No, claro que no! —se oyeron varias voces.

—Don Juan tiene algo que comunicarnos a este respecto —añadió Antonio Pérez.

—El asunto de las cuevas de Sopeña ya está terminado —dijo con voz de satisfacción Juan de Herrera—. Precisamente la semana pasada estuve allí por ver el resultado final de las obras.

—¿Y cómo iba eso? —preguntó uno de los circunstantes.

—Estupendamente —dijo el de Herrera—. Naturalmente, son cuevas, no palacios ni aun casas, pero creo que han quedado muy acogedoras y, lo que es más importante, seguras. No se desplomarán sobre las cabezas de sus habitantes. Os lo certifico. Nuestro amigo Guillén de Casaus, aquí presente, tal y como prometió está procediendo a su acondicionamiento: esto es, está llevando el menaje imprescindible para vivir en ellas, además de poner puertas. Desgraciadamente nuestro amigo fray Luis de León no podrá bendecirlas, como era su intención, porque está en conocimiento de todos que fue detenido por la Santa Inquisición en el mes de marzo del año 1572, y sólo los inquisidores saben dónde se halla encerrado. Aunque suponemos que todavía esté en Valladolid.

—¿De qué se acusa a ese hombre santo? —se atrevió a preguntar Piedrola.

—No lo sabemos exactamente —dijo Alonso de Mendoza—. Aunque a través de mi pariente el inquisidor don Lope de Mendoza he intentado hacer algunas pesquisas, nada he sacado en limpio. Ya sabéis que lo que se haga y diga en el tribunal de la Herética Parvedad es secreto, y no he podido informarme de nada por más que lo he intentado una y otra vez. Mi pariente tomó mi insistencia como un capricho y se ha reído de mi reiteración. «Más vale que lo tome como mera curiosidad, si no seríais sospechoso de connivencia con fray Luis». Esto me dijo, y hube de cesar en mis averiguaciones. No obstante, ya antes de que se le apresara corría la voz de que era un iluminado, de que prefería leer la Biblia hebraica en lugar de la Vulgata de San Jerónimo, que es la aprobada por el Santo Oficio. También se le acusaba de haber hecho una traducción del Cantar de los Cantares, cuyo contenido es erótico, voluptuoso y sicalíptico, y por tanto no es para los no entendidos. Él, fray Luis, al traducirlos al castellano los ha puesto al alcance de personas indoctas. Suponemos que estos son los cargos.

—¿Hay algo que podamos hacer por él?

—No. No levantar más interés por su figura es lo mejor en estos casos. Si ven que nadie se interesa por la Biblia hebraica o por el Cantar de los Cantares supondrán que todo fue un capricho de un monje chiflado sin ninguna repercusión y quizá salga sin nada más que una reconvención y unos azotes. En fin, el caso es que o bien hacemos bendecir nuestras cuevas por otro sacerdote o esperamos durante un tiempo prudencial a que salga de su prisión para que sea él el que lo haga, ya que se ofreció a ello.

—Esperaremos hasta que salga, al menos unos meses... —Todos estuvieron de acuerdo.

—Amigos míos, antes de seguir adelante, os invito a pasar al comedor. Allí nos espera una refacción. Seguiremos después, pues queda mucha tela por cortar para redondear nuestros asuntos. —Esto dijo Antonio Pérez, así que de momento se interrumpió la sesión para dar lugar al convite.

La casa de Antonio Pérez era espléndida, aunque se rumoreaba que en las afueras de Madrid se estaba construyendo otra mucho más costosa y digna de él. Se llamaba La Casilla y aún no estaba terminada, aunque los que la habían visto se hacían lenguas de su belleza y proporciones. El comedor, que Piedrola ya conocía, era grande, como para acoger a una multitud de convidados al tiempo sin parecer que estos se amontonaban en un espacio estrecho; al contrario, daba la sensación de amable amplitud a pesar de sus vastas proporciones. Los manteles eran de sedas literatas, esto es, de franjas de colores oscuros entre los que destacaban el escarlata, el dorado apagado, el verde oliva y el morado, y en los bordes estaban rematados con pesados borlones también de seda de los mismos colores que las franjas. Varios fruteros colocados sobre la larga mesa ofrecían fruta fresca a los convidados. Otros recipientes contenían pétalos de flores mezclados con dulces de coco y canela. Las fuentes en que venían las viandas eran de plata maciza y los manjares, dignos de un rey. Cuando todos se hubieron sentado, varios domésticos sirvieron las alimentos en platos de auricalco y vasos de oro y plata. Sobraba de todo, pero ello no parecía importar al generoso Antonio Pérez.

A los postres, fray Lucas de Allende, guardián de san Francisco, llamó la atención de los circunstantes.

—Estimados amigos —dijo con voz campanuda—, tengo algo para todos nosotros, algo que de ahora en adelante nos identificará como miembros de la cofradía...

—¿De qué cofradía? —preguntaron algunos.

—La llamaremos de «La Nueva España» —explicó fray Allende—. Me parece un nombre muy hermoso y a propósito para nuestra comunidad.

«La Nueva España», una España nueva, donde no haya pobreza, ni miseria, ni guerras... ¿No os parece un hermoso pensamiento? —Asintieron todos con la cabeza; como idea era hermosa, sí señor.

Dio una palmada y un sirviente trajo una caja de madera cerrada con un candado. La abrió parsimoniosamente y extrajo un paquetillo. Lo desenvolvió y de allí sacó unas pequeñas piezas de tela o paño que repartió entre los presentes, aunque no a todos. Al desplegarlos se vio que eran una especie de escapularios negros con una cruz blanca por el derecho y el revés. Colgaban de unos cordones blancos y negros de seda trenzada.

—Esta será la señal de nuestra pertenencia a la Cofradía de la Nueva España —dijo orgulosamente el bueno de fray Lucas. Todos se los pusieron y comentaron que les parecía una gran idea comenzar con un nombre nuevo y con la señal de la cruz en su pecho.

Terminado el reparto de escapularios, y luciendo cada uno el suyo, se pasó de nuevo al salón en donde les esperaban unos refrescos y algunos dulces en unas bandejas.

—¿Y cómo van las cosas de Flandes, señor don Antonio Pérez? — Fue el señor Alonso de Mendoza el que hizo la pregunta. Parecía una consulta cortés más que una interpelación, pero Antonio Pérez contestó con gesto apesadumbrado.

—Mal. Todo augura una continuación de los disturbios, la guerra parece ser un mal endémico en aquellos lugares. El príncipe Guillermo de Orange, desde que el Tribunal de los Tumultos del duque de Alba condenara a muerte a los nobles Egmont y Horn, no cesa de tramar conjuras desde Alemania, en donde se ha refugiado junto con su hermano Luis de Nassau. Los pronósticos son nefastos.

—El príncipe de Éboli es de la idea de que se cazan más moscas con miel que con cañones. — Esto dijo con voz suave y musical la señora que les acompañaba y que, seguramente por prudencia, no había sido presentada a los circunstantes.

—Mi señora doña Ana, cuanta razón tenéis —dijo Antonio Pérez—. Sin duda hay que tomar en cuenta las razones de mi señor, el príncipe, que tiene mucho seso y harta experiencia en los

asuntos de Estado, pero el duque de Alba es de otra opinión y nuestro señor don Felipe le presta oídos quizá con demasiada frecuencia.

—En resumen, mi señor don Antonio Pérez —dijo Piedrola—. Se dice entre la gente de la villa de Madrid que en Palacio hay dos corrientes en relación a lo de Flandes: una es endurecer la guerra contra esa gente hasta que comprendan que son súbditos de un rey católico y que sólo pueden ser católicos, y otra que preconiza que es mejor dejarles seguir con sus costumbres e incluso con su religión reformada. Es decir, no entrar en guerra abierta una vez más porque, al fin y al cabo, los gastos de la guerra caen siempre sobre los hombros de los castellanos y estos ya no soportan más impuestos, gabelas, arbitrios, cargas, servidumbres, cánones, tributaciones, derramas, exacciones, contribuciones y otras exigencias reales y concejiles. El pueblo está descontento y no soporta más cuotas ni censos. Supongo que estáis al día de estos rumores, don Antonio.

—El rey nuestro señor tiene derecho a exigir lo que el reino demande para su servicio y honor —interrumpió con altivez la dama.

—Oh, sí, mi señora... ¿doña Ana? Pero decidme, si os han esquilado hasta los huesos, ¿cómo os pueden pedir carne? No es posible, señora. Tendríais que ver cómo viven los miserables que ya ni siquiera trabajan porque todo se lo lleva el fisco, que les demanda aún más de lo que tienen o pudieran tener porque el cobrador de impuestos dice que le engañan y pretende más de lo conseguido. Las ferias de lana y ganado han quebrado. Las ciudades en donde antes se celebraban prósperas ferias y mercados hoy ya no las celebran porque se han arruinado, la moneda se ha desvirtuado al mezclar la plata con cobre, los bienes han subido escandalosamente de precio y el quebranto de la moneda ha llegado a todos: ricos y pobres. En el campo ya no se siembra y la plata de ultramar no es suficiente para pagar ni los intereses que se deben a los prestamistas de Génova. ¿De dónde se sacará para financiar una larga e interminable guerra con Flandes, señora mía? —La llamada doña Ana contestó dubitativa:

—No, si tenéis razón en parte. El pueblo ya no puede soportar más exacciones; pero, ¿qué ha de hacer el rey si lo necesita?

—Pues quizá llegar a un acuerdo con los rebeldes. —Piedrola se puso de pie y anduvo un momento por la habitación como pensando lo que iba a decir—. Señora, yo he luchado con los Tercios en Flandes varios años, y os aseguro que la gente de las Provincias es un pueblo industrial

y amante de sus tradiciones y de su historia, pero se rebelarán una y otra vez contra un rey que consideran que no les comprende y no se preocupa por ellos porque nunca va por allá. Además, corre incesantemente la voz de que en esa tierra se quiere introducir la Santa Inquisición y esa idea les es abominable. Creedme, señora, es un conflicto sin salida posible.

—Don Miguel de Piedrola tiene razón —comentó Antonio Pérez—. Aunque no con tan rotundas razones y palabras, estoy parcialmente de acuerdo. El señor rey debería recapacitar en ese asunto y no darle largas al problema de modo que todo se encone más y más. Los teólogos, tras arduos estudios, le han concedido que los flamencos pueden conservar su religión renovada sin peligro para el alma del rey, pero él se empeña en conseguir que sean católicos aunque no quieran.

—No debemos seguir por ese camino —interrumpió uno—. Lo que decimos puede ser considerado como sedición o alta traición.

—Sedición no, desde luego que no; son comentarios entre un grupo de amigos, un cambio de opiniones, una charla sin importancia tras una buena comida... ¿Verdad, amigos? —dijo Antonio Pérez, y todos estuvieron de acuerdo en que era una tertulia de sobremesa y que todos eran fidelísimos vasallos del rey, nuestro señor natural. Además, prometieron, ninguno iba a comentar sus palabras fuera de casa. Era mejor cambiar de asunto.

—¿Nos vemos mañana en las cuevas de Sopena?

—Sí, es una buena idea, así vemos cómo han quedado y cómo las está acondicionando Casaus. Llevaremos todos nuestros nuevos escapularios en señal de nuestra pertenencia a la Cofradía de la Nueva España.

—¿Se me permitirá llevar una refacción y refrescos para todos? —Era la hermosa dama la que preguntaba.

—No estaría bien que vinieseis, señora —dijo Antonio Pérez, pero ella insistió con un gracioso mohín.

—Probad a impedirlo, señor Antonio Pérez...

* * *

Fray Allende llevó a Piedrola a una casa en el centro de la Villa y Corte.

—Quiero que conozcáis a una joven.

—¿Una joven?

—Sí, Lucrecia de León.

—¿Quién es? No he oído nada acerca de ella.

—Se oirá mucho en el futuro. Es una muchacha que tiene sueños como los vuestros. —Había llegado a la puerta de la casa buscada y fray Lucas llamó con una aldaba de bronce bien pulido que lucía en la puerta. Salió a abrir una mujer joven secándose las manos con un delantal.

—Ah, fray Lucas, ¿Cómo así por aquí? Esta mañana ha estado aquí el señor de Mendoza.

—Buenos días Ana. ¿Está en casa Lucrecia?

—Está, mi señor, aunque tal vez esté durmiendo, anoche tuvo sueños y eso le cansa mucho y ha descansar luego. —Fray Lucas sacó una moneda y la puso en el bolsillo del delantal de la tal Ana—. Bueno, le llamaré, quizá esté solo rezando. —Se fue y a poco volvió con una jovencísima adolescente. Era alta, con el pelo castaño, delgada, con facciones pequeñas y agraciadas. Parecía tímida.

—Buenas tardes, fray Lucas. —Era obvio que le conocía.

—Decidme, Lucrecia, ¿habéis tenido sueños anoche?

—Sí, fray Lucas, llevo una temporada en que no me dejan dormir en paz.

—¿Os importaría relatarlo tal y como lo recordáis?

Sin hacerse de rogar, ella empezó:

—Soñé con un cuervo que sobrevolaba España. Llevaba un pan en el pico, este pan chorreaba sangre y donde caía la sangre se secaba el suelo.

—¿Y sabéis qué significa?

—No sabía qué era, pero se lo pregunté al *Hombre ordinario*

. Él me dijo que el cuervo era la figura de don Felipe, que era un pájaro negro porque simbolizaba la muerte. El pan era lo que sacaba a los pobres, su misma sangre. —Así siguió la tarde y Piedrola se maravilló de que una joven tuviese unos sueños tan parecidos a los suyos. Sin duda el *Hombre ordinario* era el mismo profeta Ezequiel. Quizá su propio fin estaba cerca y el profeta estaba preparando a otra voz que hablase la verdad a quien quisiera oírla. Desde esa noche redobló sus oraciones; acaso sus horas estaban contadas y Lucrecia de León era su sucesora.

El profeta, por su parte, tampoco cesaba de hablar a Piedrola. En cuanto caía dormido en un sueño pesado y profundo como el agua estancada de un lago sin fondo, le llamaba; al oniromante le parecía, incluso, que le sacudía el hombro con una mano enérgica.

—¡Piedrola, Piedrola, Piedrola! Tengo algo que deciros. Estad atento, habéis de decir a don Felipe que su hermano correrá grave peligro. No ha de ir a Flandes a menos que tenga abundancia de todo; si no, morirá solo y en la miseria.

—Pero Profeta —argüía el durmiente—, eso ya me lo habéis advertido hace años, y yo se lo avisé a don Juan. Ya no podemos hacer más.

—Piedrola, habéis de decirlo al rey en persona, don Juan no se lo tomó en serio. También hay que advertir a don Felipe que su primo Sebastián, el rey de Portugal, morirá si va África. ¡Despertad, Piedrola!

Así todas las noches, hasta que por fin Miguel de Piedrola tomó la decisión de visitar a don Felipe. Hacía años que se había retirado de la presencia del rey. ¿Se acordaría aún de él?

* * *

Llegó a la puerta del Alcázar. Nada parecía haber cambiado, hasta se diría que eran los mismos guardias. Se acercó a una garita.

—Deseo hablar con su majestad el rey.

—Eso desean cientos y miles de personas en esta ciudad y más aún en todo el mundo —contestó burlón el soldado.

—Pero a mí me recibirá.

—Los embajadores y los reyes esperan meses para ser recibidos... ¿A vos os recibirá? ¡Vamos, marchaos ya si no queréis que os sacuda con el pomo de la espada en la cabeza!

A Miguel de Piedrola le pareció que ya había vivido todo eso años ha. Llegar a Palacio, pedir audiencia... Como entonces, decidió escribir una carta a Su Majestad.

—Dejadlo, buen hombre, escribiré a Su Majestad Serenísima. — Dio media vuelta y se fue. Sin duda no había sido una buena idea pedir audiencia; era lógico que el guardián le tomase por un loco, solo un desvariado podía suponer que llegaría a la puerta y esta se abriría para él cuando los grandes de España, los titulados, los gobernadores,

generales, cardenales, embajadores, príncipes, banqueros y otros no menos importantes vivían cerca de Palacio durante meses y aun años esperando ser recibidos ante la presencia augusta del rey del mundo.

«De Miguel de Piedrola y Beaumont, a Su Majestad Serenísima don Felipe rey de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia y Nápoles, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Valencia, de Toledo, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias, Perú, de las Islas y tierra firme del mar océano, Conde de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina de Aragón, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Rosellón y de Cerdaña, Marqués de Oristán y de Gociano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, Conde de Flandes y de Tirol, salud y gracia.

Hace años prometí a Vuestra Majestad Serenísima que cuando el profeta Ezequiel me enviase sueños acerca de vos o de vuestra estirpe os lo haría saber. Ha pasado, señor, mucho tiempo desde entonces. Siguiendo vuestras órdenes hace años, me uní a las tropas de vuestro hermano el excelentísimo señor don Juan de Austria, bajo cuyo mando estuve en la guerra de las Alpujarras. Quiso el destino que años más tarde coincidiéramos en otro sitio y el señor príncipe, siguiendo con su costumbre de tratar a los hombres como lo que son, no por su nombre o su riqueza, se dirigió a mí y desde ese día quedé agradecido a Su Señoría Serenísima. Más tarde estuve con él en la jornada de Lepanto y me considero en obligación para con él.

Igual que a vos, señor, le prometí decirle si soñaba con él, cosa que ha sucedido. Deseo que él tenga noticias de ese sueño a través de vos, señor, porque me temo que por su valentía a mí no me hará caso.

No tengo en la Villa de Madrid dirección segura, pero en la taberna llamada De los Lanceros, no lejos de Palacio, estoy todos los días a la hora de comer, Si Vuestra Majestad desea verme y oír las premoniciones, no tiene más que enviar por este servidor.

Besa los pies de Su Majestad Serenísima, vuestro leal Miguel de Piedrola y Beaumont».

No bien se había sentado a comer al día siguiente en la Taberna de los Lanceros, cuando un emisario de Su Majestad, vestido como un clérigo, vino en su busca. El mensajero, sin hacer pregunta alguna pronto lo halló, como si supiera a quién dirigirse.

—¿Sois mi señor don Miguel de Piedrola? —Miguel se puso de pie cortésmente y dijo:

—En efecto ese soy. ¿Para qué soy bueno a vuestra merced? —No contestó directamente, sino que preguntó a su vez:

—¿Me permitís sentarme junto a vos?

—Sentaos pues. Me disponía a comer, al menos os tomaréis un vaso de vino conmigo. —El desconocido se sentó.

—Desearéis saber mi nombre...

—No, si no os está permitido el desvelarlo.

—¿Acaso sabéis de parte de quién vengo?

—Lo supongo —bajó la voz —: De alguien que habita en el Alcázar.

—Exactamente. Soy Benito Arias Montano.

—¿El filósofo y erudito que colecciona libros para Su Majestad?

—Yo no afirmaré tanto. Soy lo que diríamos un estudioso perenne y un amante de los libros, y también un estudioso de los idiomas. He tenido más suerte que otros y por mis manos han pasado muchos textos, gracias sobre todo a mecenas... como el habitante del Alcázar. —El mesonero trajo la comida y Miguel pidió dos platos y cubiertos para ambos.

—En este mesón piensan que los lanceros de su nombre tienen un apetito inextinguible —explicó Miguel—. Hay bastante para dos. ¿Me acompañáis, señor de Montano? —El plato parecía apetitoso, era hora de comer y Arias Montano no había almorzado aún, atento como había estado al mandato de su señor.

—Cuando llegué aquí no tenía hambre, pero ahora ¡vive el cielo! que el guiso huele bien y la invitación es bienvenida. Ya sabéis que soy clérigo y que a los clérigos se nos supone que no tenemos apetitos, pero tengo hambre. ¡Hagamos los honores a la cocina del lugar!

—Me alegro, don Benito. —Se sirvieron y hablaron de cosas intrascendentes—. Así que vuestra señoría ya ha vuelto de Flandes. —Arias Montano pareció sorprendido.

—¿Cómo sabíais que he estado allí?

—Sigo con atención los sucesos de Flandes, soy veterano de los Tercios y he luchado allí mucho tiempo. Si se acierta en poner el oído en los lugares justos, se sabe casi todo. Madrid bulle de noticias verdaderas y falsas. Supe que vuestra señoría marchó como informador de los sucesos que en Flandes acontecían, también se dijo que por vuestro consejo el rey envió allí a don Luis de Requesens. —Se echó a reír el llamado don Benito mientras rebañaba su plato.

—¡Estáis muy bien informado para ser sólo un veterano, señor de Piedrola!

—Os asombraríais, señor de Arias Montano, si supierais con cuánto interés sigue el pueblo los sucesos del imperio todo —Se admiró el erudito.

—Creía que el pueblo sólo estaba interesado en comer y en sobrevivir.

—¡Pues por eso mismo, mi señor! Con tanta guerra y tanto impuesto ni viven, atemorizados por la próxima leva que se lleva a todos los jóvenes, ni comen, pues todo va para el real erario. La gente hace cábalas sobre qué sucederá en el próximo año, en los próximos meses, por saber si el dogal que les aprieta se cerrará un poco más. Algunos quieren saber qué pasará para esconder a sus hijos del alistamiento; a la cabra, del funcionario; y el trigo, de los recaudadores y de los acreedores.

Arias Montano pareció incómodo.

—El rey no va la guerra por gusto. —Miguel de Piedrola le miró largamente.

—Por gusto, quizá no, pero por la gloria del reino, por la herencia de los Habsburgo, por la religión católica... por mil cosas. Demasiadas. El reino no puede más. —Arias Montano le miró a su vez, largamente y a los ojos.

—Me habían dicho que erais un hombre culto y de mucho pensar, con una sinceridad peligrosa. Os recomiendo que no habléis así delante de desconocidos. La Inquisición nunca anda lejos. Yo os comprendo, pertenecéis al pueblo y habláis en su nombre.

—Bueno, señor de Arias Montano, pertenezco al pueblo hasta cierto punto. —Se enderezó en su asiento y dijo—: Me llamo Piedrola y Beaumont y pertenezco a la casa real de Navarra, sólo que me hallo a gusto entre lo que llamáis «el pueblo», y creo que a este no se le hace justicia. En fin, ya hemos terminado de comer. ¿Me decís ahora vuestro recado?

—¡Es verdad! Hablando hablando, se me había pasado. —El clérigo pareció verdaderamente sorprendido—. Ayer llegé a manos de Su Majestad vuestro billete, yo estaba con él cuando lo leyó. Os digo que le impresionó; aunque él es de natural displicente y frío, lo leyó con interés varias veces. Luego me habló de vos. ¿Sois vidente de verdad?

—¡No, por Dios! ¿Por qué la gente se empecina en decirme tales cosas? —Piedrola pareció molesto—. El profeta Ezequiel a veces me tortura en sueños y me exige que trasmita sus mensajes a los afectados o concernidos. Es él el que no se equivoca, yo sólo le oigo o veo cosas

que me muestra y que luego me ha de explicar, porque me habla en sueños y en símbolos. Solo soy portador de lo que me dice el profeta.

—Con eso del profeta estáis más cerca de lo que pensáis de la Santa Inquisición. ¿No tenéis apariciones, arrobos místicos?

—No, no, nada de eso, soy un hombre muy corriente y nunca he tenido ninguna aparición ni visión, ni percepción alguna estando despierto. Soy piadoso, como buen cristiano, pero no tengo arrobos ni soy místico, como mi señor Fray Luis de León.

—¿Conocéis a fray Luis? —Arias Montano parecía sorprendido.

—Tengo ese honor.

—¿Sabéis que está preso...?

—Por el Santo Oficio. Lo sé, él pertenece a nuestra Cofradía.

—¿Cofradía? ¿Qué cofradía?

—La de la Nueva España.

—¿Y a qué se dedica esa cofradía vuestra?

—A rezar por el bien de España, a pedir a Dios misericordia por nuestros pecados y por los del rey. Muchos dicen que Dios nos castiga por sus pecados. Que mató a su hijo y a su esposa, que tiene espíritu vengativo, que tiene demasiada soberbia, que sangra al pueblo.

—Por vuestro bien, Miguel de Piedrola, os ruego que no digáis esas palabras en público, antes de daros cuenta estaríais en una cárcel secreta de la Inquisición y os daríais por bien servido si salíais con vida. De lo que habéis dicho no saldrá ni una palabra de mi boca; me habéis parecido un buen hombre, solo que algo deslenguado. En fin, el rey os aprecia... u os teme. Esta mañana, cuando volví para trabajar con él sobre la

biblioteca que hemos de organizar en El Escorial, solo hablaba de vos y de vuestras premoniciones. Tiene verdaderos deseos de veros.

—Vamos pues, mi señor Arias Montano. No hagamos esperar a Su Majestad Serenísima.

XXVII

Dos hombres frente a frente. El viaje a Roma

«Yo, Andrés de Prada, Secretario del Rey, nuestro señor, en su Consejo de Guerra, estando en Nápoles, sirviendo al señor don Juan (...) me dixo fray Francisco Durantes, confesor de Su Alteza, como en aquella ciudad estaba un soldado llamado Miguel de Piedrola y Veaumont que tenía don de profecía...»

BENITO ARIAS MONTANO Y MIGUEL de Piedrola se dirigieron a Palacio. Esta vez entraron por la entrada principal y los guardias de honor les saludaron con deferencia, o al menos saludaron a Arias Montano por su nombre. Al instante llegó un mayordomo y preguntó al clérigo, como si le conociese bien, si Su Majestad estaba esperándole o si se dirigía a otro lugar. Estaba claro que el prelado era un asiduo de Palacio y que se movía con cierta libertad por sus aledaños.

—¿Deseáis que os acompañe a algún sitio?

—No, Gratiadei, ya sé dónde he de ir. Su Graciosa Majestad me espera, a mí y a este amigo.

—Entonces os acompañaré hasta su puerta. —Arias Montano hizo un gesto de cansancio.

—No hace falta que me acompañéis, pero en fin, si ha de ser así, vamos. Su Majestad Serenísima estará en el gabinete de secretarios y consejeros, allí nos espera mientras estudia algunos asuntos. Llegados al gabinete Gratiadei dijo:

—Dejad al menos que os anuncie, reverendo señor Arias Montano. —Hizo este un gesto de aquiescencia. El mayordomo traspasó la entrada

y al poco salió y manteniendo la puerta abierta anunció en voz alta y clara:

—El reverendo confesor real, señor don Benito Arias Montano y su acompañante, Miguel de Piedrola y Beaumont. —Piedrola se admiró pues el tal Gratiadei no había preguntado por su nombre, luego ya le esperaban. Todo esto pasó como un rayo por su cabeza. En el interior de la estancia, a una media luz tamizada por las ventanas de cristales emplomados, se distinguía la figura delgada de un hombre que, inclinado sobre una pila de papeles, parecía absorto en su lectura. Tenía a mano un tintero, arenilla secante y varias plumas cortadas. Al parecer hacía anotaciones en los papeles sometidos a su consideración. Un par de candeleros reforzaban la luz sobre la mesa, pues la tarde comenzaba a caer y las sombras ya empezaban a enseñorearse de los rincones.

Los dos recién llegados entraron en la cámara y por un momento permanecieron quietos sin decir nada. Gratiadei, después de haberlos anunciado, cerró la puerta cuidadosamente y los dejó solos. El escribiente siguió un momento con su trabajo, como si le costase cortar su concentración, pero al poco puso un papel en blanco sobre sus escritos y levantó la cabeza.

—Así que ya estáis aquí —dijo como si les hubiera mandado llamar hacía un momento. Se levantó y caminó hacia ellos. Ambos se acercaron y Piedrola se arrodilló ante don Felipe.

—Celebro hallaros con salud, mi señor. —Tomó la mano del rey y se la besó devotamente. Él se dejó hacer como quien está acostumbrado a tales demostraciones. Arias Montano se inclinó profundamente ante el rey.

—Señor, he cumplido vuestro encargo. Si me dispensáis tengo mucho que hacer, como bien sabéis ha llegado un cargamento de libros desde Venecia, algunos son hebraicos, otros siríacos y otros de distintos idiomas. Si me dais licencia he de ir a continuar su clasificación. —Esperó respuesta de don Felipe.

—Cierto, Benito, marchaos pues, antes de retirarme iré a ver qué progresos habéis hecho con nuestras novedades. Os agradezco que hayáis traído a Piedrola. —Cambió el tono—. En cuanto a nuestros preciados libros, quizá esta misma tarde o mañana ya me podáis dar una primera impresión sobre su calidad... ¿Sí?

Benito Arias Montano no respondió a la pregunta sino que, tras inclinarse, salió de la habitación y don Felipe, rey de las Españas y Miguel de Piedrola y Beaumont, el soldado profeta, se quedaron a solas. Habló primero don Felipe, como exigía el protocolo.

—Habéis tardado mucho en venir a verme, Miguel de Piedrola. —¿Era acaso un reproche o un simple comentario?

—No tenía ningún motivo para molestar a Vuestra Majestad. —Contestó el soldado. Don Felipe hizo como que no lo había oído.

—Venid, nos sentaremos junto a la chimenea; está algo oscuro allí pero es grato y el fuego nos abrigará, empieza a hacer frío. —Se dirigió hacia un pequeño hogar que ardía en el rincón más alejado y se sentó junto a él frotándose las manos.

—Sentaos —dijo.

—Señor, no puedo...

—Os lo ordeno, sentaos. —Piedrola obedeció, bien que sintiéndose incómodo. Don Felipe lo notó y casi sonrió, al menos sus ojos casi sonrieron—. Sentaos y sosegaos, por una vez seremos sólo dos hombres frente a frente.

—Eso no puede ser, mi señor.

—Puede y lo será —dijo suavemente el rey, pero su acento era tajante. Era alguien acostumbrado a que su palabra se convirtiese en realidad. Una orden no podía ser desobedecida, mucho menos contrariado en un deseo manifiesto.

—Don Felipe, aunque lo intentase no podría ser como vos.

—¿Y quién quiere que seáis como yo? —Lo dijo sin alterarse, casi sin tono de voz—. He dicho dos hombres, dos seres nacidos de mujer, sin categoría social, ni poder, sin linaje y, si me apuráis, sin nombre. —Piedrola sintió curiosidad.

—¿Y qué harían esos dos hombres, mi señor?

—Hablar, como dos desconocidos.

—Pero nos conocemos...

Suspiró el rey y se frotó las manos y luego cada uno de sus largos y afilados dedos. Los nudillos empezaban a abultarse afeando su hermosura. Sin duda le dolían de tanto escribir. Miró hacia el fuego. Hizo como si no hubiese escuchado el comentario de Piedrola.

—¿Sabéis que yo nunca he tenido un amigo? —Piedrola no dijo nada, intuyó que su interlocutor hablaba casi para sí mismo—. Mi madre murió cuando yo era chico, mi padre estaba siempre ausente. Tuve ayos, tutores, maestros, todo menos amigos, y menos de mi edad. Fui adulto desde la cuna casi. Me inculcaron la responsabilidad, la reserva, la desconfianza, el recelo. Goberné países en Europa y un mundo en ultramar cuando otros jóvenes únicamente aprendían a enamorar e iban de conquista con otros amigos tan inmoderados y excesivos como ellos. Yo era ya por entonces tan diligente y cumplidor como un reloj, exacto como los números. Tranquilo como el fondo de un lago. —Había quizá un algo de tristeza en sus palabras—. Cuando fui niño era ya adulto; cuando adulto, viejo. Ahora soy arcaico como el tiempo. —Calló un rato y luego prosiguió—: ¿Sabéis que de joven soñaba con ser aventurero, ir a tierras exóticas con una armadura refulgente y una hermosa espada de dos filos, y allí hallar mujeres de piel de canela y hacerme famoso con la heroicidad de mi hierro? —Se rió calladamente—. Un rey no puede aspirar a nada de eso, tal vez por esa razón a veces pienso que no he sido un hombre, un hombre de verdad, un dueño de su propio destino, un hacedor de afanes, perseguidor de empeños, sufridor de desazones. Hubiera querido poder equivocarme sólo para mí, y también sólo acertar para mí mismo. Ser como otro hombre cualquiera que puede entregarse sin tasa a una mujer amada y deseada, tener hijos e ir con ellos al campo, o a pescar. —Se animó de pronto—. A comprar pan caliente en una tahona, a cazar tórtolas con tirachinas.

Piedrola se sorprendió vivamente. Todo lo oído le parecía normal, el rey echaba de menos lo que no conocía: la vida caliente y palpitante. ¡Pero eso de cazar tórtolas con tirachinas! Sin poderse contener se echó a reír.

—¿Os reís de mí?

—¡Oh, no señor, es que de pronto os he imaginado con un tirachinas... y me ha hecho gracia! —El rey levantó su cabeza y también echó un alegre carcajada. En ese momento don Felipe le recordó a Piedrola a su hermano don Juan. Le interrumpió la voz del rey.

—¿Veis, Piedrola? Son estas cosas pequeñas las que añoro. Reír por tonterías, chuparme los dedos con la grasa caliente de un buen asado, besar a mis hijas delante de la gente. Pero ya hemos hablado bastante

de mi, Piedrola, habladme de vos. Sois un ser extraño para mí. Tan distinto...

—¿Extraño? Soy alguien que sólo vive... para sobrevivir y no morir cada día.

—Algo que a mi me está vedado, vivo para todos, para su grandeza, su felicidad e incluso para su desgracia y su miseria. ¿Creéis que no lo sé? —Se puso de pie y paseó un poco por la habitación—. Cuando mi padre el emperador estaba en sus guerras y yo gobernaba aquí, apenas con trece y catorce años, el emperador me enviaba cartas y despachos continuamente pidiéndome dinero, y yo había de mandárselo y veía al pueblo esquilado, los juros sin poderse cumplir, los precios subir de día en día. Y entonces, compadecido, me atreví a escribir a Su Cesárea Majestad implorándole que no exigiera más de este pueblo, que estaba empobrecido y andrajoso. Que en sus platos no había carne, y a veces ni harina con agua siquiera. Pero él me contestó que era necesario... y ahora yo les he exigido y les exijo aún más que él, mucho más. —Levantó la voz—. ¿Creéis que no lo sé, Miguel de Piedrola? —Calló y se sentó de nuevo, tranquilo y pausado como si no hubiese abierto un momento su corazón a ese desconocido—. Contadme cosas de vos. —Y repentinamente dijo—: ¿Por qué dejasteis de ir a cobrar vuestro subsidio?

—Bien lo sabéis, don Felipe: para librarme de vos.

—Lo suponía.

—Cuando os dije que vuestro hijo, que de Dios goce, no reinaría, me enviasteis a las Alpujarras, por ver si allí hallaba... ¿cómo diría? Un final glorioso. ¿O me equivoco? —Don Felipe le miró atentamente con ojos glaucos e inexpresivos, eran sus ojos de rey. Por fin contestó sin vacilar:

—Cierto. Vuestro augurio resultó ser el mayor dolor de mi vida. Os odié, y un rey no puede darse ese lujo. Era mejor que desapareciérais. Dios no lo quiso. Quizá os guardaba para que estuviérais en Lepanto con mi hermano, don Juan de Austria. —Cambió de tono, casi se tornó afable—. Me habló bien de vos.

Piedrola deseó aprovechar la ocasión para decir al soberano aquello por lo que le había escrito la carta que le había traído a su presencia.

—Si me es permitido, don Felipe, antes de pasar adelante quiero deciros el motivo de mi misiva y petición. —Tomó aire y lo soltó de una vez—: Don Felipe, vuestro sobrino portugués perecerá si va a África.

—¿A África? —se extrañó el rey—. ¿Y para qué ha de ir mi sobrino don Sebastián a África? Es demasiado joven para ir a ninguna parte...

—El profeta no me dijo para qué iría a África, pero sí que os pediría vuestro parecer. Habéis, señor, de disuadirle o perderá su preciosa vida, desaparecerá y don Sebastián pasará a ser sólo una leyenda. —Tenía prisa por decirle la segunda parte del mensaje recibido de Ezequiel antes de que el rey le interrumpiese—. Además, señor, sé por el profeta que en Flandes, Flesinga y Malinas serán las primeras ciudades en levantarse y que don Luis de Requesens no volverá de las Provincias, y si don Juan va allí, de aquí a seis o siete años estará enterrado. —No dejó que el rey le interrumpiese—. Creedme, serenísimo señor, el profeta Ezequiel me llama cada noche «¡Piedrola, Piedrola, Piedrola, despertad! Habéis de decir al príncipe que no vaya a Flandes». —Todo esto lo dijo apresuradamente para no dar lugar a que el rey le detuviera en su parlamento. Don Felipe le miró sin pestañear.

—Supongo que sabréis que un rey no puede cambiar su política por el sueño de un oniromante, aunque ese oniromante seáis vos.

—En este caso en particular, y con vuestro permiso —contestó Piedrola—, lo que habéis oído no eran palabras de un soñador a un rey, eran de un hombre a otro hombre. No conozco a don Sebastián pero don Juan me merece toda mi devoción y fidelidad, no puedo hacer más por él. Os ruego que no lo enviéis a las Provincias.

—Hablemos de otra cosa, amigo Piedrola. Después de tanto tiempo, ¿lograsteis hallar a vuestros antepasados, los Beaumont? Algo oí a ese respecto...

Murió don Luis de Requesens, el gobernador de Flandes, y allí las cosas iban de mal en peor y todo el pueblo decía que aquello no tenía remedio, sólo don Juan de Austria podría enderezar aquel asunto, si no era demasiado tarde incluso para él.

Antonio Pérez había escalado puestos en la confianza de don Felipe y ahora se encargaba de los asuntos generales y no sólo de determinadas secciones y negociados. Su riqueza y poder había subido como la espuma y cuando se movía de un sitio a otro le seguía una tropa de gentilhombres, palaciegos, nobles, pajes, lacayos y criados y un largo etcétera de acompañantes. Al contrario que el rey, recibía a todos los extranjeros poderosos que venían en demanda de algún asunto personal u oficial. El privado les escuchaba amablemente y sugería que él mismo se tomaría interés en aquel asunto. Luego llegaban las dádivas. Le enviaban oro los Médicis, cuadros los Doria, telas de oro y damascos orientales el capitán de los Tercios de Nápoles. Marco Antonio de Colonna le había enviado un regalo de seis mil doblones por el virreinato de Sicilia. Agradecido por el gobierno de Milán, el duque de Mediana Sidonia también le había agraciado con otros seis mil. De los embajadores se decía que recibía presentes como alfombras, vajillas de oro y plata, bargueños, caballos, carrozas y otras futesas. Sin duda el rey lo sabía pero nada decía. También se rumoreaba que tenía amigas y que las visitaba con frecuencia. Su esposa legítima, doña Juana de Coello, lo amaba en demasía y callaba mirando hacia otro lado.

El grandioso edificio de El Escorial crecía de día en día, de modo que aún antes de que estuviese terminado ya podía el rey pernoctar de vez en cuando en sus habitaciones. Juan de Herrera le dedicaba todas las horas de su tiempo; el deseo de ver terminado el Nuevo Templo de Jerusalén era como una fiebre que no le abandonaba. Durante una temporada Miguel de Piedrola iba a visitarlo y juntos recorrían las nuevas edificaciones. Herrera le explicaba una y mil veces qué aposentos eran aquellos que visitaban: la Sala de las Batallas, la biblioteca, la iglesia, el oratorio privado, el monasterio, el seminario, el salón de los embajadores, la apoteca, el pudridero...

—Vengo a despedirme, amigo Herrera —dijo un día Piedrola al arquitecto.

—¿Os vais? ¿A dónde? —inquirió con curiosidad el constructor.

—A Italia. Me lo ha ordenado mi profeta y he de ir.

—¿A algo en particular? —Los amigos de Piedrola ya se habían acostumbrado a sus repentinos arranques. Desde que el grupo formado por Lucas de Allende, Alonso de Mendoza, Antonio Pérez, Guillén Casaus, Juan de Herrera y algún otro se habían comprometido a formar la Cofradía de la Nueva España, no habían dejado de verse. Comentaban con frecuencia las dificultades del reino e imaginaban remedios. Todos llevaban el escapulario ideado por fray Lucas de Allende, pero

por precaución lo traían debajo de la camisa. La Inquisición buscaba a la secta de los *alumbrados* y podían tomar su escapulario por contraseña sospechosa. De vez en cuando Piedrola se iba a algún sitio pues Ezequiel se lo mandaba en sus sueños. Ahora el arquitecto preguntaba, curioso: «¿A algo en particular?». Su sorpresa fue mayúscula cuando oyó decir:

—Sí, debo ver al Papa Gregorio XIII.

—¿Y se puede saber para qué? —Piedrola calló. Luego contestó lentamente.

—El profeta no me ha prohibido decirlo, pero tampoco me dijo que lo hiciese, así que prefiero no decirlo por ahora. ¿Me comprendéis, verdad? —Don Juan asintió con la cabeza.

—Adiós, entonces. Escribidme si podéis y si no es peligroso para vuestros fines.

Piedrola partió sin más dilación. Cada día era importante, aunque creía que si el Profeta le había dado órdenes de partir era porque aún había tiempo.

Sabía Piedrola que no podía ver al Papa nada más llegar a Roma, por lo que antes se dirigió a Nápoles, en donde sabía que se hallaba el príncipe don Juan de Austria. Pensó en pedirle ayuda. Pronto se enteró de que el general de la flota no se encontraba en su casa de Nápoles, sino que se había desplazado a algún punto del Mediterráneo para pasar revista a la escuadra, así que pidió ver a uno de sus secretarios. Seguramente el nombre de Piedrola no era desconocido en el entorno de don Juan pues le recibió un oficial que dijo llamarse Andrés de Prada. A éste

manifestó Piedrola que todo lo que necesitaba era una recomendación para presentarse ante Su Santidad, Gregorio XIII, pues tenía para él un mensaje.

—Así que deseáis ver a Su Santidad —dijo después de haber escuchado atentamente al soldado.

—Es preciso, don Andrés. Me lo ha ordenado ni Ángel Guardián, el profeta Ezequiel.

—¿Y se puede saber acerca de qué asunto habríais de hablar con nuestro santo Pastor por orden de vuestro profeta?

—Son asuntos del interés de España —dijo simplemente Piedrola—. No os puedo especificar más. Aunque a vos os debería bastar saber que don Juan me honra con su amistad y don Felipe me ha mandado llamar

más de una vez. Don Juan no se lo tomará a mal si me ayudáis en lo que os pido. —Para sorpresa del soldado el oficial contestó:

—Lo sé, señor de Piedrola. Y sé también que fray Francisco de Durantes, el confesor de su excelencia el príncipe, dice que tenéis el don de la profecía y que sabéis las Escrituras sin haberlas estudiado. Y esto lo sabe porque sirvió en Flandes, en donde ya erais famoso entre los hombres de los Tercios.

—Bien, pues si os fiáis de mí, señor, os ruego que hagáis todo lo que podáis para que nuestro príncipe no vaya a Flandes. Yo ya he recurrido al rey, nuestro señor, y se lo he dicho al propio príncipe. Ahora recurriré al Papa. Ya veis —lo dijo con tristeza—, no sé ya que hacer. Nuestro benigno príncipe morirá si va a las Provincias, a menos que vaya bien surtido y bastido, cosa que dudo dada la pobreza del reino.—Don Andrés apreció la gravedad del asunto que traía a Piedrola y prefirió hacer como que no había escuchado nada.

—Mi señor don Juan no está, pero sin duda no os negaría un pase para ver a Su Santidad. —El buen hombre pareció pensar un rato y añadió despacio—: Aunque si supiese que se trata de estorbarle un hipotética marcha a Flandes, se opondría, seguramente. Él siempre obedecerá al rey, su hermano, sea cual sea el pronóstico. Haremos una cosa: vos no diréis que me habéis participado el motivo de vuestra visita al Pontífice y yo diré que me suplicasteis ver a Su Santidad por motivos propios.

En eso quedaron y el oficial, cumpliendo su promesa, escribió un despacho a Su Santidad en el que le rogaba recibiese al soldado profeta, de quien sin duda habría oído hablar pues era famoso en toda la tierra. Manifestaba don Andrés de Prada que sería interesante que S.S. viese si en todo era cristiano y que no había herejía en los sueños de Piedrola, pues tenía gran influencia en ricos y pobres, en humildes y poderosos.

Recibió Gregorio XIII el oficio de parte de la administración de don Juan de Austria, a quien tenía en gran estima, y como mucho había oído hablar de Miguel de Piedrola, parecióle la ocasión que ni pintada para entrevistar a tan curioso personaje. No sabía qué pensar de él y quería verle de cerca y oírle. Le concedió audiencia de inmediato.

Cuando Piedrola, a través de Andrés de Prada, supo que Gregorio XIII accedía a darle a besar el anillo del Pescador, supo que el profeta le había allanado el camino. No había tiempo que perder, así que abandonó

Nápoles y se dirigió a Roma. El día estipulado, bien lavado y afeitado y vistiendo sus mejores ropas, se dirigió a su audiencia. En la puerta dio su nombre, temiendo que nadie supiese de él, pero le esperaban y un clérigo joven apareció en seguida y, después de saludarle, le preguntó en qué idioma había de hablarle.

—En el que gustéis, señor —respondió el soldado profeta—: Español, francés, latín, holandés y aun turco, bereber y árabe.

Maravillóse el joven clérigo de que un hombre de aspecto pobre tuviese tales conocimientos, pero luego pensó que quizá era alguien disfrazado y que la personalidad del caballero era otra harto importante y sin añadir nada llevó a Piedrola por largos pasillos donde muchos centinelas hacían guardia en distintas puertas. Apresurados caminaban clérigos que iban cargados de papeles o comentando cosas en voz baja mientras circulaban a alguna parte. Los vio vestidos de negro, simples clérigos; de púrpura los cardenales; de negro con ribetes en sus sotanas los canónigos; de rojo los obispos y otros muchos que no supo identificar. Todos parecían abejas

laboriosas que iban a alguna parte a cumplir su misión en aquel mundo complicado que era la residencia de Pedro, el pescador de almas.

Por fin llegaron a su destino y el joven clérigo rogó a Piedrola que esperase un momento, entró en la habitación y salió enseguida.

—Podéis entrar, pero —añadió bajando al voz— no canséis demasiado a Su Santidad, tiene ya setenta años y su actividad es inmoderada, trabaja demasiado, madruga mucho y se acuesta tarde. —Se retiró de la puerta, no sin antes anunciar—: ¡El caballero Miguel de Piedrola y Beaumont, Santidad!

Ugo Buoncompagni estaba de pie junto a una alta cátedra de terciopelo carmesí. Piedrola avanzó hasta él y, arrodillándose, besó con unción el anillo del Pescador.

—Así que vos sois el soldado profeta, Miguel de Piedrola y Beaumont. —El anciano pontífice tenía ojillos chispeantes y en ellos no había vejez alguna. Se sentó en su cátedra—. No llamaremos a nadie, acercaos vos mismo una silla y poneos a la luz, quiero veros bien. —Piedrola hizo lo que se le pedía y se sentó en frente del Papa Gregorio. Este le miró un rato—. Así que vos sois el que profetizó que Ugo Buoncompagni sucedería a Pío V con el nombre de Gregorio XIII... —Piedrola se sorprendió.

—Santidad, yo no profeticé nada, el profeta Ezequiel me lo dijo en sueños y yo se lo transmití a mi señor...

—...y él a mí —terminó el Papa—. Pero ahora que os tengo aquí, hijo mío, he oído hablar mucho de vos. Ante todo contadme vuestra historia, desde hace tiempo ardo en deseos de escucharla. —Y así lo hizo el soldado. La tal historia duró varias horas, pero Ugo Buoncompagni no pareció cansado ni le interrumpió, y con las manos cruzadas sobre su regazo le prestó toda su atención. Pasó la tarde y empezó a caer un crepúsculo dorado. Cuando el relato de la vida de Miguel de Piedrola se hubo terminado, el Papa se puso de pie.

—Venid, Miguel de Piedrola, acercaos conmigo al balcón. Desde aquí se ve una de las vistas más hermosas de Roma: el Río Tíber a lo lejos, las colinas; por allá —señaló con su mano— el Trastévere... —Calló mirando a lo lejos—. ¡Cuánta historia en cada mota de polvo! Las vidas de los hombres son también motas en el devenir del tiempo, pero algunas brillan como diamantes y otras son polvillo de la brevedad de la existencia. Sólo Dios Nuestro Señor sabe si brillan en la eternidad o son grises para siempre. ¡Qué historia la vuestra, Miguel de Piedrola! Varias vidas en una, tantas experiencias, amores y desencantos, amigos hallados y amigos perdidos, reyes, príncipes, galeras, fugas, penalidades, tantos pueblos, tantos idiomas, batallas, encerronas, engaños, lealtades, traiciones, camaradas malogrados, enemigos en la sombra, añagazas, sueños, huidas... Estoy abrumado, creedme. Pero cambiemos de tema. Vos, hijo mío, deseabais verme. ¿Podéis decirme para qué?

—Santidad, es en favor de don Juan de Austria.

—¿En su favor? —se extrañó el Pontífice—. ¡Pero cómo, él lo tiene todo y vos casi nada! ¿Qué podéis vos, hombre humilde, pedir en favor del príncipe a quien yo mismo he otorgado la Rosa de Oro que sólo se da a los más conspicuos héroes y defensores de la cristiandad? Tengo grandes proyectos para él, quizá un día no demasiado lejano lo veáis rey... —Piedrola hizo caso omiso de esta última parte de los comentarios del Pontífice.

—No permitáis que don Felipe le envíe a Flandes, allí morirá.

—Estad tranquilo, que yo sepa no hay nada pensado en ese particular. Ir a Flandes... No, por ahora; quizá a Inglaterra... casarse con una princesa de allí y ser, si Dios quiere, un rey cristiano de Inglaterra...

—Sonrió el anciano con picardía—. ¿Eso os gustaría más? —Pero el soldado profeta insistió como si no hubiese oído las palabras de Gregorio XIII.

—Santidad, si no lo evitáis, nuestro benigno príncipe morirá en la miseria en las Provincias rebeldes.

XXVIII

Años de muertes. El Castillo de Guadamur

«El negocio del secretario Antonio Pérez anda mal y no puede andar peor, pues lo días pasados se ha tratado de hacerle declarar con el tormento y no ha confesado. Su prisión es por diversos motivos, especialmente porque el valido le revelaba a la princesa de Éboli algunos secretos del reino...»

NO HUBO MÁS REMEDIO QUE enviar a don Juan de Austria a Flandes. Muerto don Luis de Requesens, don Felipe y el Consejo de Estado pensaron que nadie podría manejar la espinosa situación mejor que él; pero don Felipe, después de haberle enviado como gobernador, pareció olvidarle. Las remesas pedidas no llegaban, no había dinero para continuar la guerra ni para pagar a la tropa. Tras muchos sufrimientos y necesidades, y viendo que sus cartas no recibían respuesta, don Juan empeñó todas sus joyas y entregó la totalidad de su patrimonio personal para poder pagar a sus hombres, pero aun eso no fue suficiente para mantener las operaciones, y al fin se vio obligado a mandar a su secretario particular a entrevistarse con su hermano para que este explicase al rey, cara a cara, la comprometida situación en que se hallaba no sólo don Juan, sino la Corona de España, si no llegaban refuerzos y dinero.

El secretario personal de don Juan de Austria era Juan de Escobedo. En un principio a Escobedo le había colocado Antonio Pérez junto al príncipe para tener información de primera mano de todo lo que pensaba y hacía don Juan, pero la fascinante personalidad de don Juan de Austria había conquistado por entero a Escobedo y nada de lo que

éste transmitía a Antonio Pérez acerca de su señor pudo nunca ser tomado como que el infante tuviese ambiciones propias que entrasen en colisión con la realeza de su hermano, tal y como sostenía Antonio Pérez. Durante un tiempo, Antonio Pérez manifestó ante don Felipe que su hermano tenía la aspiración de hacerse coronar rey con la ayuda del Papa, el cual no veía con malos ojos a un príncipe cristiano, al vencedor de Lepanto, en el trono de Inglaterra o en el Grecia. No atreviéndose a denunciar directamente al príncipe, hizo recaer toda la culpa de la supuesta ambición en el *Verdinegro*, que era como Antonio Pérez llamaba a Escobedo. Él —dijo el secretario— era el ángel malo que susurraba al oído del buen príncipe palabras de ambición; él, Escobedo, sería su perdición. Tras muchas murmuraciones y habladurías vertidas en los oídos del rey, por fin, tras consultarlo con el marqués de los Vélez, Antonio Pérez obtuvo permiso para hacerlo desaparecer; y es que Escobedo sabía demasiadas cosas para su tranquilidad y así, tras algunos intentos fallidos, el asesinato se llevó a cabo con la colaboración de unos rufianes de nombre Insausti, Miguel Bosque y Juan Mesa. Una noche oscura en un callejón cerca de donde vivía la princesa de Éboli, un estoque traidor manejado por Insausti atravesó de parte a parte al infeliz Escobedo.

Cuando don Juan se enteró de lo sucedido a su secretario sintió una gran tristeza porque por este hecho supo que había caído en desgracia ante su hermano. La enfermedad, la desilusión y la penuria se aunaron para socavar su salud. El clima frío y desapacible, el campamento mísero, la niebla, la humedad, el viento, la mala comida y las fiebres se llevaron al bienamado príncipe a otro reino mejor que este y así se cumplió la visión y la profecía de Piedrola.

* * *

—Señor don Antonio Pérez, os agradezco que me hayáis hecho llegar las nuevas, aunque estas sean aciagas. —Esto dijo Piedrola al secretario de don Felipe cuando este lo mandó llamar para informarle sobre la muerte de don Juan. El secretario sabía que el antiguo soldado amaba al príncipe y por ello deseó ser el primero en comunicarle la noticia. Nada dijo de que él tenía, en parte, culpa de esa muerte pues había hecho todo

lo posible por poner al rey en contra de su hermano. El soldado parecía afectado.

—Iré a la iglesia del Buen Suceso a rezar por el alma de Su Alteza. —Pérez lo miró desaprobatoriamente, pero Piedrola insistió—. Sí, Su Alteza. Sé que él deseaba ser llamado así,

como hijo de su cesárea majestad don Carlos, y que don Felipe se lo denegó y mezquinó toda su vida. Al menos muerto le llamaré así: Alteza. Perdonad, don Antonio, debo dejaros, no tengo humor para comentarios.

La voz de los muertos clama venganza desde su tumba y estos no descansan hasta que han sido vengados, o al menos esto dice el pueblo. Quizá por ello un tiempo después el asesino de Escobedo fue perseguido con saña por el mismo que le había autorizado a que cometiese tal asesinato. Antonio Pérez fue apresado y torturado para que confesara... sin complicar a don Felipe.

¡Cómo pasa el tiempo! Había muerto Solimán *el Magnífico*; muerto Roxana *la Jovial*; muerto Andrea Doria; muerto asimismo el príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva; muerto María de Portugal, María Tudor e Isabel de Valois, las tres reinas esposas de don Felipe (ahora casado con su sobrina Ana de Austria); muerto el desequilibrado heredero del reino: don Carlos; muerto el príncipe heredero de Portugal, don Sebastián; muerto Escobedo, muerto el buen don Juan de Austria... El mundo de Piedrola iba quedando despoblado.

Pero antes de la muerte de Escobedo algo siniestro se había preparado. Había muerto el astrólogo particular de Antonio Pérez, de nombre Pedro de la Era, y se decía que el mismo Pérez lo había envenenado porque sabía demasiado acerca de él y sus relaciones con cierta dama. El caballero de Antonio Pérez, de apellido Morgado, que también conocía demasiado del mismo asunto, murió igualmente sin explicación alguna. Más tarde el asesino de Escobedo, Insausti, que había huido a Sicilia y que fue a ofrecer sus servicios a Marco Antonio Colonna, falleció al poco sin que se supiera de qué. El otro asesino de Escobedo, Miguel Bosque, también pereció repentinamente en Cataluña. Incluso para los poderosos eran demasiadas muertes. En los corrillos y en las plazas, en los mercados y tenduchos, en las tabernas y en los callejones se murmuraba que, si bien Antonio Pérez tenía mucho que ver en todas estas muertes, también el rey «tenía lo suyo» y las murmuraciones subieron

de tono cuando se supo que la justicia real había encerrado en su palacio, en una estancia sellada, a la bella princesa de Éboli.

—La ha hecho emparedar —decían en voz baja—. La ha hecho emparedar por celos.

El secretario real cayó en desgracia y se hacían apuestas sobre cuándo y cómo aparecería muerto en su prisión. Todo eran tribulaciones y no faltaban señales amenazadoras en el firmamento. En 1577 un cuerpo luminoso atravesó el cielo escurialense llenado de terror a los habitantes del pueblo y a los trabajadores el enorme edificio. Hubo quien dijo que el meteoro predecía el final de los tiempos. En ese mismo año un fuego pavoroso acompañado de un vendaval había destruido la llamada Torre de la Botica. Si llegaba el fin del mundo, el Señor vendría con todo Su poder y majestad a juzgar a vivos y a muertos. Tanta desvergüenza no era posible sin que un castigo llegase del Cielo.

—Los pecados de la casa de Austria destruirán el reino. —Esto aseguraba Piedrola a quien quería oírle—. El profeta Ezequiel me lleva a reinos lejanos y veo cómo se preparan para destruirnos. Una reina grande, enorme, está sentada en un trono y en su regazo tiene a un cordero, le saca las entrañas y las arroja al suelo. En un país del norte en lugar de árboles crecen en sus bosques una arboleda de galeras ya armadas y bastidas y un bosque de lanzas afiladas. Unos gigantes rubios botan al mar barcos llenos de hombres armados hasta los dientes, y todos vienen hacia nuestras costas. Mientras tanto, el rey Felipe duerme en la cocina de Palacio y nada ni nadie puede despertarle. — Esto dijo el soldado, contando su sueño de todos los días.

—¿Y qué significa todo eso, amigo Piedrola?

—Yo tampoco lo entendí bien al principio, pero en mis sueños he preguntado a mi Ángel qué quería decir todo aquello, porque lo sueño muchas veces. La reina enorme es la reina de Inglaterra; es grande y poderosa, y por ello aparece en el sueño de tamaño más que normal; la oveja o cordero es la Iglesia Católica, a quien ella tiene sacrificada; las entrañas que arroja al suelo son los sufrimientos de los católicos en aquellas tierras. El rey que duerme en la cocina significa lo más interno de la casa, del reino en donde mora y en donde no se da cuenta de lo que pasa aunque se lo digan una y otra vez; por eso aparece dormido.

El grupo de gente que le escucha asiente con la cabeza mientras mira con aprensión alrededor, no vaya a ser que algún desconocido esté escuchando y ande con el cuento al tribunal de la Herética Parvedad. Los llamados *Familiares de la Santa Inquisición* son sus ojos y oídos y cualquiera que tenga un motivo de querrela contra alguno de los que escuchan puede delatarles en secreto. El grupo de oyentes se dispersa en silencio, sólo quedan los íntimos: Guillén de Casaus, fray Alonso de Mendoza, fray Lucas de Allende, Sacamanchas, la joven Lucrecia de León, y hoy está también fray Luis de León, que hace tiempo que ha sido liberado de su prisión.

—No debéis hablar tan recio contra nuestro señor el rey, él hace lo que puede por el reino. —Así le reconvino suavemente fray Luis, pero Piedrola respondió:

—No critico al rey, sólo digo lo que el profeta me dice en sueños, sin añadir nada. Además, señor escritor, no habéis dicho vos del alma aquello de «ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta... ni el temor le encoge, ni las promesas la llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal que lo próspero o lo adverso le muda. Si se pierde la hacienda, alégrase, como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene a Dios en su alma, con quien de continuo se abraza». Pues bien, digo lo justo y a mí ni el bien me zozobra, ni el mal me amedrenta. Y si el profeta me habla, seguramente es con consentimiento de Dios, por ello me aplico vuestro verbo: si me faltasen amigos, tengo a Dios en mi alma, con quien de continuo me abrazo.

—Vayámonos a casa, señor de Piedrola, se hace tarde y hay que recogerse. —La joven Lucrecia se había ido hacía tiempo, su madre había venido a llevársela, no era bueno andar por ahí a ciertas horas.

* * *

El rey está sentado en su estancia de El Escorial. Es severa y no demasiado grande, se trata de una estancia recogida, y por ello es una de las preferidas del monarca. Los muebles son oscuros y las cortinas hacen juego. Acaso solamente las bellas alfombras ponen un toque de color. En las paredes arden algunas antorchas y sobre los pocos muebles lucen varios candeleros.

El cardenal Quiroga ha venido a visitarle, lo hace de vez en cuando y siempre tiene algo que contar al rey.

—Así que se murmura de mí en las plazas y mercados —dice el rey—. Bueno, se ha venido haciendo siempre. Nadie puede evitarlo. Dejadlo pasar, Quiroga, no merece la pena, son pobres diablos que pasan el tiempo. Sin duda si llegara el momento de hacer una leva esas mismas personas lucharían con valentía por el reino y por la casa de Austria sin preguntar el porqué.

—Esta vez es peor, supuestos videntes dicen tener revelaciones y que el meteoro que cruzó el cielo era una señal ominosa del fin de los tiempos y del final del reino.

—¡Tonterías, Quiroga! El populacho de siempre es temeroso y echa la culpa de sus temores a los demás, a los pecados de los poderosos, a la desvergüenza de los tiempos, a la desfachatez de los que mandan, al descomedimiento de los que obedecen. Cuando viene la peste siempre es culpa de los pecados de alguien, y no es que dude de que haya pecados, eminencia, pero siempre los hay y peste solo de vez en cuando. —Miró con ojos casi divertidos al cardenal—. No os preocupéis de lo que digan, tienen que hablar, llevo ya mucho tiempo en el poder y confío en mi gente, mi pueblo me es fiel... al menos en España, ojalá fuese lo mismo en todas partes, Quiroga. El cardenal se inclinó como asintiendo a las palabras del soberano. Aún insistió débilmente:

—Sois demasiado benévolo, señor, siempre intercediendo por la chusma. —Quiroga no sentía ninguna simpatía por fray Luis de León y aprovechó la situación para lanzarle un dardo—. Bien recuerdo el caso de fray Luis, intercedisteis ante el Santo Oficio y si bien el Tribunal es inmune a cualquier presión, seguro es que vuestra intercesión no pasó desapercibida. Lo digo con conocimiento de causa, como bien sabéis.

—Mi buen inquisidor, el caso de fray Luis era algo especial. No había ninguna acusación específica contra él, aparte de leer la Biblia en hebreo y no en la versión de la Vulgata.

—¡Y de haber puesto al alcance de cualquiera el Cantar de los Cantares!

—Y qué, Quiroga, ¿estáis acaso en contra de ese diálogo alegórico entre Dios y su amada?

—Yo no diría eso, don Felipe —respondió incómodo el aludido—. Aunque atribuido a Salomón, es posiblemente una obra mucho más antigua, quizá de origen sulamita. Además, el Cantar de

los Cantares está incluido en el Talmud, y es por tanto un libro prohibido a los católicos. Además, se trata de un libro de contenido erótico. No es para que esté al alcance de cualquiera.

—Fray Luis es un sabio, un erudito, un estudioso, y leer y transcribir tales obras es lo que hacen las personas como él. De siempre fue un prestigioso hebraísta y políglota que dominaba como nadie el griego, el latín, el caldeo y el italiano. Ya sabéis que tradujo el Antiguo Testamento. — Calló mirando a lo lejos— ¿Sabéis que ya era famoso de joven? Yo mismo cuando tenía pocos años fui a visitarle en su monasterio. Desde entonces tenemos algún roce, aunque nos vemos poco, dicho sea. Nunca ha venido a pedirme nada, aun a sabiendas que yo se lo otorgaría si pudiese. —Quiroga conocía que don Felipe apreciaba al agustino y decidió no insistir en sus reconvenciones, ello podía tornarse contra él.

—No, si lo que digo, señor, es que sois blando con la gente. Arias Montano también estaba siendo investigado por la Inquisición y llegaron unas palabras vuestras... bueno, se optó por no seguir con la investigación, se paró la *inquisitio*. Eso por no hablar de ...

—¡Basta, Quiroga! —le cortó en seco—. Gracias por la información, pero dejadlo estar, no persigáis a los pobres diablos, bastante tienen con tratar de sobrevivir... y esquivaros, eminencia. —Quiroga se inclinó, no había lugar para más comentarios. Aún insistió débilmente: —La Santa Inquisición no puede ser doblegada. Es independiente en sus opiniones y juicios, y si oye algo... —El rey le miró severamente.

—Sin duda, Quiroga, en asuntos de fe la Inquisición tiene la última palabra, pero el rey tiene el poder de nombrar y quitar a los inquisidores. ¿Lo recordáis?

—No quería contradecir a Vuestra Majestad Serenísima —dijo en voz baja el Gran Inquisidor.

—Es tarde, os podéis retirar. Y recordad, Quiroga: dejad en paz a la gente de la calle...

—Me voy entonces, serenísimo señor, si me dais licencia. —Se inclinó y el rey hizo con la mano un gesto de despedida, el cardenal inició la salida andando hacia atrás. Cuando ya estaba a punto de salir, la voz del rey le sacó de su ensimismamiento.

—Quiroga, ¿entre los que se quejaban de mí, estaba un tal Piedrola?

—Era él el que predicaba contra vos.

—Lo suponía, de momento a ese también dejadle en paz. Adiós, Quiroga.

* * *

—Tenemos que organizar nuestra cofradía de la Nueva España. La que conocemos está a punto de desaparecer. Nosotros, los que formamos la cofradía, salvaremos nuestra patria. —Eso dijo Piedrola y fray Alonso de Mendoza se manifestó de acuerdo. Además, la idea de la cofradía de los escapularios negros había sido suya, una idea genial. Ellos, los cofrades, salvarían España, que estaba a punto de perecer. Por los sueños de Piedrola era ya seguro que la casa de Austria se hundiría arrastrando a toda el sistema en su caída. Los enemigos crecían en el exterior, los rebeldes se envalentonaban, los piratas y corsarios tanto argelinos como turcos, ingleses y holandeses devastaban las costas y arruinaban el comercio y parecía que al rey no le importaba, o al menos no tenía medios ni ideas para detenerlos, esto decían los de la Cofradía de la Nueva España...

—He tenido el sueño definitivo —dijo Piedrola a la multitud que se había congregado para oírle—. Un cuervo venía volando desde poniente, como de Portugal, en dirección a un nido de águilas situado sobre una alta montaña. El cuervo llevaba en el pico una bola que chorreaba sangre. Se acercaba al nido en donde había multitud de águilas de distintas plumas pardas, blancas y negras, y con diferentes coronas de oro y piedras preciosas en sus cabezas, de reyes, emperadores, duques y condes. Las águilas no huyeron ante el cuervo, antes bien ponían pico y rostro hacia donde se acercaba el ave negra, sin dejar el nido.

>>Y el cuervo me habló: «Piedrola, Piedrola, Piedrola, daré de comer a estas águilas de esto que traigo». Espantado le dije: «¿Cómo vos habéis de dar de comer a las águilas?». Y el cuervo, riéndose, dijo que no les tenía miedo. Entonces vi que las águilas habían abandonado el nido y el cuervo se posesionó de él, y batiendo las alas tres veces

como hacen las cigüeñas cuando van a dar de comer a sus hijos, llamó a las águilas y estas vinieron y el cuervo les dio de comer.

—Este sueño es confuso para nosotros, profeta —dijo uno de los presentes—. ¿Nos podéis explicar su significado?.

—Yo también quedé confuso y pregunté al profeta Ezequiel por su significado. Él me dijo que la bola era la carne y la sangre del pueblo que en todas partes era explotado. El cuervo era la figura simbólica de un gran tirano que vendría de Poniente, de la parte de Portugal. Al ser pájaro negro era el embajador de la muerte y degeneración de la casa de Austria. La sangre que de la bola caía al suelo era la injusticia de los que padecían injustamente sin poder reparar el daño que se les hacía, y esa sangre clamaba al cielo, como clama la injusticia ante el Señor, como clamó la sangre de Abel ante el Trono contra su hermano Caín.

>>El monte en donde se hallaban las águilas era la cristiandad; y el nido, la familia de la casa de Austria que lo enseñoreaba; las águilas negras, los reyes y emperadores; las pardas eran los que estaban llamados a la sucesión de sus estados; y las águilas blancas eran aquellos miembros de la Casa a los que no había tocado sucesión. Las coronas, sus estados y nobleza.

>>Debemos estar preparados para salvar a España. Un tirano vendrá de Poniente, Portugal e Inglaterra para abatir a la casa de Austria; del norte nos caerán los franceses, por el Levante los otomanos de la Sublime Puerta, del sur los moros, argelinos, bereberes y sus aliados. Por sus pecados el Señor permitirá que el reino perezca, don Felipe se refugiará en Toledo y allí morirá. Ninguno de sus hijos le sucederá, Dios no lo permitirá.

Hacia algún tiempo que en la Plaza de la Cebada se reunía una enorme multitud a oír las palabras de Piedrola. Era ya un hombre de más de sesenta años, acercándose a los setenta. Cada día parecía más un profeta de los del Antiguo Testamento. Alto, enjuto, con el cabello blanco, moreno de soles, vestía de pardo y se ayudaba a andar con un bastón nudoso. No temía que sus palabras llegasen según a qué instancias. Sin duda Ezequiel lo tenía todo previsto y lo que sucediese sería voluntad divina.

Ese día había un caballero en una silla de manos, sin escudo ni signo exterior de su casa, escuchando la arenga del soldado profeta tras unas cortinas tupidas que no dejaban ver el interior del pequeño vehículo. Cuando la prédica hubo terminado, dio un golpe leve en la pared.

—He oído bastante, vamos a casa. —Los lacayos levantaron la silla de manos e iniciaron el camino hacia el Alcázar. Esa misma tarde el rey don Felipe mandó llamar a Quiroga.

* * *

Los cuadrilleros de la Santa Inquisición fueron de noche, cuando todos dormían, y apresaron a don Alonso de Mendoza, a Guillén Casaus, a fray Lucas de Allende, a Sacamanchas y a todos los amigos y cofrades de la Nueva España, y se los llevaron a las cárceles del Santo Oficio.

Un poco más difícil fue hallar a Piedrola, porque dormía a la intemperie, pero le encontraron y sin darle explicación alguna se lo llevaron. Él los miró con curiosidad y dijo:

—Han venido a buscarme aquellos que antes no preguntaban por mí, hanme hallado aquellos que no me buscaron. Yo he dicho a una nación que no invocaba mi nombre: «Aquí estoy, heme aquí». Extendí todo el día mis brazos hacia un pueblo incrédulo y rebelde que no anda por el buen camino, sino en pos de sus antojos. Pueblo que cara a cara me está provocando continuamente a enojo.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Estáis acaso loco, o lo fingís? —dijo sorprendido el capitán de los cuadrilleros.

—No, amigo, recito de Isaías, capítulo 65, versículos 1, 2 y 3. «Han venido a buscarme aquellos que antes no preguntaban por mí». ¿O acaso habéis preguntado por mí antes de hoy, señor cuadrillero?

—Cumpló órdenes, nada más.

Caminaron y al fin llegaron a la casa de Quiroga, donde le esperaba el Gran Inquisidor, sentado junto a una mesa. Dos monjes tomaban nota; nada parecía siniestro, era como un negociado tranquilo y eficiente.

—¿Sois Miguel de Piedrola y Beaumont, de la casa real de Navarra, conocido como el soldado profeta?

—¿Y vos sois el inquisidor general, Quiroga?

—Yo soy el que pregunta.

—Y yo os contesto con las palabras de Isaías, tomad nota: «Hombres que inmolan víctimas en los huertos, y ofrecen sacrificios sobre altares fabricados de ladrillos; que se meten en los sepulcros, que duermen en los templos de los ídolos; que comen la carne de cerdo, y echan en sus tazas un caldo profano o prohibido; que dicen a otros: apártate de mí, no me toques, porque tú eres inmundo; todos éstos se convertirán en humareda en el día de mi furor, en fuego que arderá siempre».

—¿Qué tonterías son esas? ¿Estáis loco, Piedrola?

—No, señor Inquisidor, vos y todos los vuestros se convertirán en humareda, os lo auguro y profetizo.

* * *

—Creo que Piedrola está loco, señor —dijo don Gaspar de Quiroga—. Aún así se le puede condenar por hereje y por sedición y conspiración contra la Corona. —Don Felipe, sentado en una silla, tenía su pie en un taburete, en donde reposaba su gota. El soberano movió la cabeza.

—No quiero que le juzguen como conspirador. Se le acusará de sedición, pero visto su estado mental no se le hará otra cosa. Es mi voluntad que se le encierre para siempre en una cárcel secreta de donde no saldrá jamás ni tendrá contacto con nadie. No se le dará una Biblia, ni los escritos de los profetas, ni nada para escribir. Nadie habrá de saber qué fue de él, ni se volverá a pronunciar su nombre, y si alguien pregunta se le dará la callada por respuesta. Sin estar muerto desaparecerá del mundo de los vivos.

—¿Y se puede saber si Su Majestad Serenísima ha pensado en dónde puede estar esa cárcel tan secreta?

—En el castillo de Guadamur. Tendrá el castillo para él solo. Se dirá misa todos los días, y el preso irá, si quiere. Se le dará de comer bien y no se le maltratará. El lugar se mantendrá limpio y bien cuidado. Allí terminará sus días, no importa cuánto duren estos. Es libre de ir por todo el castillo, pero no debe de ver a sus guardianes ni hablará con ellos. Vivirá en perfecta soledad. ¿Me habéis entendido bien, Quiroga?

—Perfectamente, señor.

Miguel de Piedrola y Beaumont desapareció del mundo y nadie supo cuánto tiempo sobrevivió en el castillo de Guadamur. En las noches estrelladas subía a la terraza más alta y miraba a los luceros deseando encontrarse cuanto antes con su Ángel Guardián, el santo profeta Ezequiel.

Soñaba con irse al reino de Dios donde todo es paz y felicidad, donde «el lobo y el cordero pacerán juntos; el león, como el buey, comerá heno; el alimento de la serpiente será el polvo; no habrá quien haga daño, ni cause muertes en todo mi santo monte, dice el Señor». Pero el profeta Ezequiel parecía haberse olvidado de él, al menos ya no volvió a visitarle.

Pasaron los años y una noche tuvo un hermoso sueño, por fin el profeta vino vestido con una túnica blanca que brillaba como la luna.

—Dadme la mano, fiel Piedrola, vengo a llevaros conmigo. Os acompañaré hasta un lugar prodigioso.

—¿Cuánto habéis tardado, profeta! —Extendió su mano y Ezequiel se la tomó. En su sueño el soldado se vio volando hacia un cielo limpio y brillante tachonado de estrellas. El castillo de Guadamur quedó abajo, muy abajo; lejos, muy lejos; mientras Piedrola soñaba que volaba hacia el cielo.

* * *

Era ya tarde al día siguiente cuando llegó a Palacio un emisario desde Guadamur. Pidió ver a Su Majestad Serenísima.

—Señor, como pedisteis os traemos novedades del señor de Piedrola. —El rey miró al emisario.

—El mensaje es... —dejó la frase en suspenso, esperando respuesta.

—Falleció anoche, al parecer mientras dormía, Majestad —añadió dubitativo, como si no estuviese seguro de que al rey le interesase su comentario—. No sufrió, simplemente se durmió. El rey se puso de pie y dio las gracias al servidor, luego se acercó a la ventana y su vista quedó como perdida a lo lejos. En el cielo brillaban las estrellas. Se preguntó si desde ellas le miraba Miguel de Piedrola y Beaumont, el soldado profeta.

NOTAS

- . Texto de la declaración hecha por Miguel de Piedrola ante el tribunal de la Inquisición. Biblioteca Nacional, Mss10470.
- . *Devshirme*: institución creada por el sultán Bayaceto I a finales del siglo XIV. Su nombre remite a la leva de muchachos cristianos que los turcos realizaban periódicamente y que el estado educaba por su cuenta y convertía al islam. De allí salían los pajes del soberano, mientras otros se convertían en jenízaros: un feroz y prestigioso cuerpo de élite que luchaba junto al sultán.
- . *Sankack*: distrito o provincia
- . *Kapudán Pachá*: almirante general de la flota del Mediterráneo.
- . *Chadi*: “el que canta melodiosamente”. Los nombres de los eunucos a menudo tenían algo que ver con sus habilidades. Si no, recibían nombres como “Perla”, “Hermoso” o similares.
- . Orad hermanos para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Todopoderoso. / Reciba el Señor de tus manos este sacrificio...
- . Así será bendecido el hombre que teme al Señor, y veas los hijos de tus hijos, paz sobre Israel.
- . Del proceso inquisitorial contra Miguel de Piedrola y Beaumont. Documento Mss. 10470 en la Biblioteca Nacional, Madrid.
- . Una zabra era un barco de unas 200 Tm, propulsado por velas, ideado para llevar mercancías por los océanos y bien armado para defenderse de piratas o corsarios.
- . Palabras del pirata Barbarroja al ver la armada de Carlos V.
- . Grito de Andrea Doria el día de la batalla.
- . Malik ibn Anas, autor de la más antigua compilación de derecho del islam suní.
- . Los eunucos tenían nombres algo diferentes de los de los varones, se llamaban “Perla”, “Pájaro”, etc., en lugar de “Espada del Islam” y otros de corte varonil.
- . Del proceso inquisitorial de Miguel de Piedrola.
- . Nombre genérico dado a los que habían cumplido con la peregrinación a la Meca.
- . Libro de Ezequiel, 2, 6.
- . El Misericordioso Alá tiene cien nombres, de los cuales solo noventa y nueve han sido revelados. El último nombre será revelado a los justos después de su muerte.
- . Texto del proceso inquisitorial de Miguel de Piedrola.
- . Señal de respeto e indica que quien lo dice cree que su interlocutor ha peregrinado ya a la Meca.
- . Galeote de pago.

- . Hijo menor de Iñigo de Mendoza, conde de Tordesilla, y marqués de Mondéjar. Don Diego descendía directamente del Marqués de Santillana.
- . Copla popular entre los soldados de los Tercios.
- . De la declaración hecha por Miguel de Piedrola ante el tribunal de la Inquisición. Documento Mss. 10470 en la Biblioteca Nacional, Madrid
- . Anotado por el Inquisidor en la declaración hecha por Miguel de Piedrola ante el Tribunal de la Inquisición. Documento Mss. 10470 en la Biblioteca Nacional, Madrid.
- . Despacho de don Alonso de Carvajal, comisario de Baza. Citado en la Revista de Occidente, 1979. Pág. 51 “Historia de los Moriscos. Vida y tragedia de una minoría”.
- . En las primitivas Crónicas navarras aparecen mencionados los «OMES LIGES» u Hombres de Linaje, entendiéndose por tales aquellos cuya nobleza la deben a su misma prosapia, pues son de noble condición por todos sus ascendientes. Constituyen un grupo cerrado, celoso de sus privilegios de sangre, en el que se rechaza a cuantos no son de su misma condición. Si bien entre ellos pueden existir importantes diferencias desde el punto de vista económico y político, se caracterizan por que todos gozan de unos mismos privilegios y del hecho de poseer una «Casa Solar Infanzonada», inmune a toda jurisdicción real y libre de pagar cualquier impuesto real o «pecha».
- . Elena de Céspedes existió y llevó vida de hombre, su vida es más extraña que la de la Monja Alférez. Fue la primera mujer cirujano de la historia, estudió como hombre y ejerció como tal. Se casó con una mujer y al fin fue perseguida por la Inquisición “por hacer burla del matrimonio”. Ver *Mujeres pensadoras*, Ed. Castalia, 2008 (N. de la A.)
- . De la declaración hecha por Miguel de Piedrola, ante el tribunal de la Inquisición. Biblioteca Nacional, Mss. Folio 12.
- . Descripción del estandarte de don Juan de Austria en *La Real*. Romance atribuido a don Pedro de Padilla. Notable poeta renacentista. Es mencionado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, fue gran amigo de Miguel de Cervantes. Estudió en la Universidad de Granada. Como capitán asistió a la batalla de Lepanto, en su madurez ingresó (el 6 de agosto de 1585) en el convento de los carmelitas calzados de Madrid.
- . Escrito por Luis Cabrera de Córdoba, (1559-1623). Fue un importante historiador español del Siglo de Oro. Su obra principal es la *Historia de Felipe II* y le siguen unas *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614* (Madrid, 1857) e *Historia para entenderla y escribirla* (1611). (N. de la A.)
- . Las calderas en un escudo significan que el señor de ese escudo es “señor de pendón y caldera”, es decir, que lleva sus propios hombres y que él les paga y alimenta, de ahí la caldera. Es libre y ni él ni su ejército dependen del rey.
- . Del proceso inquisitorial de Miguel de Piedrola. Mss. 10470. fol. 23. Biblioteca Nacional, Madrid
- . Lucrecia de León fue una conocida oniromante que se convirtió en la sucesora de Piedrola. El *Hombre ordinario* era una figura de varón, siempre la misma, que le explicaba los sueños. Ver el libro de la misma autora *Mujeres pensadoras*, Editorial Castalia, 2008.

. Archivo Histórico Nacional. Testimonio del secretario real a favor de Piedrola. Documento sin número incluido en Caja Inquisición, 3712. Miguel de Piedrola.

. Carta de Juan de Bolonia al cardenal Farnesio, 17 de octubre de 1579.



VICENTA MÁRQUEZ DE LA PLATA

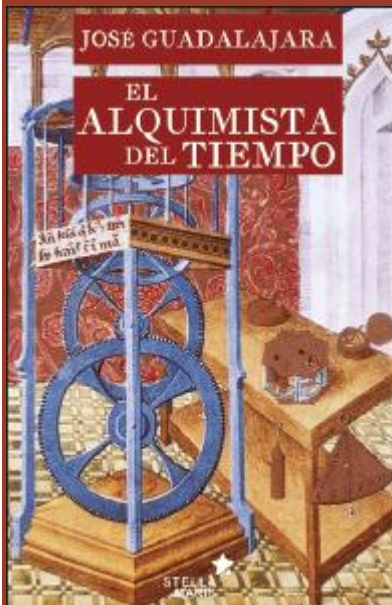
Es escritora, historiadora y especialista en temas medievales. En 2009 obtuvo el Premio Ateneo de Sevilla de Novela Histórica con *La Valida*.

Diplomada superior en genealogía, heráldica y nobiliaria por el Instituto Salazar y Castro (CSIC), es profesora invitada de la Universidad Moderna de Lisboa y profesora de la cátedra Marqués de Ciadoncha, Madrid. Ponente en varios simposios internacionales de historia, ha impartido conferencias, publicado artículos en revistas especializadas y colabora en la COPE hablando de personajes históricos.

Ha publicado diversos libros sobre temas históricos, como *Reinas medievales españolas* y *Mujeres renacentistas en la Corte de Isabel la Católica*, en Editorial Castalia. Entre sus novelas destacan *El eunuco del rey* y *La concubina del rey emperador*, ambas en Ediciones B.

www.editorialstellamaris.com

TAMBIÉN EN STELLA MARIS



Las luchas por el poder, la búsqueda del conocimiento y la apasionada vivencia del amor cortés traman una historia insólita que se desarrolla en una época de transición al Renacimiento.

El alquimista del Tiempo está ambientada en una Roma convulsa tras la vacancia de la Cátedra pontificia. Un acontecimiento que precipitará la lucha entre las poderosas familias de los Orsini y

los Colonna. Tres anhelos entretienen la novela: la necesidad que tiene un astrólogo —el sabio maese Cerebruno— de encontrar a un viejo alquimista para que le desvele las claves de un antiguo plano y así construir el primer reloj mecánico del mundo. La falsificación de una bula papal que legitime el matrimonio de Sancho IV con María de Molina. Y el enamoramiento «de oídas» de Jorge Rudelia, que viaja desde Sevilla a Roma con el único propósito de conocer a la hermosísima Nicoletta di Fiori.

Una magistral novela narrada de forma muy dinámica —con capítulos breves y en un estilo ágil, con un lenguaje rico y evocador— que nos sumerge en una época de grandes cambios en donde aflora la belleza del amor, pero también la maldad humana.

En abril de 1528, un recién nacido Miguel de Piedrola es confiado a los cuidados del arcipreste don Juan de Órbigo. Muy pronto, el niño Miguel da muestra de un extraordinario conocimiento de las Sagradas Escrituras y refiere unos extraños sueños en los que el profeta Ezequiel le desvela sucesos que habrán de cumplirse en el futuro.

Después de abandonar el hogar del arcipreste y de vagabundear por los caminos en busca de amor y fortuna Miguel de Piedrola, guiado por los sueños que le envía el profeta, sabrá que para cumplir su destino debe embarcarse en la galera capitana del príncipe Andrea Doria en la flota que el emperador Carlos V ha reunido para combatir al pirata Barbarroja.

Desde los campos de batalla de Túnez y Flandes, pasando por las entrañas de las galeras donde bogan los condenados, el palacio del sultán de la Sublime Puerta en Constantinopla y las peligrosas calles de Madrid, Miguel de Piedrola será el emisario de una inquietante profecía que, de cumplirse, supondrá la desaparición de la casa de Austria y el declive del imperio más poderoso que el mundo haya conocido.

Vicenta Márquez de la Plata traza en *La conjura del profeta* un vívido retrato de la España del Siglo de Oro. Sus costumbres, paisajes y sabores cobran vida con extraordinario detalle para revelarnos los entresijos ocultos de los grandes hechos que contribuyeron a conformar nuestra historia.